



*Déjame
ser tu
chico malo*

SILVIA GARCÍA RUIZ

zafiro[♥]

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Epílogo

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

Roan Miller es un niño estirado y altivo al que sus padres intentan moldear para que se convierta en el digno sucesor de su abuelo, un rico empresario. Falto de cariño y sintiendo su casa como una prisión, no puede evitar enamorarse de su traviesa vecina, quien lo reta siempre a seguir sus juegos y a convertirse en su chico malo.

Helena Taylor es una niña revoltosa que vive rodeada por sus escandalosos y algo entrometidos familiares. Su familia la quiere con locura, y no entiende por qué su molesto vecino está siempre solo, y menos aún cuando lo ve como a un niño casi perfecto. Decidida a no dejarlo nunca, siempre habrá un hueco en su corazón para él.

Pero ¿qué pasará cuando estos inseparables amigos acaben enamorándose y la distancia, la familia, el dinero y el tiempo se conviertan en un impedimento para pronunciar ese «te quiero» que guardan en sus corazones? ¿Cambiarán sus sentimientos o seguirán presentes recordándose cuánto se necesitan?

DÉJAME SER TU CHICO MALO

Silvia García Ruiz

zafiro 

Capítulo 1

Cuando vives en un hogar roto, destruido por las incesantes peleas de tus padres, no puedes evitar escuchar continuamente palabras llenas de ira de las personas que deberían amarte. Si eres pequeño, intentas distraerte con tus juegos, con tus amigos, con los caros juguetes que te han comprado para tratar de compensar la falta de cariño. Pero si eres un niño de apenas siete años que acaba de llegar a un pequeño pueblo donde todos se conocen desde siempre, hacer amigos no resulta fácil, por lo que al final acabas escondiéndote entre los libros de texto, fingiendo estudiar, cuando lo que en verdad deseas es huir a un lugar adonde no lleguen los gritos.

Cualquier persona podría decir que es estúpido creer en el amor a primera vista, y mucho más si se trata de un niño que apenas comprende ese loco sentimiento, pero yo lo hice, y nunca podría negar que lo que sentí en ese primer momento, en cuanto la vi, se convertiría a lo largo de los años en un amor que jamás llegaría a olvidar.

Ocurrió en un día cualquiera en el que yo, harto de las peleas de los adultos que prácticamente ni notaban mi presencia, me escabullí por la puerta trasera hacia la calle buscando un lugar en el que no se oyesen los insultos, las maldiciones y las recriminaciones que mis padres se dirigían. Mientras indagaba por los alrededores para hallar un escondite adecuado que me permitiera evadirme de todo, oí una risa infantil que consiguió acallar los gritos que siempre me perseguían.

Hechizado por esa voz, no pude resistir la tentación de seguir ese jubiloso sonido, hasta hallar a una niña de unos cinco años, con unos rebeldes rizos negros, que intentaba representar el papel de villano intimidando con una

pistola de agua a un viejo y gordo gato que se hallaba demasiado cansado como para prestarle atención a sus acciones. Tras fijarme detenidamente en el vestido blanco lleno de volantes que llevaba puesto y apreciar su cara angelical, llegué a la conclusión de que el único papel que esa pequeña podría realizar a la perfección era el de princesa.

—*¡Botitas II, ríndete! ¡Sabes que no tienes escapatoria! ¡Nadie vendrá a salvarte, así que es hora de que me digas dónde has escondido el tesoro!* — exclamó la niña, imitando la voz de un bellaco pirata y acompañándola, cómo no, de unas malévolas carcajadas.

—No creo que te conteste —intervine dignamente, decidido a defender a ese pobre animal de la salvaje niña, que ahora que la observaba de cerca podía constatar que no era tan angelical como yo había pensado.

Su vestido blanco saturado de volantes estaba manchado de barro y bastante maltratado, en su cabeza llevaba un sombrero pirata que apenas se sostenía sobre sus alborotados rizos negros y un parche tapaba uno de sus hermosos ojos azules, un singular adorno que se levantó para enfrentarse a mí.

—¿Y tú quién eres? —me preguntó, poniendo sus brazos en jarra mientras decidía si apuntarme o no con su pistola de agua.

—Soy tu nuevo vecino —respondí, señalando mi ruidosa casa, donde aún podían oírse las discusiones de mis padres.

—¿Y qué haces aquí? ¿Has venido a jugar? —preguntó inocentemente la angelical niña. Ante esas palabras me emocioné, porque era la primera persona que me invitaba a formar parte de una diversión a la que yo no estaba acostumbrado. Craso error, ya que me dejé embaucar por esa engañosa apariencia de niña buena.

—¡Pues éste es mi territorio, así que vete a otro sitio! —gritó bastante enfadada, mostrando su descontento antes de remojarme con su pequeña pistola de agua.

—¡Eh! ¿Por qué has hecho eso? —le recriminé, molesto, mientras limpiaba mi rostro del agua que había recibido tras su ataque.

—¡Porque no me gustan los niños buenos! —replicó desafiante mientras me miraba de arriba abajo con sus escrutadores ojos, declarándome persona no apta para sus juegos infantiles, algo que no dudé que me ocurriría con más niños de ese pueblo al reflexionar sobre la vestimenta tan repipi con la que me ataviaba mi madre: pantalones de pana, camisa de cuadros y, para terminar, una odiosa pajarita negra.

—¡No soy un niño bueno! —declaré, enojado con todos los que se empeñaban en que sí lo fuera.

—¿De veras? —preguntó insolentemente, alzando una de sus cejas ante mi afirmación—. Demuéstralo —me retó a continuación.

—¿Cómo? —pregunté, sin saber cómo salir del papel que todos me habían adjudicado desde que nací.

—Así... —contestó. Y sin darme tiempo a reaccionar, me tiró a un charco de barro para luego arrojarse sobre mí y gritar—: ¡Pelea de barro!

Por primera vez en mi vida estaba haciendo todo lo que me habían prohibido mis padres: ensuciarme, gritar, relajar mi rígida postura y olvidar mis estrictos y estirados modales. Y al contrario de lo que siempre había pensado, me estaba divirtiendo como nunca.

Jugamos durante horas persiguiéndonos por el jardín de su casa arrojándonos bolas de barro. Para mi desgracia, ella se sabía todos los escondrijos del lugar y no titubeaba lo más mínimo a la hora de sorprenderme.

Cuando por fin la tenía acorralada detrás de un árbol y esperaba con impaciencia a que asomara su rostro burlón para poder acertarle y declararme victorioso, me paralicé al oír detrás de mí los airados chillidos de mi madre, que irrumpió bruscamente en el jardín acallando con sus gritos las risas de las que había conseguido disfrutar ese día.

—¡Roan Anderson Miller! ¡¿Cómo te atreves a escaparte de casa y venir a este sucio lugar?! —bramó mi ella con su estridente voz, haciendo que mi mano bajase lentamente poniendo fin a toda mi diversión—. ¡Suelta ahora mismo esa porquería y vuelve a casa! ¡Mira cómo te has puesto! —añadió

indignada mientras me empujaba para alejarme de esa chica que, sin duda, a partir de ese día sería considerada una mala influencia para mí.

Creí que no podría despedirme, que incluso me alejaría sin llegar a saber el nombre de la niña que me había impresionado cuando, ante una nueva queja de mi madre, una bola de barro salió despedida desde detrás del árbol e impactó de lleno en su caro e impoluto traje nuevo.

—¡Aaaah...! ¡¿Qué es esto?! —exclamó mi progenitora, buscando al causante de su desdicha, dispuesta a darle una lección.

Supuse que la niña, ante sus gritos, se escondería o iría corriendo hacia su casa en busca de un adulto que la defendiera, pero para mi asombro, salió de su escondrijo y con la cabeza bien alta se enfrentó a ella como nadie lo había hecho nunca.

—Señora, eso es barro y como usted se ha metido en nuestro juego pensé que también quería participar —dijo pícara y descaradamente mientras me sonreía.

—¡Mocosa, ve ahora mismo en busca de tus padres! ¡Quiero que te reprendan por lo que has hecho o lo haré yo misma!

—¿Por qué? Si éste es mi territorio y usted lo ha invadido...

—¡Mocosa! ¡Llama a tus padres ahora mismo!

—¡No soy ninguna mocosa, soy Helena Taylor, ésta es la casa de mis abuelos y usted no tiene derecho a llevarse a mi nuevo amigo!

—¡Éste es mi hijo y me lo llevaré a casa, que es donde tiene que estar, y no jugando con una criatura salvaje y maleducada como tú!

—Demuestre que es su madre —repuso Helena.

—¿Qué? —preguntó mi madre, sorprendida, mientras yo intentaba ocultar mi risa, algo que no podía evitar ante las inusuales respuestas de esa niña.

—No tengo tiempo para esto —declaró finalmente, intentando pasar de largo ante la escrutadora mirada de Helena.

Y casi lo logró, hasta que Helena, todavía reticente ante la idea de que esa fría mujer fuera mi madre, al fin gritó pidiendo ayuda.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Una mujer rara y desconocida quiere secuestrar a mi amigo! —exclamó de forma desgarradora para, a continuación, acompañarlo del llanto más desconsolado que había oído en mi vida. Totalmente falso, claro, según deduje después cuando vi a tres hombres de la edad de mi padre salir de la casa para enfrentarse a tal amenaza y a Helena ocultándose tras ellos para dedicarle burlas y muecas a mi madre sin que sus protectores la vieran.

En ese momento, dos de ellos, rubios y de ojos azules muy similares entre sí, comenzaron a acribillar a mi madre con sus preguntas, mientras el hombre de ojos castaños y negros cabellos, tan parecidos a los de Helena, sacó su teléfono móvil con la intención de llamar a la policía. Finalmente, me apiadé de mi progenitora y miré muy serio a la niña, a la que comenzaba a admirar cada vez más, y le confirmé la verdad.

—Helena, ésta es mi madre —dije, poniendo fin a esa farsa.

—Pues ella sí podría pasar por un villano —replicó Helena en voz alta, sin preocuparse de a quién pudiera ofender.

—Lo sé, pero yo estoy dispuesto a aprender —susurré con una sonrisa dirigida exclusivamente a mi nueva amiga, cuidando de que sólo ella me oyera.

Una vez aclarada la confusión, mi madre no me dejó despedirme y se limitó a arrastrarme hacia el interior de nuestra casa. Mientras me alejaba, supe que esa niña sería mi primer y único amor, porque ella había sido la única que me había hecho sonreír, la única que había intentado protegerme, la única que me había demostrado que le importaba y, finalmente, porque Helena era todo lo que yo nunca me había atrevido a ser: decía lo que pensaba, hacía lo que quería, ella reía, ella... era un espíritu libre, algo que a mí jamás se me había permitido ser en la jaula de oro que siempre me rodeaba.

* * *

Roan era el hijo único de una familia acomodada, pero, a pesar de lo que algunas personas podían llegar a pensar, considerando que eso podría convertirlo en un niño mimado, la realidad era bien distinta, ya que la pareja en cuestión no se amaba, y el tener un hijo no se había debido al fruto de su amor, sino a una desafortunada casualidad que había sido posteriormente aprovechada como una herramienta para satisfacer su ambición.

Frederick, el padre de Roan, era un hombre de unos treinta años con unos pícaros ojos negros y unos hermosos cabellos castaños, que no dudaba en utilizar sus encantos con todas las mujeres que se le pusieran por delante. Se trataba del tercer hijo de una acaudalada familia, pero debido a sus malos hábitos de derrochar dinero, tanto en el juego como con las mujeres, había sido desheredado y dejado de lado por su progenitor, sobre todo cuando se casó alocadamente con una chica inadecuada que sólo perseguía su riqueza.

Susan, una arpía rubia de calculadores ojos azules, de veintidós años, no había dudado en embrujar al necio vividor con sus encantos debido a su rico apellido. La joven no tardó en mostrar al estúpido enamorado su verdadero carácter cuando vio cómo se alejaba de ellos el dinero, pero en el instante en el que intentó abandonar a su marido descubrió que estaba embarazada. En ese momento decidió deshacerse de ese pequeño estorbo por medio de un aborto, algo que no llegó a suceder porque Herman Anderson Miller, su adinerado suegro, no dudó en intervenir y proteger a su nieto al enterarse de su existencia.

Desde el mismo instante en el que Roan nació y derritió el estricto corazón de su abuelo, Susan supo que ese niño resolvería todos sus problemas y se propuso hacer de Roan el mejor en todo para que un día se convirtiera en el digno sucesor que su abuelo tanto buscaba.

Por desgracia, aunque Roan sabía comportarse a la perfección, Frederick no. Y cada vez que uno de sus escándalos llegaba a oídos de su padre, el dinero disminuía. Por ese motivo Susan, tan precavida y ambiciosa como siempre, decidió trasladar a su familia a un lugar bastante alejado donde los

chismes no llegaran a oídos de los Miller y donde las oportunidades que tendría Frederick de cometer sus estupideces fueran bastante escasas.

El lugar elegido fue un aburrido e insulso pueblo que apenas aparecía señalado en el mapa, lleno de multitud de casitas de estilo colonial, todas ellas de un monótono color blanco: Whiterlande.

En ese lugar se respiraba un ambiente feliz y amistoso que Susan detestaba. Los anticuados negocios, que pasaban de padres a hijos, permanecían casi inalterables y absolutamente todos se conocían en ese insufrible pueblo lleno de cotillas. Por suerte, la ciudad estaba demasiado lejos como para que las habladurías o los escándalos llegaran hasta ella, aunque Frederick siempre encontraba la manera de molestarla con sus aventuras. Roan, su impecable niño bueno que nunca levantaba la voz ni se comportaba como su padre, parecía haberse topado en ese recóndito sitio con una compañía tan poco adecuada como las que solían rodear a su padre.

Susan observaba desde lejos los salvajes juegos a los que Roan se dedicaba últimamente, incitados por una violenta y grosera niña, que cada vez que la veía le sacaba la lengua.

Helena Taylor era todo lo que una señorita nunca debía ser: hablaba a gritos, siempre corría de un lado a otro y sus ropas, a pesar de ser primorosos vestidos con los que su madre intentaba disimular su salvajismo, siempre acababan terriblemente sucios, pues sus entretenimientos favoritos consistían en juegos violentos y poco adecuados, como las luchas en el barro.

Roan, que siempre había sido un niño recto y muy bien educado, que jamás dudaba en obedecerla, había sido encandilado por el bonito rostro de esa pequeña y su jovial sonrisa. Y mientras otras madres se alegrarían al escuchar las carcajadas de sus hijos en esos juegos infantiles, Susan sólo se preguntaba si esa cría entrometida no supondría un problema para sus planes cuando ambos crecieran.

Había intentado por todos los medios alejar a Roan de la presencia de esa indecorosa niña, imponiéndole castigos cada vez más severos, pero nada

parecía funcionar para que dejara de corretear detrás de ella: a la menor oportunidad o ante el menor despiste de sus tutores, Roan se escapaba de casa. Y como sucedía en esos momentos, cada vez que esto ocurría, Susan encontraba a su hijo intentando ser igual de salvaje que la niña que tanto lo intrigaba.

Podría haber tratado de hablar con seriedad con esa familia acerca de su bárbara criatura para exigirles que se mantuviera lo más lejos posible de su hijo, pero como el primer encuentro con los parientes de esa mocosa no había sido muy alentador, Susan desistió de ello. Y más aún después de oír los rumores que corrían por el pueblo sobre Alan Taylor, el padre de la niña, quien era conocido como «el Salvaje», y también tras enterarse de los terribles comportamientos de los Lowell, la otra parte de esa alocada familia.

Por suerte, la casa de los vecinos pertenecía a los abuelos de esa irritable niña, por lo que no siempre se encontraba allí esa mala influencia para su hijo. Pero para su desgracia, los Lowell celebraban una escandalosa reunión familiar todos los fines de semana, a la que, por supuesto, ella asistía.

—¡Roan Anderson Miller! ¿Qué haces aquí cuando tu tutor te está buscando para tus lecciones? —gritó Susan, irritada, mientras veía cómo su hijo se sumergía nuevamente en el barro para atrapar a esa niña.

—¡Oh, no! ¡La malvada bruja ha llegado! ¡Y tú con esas pintas! —declaró Helena, burlándose una vez más de su amigo y las ñoñas ropas que su madre le obligaba a llevar.

—Y eso me lo dice una niña que siempre viste como la princesita Miss Moños —replicó Roan, tan impertinentemente como Helena le había enseñado.

—¡Retira eso, niño bueno! —gritó Helena, furiosa, mientras ponía sus brazos en jarra y fulminaba a Roan con la mirada.

—Lo que usted diga, princesa —se burló Roan mientras ejecutaba una perfecta reverencia ante Helena.

—¡Como no retires ese estúpido apodo te juro que voy a hacerte comer

barro! —amenazó Helena con furia mientras se arremangaba las primorosas mangas de su vestido y se hacía un nudo en las faldas para prepararse para la batalla.

—¡Princesita, princesita, princesita! —repitió Roan jovialmente mientras corría por el patio, perseguido por una Helena con ganas de venganza.

Con sus infantiles juegos de nuevo en pie y una revancha en mente, los niños apenas prestaron atención al chillón y molesto adulto que se entrometía entre ellos una vez más, hasta que fue demasiado tarde.

Susan, con sus altos tacones de aguja, su elegante traje de marca de color crema y su elaborado peinado que recogía sus rubios cabellos en una cascada de rizos, no estaba dispuesta a ser ignorada, y menos aún por un par de mocosos. Así que, sin pararse a pensar, se interpuso entre ellos para arrastrar a Roan nuevamente a su hogar.

Para su desgracia, fue a elegir el mismo instante en el que Helena había cogido carrerilla para empujar a Roan hacia un gran charco de barro que había en el jardín. Roan, conociendo las tretas de Helena, no dudó en apartarse en el instante oportuno de la trayectoria de su amiga, así que finalmente fue Susan la que acabó con su trasero en el barro, maldiciendo una vez más a esa odiosa niña de la que su hijo no se alejaba.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho, mocosa?! ¡Una vez más has arruinado uno de mis caros trajes de marca!

Las airadas recriminaciones de Susan tal vez hubieran conseguido amilanar a cualquier otra persona, pero Helena no permitía que nadie interrumpiera sus juegos, así que, como siempre hacía con esa mujer que tan mal le caía, no dudó en imitar a uno de sus mayores para contestar con tanta impertinencia como la que esa señora había mostrado hacia ella.

—Señora, ¿cuántas veces le tengo que repetir que ésta es una propiedad privada? —inquirió Helena altivamente mientras se cruzaba de brazos y le señalaba la salida a ese adulto tan maleducado.

—¡Tú! ¡Mocosa! ¿Cómo te atreves a hablarme así?

—Muy fácil: usted es una adulta que me desagrada bastante, y como mis padres no están delante, no tengo que disimular que me cae bien.

—¡Tú...! ¡Tú...! —repetía Susan, colérica, mientras se levantaba del barro y se acercaba a esa maleducada, muy dispuesta a darle una lección.

Cuando Susan estuvo frente a la impertinente Helena, alzó el brazo para acallar su lengua con una sonora bofetada, como tantas otras veces había hecho con su hijo. Pero cuando su mano bajó, observó con incredulidad cómo el decidido rostro de Roan se interpuso en su camino, recibiendo el castigo en su lugar. Y al contrario que en otras ocasiones, no lo aceptó con sumisión.

—Vámonos, madre —indicó Roan en un tono que no aceptaba discusión mientras sus fríos ojos le mostraban que no estaba dispuesto a aceptar que maltratase a esa niña.

Mientras Susan se alejaba de la casa, asombrada por la reacción de su hijo, no dudó en volverse hacia Helena para obtener una pequeña victoria.

—¿Sabes qué, mocosa? Un día lo alejaré de ti, haré que se marche hasta un lugar en el que tú no podrás alcanzarlo —anunció Susan amenazante, luciendo una maliciosa sonrisa mientras era arrastrada por su hijo hacia su casa.

Y una vez más, se vio sorprendida por la desvergonzada respuesta de una mocosa que nunca dudaba en hacerle frente.

—Inténtelo si puede... —retó Helena, decidida a luchar por su amigo aunque fuera contra su maliciosa familia que sólo sabía aprovecharse de él—. ¿Ves? Te dije que eras demasiado bueno... —recriminó Helena a su amigo mientras éste se alejaba llevándose junto a él a su malvada madre.

—No te preocupes, cambiaré —contestó Roan con una astuta sonrisa.

Cuando Roan llegó a su casa, su madre lo castigó encerrándole en una habitación oscura, sin distracción alguna y sin cenar, pero lo que más le molestó de ese tortuoso castigo fue no poder estar con Helena, ya que sus padres lo liberarían de su encierro cuando ella regresara a su casa y él ya no tuviera la oportunidad de jugar con su amiga.

Sin embargo, el verse obligado a mantenerse alejado de Helena le concedió

tiempo para reflexionar sobre cómo podría convertirse en el chico malo que ella necesitaba. Así, tras pensar durante varias horas, Roan tuvo una idea para defender a la niña que le gustaba por encima de todo: por primera vez en años cogió el teléfono y, encerrándose en su habitación, exigió hablar con su abuelo.

Tal vez para cualquier otro niño de siete años hubiera supuesto una dificultad insalvable el poder hablar con el presidente de una gran empresa como la que dirigían los Miller, pero con la decisión y el firme tono que Roan empleó nadie dudó de que éste fuera su nieto. Una vez que su abuelo se puso al teléfono, Roan le reveló en unos pocos minutos todos los devaneos de su padre y los oscuros secretos de su madre, que no se molestaban en ocultar a sus jóvenes oídos.

Su abuelo, tras recibir esa información, prometió a Roan que castigaría a sus padres para darles una lección reduciendo el dinero que les otorgaba. Tras colgar el teléfono, Roan se entristeció un poco al ver que a su abuelo tampoco le importaba demasiado, ya que su respuesta se limitaba a dar o quitar dinero cuando lo que él necesitaba eran unas palabras de ánimo o un simple abrazo, algo que sólo recibía de los dulces brazos de la niña con la que jugaba.

¡Cómo iba a permitir que nadie lo alejara de Helena, si ella era lo que más necesitaba!

* * *

—¿Qué es esto?! —gritó Susan, muy indignada, a la mañana siguiente al ver la escasa cuantía del cheque que solían recibir y la carta que lo acompañaba.

—Ayer hablé con mi abuelo —declaró Roan mientras tomaba su desayuno, sin inmutarse en absoluto por los airados gritos de su madre a los que ya estaba más que acostumbrado.

—¡Como te has atrevido! —chilló Susan con indignación, alzando su mano

en el aire.

—Mi abuelo me ha ordenado que lo llame dentro de unos días para ver cómo estoy —dejó caer Roan, deteniendo la mano que se dirigía hacia él.

—¡Le dirás como siempre: que estás perfectamente y que te cuidamos muy bien!

—Pero madre, los niños buenos no mienten... —recitó Roan con descaro, dejando a su madre boquiabierta—. Pero no te preocupes, estás de suerte, ya que estoy aprendiendo a ser un chico malo.

—¿Qué es lo que quieres, mocoso? —se resignó Susan, percatándose de que estaba siendo chantajeada por su propio hijo.

—Que nunca más te atrevas a levantar la mano contra ella y que me dejes ser yo mismo cuando esté a su lado.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que esa mocosa te había embrujado! ¡Eres como tu padre, que corre detrás de la primera falda que se cruza en su camino! Y como él, no tardarás en cansarte... ¡Veamos cuánto te dura este estúpido enamoramiento infantil! —se rio Susan mientras jugaba con el sobre del cheque que permanecía en su mano—. Por lo pronto, estás castigado.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Roan, sabiendo de antemano cuál sería la interesada contestación que le daría su madre.

—Hasta que la cifra de este cheque aumente. De ti depende que sea antes o después de que esa mocosa vuelva a casa de sus abuelos —contestó Susan mientras se alejaba hacia la salida acompañada de lo único que podía llegar a contentarla en la vida: el dinero.

Roan se sintió derrumbado al ver que tenía que ceder ante su madre, y mientras observaba sin ganas el insípido tazón de cereales, escuchó la voz de su padre, que se dirigía hacia él con un cariño que nunca antes le había demostrado.

—Es ésa, ¿verdad? —preguntó Frederick a su hijo, luciendo una sonrisa que Roan veía muy pocas veces.

Extrañado, Roan giró la cabeza hacia donde su padre le señalaba para

acabar viendo a una niña asilvestrada que tiraba piedrecitas contra la acristalada puerta de la cocina.

Como nadie le hacía caso, la pequeña buscó dentro de su primoroso bolso piedras cada vez más grandes para llamar la atención. En el instante en el que sacó una del tamaño de un puño, Roan decidió que lo mejor sería intervenir antes de que rompiera la puerta de diseño de su madre y que ésta odiara un poco más a Helena.

—Helena, ¿qué... —fue lo único que le dio tiempo a decir antes de que la piedra pasara por su lado, rozándole la cabeza causándole un arañazo, pero sin romper nada que pudiera hacer gritar a su madre—... haces aquí? —terminó finalmente Roan, mientras suspiraba ante las alocadas acciones de su amiga y se limpiaba, con indiferencia, la sangre de su sien.

—¡Es culpa tuya por abrir tan repentinamente la puerta! —contestó Helena. Y sin darle explicación alguna sobre el porqué de su presencia en su casa, se dirigió hacia él y lo obligó a sentarse en una de las sillas de la cocina. Tras ello, sacó de su bolsito una gasa que remojó en agua—. Espero que no te quejes como una nena por un simple rasguño —siguió, mientras curaba su herida—. ¡Hala! ¡Ahora una tirita y un besito para que se cure! —dijo cariñosamente Helena, haciendo que Roan sonriera como un idiota al recibir ese beso en la frente—. ¿Me puedes decir por qué no has venido a casa de mis abuelos en todo este tiempo, si sabes que me marché hoy? —le recriminó Helena mientras le daba golpecitos en el pecho con un dedo, sacándolo de su dulce ensoñación.

—Estoy castigado.

—¿Sí? ¿Y por qué? ¿Qué cosa tan terrible has hecho? —quiso saber Helena, emocionada, preguntándose qué maldades era capaz de realizar su amigo.

—Jugar contigo.

—¡Bah! ¡Eso no es nada! Pero no te preocupes: la próxima vez que venga, la escandalizaremos. Así te castigará con razón —replicó decididamente

Helena, designando a la madre de Roan como su acérrimo enemigo.

—¿Vendrás la semana que viene? —preguntó Roan, esperanzado.

—Por supuesto; no voy a dejar de jugar contigo nunca. ¡Y no llores hasta mi vuelta! Los chicos malos no lloran —le recordó Helena antes de despedirse de su amigo y alejarse despreocupadamente de él.

En el instante en el que Helena se marchó, la alegría desapareció de esa habitación, y su padre, que había permanecido en silencio hasta ese momento, le habló:

—Tu madre nunca comprenderá lo que las chicas como ella pueden darnos, hijo, lo que necesitamos para ser felices —dijo, mientras pasaba junto al niño y se dirigía hacia la salida, sin concederle la menor muestra de cariño ni preocuparse por su herida.

Cuando Roan se quedó solo una vez más en esa enorme y vacía casa, susurró a la silenciosa y solitaria cocina una verdad que había aprendido con el tiempo:

—Ni tú tampoco, papá.

Capítulo 2

Había pasado un año desde que había conocido a Roan y, al contrario de lo que me prometió, él seguía siendo un niño bueno. Se había convertido en un alumno ejemplar que sacaba las mejores notas en el colegio, no se quejaba ante los castigos que le imponían los mayores y era educado en todas las situaciones. Pero a pesar de todo, él insistía en que se convertiría en ese chico malo que yo sabía que él nunca podría ser.

Mi amigo era algo molesto. Siempre que nos encontrábamos en casa de mis abuelos insistía en que jugara sólo con él e intentaba acapararme. Me perseguía a todos lados preguntándome cómo se comportaba un niño malo y tenía esa mala costumbre que había cogido últimamente de declarar a los cuatro vientos que, cuando creciéramos, yo sería su novia.

Se suponía que los niños no pensaban en esas cosas hasta que fueran mayores, o por lo menos yo, a la edad de seis años, no lo hacía. Me tenía sin cuidado quién sería mi novio en el futuro. Lo único que sabía a ciencia cierta era que yo, al contrario que mi madre, no quería un príncipe; yo quería un chico malo, uno como los de esas películas de rebeldes que veía con mi abuela, que condujera un vehículo tan impresionante como la moto de mi tío Dan y que fuera tan valiente como mi tío Josh, al que no lo asustaban las películas de terror.

Y, por supuesto, que fuera tan imperfecto como mi papá, al que adoraba por encima de todos los hombres, ya que con él nunca me aburría, excepto cuando se ponía a hacer carantoñas con mamá y se olvidaba de mí. Pero, por suerte, eso no duraba mucho, porque papá siempre lo estropeaba y metía la pata haciendo que mi madre acabara arrojándole un zapato.

Cuando esto ocurría, mi padre huía con el zapato y mi madre lo perseguía por toda la casa. Yo ayudaba a mamá a recuperarlo, tras lo que las dos nos lanzábamos encima de él proclamándonos victoriosas para recibir nuestra recompensa, que era un montón de besos de papá, recordándonos así cuánto nos quería a ambas.

Más de una vez había visto cómo Roan observaba de lejos nuestros juegos, bastante confundido. En muchas ocasiones quise preguntarle por qué se extrañaba al verme jugar con mis padres, pero luego recordaba a su poco cariñosa madre y los gritos que siempre salían de su casa, así que, en vez de hacerle esa pregunta, lo abrazaba con cariño... para luego tirarlo al barro, claro, para que no se creyera que me había rendido a sus encantos y que en un futuro me convertiría en su novia o en algo peor: su mujer. «¡Puaj!», exclamé mentalmente al imaginarme algo así mientras intentaba conciliar el sueño, pero los llantos de mi hermanito me lo impedían.

Cuando por fin pude dormirme soñé con un niño malo que me invitaba a dar una vuelta en su gran moto, me llevaba hasta lugares impresionantes y con el que comía decenas de sabrosos dulces mientras disfrutábamos de cientos de juegos. Por desgracia, el frío que entraba en mi habitación me despertó en mitad de ese bello sueño, un frío que penetraba por la ventana abierta por culpa del chico que había junto a mí: ese insolente niño que, una vez más, se había colado en mi cuarto y pretendía ocupar mi cama.

—¡Por lo menos podrías cerrar la ventana cuando te cuelas en mi habitación! —le recriminé, acurrucándome entre mis mantas, sin dejarle espacio alguno en mi cama, donde siempre acababa encontrándomelo por las mañanas cuando huía de su casa para invadir mi espacio.

—Lo siento —se disculpó Roan, haciendo gala de los perfectos modales que siempre tenía mientras cerraba la ventana.

—¿Otra vez se están peleando? —pregunté absurdamente, pues a través de la ventana abierta se podían escuchar los gritos de la casa de enfrente.

—Sí —contestó Roan. Y sin querer hablar más del tema, tomó sitio en la

mullida alfombra del suelo, junto a mi cama.

—¿No crees que en algún momento se darán cuenta de que no estás?

—No, Helena. Ellos no se preocupan por mí, sino por lo que represento: para mis padres soy importante sólo porque puedo ser un candidato a la sucesión de mi abuelo.

—¿Quién es tu abuelo? ¿Un mafioso o algo así? —pregunté emocionada, imaginando que Roan tal vez fuera un chico malo de verdad, que intentaba ocultarse de todos y que por eso había acabado en el aburrido pueblo donde vivíamos, fingiendo ser un vulgar y anodino chico bueno.

—No, sólo un empresario de éxito.

—¡Ah! —repuse, sin importarme demasiado a lo que su familia se dedicara, porque no era tan emocionante como lo que yo me había imaginado.

—¡Déjame sitio, estoy helado! —pidió Roan de forma impertinente, intentando invadir mi calentito espacio. Pero en esta ocasión yo estaba preparada.

—No puedo, todo el sitio está ocupado —le contesté, mostrándole el enorme oso que abrazaba.

Roan frunció el ceño en cuanto vio mi peluche, el más grande y horrendo que pude elegir de la tienda de juguetes: tenía un gesto amenazante y un parche en el ojo y enseguida me encapriché de él, por lo que agobié a mis padres con mis rabieta hasta conseguir que me lo compraran.

—¿En serio? Tienes unos gustos de lo más cuestionables para una niña de tu edad —declaró Roan, sacándome una vez más de mis casillas con su aire de superioridad.

—¡Vale, pero él se queda y tú te vas! —exclamé, señalándole la ventana mientras le sacaba la lengua.

—No quiero volver a esa casa... —repuso Roan, mirando hacia su hogar con tristeza.

Pero a pesar de lo que dijo, sus pasos comenzaron a alejarse de mí porque, como el niño bueno que era, Roan siempre hacía lo que debía sin importarle

que no le gustara.

—Espera un momento —dije, haciendo que Roan se detuviera a pocos pasos de la ventana. Luego me metí debajo de las sábanas de mi cama y le hice esperar unos segundos mientras pensaba cómo fastidiarlo un poquito más.

»Creo que deberíamos dejarlo dormir en nuestra habitación, si no se pasará toda la noche llorando bajo la ventana. Además, es un poco torpe y no muy valiente, así que puede ocurrirle cualquier cosa si lo dejamos solo... —le susurré a mi oso de peluche, lo bastante alto como para que mi amigo me oyera. A continuación, me asomé desde mi arropada posición y le dije:

»Después de hablarlo con Héctor, hemos llegado a la conclusión de que puedes quedarte —anuncié, señalándole la alfombra junto a mi cama.

—Gracias, Héctor. Intentaré no molestarte, después de todo, dormir con una niña tan insoportable tiene que ser terrible. Sin duda, ese ojo lo perdiste por una de sus rabietas —replicó Roan, haciéndole una reverencia a mi osito sin dignarse a agradecerme a mí que le dejara quedarse en mi cuarto.

—¡Yo no tengo rabietas! —grité, levantándome de mi cama muy dispuesta a golpearlo con el oso.

Pero él, como siempre hacía ante mi violento comportamiento, se cruzó de brazos, me miró con aire de superioridad y me dedicó un enojoso gesto con una de sus manos indicándome que bajara el tono de mi voz.

¡Oh! ¡Qué ganas de saltar sobre él y golpearlo! Pero como no podía hacer ningún ruido para que los adultos no nos descubrieran, le tiré mi almohada, algo que esquivó sin problemas. Luego se apoderó de ella, y tras sacar con tranquilidad una de las mantas de mi armario, se acurrucó en una esquina, usando mi almohada, y sin esperar a que yo desahogase mi enfado, comenzó a roncar.

—¡Te odio, Roan! —susurré indignada, utilizando finalmente mi oso de peluche como almohada.

Y mientras me quedaba dormida maldiciendo a ese niño tan cargante al que había tenido la desgracia de conocer, oí cómo susurraba desde su frío rincón:

—Yo también te quiero, Helena.

A la mañana siguiente, ¡cómo no!, al abrir mis ojos lo primero que vi fue el rostro de ese irritante niño, que estaba acurrucándose a mi lado en busca de calor, o tal vez de un poco del cariño que nunca recibía, ya que siempre que dormía junto a mi cogía una de mis manos entre las suyas.

Como siempre hacía en estos casos, después de mirarlo un poco apenada porque sus padres no le daban a Roan el amor que se merecía, acaricié con cariño sus cabellos..., y tras este bonito gesto lo tiré de mi cama con un contundente empujón. Por supuesto, cuando despertó me hice la dormida simulando que todo había sido un accidente.

Roan, como tenía por costumbre, se marchó de mi habitación de manera tan silenciosa como había entrado y volvió a su casa donde, lamentablemente, sus padres estaban tan poco pendientes de él que nunca se daban cuenta de su ausencia. Podría haberme apiadado un poco más de ese molesto niño bueno si no fuera porque mi preciado oso, que siempre dormía conmigo, desapareció después de esa noche, y cada vez que le preguntaba a Roan por su paradero, él cambiaba de tema.

Para que dejara de incordiarlo con mis reclamaciones, o tal vez porque le di pena, un día apareció en mi habitación un oso de peluche tan enorme como Héctor, pero éste, al contrario que el primero, era muy bonito y adorable, y en su cuello tenía como adorno una horrible pajarita que me recordaba las que solía utilizar ese adorable niño que tanto me fastidiaba.

Sin duda, Roan lo había hecho a propósito.

Pensé en arrojar su regalo por la ventana, pero entonces recordé que podía fastidiarlo de una manera mejor. Decidida a poner mi plan en marcha, bajé por la escalera hacia el lugar donde solía hallar a mi abuela: la maravillosa cocina donde ella hacía los mejores platos del mundo.

Como mi abuela era muy habilidosa y siempre le encantaba hacer cosas que tuvieran que ver con las labores del hogar, no dudé en preguntarle sobre la idea que me rondaba por la cabeza. Me senté silenciosamente en uno de los

taburetes de la cocina y, mientras ella preparaba la masa de unas deliciosas galletas y mi abuelo leía la sección de deportes de su periódico, dejé caer de improviso:

—Abuela, ¿tú me podrías enseñar a coser?

Mi abuelo se quedó boquiabierto y dejó caer su periódico; mi abuela se quedó paralizada con el rodillo de amasar alzado sobre la masa de galletas. Luego, como si mis palabras fueran las más perturbadoras del mundo, los dos se dirigieron hacia mí. Mi abuelo no dejaba de ponerme la mano en la frente.

—No, querida, parece que no tiene fiebre. No obstante, voy a llamar a Josh ahora mismo —manifestó mi abuelo justo antes de salir apresuradamente de la cocina para hacer que uno de mis ocupados tíos corriera hacia su casa para hacerme una revisión.

Desde mi asiento me crucé de brazos, muy molesta por el comportamiento de mis mayores, y me quedé observando bastante enfadada cómo se alejaba mi abuelo, sin dejar de acribillararlo con una de mis miradas. Yo ya sabía que era muy poco femenina y que apenas me gustaban esas cosas tan espantosas de las labores domésticas, ¡pero tampoco era para ponerse así!

Aunque lo de mi abuela fue peor...

—¡Por fin te interesan las tareas del hogar! ¡Ya sabía yo que este momento llegaría! Seguro que todo se debe a un chico, ¿verdad que sí, cariño? —preguntó, muy emocionada, mientras iba de un lado para otro de la cocina.

—Sí, abuela. Se debe a uno muy especial —mascullé entre dientes, recordando cómo quería golpear a Roan por haber hecho desaparecer mi preciado oso sustituyéndolo por otro demasiado bonito y angelical para su bien—. Abuela, ¿me vas a ayudar o no? —pregunté, impaciente por empezar cuanto antes mi venganza contra ese altivo idiota.

—¡Espera que se lo cuente a tu madre! Se emocionará muchísimo y...

Antes de que mi abuela terminara sus palabras, mis preocupados padres entraron en la cocina acosándome con preguntas sobre cómo me encontraba, qué tal estaba, si me había golpeado en la cabeza... y enseguida llegó también

mi tío Josh con su maletín de médico, que corrió hacia mí apartándolos a todos de su camino.

—¿Qué te ocurre, Helena? ¿Estás bien? —preguntó mi madre, poniendo una de sus manos en mi frente a la vez que tío Josh metía un termómetro en mi boca.

Definitivamente, mi familia me hacía enfurecer en ocasiones con su alocado e irracional comportamiento; después de todo, yo sólo le había hecho una simple pregunta a mi abuela y tampoco era para tanto.

—¿Qué ha ocurrido? —interrogó mi preocupada madre a mi abuela mientras los presentes me impidieron contestar agobiándome con sus cuidados.

—Me ha pedido que le enseñe a coser, y creo que es porque le interesa un niño —contestó mi abuela sin disimular su alegría, haciendo que mi madre sonriera y que mi padre y mi abuelo gritaran al unísono una desgarradora negativa.

—¡¡¡Nooooo...!!!

Y, antes de que todo el caos que me rodeaba se volviera más ruidoso y absurdo, con mi abuelo enseñándome folletos de internados para chicas, totalmente apoyado por mi padre, o mi madre y mi abuela planeando otras actividades femeninas que pudieran interesarme, me bajé del taburete, le devolví bruscamente el termómetro a mi tío, y fulminándolos a todos con una de mis miradas, le comuniqué a mi abuela:

—¡Déjalo, abuela! Ya me las apañaré con pegamento y grapas.

* * *

Cuando me di cuenta de que Helena había vuelto a quedarse a dormir en casa de sus abuelos me dispuse a subir una vez más por el viejo árbol hasta su habitación, cargado con el último obsequio que pretendía ofrecerle a mi amiga.

Junto a ella podía alejarme de los gritos y recriminaciones que mis padres se hacían entre sí, así como de los injustos castigos con los que últimamente mi madre intentaba aleccionarme mientras me exigía lo imposible.

Yo podía sacar las mejores notas en el colegio, aguantar múltiples tutores fuera de las clases, olvidarme de juegos para los que no tenía tiempo, incluso malgastar mi exiguo período de recreo sumido en mis lecciones..., pero lo que no podía hacer era olvidar la risa de esa niña que me había hecho darme cuenta de lo que me estaba perdiendo, ni alejarme de ella cuando, para mí, estar a su lado era lo único que me hacía feliz, aunque sólo fuera por unos breves momentos.

Era plenamente consciente de que, si en algún momento mis padres llegaban a enterarse de mis escapadas, me castigarían con gran contundencia, ya fuera con sus airados golpes o con encierros. Pero ése era un precio que estaba dispuesto a pagar con tal de estar a su lado.

Aunque Helena me gritara y se enfadara conmigo, yo sabía que me quería. Para mi desgracia, había aprendido desde muy pequeño a reconocer cuando una persona me odiaba de verdad. De hecho, yo sabía perfectamente que mis padres no me amaban y que me utilizaban para obtener dinero de mi abuelo. Tal vez por ello los gritos entre risas, los gestos obscenos o los «te odio» que en ocasiones me dedicaba Helena no me alejaban de ella, sino que me acercaban más, porque en el momento más inesperado me sorprendía con un abrazo o un gesto cariñoso que, sin que Helena lo supiera, me unían más a ella, pues eso era lo que siempre había faltado en mi vida y nunca había llegado a tener hasta que la conocí.

Cuando terminé de escalar ese dichoso árbol, abrí la ventana y por poco no me caí del susto al ver de repente un enorme y aterrador oso de peluche que tardé unos instantes en reconocer: se trataba del hermoso y caro regalo con el que yo había sustituido a su espantoso Héctor, al que no dudé en enterrar en el jardín trasero sólo porque Helena lo abrazaba demasiado. Mi presente no

había tardado en adquirir un aspecto tan lamentable como su predecesor en manos de mi vengativa amiga.

Entre las modificaciones que había llevado a cabo, con gran creatividad, eso había que reconocérselo, mi primoroso regalo había sido dotado de un parche negro en el ojo con la irónica forma de un corazón. Además, para darle un aspecto más vulgar, mi amiga había pintado una pequeña cresta verde en su hermoso pelaje marrón y le había colocado una vestimenta bastante singular: una chaqueta de cuero negro que le daba un aspecto intimidante y algunas grapas..., bueno, bastantes grapas en las orejas, como si fueran *piercings*. Del elegante y caro regalo que le había hecho sólo quedaba intacta la impoluta pajarita negra que siempre me obligaba a llevar mi madre y que yo había utilizado con mi oso para que Helena no pudiera olvidarse de mí. Helena la respetó, aunque no del todo, pues junto a ella había colgado una cuerda que sostenía una impertinente nota en la que me retaba como sólo ella sabía hacer: «Él sí puede ser un chico malo, tú no».

—Qué te apuestas... —susurré para mí mientras descolgaba el oso de la ventana, muy dispuesto a hacerlo desaparecer, mientras lo cambiaba por un nuevo regalo, más apropiado para Helena. Luego, tiré por la ventana al grotesco peluche mientras tomaba mi lugar en la cama, acurrucándome junto a Helena a la vez que cogía la cálida mano que nunca me rechazaba.

A la mañana siguiente supe que a Helena no le había gustado demasiado el último presente, con el que había sustituido a ese horrendo oso, cuando entró en la cocina de sus abuelos al tardío desayuno al que me habían invitado, despotricando indignamente sobre mí.

—¡Has sido tú! ¡Sé que has sido tú! ¡Devuélveme mi oso pero ya! —gritó Helena mientras vapuleaba mi nuevo regalo.

—No sé de qué estás hablando —respondí con dignidad y continué sorbiendo mi chocolate caliente, pues sabía que lo que más sacaba de quicio a Helena era que la ignorase.

—¡Tú...! ¡Tú...! ¡Esto es cosa tuya! —exclamó, poniendo ante mí el objeto

de su furia.

—Sí, Helena, yo te lo he regalado —admití pasivamente mientras dejaba a un lado mi taza para prestar atención a su berrinche.

—¿Dónde está mi oso?!

—Ahí lo tienes: eso es un oso de peluche —repuse, mientras le señalaba mi regalo más reciente.

—¿Tú sabes a qué oso me refiero!

—¡Ah! Lo siento, pero tuvimos un enfrentamiento y tuve que deshacerme de él —dije, imitando la voz y el gesto amenazante de pasarme un dedo por el cuello que había visto en una de esas películas de mafiosos que tanto le gustaban a Helena.

—¿Tú y yo sabemos que no eres un chico malo! —sentenció contundentemente Helena, acercando mucho su rostro al mío.

—Pero estoy aprendiendo —repliqué, y le ofrecí la más bella de mis sonrisas, con lo que conseguí que Helena se alejara de mí resoplando y maldiciendo mi nombre.

—¿Qué has hecho ahora, chaval? —preguntó el señor Taylor mientras entraba en la cocina.

—Nada, sólo darle un detallito —dije, señalando mi regalo.

Y, tras dar un sorbo a su café, el padre de Helena casi se atragantó al ver mi hermoso obsequio que había sido abandonado sobre la mesa de la cocina. Luego, tan curioso como siempre, se fijó en la nota que lo acompañaba.

—«¡Al igual que tú, la Señorita Pinky Lacitos Arco Iris es toda una princesita!» —leyó en voz alta el señor Taylor mientras fruncía el ceño ante tan desacertado regalo para su hija, como era un oso de peluche ataviado con un vestido muy similar a los que la madre de Helena la obligaba a llevar en ciertas ocasiones—. Roan, no creo que a mi hija le vayan demasiado las princesas...

—¿De veras? —pregunté haciéndome el tonto, porque por nada del mundo iba a confesar que sólo le había hecho ese regalo para fastidiar a Helena tanto

como ella solía hacer conmigo.

—Verás: lo mejor es elegir el momento adecuado para cada regalo, así como un presente que sea de su agrado —declaró el señor Taylor mientras me conducía hacia el salón—. Aunque es verdad que las mujeres pueden llegar a ser algo complicadas... —musitó el señor Taylor mientras me señalaba cómo su mujer intentaba quitarle a Helena unas enormes tijeras con las que pretendía destrozarse a la Señorita Pinky Lacitos Arco Iris.

—¡Pero mamá, que sólo lo ha hecho para fastidiarme! —se quejaba Helena.

—¡Helena Taylor, por nada del mundo voy a permitirte utilizar esas tijeras para destrozarse tan hermoso regalo! —replicó la madre de Helena, logrando finalmente hacerse con las tijeras mientras le señalaba su cuarto—. Y antes de retirarte a tu habitación espero que le pidas a Roan las debidas disculpas que se merece.

—¿Roan? —dijo Helena, dirigiéndose a mí a la vez que me mostraba sus morritos enfurruñados.

—¿Sí, Helena? —pregunté, anticipando cómo sería su disculpa.

—¡Te odio! —gritó, para a continuación subir como una bala a su habitación, dejándome plantado junto a su familia.

Pero yo sabía que esas palabras nunca serían ciertas porque por la noche no me negaría el cobijo de su habitación, algo que Helena creía erróneamente que me reconfortaba, cuando lo único que buscaba en realidad era a ella.

—No te preocupes Roan, son cosas de familia: a su madre tuvimos que quitarle una escopeta de las manos hace años —apuntó John Lowell, el divertido abuelo de Helena, mientras me dedicaba un afectuoso golpecito en la espalda al pasar junto a mí en busca de su desayuno.

—¿Y cuándo fue eso? —preguntó un confuso Alan, el padre de Helena.

—Cuando besaste a mi hija por primera vez —anunció John, riéndose a carcajadas de la reacción de su yerno.

—¡Vaya! Nunca me había imaginado lo peligroso que podía ser un beso —

manifesté, sumido en mis pensamientos, sin darme cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—Lo tienes crudo, chaval —dijo entonces el señor Taylor, compadeciéndose de mí—. Pero no te preocupes, cuando llegue el momento, algo que tardará mucho, mucho, pero que muchísimo en llegar, yo te ayudaré —prometió el padre de Helena, intentando darme ánimos.

Aunque las carcajadas del señor Lowell después de esta afirmación no me tranquilizaron en absoluto.

Capítulo 3

Helena Taylor era la hija mayor de una pareja legendaria en el pueblo de Whiterlande: Alan Taylor y Elisabeth Lowell. O, mejor dicho: el Salvaje y Doña Perfecta.

El apodo de «Salvaje» se lo concedieron a Alan durante su infancia a causa de las múltiples trastadas que era capaz de hacerle a la única niña a la que le gustaba fastidiar, Elisabeth, quien a su vez era conocida en el pueblo como «Doña Perfecta», gracias a sus excelentes modales y a su impecable comportamiento..., hasta que conoció a Alan, momento en el que la siempre correcta y aburrida chica perfecta se convirtió en un diablillo digno de los mayores chismes, hasta que Alan consiguió atraparla para no dejarla marchar jamás.

La conclusión de toda su historia fue un final feliz para la pareja y un tedioso vacío en la pizarra de apuestas del bar de Zoe, donde todo el pueblo se distraía apostando por uno u otro personaje.

Este local era el lugar más concurrido de ese pequeño pueblo. Por las mañanas se mostraba como el típico restaurante familiar repleto de hogareñas mesas de blancos manteles y bonitos jarrones con flores que, con sus deliciosos menús, llamaba la atención de los viandantes para que probaran sus apetitosos platos. Pero por la noche sufría un gran cambio y, con su amplia barra, sus atenuadas luces y sus fuertes bebidas se convertía en un lugar sólo apto para mayores.

La pizarra de apuestas de Zoe era famosa por haber seguido las aventuras de varios miembros de la familia Lowell y, ya fuera de día o de noche, siempre se aceptaban apuestas en ella sobre los alocados miembros de esta

familia. Esa pizarra, que Zoe mantenía escondida en la cocina, nunca había permanecido vacía durante mucho tiempo, ya que, tras el matrimonio de John y Sarah, padres de Elisabeth, y el de la propia Elisabeth con Alan, aún quedaban solteros sus dos hermanos, Dan y Josh. Y los Lowell nunca decepcionaban a la hora de enamorarse, pues siempre se comportaban como unos locos cuando corrían detrás de ese esquivo sentimiento.

Los vecinos del pueblo pensaron que sus días de diversión terminarían cuando el último de los hermanos de esta impetuosa familia sentase la cabeza, pero con el paso de los días comenzaron a darse cuenta de que ante ellos había surgido una pareja tan interesante como lo fueron una vez Elisabeth y Alan: siempre que Helena y Roan se juntaban, acababan haciendo una de las suyas, y resultaba evidente para todos que Roan estaba prendado de la pequeña Helena, ya que la perseguía allá donde fuera. Lo que no quedaba nunca claro era cómo reaccionaría Helena ante los avances de ese dulce niño, porque esa pequeña, al contrario que su madre, era toda una salvaje. Y el pequeño Roan, por más que lo intentaba, siempre acababa metiendo la pata en sus intentos por llamar su atención.

Lo obvio era que, a pesar de sus diferencias, esos niños eran inseparables, algo que había demostrado Helena en más de una ocasión con gran contundencia.

—Bueno, señores: Roan lleva castigado más de una semana y su madre no parece muy dispuesta a dejarlo salir, así que se admiten apuestas sobre lo que hará Helena en esta ocasión para conseguir salvar a su amigo de «la malvada bruja», como la conoce nuestra querida protagonista —declaró Zoe, sacando su enorme pizarra de detrás del mostrador.

—¿No seguía ella castigada por introducir una serpiente pitón en el buzón de los vecinos de sus abuelos? —preguntó Jeff, el tendero local, que siempre apostaba por la pequeña.

—Sí —sonrió maliciosamente otro al rememorar esa gamberrada y los gritos de «la malvada bruja», que no le caía bien a nadie en ese pueblo.

—Esa travesura le causó algún que otro problema a su tío Dan en su clínica veterinaria.

—¡Pero Helena tenía una buena razón para hacerla! Se enteró de que la bruja había roto todas las cartas que le mandaba a Roan.

—Además, ¿desde cuándo estar castigado ha sido un problema para un Taylor? —apuntó Zoe, recordando alguna de las trastadas que realizó en su día el padre de la niña.

—Yo apuesto por que Roan saldrá hoy de su encierro. ¡Dios sabe que esa niña no tiene paciencia alguna! Y ya ha aguantado demasiado...

—¿Tú qué dices, Terence? ¿Será otra falsa denuncia de secuestro para que detengas a «la malvada bruja»? —preguntó Zoe, dirigiéndose al jefe de policía del pueblo mientras observaba intrigada las apuestas de su pizarra.

—No lo creo, Zoe. Después de hablar seriamente durante una hora entera con Helena sobre por qué no hay que presentar falsas acusaciones como la que ella realizó, que me metió en un buen lío con esa impertinente señora, creo que le quedó bien claro a la pequeña que el hecho de que esa mujer castigue a su hijo no es un delito, y que se lo lleve a la fuerza de la casa de sus abuelos tampoco es un secuestro, por más que interrumpiera sus juegos.

—Entonces tal vez le haga alguna imaginativa faena a la bruja, ¿no creéis? —manifestó uno de los presentes, frotándose las manos al recordar lo convincente que podía llegar a ser Helena cuando quería salirse con la suya.

—Aún no me explico cómo consiguió meter el pavo de Navidad en la cama de esa mujer sin que nadie se enterara... —dijo Zoe mientras sostenía una tiza para apuntar una nueva apuesta en su pizarra.

—¡Ja, ja, ja! ¡Aún creo escuchar sus chillidos y quejas resonando en mis oídos! Y eso que el bichejo iba adornado con un bonito lazo, pero claro: despertarse con el culo de un pavo relleno delante de tu cara no debe ser nada agradable —manifestó un risueño Terence mientras recordaba los exasperantes gritos y recriminaciones que esa mujer le hizo por teléfono, hasta

que él le informó de que no podía denunciar a nadie por colocar un pavo en su cama.

—No creo. Nada de imaginativas amenazas, porque Helena está castigada y tiene prohibida la entrada en la cocina de por vida —intervino Diana, la paciente directora del colegio que, al igual que casi todos los habitantes de Whiterlande, seguía muy de cerca las andanzas de esa chiquilla.

—¡Alegraos de que sólo tuviera un pavo a mano! ¡La próxima vez le mete un caballo en la cama! Es tan imaginativa como Doña Perfecta a la hora de inventar sus trastadas, y tan gamberra como el Salvaje —rememoró Jeff, recordando las veces que había ganado un dinero extra apostando por esa pareja.

—Las películas de mafiosos nunca han sido una buena influencia para los niños. Deberían ver películas infantiles que poseen mensajes educativos y... —comenzó a explicar Diana como la digna educadora que era. Hasta que sus palabras fueron silenciadas por las advertencias de Zoe.

—¡Silencio! ¡Parece que esos dos se aproximan! —anunció Zoe, a la vez que escondía la pizarra en la cocina.

—Helena, ya te dije que no funcionaría —se quejaba Roan mientras caminaba dolorido sin poder dejar de masajear su trasero.

—¿De qué te quejas? Has conseguido escaparte, ¿no? —preguntó Helena, molesta con su amigo porque su ayuda no recibiera el agradecimiento que le correspondía por haber logrado un espléndido rescate.

—Sí, ¡pero de qué manera! —se quejó nuevamente Roan mientras seguía a Helena hacia la barra del bar y conseguía con sus palabras que todos estuvieran pendientes de la conversación de los chiquillos—. No creo que fabricar una cuerda amarrando las sábanas de seda de mi madre fuera una idea muy buena, por más que lo vieras en una película. Por cierto, ¿qué película era?

—Una infantil. Últimamente mi madre sólo me deja ver cosas ñoñas de princesas. Se cree que eso apartará de mí las malas influencias o qué sé yo.

—¿Y tenían que ser las sábanas de la cama de mi madre en lugar de las de mi habitación? ¿Has visto cómo han quedado después de que bajara por ellas?

—Síííí —contestó Helena, luciendo una maliciosa sonrisa en su rostro.

—No sé ni para qué pregunto... —se quejó Roan, sabiendo que Helena le había declarado la guerra a su madre desde el primer momento en el que se cruzaron sus miradas.

—¡No te quejes más! Te he salvado de la bruja, ¿no? ¡Así que chitón!

—Tu forma de salvarme es algo cuestionable —replicó impertinentemente Roan—. Sobre todo cuando gritaste: «Yo te cogeré», y te apartaste en el último momento.

—Pesas más que yo y eres más grande; ¿cómo narices te iba a coger cuando las sábanas empezaron a romperse? Únicamente lo dije para que no quedaras colgando de ellas y comenzaras a llorar como una nenaza. Además, te recuerdo que yo soy una niña muy delicada.

Tras esta afirmación se escucharon varias risas de los clientes de Zoe, que intentaron disimularlas en vano con una tos, algo de lo que Helena se percató de inmediato. Y, volviéndose hacia todos los cotillas que los rodeaban, los acribilló con una de sus furiosas miradas. Luego cambió su fruncido ceño por una bonita sonrisa e intentó aparentar el papel de niña buena e inocente frente a Zoe, aunque en esas circunstancias no pudiera engañarla en absoluto.

—Señorita Norton, ¿podría darme un poco de hielo, por favor? Mi amigo se ha hecho daño... —pidió dulcemente la niña de bonitos rizos negros y hermosos ojos azules que lucía un vestido nuevo que seguramente su madre le había obligado a llevar.

—Sí, claro, cielo, faltaría más. ¿Qué te ha pasado, Roan? —preguntó Zoe con amabilidad mientras envolvía un poco de hielo en un trapo limpio.

—Sólo que se ha caído al suelo. Es un poco torpe —repuso Helena, quitándole importancia a la lesión de su amigo.

—Gracias —contestó educadamente Roan y, algo avergonzado, se puso el hielo en su codo sin atreverse a ponerlo en la zona que de verdad le dolía. Al

menos hasta que Helena, bufando con impaciencia, le arrebató el trapo con hielo y lo colocó en su trasero.

—¡Vamos, Roan! ¿Quién no ha tenido alguna vez el culo dolorido? —inquirió Helena escandalosamente, cediéndole el hielo a su amigo para que esta vez lo mantuviera en el lugar correcto—. Ahora vamos a jugar antes de que se nos acabe el tiempo y esa arpía vuelva a casa —indicó Helena, muy decidida, arrastrando a su amigo hacia el exterior.

—Helena, ¿saben tus padres que estás aquí? ¿Y los de Roan? —preguntó Terence, dispuesto a no escuchar más de las escandalosas quejas de la familia del niño.

—Estoy muy disgustada con su trabajo, señor Philips —replicó Helena, evitando contestar a la pregunta mientras señalaba con el dedo al jefe de policía que se interponía en su camino, a la vez que lo reprendía con una de sus miradas—. No creo que haya hecho las averiguaciones necesarias para saber si esas personas son los padres de Roan. ¡Seguro que esos individuos lo han secuestrado! Pero, claro, como usted no quiere hacer su trabajo... ¡Le exijo una prueba de ADN antes de seguir hostigando a mi amigo! ¡Lo he visto en televisión y sé que, sólo con eso, uno puede estar seguro al cien por cien de quiénes son sus padres! —declaró con descaro Helena mientras ponía sus brazos en jarra, decidida a salirse con la suya.

Ante tal acusación, Terence Philips únicamente pudo hacer una cosa: quedarse boquiabierto ante el atrevimiento de esa mocosa y dejar pasar a esos impetuosos niños hacia la salida sin dejar de vigilarlos.

—Helena, son mis padres... —intervino Roan, interrumpiendo el airado discurso de la pequeña mientras suspiraba una vez más por las fantasiosas ideas de su amiga.

—¡Pues yo no estoy totalmente segura de ello!

—¿Por qué no? —preguntó Roan, confuso, volviéndose hacia su amiga para resolver esa cuestión antes de comenzar con sus diversiones.

—Porque no te quieren, Roan... —contestó Helena con tristeza, haciendo

que a todos los presentes se les hiciera un nudo en la garganta ante sus acertadas palabras—. Ni siquiera se preocupan por saber dónde estás. Mi padre lleva un buen rato siguiéndonos disfrazado, ¡y qué decir de mis tíos, que se esconden como el culo! Pero tu casa estaba vacía, y tú encerrado en ella, solo.

—Helena, la verdad es que no todos los padres quieren a sus hijos —manifestó Roan, muy acostumbrado a ser ignorado por los suyos.

—Pero ¿por qué no te quieren, si eres un niño muy bueno? —insistió Helena, incapaz de imaginar no ser adorada por sus familiares, como le sucedía en todas sus escandalosas reuniones.

—No lo sé —contestó Roan, confuso ante el comportamiento de sus mayores.

—¿Ves? ¡Por eso tienes que aprender a ser un chico malo! —apuntó alegremente mientras le daba un abrazo consolador a su amigo y llegaba a la conclusión de que sus consejos siempre eran los mejores—. Así nadie podrá ignorarte.

—Estoy aprendiendo a ser un chico malo, pero únicamente por ti —afirmó Roan, acabando con su suerte cuando Helena lo apartó de forma brusca de ella tras oír esas palabras.

—Por millonésima vez, Roan, ¡no pienso casarme contigo cuando crezcas! ¡No pienso casarme nunca, de hecho! —gritó Helena, acabando con la conmovedora escena que representaban mientras se dirigían al exterior—. ¡Y tú nunca serás un chico malo!

—¡Que sí!

—¡Que no!

—¡Que sí!

La discusión de los críos prosiguió mientras salían por la puerta, y cuando éstos se alejaron, los clientes de Zoe, tan cotillas como siempre, no pudieron evitar pegar sus orejas en ella para seguir la disputa.

—¿Cuándo creéis que terminará su discusión? —preguntó uno de los

comensales más cercanos a la salida, dispuesto a hacer una nueva apuesta en la pizarra.

Una apuesta que duró sólo hasta que el silencio se hizo en el exterior y Helena volvió a entrar en el establecimiento, dirigiéndose tan amable y educadamente como la vez anterior hacia la barra.

—Señorita Norton, ¿podría prestarme unas tiritas para mi amigo Roan?

—Sí, claro, cielo. ¿Qué le ha pasado ahora a Roan? —se interesó Zoe, impaciente por conocer el resultado de la apuesta que le habían propuesto unos segundos antes.

—Pues verá... —comenzó dubitativamente Helena, mientras miraba nerviosa sus zapatos, para terminar confesando—: En esta ocasión Roan se ha caído contra mi puño.

* * *

Ser un chico malo no era tan fácil como yo creía cuando tenía siete años y Helena me propuso ese reto por primera vez, y ahora, que tenía nueve años, la cosa no había cambiado demasiado.

A pesar de los ruegos que le había hecho a mi madre en más de una ocasión, ella seguía insistiendo en vestirme con unos pantalones de pinza y molestas camisas que me agobiaban, sobre todo cuando iban acompañadas por esa maldita pajarita que continuamente arrancaba de mi cuello a la menor oportunidad.

Yo no era demasiado popular en el colegio, y el hecho de que mi única compañía en el recreo fueran los libros no me hacía destacar demasiado. Bueno, últimamente también me acompañaba en los descansos Nathan, un chico rubio de ojos azules un año menor que yo, que estaba en mi misma clase porque era un cerebritito; encima daba la casualidad de que era el primo de Helena, por eso sabía cosas interesantes de ella, y por este motivo, lo dejaba que me siguiera. Además, con su mente superdotada podría ofrecerme algún

buen consejo para conseguir mi objetivo, aunque el que yo le hiciera caso o no ya era otra cuestión...

—Roan, perseguir a los matones de la clase para ver cómo se comportan es una mala idea, pero copiar su forma de ser para enfrentarte a ellos es simplemente una locura —susurró Nathan en nuestro escondite, desde donde veíamos cómo dos niños de nuestra clase intimidaban a otro de nuestros compañeros.

—¿Y entonces cómo narices voy a aprender a ser un chico malo si no? —pregunté, cada vez más decidido a hacerme con el título de matón de la clase para atraer la atención de Helena.

—Eso no es ser malo, es ser despreciable —señaló Nathan, cada vez más molesto con las risas que esos chicos dirigían hacia el niño al que habían acorralado y que comenzaba a temblar, nervioso.

—¿Es que acaso tienes miedo? —le pregunté, retando a mi amigo con la mirada a que me siguiera en ese juego que ni yo mismo me imaginaba cómo terminaría. Aunque cuando vi los golpes que esos dos comenzaban a propinar a la pared, amenazadoramente, tuve una clara idea de ello.

—¡Claro que sí, ese niño nos saca dos cabezas! —respondió Nathan, señalando a uno de los matones.

—Pero es un poco canijo, tal vez si unimos nuestras fuerzas...

—Y el otro es tan grande como un oso —continuó Nathan, señalando al segundo niño, bastante corpulento y difícil de derrotar en una pelea, intentando echar abajo mis sueños de victoria—. Es normal que tenga miedo, Roan. Lo que no son normales son tus estúpidas ideas para tus descabellados intentos de conquistar a mi prima —me recriminó Nathan, colocándose las gafas en su lugar mientras me reprendía con la mirada.

—Bueno, ¿piensas ayudarme o no? —pregunté a mi amigo, decidiendo que era el momento preciso de hacerme notar cuando esos dos alzaron sus puños hacia su víctima.

—Sólo pienso intervenir en el momento oportuno para salvar tu culo, ni un

segundo antes ni un segundo después. Si algo temo más que a esos dos son las reprimendas que mi madre me dedicará si me meto en líos.

—De acuerdo, pero serás mi apoyo y luego le contarás a Helena todo lo que ocurra —exigí, decidido a quedar bien ante Helena.

—Sí, sí, lo que tú digas... —se despidió Nathan, agitando una de sus manos. Aunque no me animó demasiado que poco después sumergiera su nariz en uno de sus libros de historia que tanto lo distraían. No obstante, yo me mantuve firme y caminé hacia mi objetivo.

—¡Eh, vosotros! —grité con decisión, aunque mi voz salió un poco chillona. Tal vez por el miedo.

Como vi que nadie me prestaba atención, volví mi rostro hacia Nathan, que me señaló con discreción que me acercase un poco más y fuera más atrevido, así que cuando estuve lo suficientemente cerca de ellos, le di unos golpecitos en el hombro a uno de los matones y declaré, con firmeza:

—¿Podrías hacer el favor de dejar de pegar a mi compañero? Me molesta muchísimo vuestro comportamiento, no creo que sea el más adecuado para unos niños de vuestra edad.

Cuando los niños se volvieron hacia mí se quedaron boquiabiertos. Creía que los había impresionado, así que volví mi rostro hacia donde estaba Nathan para ver si mis palabras habían sido las adecuadas.

Supe que no lo había hecho bien cuando Nathan se llevó una de sus manos a la frente, ofuscado. Y mientras yo me preguntaba cuál había sido mi error, Nathan se pasó un dedo por su cuello para después indicarme que mirara detrás de mí. Descubrí que mis palabras no les habían intimidado en absoluto cuando mi rostro recibió el primer puñetazo.

Sabiendo que muy pronto recibiría la ayuda de mi amigo, intenté hacer frente a los matones. Pero yo ni siquiera sabía dar un buen puñetazo, y ellos jugaban demasiado sucio para un chico tan bueno como yo.

Cuando me creía vencido, ya que yo me mantenía hecho una bola en el suelo evitando sus patadas, oí el grito airado de una niña que no tardé en

reconocer:

—¿Qué está pasando aquí?! —chilló Helena, exigiendo a su primo Nathan una explicación.

Y el muy condenado, como me había prometido, se apresuró a contarle a Helena todo lo que había sucedido hasta ese momento, aunque los hechos no me dejaran en una posición demasiado buena ante ella.

—Roan ha pedido con mucha amabilidad a esos matones que dejaran de golpear a un niño al que estaban intimidando y ha tomado muy convenientemente su lugar.

—¡Pero tú eres idiota! —gritó Helena, moviéndose hacia mí sin importarle nada que los dos matones se interpusieran en su camino.

Dejando de esconderme de mis miedos en la lamentable posición en la que me hallaba, me levanté del suelo para enfrentarme con dignidad a las reprimendas de Helena, hasta que esos molestos niños se interpusieron en su camino.

—¡Mocosa, esto no es de tu incumbencia! ¡Vete de aquí! —declaró despectivamente el más alto, que tenía cara de conejo, ganándose una enojada mirada de Helena.

—¡Sí, eso! ¡Vuélvete a tu castillo, princesita! —se burló el más tonto de los dos, señalando el primoroso vestido que Helena vestía y que detestaba.

Y ése fue el preciso momento en el que Nathan y yo cerramos nuestros ojos ante tan desacertado comentario a la vez que hacíamos un gesto de dolor a la espera del caos que no tardaría en desatarse sobre ese pobre idiota.

Tras un sonoro grito de guerra, Helena cogió carrerilla y le dio un cabezazo en el estómago al más gordo de los matones, haciéndolo rodar por el suelo. Yo, por supuesto, intenté defenderla, y sacando fuerzas me enfrenté al otro niño para que no atrapara a mi amiga. Intenté darle puñetazos y patadas, pero era demasiado débil y siempre acababa en el suelo. Además, estaba muy preocupado por mi amiga, aunque al parecer ella sabía defenderse muy bien, ya que el otro niño no tardó en acabar de rodillas y suplicando cuando un

revuelo de lazos se abalanzó sobre él y no cesó de propinarle mordiscos, tirones de pelo y múltiples patadas en sitios bastante indecorosos. Cuando Helena le hubo dado una lección al gordo, se volvió hacia mí victoriosa y al verme en aprietos me dijo, retándome:

—¡Juegas demasiado limpio, niño bueno!

Tanto me enfurecieron sus palabras que pateé ciegamente a mi contrincante, dándole de lleno en sus partes, haciendo que por una vez fuese él quien acabara dolorido en el suelo frente a mí y sin poder levantarse, declarándome vencedor de esa trifulca.

—Aunque vas aprendiendo —musitó Helena dándome su aprobación, para luego poner sus brazos en jarra, y dirigiéndose con gesto furioso a los dos matones que aún permanecían derrumbados en el suelo, comenzar a reñirlos.

Supuse que les recriminaría y alabaría mis cualidades, algunas de las que sin duda habría sido consciente en esa pelea, así que me quedé boquiabierto cuando Helena comenzó su discurso:

—Sé que Roan es un niño muy molesto, un metomentodo, un listillo, un incordio, un pesado y un nenaza llorón que no sabe pelear, pero...—comenzó Helena, tras lo que hizo una pausa para continuar exponiendo el motivo por el que ella me defendía siempre—: ¡Que os quede clarito que le daré una lección a cualquiera que se meta con él, porque sólo yo puedo vapulearlo! —finalizó, señalándome con un dedo mientras yo permanecía asombrado ante las razones que había dado.

»Así que ya sabéis: ¡no volváis a meteros con él u os daré una paliza! ¿Tenéis algo que decir? —preguntó amenazadoramente Helena, dirigiéndose a esos temidos matones que yacían a sus pies.

Me enfadé mucho ante sus palabras, porque me presentaban más como un saco de boxeo que como un amigo, así que cuando una pequeña ráfaga de viento alzó su vestido y nos permitió a todos ver sus braguitas llenas de lacitos en mitad de su acalorado discurso, no pude evitar interrumpirla para meterme con ella.

—No me puedo creer que tus bragas también sean de lacitos... —manifesté ante todos, haciendo que la furia de Helena se volviera contra mí. Por suerte, como me prometió mi amigo Nathan, él estaba allí para intervenir en el momento adecuado y retuvo a Helena dándonos tiempo tanto a mí como a los matones para escapar antes de que su ira se desatase.

Supuse que las cosas no habían salido como yo pensaba y que no había conseguido el título de matón cuando, al volver a clase, mis compañeros me miraban dirigiéndose los unos a los otros unas sospechosas risitas.

Después de tomar asiento junto a Nathan le pregunté, un poco molesto:

—¿Por qué no irrumpiste antes en la pelea?

—Porque hasta que enfadaste a Helena no me necesitabas.

—Me estaban dando una paliza.

—Hecho con el que habrías aprendido a dejar de hacer el idiota, Roan. Pero cuando Helena está de por medio es otra cuestión, ya que nunca aprendes —señaló mi amigo sin dejar de pasar las páginas de su libro.

—Las cosas no han salido como yo pensaba, ¿verdad? —pregunté, derrumbándome en mi pupitre.

—Para nada —contestó Nathan sin prestar demasiada atención a mis quejas, a las que ya estaba acostumbrado.

—Bueno, ¿y quién se ha llevado ahora el título de matón de la escuela? —pregunté, con la intención de continuar con mi descabellada idea en otro momento.

—¿No es obvio después de que esos dos idiotas huyeran despavoridos? —contestó mi amigo, haciendo una pausa que por un instante me dio esperanzas, hasta que su rostro lució una de esas maliciosas sonrisas que tanto me fastidiaban—: Helena —anunció finalmente, destrozando mis esperanzas por completo.

—¡Vaya! ¿Y yo qué papel tengo en este momento?

—¡Ah, no te preocupes! Has conseguido parte de tu objetivo: ya no eres catalogado como un «niño bueno» —declaró Nathan. Y tras cerrar su libro me

mostró una vez más esa socarrona sonrisa que tanto detestaba y me reveló que, a pesar de lo que yo creía, las cosas podían empeorar.

—Ahora simplemente eres «la princesita en apuros».

—¡Mierda! —maldije, golpeando mi frente contra la mesa. Algo que no dudé en repetir cuando mi amigo me dio un toquecito consolador en la espalda mientras pasaba por mi lado y me decía jovialmente:

—¡Alégrate, Roan! Por lo menos a partir de ahora nadie osará meterse contigo.

—¡Jo! ¡Esto es más difícil de lo que yo pensaba! —suspiré frustrado. No obstante, no me rendí ni desistí de mi idea de llegar a ser un niño malo.

* * *

Alan Taylor miraba al niño que tenía junto a él mientras permanecía sentado en el porche de sus suegros, deseando disfrutar de una cerveza con tranquilidad, cosa que parecía que tampoco podría hacer en esa ocasión. Tras decidir interrumpir su momento de relax, intentó comprender la razón por la que un niño tan pequeño, en vez de pensar en juegos y gamberradas como había hecho él mismo a esa edad, no podía dejar de preocuparse por su hija y por un futuro que todavía se encontraba muy lejano.

Tras dar un sorbo a su cerveza, Alan dejó la lata a un lado y esperó el testimonio habitual de ese chaval, para quien se había convertido en un confidente en lo que se refería a su principal preocupación: cómo contentar a la rebelde Helena.

Después de un largo sorbo a su refresco, Roan suspiró. Y mirando decaído su lata, comenzó con sus lamentos.

—Esta vez tampoco ha funcionado, y eso que lo planeé al milímetro y seguí su consejo al pie de la letra, pero nada..., creo que no está en mi naturaleza eso de ser un abusón —comenzó Roan, apenado, pensando en lo decepcionado

que se sentiría el señor Taylor con él cuando se diera cuenta de que su plan había fracasado.

—¿Cómo que abusón? ¿Qué consejo? ¿Cuándo te he dicho yo eso, Roan? —le dijo Alan, totalmente confundido, mientras se preguntaba en qué lío se habría metido ahora.

—Usted me dijo que una forma de conseguir el título de malvado era arrebatárselo a otro. Lo he intentado en el colegio, pero no ha funcionado y me han dado una paliza.

—¡Joder, Roan! ¡Creía que hablábamos de una película, de un cómic, de superhéroes..., de cualquier cosa menos de la vida real! De lo contrario jamás te habría dado un consejo así —replicó Alan, sintiéndose culpable, ya que un chico tan decente como Roan siempre saldría vapuleado si se enfrentaba a otros menos buenos, y más aún si lo hacía siguiendo ideas tan descabelladas como aquélla.

—¡Yo le hablaba totalmente en serio y usted creía que era un juego! —reprendió Roan a su interlocutor, disgustado.

—Ya te dije que no siguieras las sugerencias de mi tío, sus consejos son una mierda... —intervino Nathan, que en ese momento salía de la casa de sus abuelos para reunirse con su amigo en el porche. Sus inadecuadas palabras fueron acalladas por un aleccionador capón de su padre, que lo seguía muy de cerca para incorporarse a esa clandestina reunión de chicos.

—¿Qué te he dicho de esa boca? —regañó Josh, ocupando un lugar junto a Alan. Una reprimenda que sirvió de poco cuando se oyó la opinión de un bocazas que venía detrás.

—Pero si tiene razón: los consejos de Alan son una verdadera mierda —manifestó Dan, tomando un lugar en la escalera del porche; su hermano y su cuñado lo fulminaron con la mirada.

—¡Vamos a ver, muchacho! ¿Se puede saber por qué quieres ser un bravucón? —interrogó Alan, ignorando a sus amigos e intentando saber por qué razón se imponía ese chiquillo metas tan irrazonables.

—Porque Helena quiere un chico malo...

—¿Quééé...?! ¡Por encima de mi cadáver! —gritó Alan, levantándose de repente de su sitio, exaltado al imaginar el tipo de hombre que su adorada hija podría traerle a casa en un futuro.

Y mientras Alan se paseaba indignado por el porche, sus cuñados no pudieron más que incrementar su descontento con sus continuas carcajadas.

—¡Esto es grande! ¡La madre quería un príncipe y la hija...y la hija...! ¡Ja, ja, ja, ja...! —exclamó Dan, desplomándose en el suelo de la risa al recordar las imposibles metas que Elisabeth le había impuesto a Alan años atrás.

—Al parecer, Helena te lo va a hacer pasar igual de mal que Elisabeth, Alan —se burló Josh, socarrón, mientras le dedicaba un brindis con su cerveza al tiempo que no dejaba de reírse de los problemas de su amigo.

—Te recuerdo, Dan, que tú tienes una hija de un año... y por lo que a ti respecta, Josh, por lo que he escuchado de Molly, vas a ser padre de una hermosa princesita, así que, más tarde o más temprano, ambos tendréis que pasar por lo mismo que yo —anunció Alan, acabando de lleno con las bromas de sus cuñados, que cuando querían podían llegar a ser muy fastidiosos.

La seriedad que sobrevino a los rostros de esos hombres fue seguida por una decidida determinación cuando rodearon a Roan y le dijeron:

—¿En qué podemos ayudarte, chaval?

—No lo sé, yo tan sólo soy un niño —confesó finalmente Roan, tan perdido como siempre.

—Bueno, lo primero de todo es que debes descartar de lleno meterte en peleas —comenzó Alan, intentando alejar a ese chico de problemas.

—O, al menos, aléjate de ellas hasta que sepas defenderte —apuntó Josh mientras acariciaba pensativamente su barbilla, recordando algún que otro golpe que se había llevado en el pasado cuando perseguía el amor de la que actualmente era su querida esposa.

—No creo que mis padres estén interesados en pagarme cualquier tipo de actividad extraescolar que ponga en peligro mi expediente académico —

declaró Roan, cabizbajo.

—¡Puf! —se quejó Nathan, conociendo demasiado bien a los padres de su amigo—. Lo que pasa es que tus padres no quieren gastarse ni un duro en ti que no sea más que el estrictamente necesario para aparentar.

—No te preocupes, Roan, eso lo soluciono yo en un santiamén: ¡hala! A partir de ahora ya tienes a tu disposición a unos profesores muy experimentados —manifestó Josh alegremente mientras enviaba un mensaje con su móvil, sin poder evitar sonreír con malicia a la pantalla.

—¡Muchas gracias, señor Lowell! —exclamó Roan, lleno de entusiasmo.

—No hay de qué, chaval.

—No, en serio: mejor no se las des. ¡No sabes dónde te estás metiendo! —dijo Nathan mientras fulminaba a su padre con una de sus miradas, sabiendo cuan estrictos serían los profesores de defensa personal que su padre le había buscado.

—Bueno, cambiando de tema... Roan, lo que tienes que hacer es no dejar que ningún chico se acerque a Helena a partir de ahora —intervino Alan, decidido a que ese niño vigilara a su hija cuando él no pudiera estar cerca de ella.

—¿Y si alguno lo hace?

—Muy fácil: te lo quitas de en medio —sugirió Dan mientras pasaba un dedo por su garganta.

—Así que, según ustedes, tengo que aprender a defenderme y espantar a los posibles obstáculos. ¿Algo más? —preguntó Roan, intentando memorizar los sabios consejos ofrecidos por sus mayores.

—Sí, una cosa muy importante: las mujeres necesitan su tiempo, así que no debes presionarla, por lo que no has de pedirle salir a Helena hasta los veinti... Bueno, mejor hasta los treinta —apuntó Alan, intentando hacerse a la idea de que su niña un día crecería.

Este consejo no fue muy bien recibido por Roan que, aunque era inocente, no era idiota. Su ceño fruncido ante estas últimas palabras de Alan mostraba

que no estaba dispuesto a esperar tanto.

—También recuerda que a las mujeres les gustan los regalos bonitos — añadió Dan.

—Y también las palabras amables, aunque en ocasiones prefieren alguna que otra frase canalla y... —continuó Josh, bombardeando a Roan con sus descabelladas propuestas.

—¡Esperen, esperen! ¡Creo que es demasiada información y yo... yo no sé! —titubeó Roan, inseguro, sin saber si pedir ayuda a esos personajes había sido una buena idea.

—¡No te preocupes, chico! Lo que hay que hacer es una estrategia para el futuro. Yo fui quarterback en mi época de estudiante, así que diseñaré un plan de juego para ti —anunció Alan mientras se adentraba en la casa para coger un lápiz y una hoja de papel en la que, a continuación, comenzó a hacer unas anotaciones ininteligibles para Roan, anotaciones que se volvieron aún más confusas cuando los tres hombres se reunieron alrededor de ese papel para planificar esa aventura.

—Ya te avisé de que no le pidieras consejos a esos tres... —le recordó Nathan, sentándose junto a su amigo para ver desde lejos cómo esos hombres convertían la vida de su amigo en un caos.

—Entonces, ¿qué debo hacer para conquistar a Helena? —suspiró Roan en voz alta, verdaderamente preocupado.

—Simplemente no dejes que Helena se olvide de que tú estás ahí. Es posible que se dé cuenta en algún momento de que eres el más adecuado para ella —aconsejó John, el abuelo de Helena, mientras se sentaba al lado de Roan y le tendía un nuevo refresco—. Ya sea siendo tan bueno como tú sabes ser, o tan malo como ella cree que deberías ser, si Helena es lo que quieres no permitas que nadie te aleje de ella.

—Pero ella quiere...

—Algunas quieren a un sapo —dijo John, señalando a Alan—. Otras, a un hombre que las valore por encima de todo, aunque se trate de una auténtica

calamidad —continuó John señalando a Dan—. Y muchas otras prefieren un príncipe un poco canalla —continuó, ahora señalando a su hijo Josh—. Pero, escúchame bien, Roan. Todas y cada una de las mujeres en realidad desean lo mismo: un hombre que las ame y que sea capaz de hacer cualquier cosa por su amor. Así que ten sólo eso en mente a la hora de conquistar a la mujer que quieras tener en tu vida en un futuro —finalizó John antes de levantarse para revolver los cabellos del niño que siempre acudía a su puerta con un gesto serio y lleno de preocupación en su rostro.

—¿Y usted qué es, señor Lowell? —preguntó Roan al hombre que se alejaba.

—¿Yo? Un rebelde y un jugador. Mi última apuesta fue la más arriesgada, pero definitivamente valió la pena apostar por el amor. Y a pesar de todo lo que tenía en contra, gané y conseguí todo esto —respondió John, sonriendo alegre mientras señalaba a su escandalosa familia, dándole esperanzas a Roan de llegar a tener algo muy similar en su futuro.

* * *

—¡No me gusta, mamá! ¡Seguro que está tramando algo! —manifestó Helena, observando a través de la ventana del cuarto que había pertenecido a su tío Josh cómo ese niño, con el que aún estaba molesta, planeaba algo con sus mayores.

—No digas tonterías, Helena. Roan siempre tiene un comportamiento impecable y...

—Mi padre y mis tíos están involucrados —añadió Helena, cortando el discurso de su madre.

—¡Ah, bueno! Entonces eso ya es otra cosa... —indicó Elisabeth, asomándose por la ventana para prestar atención a lo que estaban haciendo su marido y sus hermanos.

—¿Qué crees que están haciendo, mamá?

—No lo sé —declaró Elisabeth, cada vez más intrigada y confundida ante el comportamiento de esos hombres.

—Creo que están planeando algún tipo de juego —anunció Victoria, adentrándose en la habitación con su hija en brazos—. O al menos eso es lo que vi cuando me asomé para anunciarle a Dan que había llegado.

—No, conociendo a esos tres no están maquinando nada bueno —añadió Molly, acariciando con cariño su barriga mientras observaba desde lejos la maliciosa sonrisa de Josh.

—¿Ves, mamá? ¡Están planeando algo que seguro no me va a gustar! ¡Haz algo! ¡Detén a ese niño y a mi papá, pero ya! —exigió Helena, sin dejar de seguir ni por un momento ninguno de los movimientos de esos sujetos.

—Helena, no tenemos pruebas de que estén haciendo algo en tu contra.

—¡Pues consíguelas! —reclamó Helena, señalando una vez más esa extraña reunión.

—Está bien... —suspiró Elisabeth antes de dejar a su revoltoso hijo de dos años que llevaba en brazos al cuidado de sus cuñadas para asomarse por la ventana—. Alan, ¿qué estáis haciendo? —preguntó Elisabeth a su marido.

—Un plan de juego para Roan, mi amor —respondió Alan, para volver a sumergirse enseguida en su estrategia.

—A Roan no le gustan los deportes, mamá —susurró Helena a su madre mientras le daba con el codo para que prosiguiera con el interrogatorio.

—¿Un plan para qué, Alan?

—Para su futuro, querida.

—¿Y eso por qué?

—Porque quiero.

—¿Y cuan...?

—¡Basta ya, Elisabeth! Tú hiciste una lista en cierta ocasión, ¿no? ¡Pues déjame a mí planificar una jugada para este chaval! —concluyó finalmente Alan, abriendo los ojos a Elisabeth acerca de los descabellados planes que estaba llevando a cabo en realidad.

—¿En serio, Alan?! ¿Un plan de juego?! —gritó Elisabeth, airada.

—Sí, Elisabeth. Y te advierto de que nada de lo que hagas me hará desistir de ello.

—Mamá, ¿qué están haciendo? —preguntó Helena, cada vez más preocupada al ver a su madre bastante enfurecida cuando se dio la vuelta.

—Tenías razón Helena. Se trata de algo que no te gustará. Pero como a mí tampoco me gusta, vamos a solucionarlo ahora mismo.

Elisabeth se marchó de la habitación y volvió más decidida que nunca. Tras abrir la ventana, dejó caer por ella un cubo de agua contra esos despreciables sujetos para aclararles un poco las ideas y para arruinar ese papel. Luego, arrojó también el cubo al más despreciable de todos, aunque éste lo esquivó con gran habilidad.

—No te preocupes, Roan, lo he hecho por tu bien. Nada de lo que mi marido planea acaba bien. Además, siempre ha sido un pésimo estratega.

—Pero te conseguí a ti, ¿no? —preguntó impertinentemente Alan alzando una de sus cejas, con lo que lo único que consiguió fue que Elisabeth le lanzase un zapato a la cabeza.

—¡Y aún me pregunto por qué! —exclamó ella mientras veía cómo su marido cogía su zapato al vuelo para luego sonreírle ladinamente, dejándole claro que a él nunca le importaría recordárselo.

Elisabeth sospechó que el Salvaje haría de nuevo alguna de las suyas cuando fue a su encuentro tras entrar en la casa precipitadamente. Sin molestarse en secarse el agua con el que su esposa lo había empapado, Alan acorraló a Elisabeth en el pasillo, sonriendo, cuando ella intentaba huir. Y sin importarle nada los ojos que estaban fijos en ellos, la cargó sobre sus hombros para susurrarle algo tras propinarle una reprobadora palmada a su trasero.

—Te enamoraste de mí porque a ti siempre te ha gustado mi lado salvaje, Doña Perfecta.

Tras estas palabras, Alan se encerró con su mujer en una de las habitaciones, dejando que los restantes adultos se encargasen de facilitar

alguna explicación a su loco comportamiento, mientras los pequeños se preguntaban qué había ocurrido allí.

—¡Ni lo pienses! —advirtió Helena a Roan, amenazándole, cuando lo vio mirar pensativamente el ridículo comportamiento de su padre al cargar a hombros a su mamá.

Y con un desalentador suspiro, Roan abandonó la idea de copiar a esos adultos y bajó la escalera descontento, mientras pateaba el suelo y pensaba en lo poco recomendable que sería dejarse aconsejar por esos hombres que eran tan impredecibles como locos cuando trataban con el amor.

Capítulo 4

Desde el día en el que recibió el sobrenombre de «princesita en apuros», Roan se propuso seguir las recomendaciones de los impetuosos miembros de la familia Lowell. Ya que nunca podría contar con sus padres para esas cuestiones, esos alocados hombres constituían realmente su único ejemplo a seguir en la vida para conseguir el corazón de la niña que tanto lo esquivaba.

Aunque sus pasos para tratar de convertirse en el hombre más fuerte, más listo y más poderoso eran muy complicados, él únicamente lo hacía para poder protegerse en un futuro, y no sólo a él, sino también a Helena, dejando finalmente atrás a ese niño bueno que le habían enseñado a ser y convertirse, poco a poco, en el chico malo que esa traviesa niña le exigía que fuese.

Sin apenas darse cuenta, Roan acabó emulando a los tres individuos que lo aleccionaban, animado muy de cerca por el más rebelde de los Lowell. Se propuso ser tan persistente como Alan lo fue en algún momento para conseguir a su mujer; tan divertido como Dan, a quien no le importaba hacer el ridículo por amor; y tan malicioso como Josh a la hora de espantar a todo el que osara acercarse a la chica que amaba. Y, por supuesto, tan rebelde como John Lowell cuando se encontraba que alguien de su familia le negaba que pudiera alcanzar algún día la meta que se había propuesto, que no era otra que conseguir el amor de Helena.

El resultado fue que Roan, a los diecisiete años, acabó convirtiéndose en un chico muy malo. Aunque eso era algo que Helena se negaba a ver, tal vez porque Roan no siempre le mostraba lo malicioso que podía llegar a ser cuando se lo proponía.

—Lo has vuelto a hacer, ¿verdad? —preguntó Nathan a su amigo mientras

disfrutaba de un almuerzo en la cafetería del instituto tras ver a uno de sus compañeros de clase alejándose rápidamente de Helena ante una de las amenazadoras miradas que Roan le dedicó. A continuación, cuando Helena se volvió hacia ellos sin percatarse de lo que ocurría a su alrededor, Roan sólo lucía una boba sonrisa que lo hacía parecer inofensivo.

—A mí que me registren... —contestó Roan, encogiéndose de hombros sin volverse hacia su amigo, ya que estaba muy ocupado vigilando a los chicos que pretendían acercarse a Helena.

—¿Se puede saber cómo conseguiste que ese matón de tres al cuarto, en el que mi prima se había interesado, pusiera pies en polvorosa sin ni siquiera acercarte a él?

—Lo envenené con la repostería de tu madre —repuso insultantemente Roan sin dejar de amenazar a otro joven que tenía la intención de aproximarse a Helena.

—Te daría una paliza por lo que has dicho si tus palabras no fueran ciertas... —suspiró Nathan, recordando el mal sabor de esos dulces—. Pero venga, ¡dime cómo lo hiciste! —pidió Nathan, decidido a conocer la estrategia que su amigo había llevado a cabo, para que cuando se desatara el caos no le pillara desprevenido.

—No, en serio: lo envenené con la repostería de tu madre. ¿Te acuerdas de las galletas que le hizo a tu padre por San Valentín? Pues él me dio la idea, y las galletas, dicho sea de paso. Lo único que tuve que hacer fue dejarlas caer en la taquilla de ese idiota, empaquetadas con un bonito envoltorio, e incluyendo una nota que se supone que era de Helena. La indigestión de una semana hizo el resto.

—Aún no me puedo creer que mi prima siga creyendo que eres un buen chico después de todos estos años, cuando es evidente que realmente eres muy retorcido.

—Y eso lo dice un chaval que hace llorar a sus tutores cada vez que deja caer la idea de que en un futuro se va a convertir en docente...

—Dejemos de lado mi futuro, si no te importa —repuso Nathan—. ¿Qué piensas hacer tú el año que viene cuando te gradúes?

—La bruja sigue queriendo que me vaya a estudiar al extranjero, pero yo no lo tengo muy claro todavía —respondió Roan, sin poder dejar de mirar a Helena con anhelo.

—Ella aún no puede seguirte, Roan, y tú tienes mucho que aprender de la vida —declaró sabiamente Nathan, acomodando sus gafas.

—¿Y si me la arrebatan mientras estoy fuera? —preguntó con preocupación un desalentado Roan mientras veía cómo tres chicos planeaban acercarse a Helena, ya que no dejaban de señalarla y darse ánimos para entablar conversación con ella, algo que ignoraban que Roan nunca permitiría.

—Seguro que se te ocurre algo para que eso no pase —dijo Nathan; luego añadió con maldad, mientras veía como los chicos finalmente comenzaban su avance hacia su prima—: Y si no, siempre puedes acudir a esos tres que tú sabes para que te echen una mano.

—O a mi mejor amigo... —sugirió Roan mientras miraba a Nathan, sin perder de vista a los incautos que decidieron que era el mejor momento para abordar a Helena ahora que ella se alejaba hacia su clase.

—¡Ni sueñes con que voy a perseguir a mi prima mientras no estás, y mucho menos a espiarla! —se negó Nathan firmemente mientras se disponía a volver a clase siguiendo los pasos del apresurado Roan, que ya caminaba detrás de los chicos que pretendían acercarse a Helena—. Cambiando de tema, ¿cómo te van esas clases de defensa personal con mis tíos? —se interesó Nathan mientras seguía a su amigo con la intención de evitar que éste se metiera en algún lío.

—¡Uf! ¡Ni lo menciones! Aún maldigo el día en el que tu padre me propuso comenzar esas lecciones. La única forma que tienen tus tíos de enseñarme es a golpes. Gracias a Dios que tu padre también me ayuda a entrenar.

—Si tanto te desagradan, ¿por qué sigues visitando a mis tíos para que te enseñen a defenderte? —preguntó Nathan, sumamente interesado.

—Porque en ocasiones me enseñan cosas que pueden llegar a ser muy interesantes —respondió Roan, poco antes de llevar a cabo una de esas malintencionadas acciones que lo caracterizaban desde que Helena había comenzado a llamar la atención de los chicos.

Sin alterarse en absoluto, Roan cogió desprevenido a uno de los jóvenes que lo precedían, y presionó su arteria carótida durante cinco segundos con los dedos hasta dejarlo inconsciente. No tardó nada en aplicar la misma técnica a sus dos acompañantes para, a continuación, pasar por encima de ellos mientras seguía su camino.

—No sé ni para qué pregunto —comentó Nathan, negando con la cabeza a la vez que pasaba por encima de los tipos inconscientes con la misma despreocupación que su amigo—. Sí, definitivamente eres igual de retorcido que todos ellos.

Roan se rio de las palabras de su amigo, y sólo cuando Helena se volvió hacia él hizo desaparecer de su rostro esa pícara sonrisa para sustituirla por un gesto bobalicón.

—No me estarás siguiendo de nuevo, ¿verdad, Roan? —inquirió Helena molesta, comenzando a sospechar que su amigo tenía algo que ver con el hecho de que últimamente todos los chicos la rehuyeran.

—Por supuesto que no, Helena, sólo caminaba hacia mi clase.

—¡Más te vale! Que no me entere yo de que tú estás detrás de la mala suerte que me persigue con los chicos, porque de lo contrario te vas a enterar.

—¿Quién? ¿Yo? —preguntó Roan de manera inocente, intentando ocultar su perversa sonrisa de Helena, un gesto que siempre delataba sus malas acciones.

—No, tienes razón, un chico tan bueno como tú nunca sería capaz de espantar a nadie —sentenció Helena, luciendo en su rostro un gesto retador que lo animaba a demostrar lo contrario.

—Si me perdonas un momento... —se excusó Roan. Y guardando silencio ante la provocación de Helena, le dio la espalda para volver sobre sus pasos.

Helena, dando por imposible a su amigo, se alejó hacia su clase mientras le

pareció oír a su primo tratando de advertir a Roan de que no era buena idea que se encargara de un chico inconsciente, y mucho menos de tres.

—¿A qué narices estarán jugando esos dos? —se preguntó Helena, preocupada. Pero tras reflexionar y recordar que era Roan quien estaba implicado en ello, llegó a la conclusión de que sólo podía tratarse de alguna de esas buenas acciones de las que en ocasiones presumían los chicos tan buenos como él.

* * *

—¡Bueno, mis narices! —exclamé disgustada mientras esperaba con impaciencia el momento para confirmar si Roan era el culpable de la mala suerte que últimamente me precedía en todo lo relacionado con los chicos en los que me sentía interesada.

Primero fue Brad, víctima de una inoportuna indigestión el día de San Valentín justo cuando había planeado confesarle que me gustaba; después Andy, con su desafortunado incidente por el que se quedó encerrado en los vestuarios sin que supiera cómo había llegado hasta allí, justo el día de nuestra primera cita, según me dijo más tarde. Después de eso se negó rotundamente a salir conmigo. También estaban Chase, David y Eric, unos chicos rebeldes que siempre me piropeaban. Hasta que de repente un día dejaron de hablarme y comenzaron a huir de mí por los pasillos...

Como resultado de todas estas adversidades, algunas malas lenguas comenzaron a propagar por el instituto el malvado rumor de que yo estaba maldita y que la desgracia recaería sobre cualquiera que pensara pedirme una cita.

Dado que estaba totalmente segura de quién había sido el incitador de esos rumores, y más aún cuando veía su sonrisa llena de satisfacción ante la destrucción de mi vida amorosa, pensé en hacerlo sudar un poco. Tal vez habría intentado pedir ayuda a mi imaginativa familia para llevar a cabo mi

venganza, si no fuera porque ese niño bueno los había encandilado a todos, incluso a mi padre, que se reía como un idiota cuando yo le relataba las dificultades por las que estaba pasando para encontrar novio. Luego, como remedio para mis problemas, mi padre no tenía mejor solución que mostrarme unos folletos de un internado femenino mientras me recordaba que allí no tendría ningún problema con los chicos... porque, como era evidente, allí no había ninguno.

Definitivamente, mi amigo de juegos de la infancia se había convertido en un gran problema para mí con el paso de los años.

Era cierto que Roan, con su cuerpo atlético, tonificado por unas actividades extraescolares de las que yo no tenía noticia, con sus hermosos ojos negros y sus despeinados cabellos castaños, era un chico bastante atractivo. Y ahora mucho más, después de dejar de lado las remilgadas ropas que su madre le obligaba a llevar durante su infancia. En la actualidad, con sus vaqueros de marca y sus deportivas, ya no parecía tan pedante. Aunque de vez en cuando todavía lucía algún ñoño polo o un horrendo jersey digno de ser directamente incinerado.

Gracias al atractivo del Roan adolescente, yo tenía que escuchar todo el rato esos tontos corritos de mis compañeras de clase, donde suspiraban por él. Algo que, por supuesto, yo nunca haría porque lo veía como un amigo y nada más.

Sin embargo, parecía que algunas de sus compañeras no pensaban lo mismo de nuestra relación y habían intentado dejarme claro que no les gustaba que yo estuviera tan cerca de Roan por medio de algunas acciones intimidantes. El resultado de estas amenazas fue que ese grupo de pesadas se llevó una buena tunda de mi parte, sobre todo cuando me tocaron las narices al sugerirme que me alejara de Roan.

Pese a todo, que yo hubiera espantado a todas esas babosas que iban detrás de Roan no implicaba que él pudiera hacer lo mismo conmigo, y eso era algo que pensaba dejarle muy claro en cuanto le diera su merecido. Así pensaba yo,

maliciosamente, mientras veía a mi amiga Elyse entrando en mi habitación para sacar de su mochila, con gran vergüenza, el indecente pedido que yo le había solicitado.

—¡Perfecto! Me han dicho que esta actriz tiene una voz muy parecida a la mía —manifesté triunfante, arrebatándoselo de las manos.

—Helena, espero que después de esto no tengas ninguna duda de que soy tu mejor amiga y de que me debes una... Como mi hermano se entere de que he cogido esto de su habitación me va a matar —se quejó Elyse, recordándome los lloriqueos con los que la había perseguido toda la semana para que me hiciera ese pequeño favor.

—¡No te preocupes, es por una buena causa! —declaré despreocupada mientras encendía mi ordenador portátil. Aunque, al parecer, Elyse consideró que le debía alguna explicación adicional respecto de mis acciones, ya que me arrebató el objeto que me había dado, y tras señalarme la sugerente imagen que lo acompañaba, me exigió:

—Cuéntame lo que está pasando, pero ya.

—Bueno, está bien... Verás, Elyse: creo que alguien me está espiando cada vez que me quedo en casa de mis abuelos desde hace algunas semanas —revelé en voz baja.

—¿Cómo?! Helena, estás paranoica... —repuso mi amiga, incrédula, hasta que levanté las elaboradas colchas de mi abuela, mostrándole el monitor de bebé que había debajo de la cama.

—¿Quién? ¿Cómo? ¿Por qué? —preguntó Elyse, escandalizada.

—Tengo mis sospechas —dije, recuperando «el objeto»—. Por eso necesito esto: ahora vamos a salir de dudas.

Tras mi anuncio inserté en mi portátil la película que me había traído, y dejándola en medio de una escena bastante peculiar, esperé a mi secuaz para ver si en esta ocasión había hecho bien su trabajo.

Mi hermano pequeño Raymond, de nueve años, no tardó en aparecer por la puerta de mi habitación degustando una de las galletas que con total seguridad

habría robado de la cocina. Y mirándome tan impertinentemente como solía, dijo:

—Ya he hecho lo que me pediste, así que quiero mi pago o me chivo a mamá —amenazó, sabiendo que si podía me escaquearía de pagarle.

—Primero dime exactamente qué les has dicho a Nathan y a Roan y dónde están ambos en estos momentos.

—Ahora mismo están encerrados en la habitación de Nathan, y les he dicho lo que tú me encargaste que les dijera: les comenté que no hicieran ruido y que no te molestaran porque estabas estudiando para los exámenes con unos compañeros en tu habitación.

—Perfecto. ¿Y qué te respondieron ellos?

—A Nathan no le importó nada, pero Roan estuvo a punto de perseguirme para interrogarme. Por suerte, nuestro primo se lo llevó a rastras antes de que se moviera para alcanzarme. Pero mientras se iban, me divertí mucho comentándole lo guapos que eran algunos de tus compañeros.

—¡Ja, ja, ja! ¡Eres un diablillo! —exclamé complacida, removiendo sus cabellos alegremente al ver la maliciosa sonrisa que mostraba mi hermanito.

Luego me volví y saqué de mi escondite el escaso dinero de mi paga. Me dolía desprenderme de él, pero la verdad es que valía la pena hacerlo para poder llevar a cabo mi venganza.

—*¿Ensalada de pepino en colegio femenino?* —leyó Raymond, muy interesado, mientras sostenía sorprendido la escandalosa carátula de la película porno que había traído mi amiga, algo que no dudé en arrebatarse de las manos, porque si mi madre se enterase de eso se desataría todo un infierno sobre mí.

—¡Humm! Creo que deberías duplicar el precio, hermanita, ya sabes: un extra para que mi excelente memoria falle y no recuerde ciertas cosas... —me extorsionó la maldita sabandija. Y finalmente, después de dejarnos sin un duro a mi amiga y a mí, Raymond salió de la habitación.

—¡Al fin a solas! —manifesté con expectación hacia la escandalosa

carátula que tenía entre mis manos—. Bueno, casi a solas —murmuré cuando mi amiga me recordó su presencia. A continuación, le puse las pilas al monitor de bebé, lo coloqué cerca de mi portátil y susurré antes de darle al *play*:

—¡Que comience el espectáculo!

* * *

—¿Por qué demonios no funciona este trasto? —inquirió Roan mientras golpeaba con exasperación el monitor de escucha que tenía entre sus manos.

—Todavía no me puedo creer que esté haciendo lo que te dije que nunca haría: espiar a mi prima —se quejó Nathan en ese momento.

—No sé por qué te quejas tanto, Nathan, si siempre accedes a mis súplicas. Después de todo, soy tu único amigo.

—Ya... y todavía me pregunto el porqué —suspiró Nathan mientras le arrebatava el monitor a Roan antes de que lo rompiera, colocándolo en un lugar bastante alejado de sus impetuosas manazas.

—¡Devuélveme eso! ¡Tengo que escuchar lo que está pasando en esa habitación, y más después de que Raymond me dijera cómo eran los chicos que acompañaban a su hermana!

—Roan, Raymond sólo saber tocar las pelotas así que no le hagas ni caso. Seguro que únicamente se estaba burlando de ti y de tu estúpido enamoramiento por Helena.

—¡Eh, calla! ¡Parece que ya se escucha algo! —señaló Roan, pidiendo que Nathan pusiera el monitor a su alcance y aumentase el volumen.

—*Sé que hemos venido a estudiar, muñeca..., pero ¿no piensas que hace demasiado calor en esta habitación?* —se escuchó una profunda voz masculina que dejó a ambos anonadados—. *¿Por qué no nos quitamos la ropa? Yo siempre me he concentrado mejor sin ella...*

—¡Pero ¿qué mierda está diciendo ese imbécil?! —gritó Roan al monitor.

—*Ahora que ya me he desnudado te toca a ti, preciosa. Luego tal vez*

resuelva los problemas de matemáticas sobre tu desnudo cuerpo, pero sólo si me satisfacen tus respuestas...

—¡Le voy a partir la cara pero ya! —exclamó impetuosamente Roan, que se vio detenido en la puerta por Nathan.

—Espera un momento, Roan... ¿No crees que esas frases son demasiado estúpidas para proceder de un simple adolescente? Más bien parecen las de una mala película para adultos. Aguarda hasta oír la respuesta de mi prima antes de entrar como un loco en su habitación.

—¡Ahhh, Dios! ¡Aleccióname con esa dura vara!

Y tras escuchar esa voz femenina tan parecida a la de Helena, ambos adolescentes salieron corriendo desesperados hacia la habitación de la chica para abrir impetuosamente la puerta y llevarse la mayor sorpresa de sus vidas.

En un rincón de la habitación, Elyse, la tímida amiga de Helena, veía abochornada una escandalosa película mirando entre los dedos de sus manos con las que intentaba tapar su rostro, mientras que Helena, provista de un gran bol de palomitas, no dejaba de prestar suma atención a las subidas escenas de tono que tenían lugar delante de ella. Los dos chicos se percataron de que habían sido engañados de forma estúpida cuando Helena los miró con suficiencia y les dijo, triunfal, mientras les mostraba el monitor de bebés:

—¡Sabía que erais vosotros!

Finalmente, después de alguna que otra recriminación de Helena, Roan se alejó de esa habitación sin poder negar las evidencias que lo delataban. Se marchó de casa de los Lowell cabizbajo, sabiendo que había quedado como un imbécil y que la venganza de Helena a causa de sus acciones no tardaría en llegar. Pero mientras abandonaba la casa de los abuelos de su amiga, no dudó en dar a conocer con sutileza a los padres de Helena el tipo de películas que su hija estaba viendo, ya que si su amiga resultaba castigada después de toda esa situación, al menos Roan estaría tranquilo porque no podría alejarse de él, ni mucho menos tener una cita o poner en práctica alguna de las escandalosas ideas de esa película.

* * *

Deduje que Helena seguía enfadada conmigo después de que transcurrieran un par de semanas cuando, tras entrar por la ventana de su habitación, me clavé en las suelas de mis nuevas zapatillas deportivas algunas chinchetas que me aguardaban hábilmente escondidas debajo de la entreabierta ventana.

Mi vengativa amiga también puso algunos otros obstáculos en mi camino que me dificultaban el paso; por último, el espacio alrededor de su cama que siempre me reservaba estaba ocupado por decenas de libros de historia que ella nunca leería, mostrándome que ya no había ningún lugar para mí en esa habitación.

Podría haber decidido desistir de acercarme a ella en esos momentos en los que aún seguía furiosa conmigo, pero las continuas presiones de mis padres para que hiciera lo que ellos querían, así como las interminables discusiones que mantenían, y que, pese a todo, no eran suficientes para provocar su separación a causa de su avaricia, hacían que deseara irme de esa casa para no volver jamás. En vez de hacer eso, cuando ya no podía, más simplemente corría hacia mi escondite y hacia los brazos de la única persona que me demostró alguna vez algún tipo de cariño: Helena.

Encandilado con el amor de mi infancia que, al contrario de lo que muchos creían, no había disminuido en afecto a lo largo de todos esos años, admiré la belleza de la chica que comenzaba a ser mujer y a traerme tantos quebraderos de cabeza con ello.

Sus rizos negros se extendían sobre la almohada como una negra cascada que me encantaría acariciar. Su cuerpo comenzaba a exhibir unas atrayentes curvas que me tentaban a romper la delgada barrera que ella todavía imponía entre nosotros al catalogarnos como meros «amigos de la infancia», algo que me permitía estar más cerca de ella que otros, pero que a la vez me impedía acercarme mucho más por miedo a espantarla definitivamente de mi lado.

Su piel parecía tan suave y tentadora que me incitaba a devorarla para probar su sabor, ya que, aunque delante de ella siempre apareciese bajo mi piel de cordero, en verdad yo era uno más de los lobos hambrientos que la perseguían esperando impaciente el momento adecuado para tenerla.

En sueños, Helena se movió pateando la manta como siempre hacía. Y al destaparse expuso ante mis ojos la sugerente vestimenta que llevaba: una camiseta demasiado apretada que realzaba sus jugosos senos y unos pantalones que se pegaban a su piel, haciendo más evidente la redondez de su trasero.

Frustrado, pasé mis manos por mi pelo una y otra vez, muy tentado a despertarla de una forma que, con toda probabilidad, acabaría para siempre con nuestra amistad. De hecho, me paseé nervioso por la habitación sin decidirme si ser el chico bueno que siempre demostraba ante ella o enseñarle que, en ocasiones, podía a llegar a ser bastante malo.

Embrujado por su belleza y el deseo, una de mis manos se acercó dudosa hacia Helena, hasta que contemplé que temblaba de frío. Entonces mis manos se desviaron hacia las mantas para cubrir a esa chica que siempre tenía preparado para mí un lugar junto a ella, aunque aún no para mi corazón.

Tras cerrar la ventana hice a un lado los libros y me senté en el suelo, al lado de Helena, preparándome para descansar. Cogí una manta, oportunamente abandonada en un rincón, y estreché una de sus manos entre las mías, como siempre hacía. En ese momento la escuché susurrar adormilada:

—Roan, estás helado... métete en la cama —me ofreció como había hecho mil veces a lo largo de nuestra infancia cuando notaba mis frías manos, aunque a la mañana siguiente siempre lo negara.

—No, Helena. Estoy bien —contesté en esta ocasión, demasiado tentado a causa de su cercanía como para comportarme como un buen chico.

—Como tú quieras, ¡pero luego no me vengas con quejas si enfermas! ¡Y ni sueños con que voy a cuidarte! —dijo Helena con furia, algo más despierta,

tras lo que me dio la espalda mientras alejaba su mano de mí para añadir—: Aún estoy enfadada contigo.

Cuando vi que se apartaba de mí retirando esa muestra de cariño que yo tanto necesitaba quise gritar, pero me aguanté porque la verdad era que no me había comportado demasiado bien con ella. Aunque no pensaba rectificar ni pedir perdón por ninguno de mis actos, ya que la mayor tragedia de todas para mí sería llegar a perderla.

A pesar del rechazo de Helena, permanecí junto a ella porque no sabía adónde ir. Mi corazón se encogió al pensar que tal vez ella, al igual que mis padres, había dejado de quererme, y me dormí con la aterradora idea de que, si eso ocurriera, a partir de ese momento estaría totalmente solo.

A mitad de la noche, inesperadamente, sentí un gran calor envolviendo mi cuerpo, y cuando desperté me encontré envuelto por los brazos de Helena, que me abrazaba bajo la manta que nos cobijaba. Como yo no había ido a su encuentro en esa tentadora cama, ella había bajado junto a mí al frío suelo para darme ese cariño que tanto necesitaba.

No pude evitar observar durante el resto de la noche cómo Helena me abrazaba fuertemente, mostrándome que tal vez sí hubiera un sitio para mí en su corazón.

Cuando comenzó a amanecer, y antes de que mis padres o los de ella nos buscaran, la cogí en brazos y la deposité sobre su cama. Luego besé con cariño su frente, sabiendo que el calor de mis labios sería demasiado para ella.

—Aún sigo enfadada —gruñó justo antes de que yo abriera la ventana—. Pero ya se me pasará... —añadió cuando me disponía a marcharme. Y negándose a mostrarme su rostro avergonzado, se volvió de espaldas para que yo me alejara de ella.

Me marché con una sonrisa, sabiendo que por más peleas que hubiera entre nosotros, su ventana siempre estaría abierta para mí y sus brazos siempre me esperarían para regalarme ese cariño que tanto anhelaba. Lo malo era que yo

cada vez necesitaba más de ella, y todavía no sabía si Helena estaba preparada para darme lo que mi corazón comenzaba a exigirle.

Capítulo 5

Después de ignorarlo durante más de una semana, me decidí por fin a perdonar a ese idiota de Roan, y aunque hice que me prometiera que no volvería a espiarme nunca más, no logré que confesara que él era el responsable de mi mala suerte con los chicos.

Para mi desgracia, mis hormonas estaban revolucionadas. Y mucho más cuando mis amigas sólo sabían hablar de besos y de chicos. Todas y cada una de ellas habían experimentado ya algún momento apasionado, mientras que yo, próxima a cumplir los quince años, no sabía nada del amor.

Decidida a acabar con mi ignorancia, me propuse elegir un sujeto con el que experimentar mi primer beso. Después de todo, muchas de mis amigas me habían asegurado que no hacía falta estar enamorada para vivir esa experiencia y yo quería dejar de ser la última y que se burlaran de mí constantemente.

Parecía un asunto sencillo el de elegir a un chico cualquiera y proponerle que nos diéramos un simple beso, pero no recordé un pequeño detalle: que todos me creían maldita, por lo que una simple mirada provocaba que todos huyeran despavoridos. «Bueno, casi todos», pensé cuando vi a Roan persiguiéndome una vez más. Ignorándolo, me concentré en mis amigas, que, para mi desgracia, estaban comenzando una de esas ridículas conversaciones que tanto me alteraban.

—¡Helena, no me puedo creer que siendo la amiga de la infancia de Roan nunca hayas pensado en salir con él! —declaró Amber, una de mis compañeras, mientras admiraba a Roan desde la distancia.

—Es tan guapo... —suspiró entonces Connie, otra de sus más fervientes

admiradoras sin dejar de hacerle ojitos.

—Seguro que si lo sedujeras podrías tenerlo en la palma de tu mano y hacer que él hiciera lo que tú quisieras. ¡Es obvio que está *loquito* por ti! —explicó Amber, que era bastante atrevida.

—Roan ya hace lo que le digo, y para ello no me hace falta seducirlo —repuse, descartando por completo esa estúpida idea.

—Entonces, ¿por qué no le pides a él que te dé tu primer beso? —insistió Amber.

—¡Sí! ¡Ésa es una idea estupenda! Seguro que él no huirá como los otros chicos, Helena —me animó Elyse.

—No, no es una buena idea porque él es mi amigo. Y nada más —concluí tajantemente, mostrándoles a esas dos pesadas lo evidente y tratando de acabar de raíz con esa estúpida conversación. Aunque un rato después, sus atrevidas ideas no dejaron de dar vueltas en mi cabeza llevándome sin remedio a cometer alguna que otra locura.

Cuando las clases terminaron, me reuní con Roan en la solitaria biblioteca para asistir a las clases de apoyo que últimamente me daba. Y mientras él trataba de explicarme cómo resolver un nuevo ejercicio, yo no dejaba de mirarlo, intentando contemplarlo esta vez como el hombre al que me había resistido a ver y admitiendo que, aunque quisiera negarlo, mi amigo se había convertido en un chico muy atractivo.

Por eso y porque quería acabar de lleno con mi ignorancia en un tema en el que mis amigas ya eran expertas, no pude evitar hacerle una precipitada petición que lo pilló un poco por sorpresa.

—¿Roan?

—¿Sí, Helena? —preguntó despreocupadamente mientras anotaba el resultado de una ecuación.

—Bésame —le pedí. Entonces Roan apretó el lápiz con demasiada fuerza, provocando que la punta de éste se rompiera.

—¿¿Qué?! ¿Qué has dicho? —preguntó, muy confuso.

—¡Te he pedido que me beses! —exigí, enfadada porque me hiciera repetir mi vergonzosa proposición. Aunque me enfadé aún más cuando el muy estúpido me dio un rápido beso en la mejilla.

—¡Ahí no, aquí! —dije, señalando mis labios con uno de mis dedos para luego pasar a ponerle morritos y cerrar mis ojos como había visto hacer en las películas.

Como no ocurrió nada, acabé abriendo los ojos para encontrarme a un molesto Roan que, cruzado de brazos, me reprendía con la mirada mientras me exigía una explicación para ese absurdo comportamiento.

—¿Por qué quieres que te bese? —me interrogó con un áspero tono de voz que me mostraba su irritación, haciéndome pensar que tal vez mi proposición no había sido la más acertada.

—Porque todas mis amigas ya han besado a alguien y yo quiero saber lo que se siente. Se lo propondría a otro si no fuera porque todos los chicos huyen de mí...

—¡Ah, entiendo! Es sólo porque resulta que soy el más conveniente, ¿verdad? —replicó Roan, cada vez visiblemente más molesto.

—¡Bueno, déjalo! ¡No te pongas así, ya encontraré a alguien! —exclamé exaltada, poniendo fin a esa conversación en la que únicamente estaba haciendo el ridículo. Pero mientras me alejaba de su lado, él cogió con firmeza una de mis manos y, arrastrándome hacia él, hizo que me sentara en su regazo.

Cuando sentí sus fuertes brazos rodeándome, mi cuerpo se acaloró. Roan me apretó más contra sí, haciendo que sus latidos y los míos fueran al unísono. El roce de su piel hizo que la mía se estremeciera y se erizara, y más aún cuando una de sus manos acarició lentamente mi cuello antes de apartar mi pelo hacia un lado para susurrarme al oído la lección que ese día aprendería de él.

—Tus razones para besar a alguien son de lo más estúpidas, Helena. Deseo —dijo, mientras acariciaba tentadoramente mis labios con su pulgar—, pasión

—continuó, acercando sus labios a los míos, sin llegar a tocarlos— y amor... —añadió, apartándose de mi boca sin llegar a tocarla mientras me miraba fijamente para ver si sus palabras habían llegado a mí—. Hasta que no sientas algo de eso por mí, éstos son los únicos besos que recibirás de mi parte — finalizó, haciendo que bajara mi rostro para besar castamente mi frente.

Luego, me apartó de él, se levantó de su silla y se alejó de mí sin darme tiempo a decirle que sus palabras me habían dejado confusa y que, tal vez, alguna de las exigencias que me pedía estaba comenzando a cumplirse.

Pensé en confesárselo más tarde, tal vez cuando estuviéramos a solas de nuevo. Pero entonces, antes de marcharse, se volvió hacia mí y me traicionó de la manera más ruin, quedando totalmente descartado como el hombre al que le entregaría mi primer beso.

—Helena, tendré que irme a la ciudad dentro de una semana. Allí realizaré una prueba para ir a un prestigioso instituto el año que viene. Según mis padres, así lograré que mis notas se eleven para poder acceder a una universidad importante, y tal vez tenga que irme a estudiar al extranjero — dijo, pasándose nerviosamente una de sus manos por sus cabellos.

—¿Me abandonas?! —grité furiosa, porque desde que tenía cinco años había permanecido siempre a su lado sin permitir que nadie me alejara de él. Y ahora era él quien se apartaba de mí.

—No..., sí... no lo sé —contestó, confuso.

—¡Pues perfecto! ¡Espero que no vuelvas jamás! —exclamé airadamente mientras recogía mis cosas, tratando de retener unas malditas lágrimas—. ¡Y no pienses ni por un momento que esto se volverá a repetir! —señalé, recordándole mi estúpida petición—. ¡Porque, mira tú por dónde, pienso seguir tu consejo y besar en un futuro a la persona por la que sienta algo! ¡Y ése, definitivamente, nunca serás tú, Roan! —terminé, sabiendo que le hacía daño con cada una de mis palabras. Pero es que él también me lo había hecho a mí con las suyas, unas palabras con las que reconocía que había permitido que lo alejaran de mí.

* * *

Las apuestas en la pizarra de Zoe comenzaron a caldearse cuando Helena se fijó por despecho en un muchacho que había llegado al pueblo a inicios del curso.

Kyle Brown, de tan sólo diecisiete años, fue arrastrado por sus padres hacia Whiterlande para alejarse de algún rumor inconveniente que lo perseguía y que sus familiares, con su dinero, habían conseguido ocultar muy bien.

Sus escandalosas ropas llenas de cadenas y su llamativo aspecto en el que destacaban decenas de *piercings* y algún que otro tatuaje, delataban que no era trigo limpio. No obstante, los amistosos habitantes de Whiterlande no se dejaron influenciar por su aspecto, así que lo que finalmente lo llevó a ser señalado como *persona non grata* en el pueblo fue su comportamiento bravucón, sus ganas de pelea y sus egoístas acciones que lo anunciaban como un chico bastante malvado.

Y que encima hubiera osado acercarse a Helena alejándola de Roan, ese niño bueno querido por todos, no hizo sino subir los ánimos de los clientes del bar de Zoe, donde esperaban ver cómo acabaría finalmente la historia de esa adorable pareja, con unas cuantas jugosas apuestas de por medio, ya de paso.

Ninguno de los asiduos del local toleraba que nadie se interpusiera en medio de esa joven pareja, pero tampoco hacían nada para remediarlo: tan sólo miraban desde lejos los acontecimientos mientras hacían sus apuestas, muy dispuestos a dar un empujoncito para que Roan siguiera la dirección adecuada cuando fuera el momento oportuno, eso sí.

—¿Es que esa niña no ve en lo que se ha metido aceptando salir con ese idiota? —se quejó ofuscado Terence Philips, dispuesto a meter a ese joven en una de sus celdas a la menor oportunidad.

—¿Y su padre? ¿Por qué narices no se lo ha impedido? —añadió indignada

Diana, la vieja directora del colegio, sin llegar a entender por qué razón el Salvaje, que tantos quebraderos de cabeza le había dado en el instituto, no le hacía una de las suyas a ese chaval.

—¿De verdad crees que alguien podría prohibirle algo a Helena? — preguntó Zoe con escepticismo, conociendo el carácter de la niña.

—Sólo hay una persona en este pueblo capaz de disuadirla de sus locuras..., claro está, cuando no la acompaña en una de ellas —comentó Terence.

—Sí, sólo un chico es lo suficientemente digno de confianza como para que el Salvaje Taylor y los protectores Lowell no se entrometan —apuntó Diana.

—Roan —declararon todos al unísono mientras se preguntaban dónde se habría metido ese chaval.

—Creo que tuvo que ir a la ciudad para asistir a unos exámenes este fin de semana —recordó Jeff a sus acompañantes.

—Pues cuando vuelva y vea lo que ha pasado no le va a gustar nada lo que ha ocurrido en su ausencia —intervino Dylan, el mecánico del pueblo, mientras recordaba lo poco que le agradaba Kyle, y menos aún después de que lo pillara intentando robar alguna de las piezas de su taller.

—Yo creo que Helena sólo sale con ese chico porque está furiosa por la partida de Roan. Después de todo, él se negó a llevarla consigo —opinó Zoe.

—¡Roan tiene que volver ya! —exclamó en ese momento uno de los exaltados clientes de Zoe mientras entraba escandalosamente al bar para informar a todos de las últimas novedades—: ¡Helena ha invitado a Kyle a estudiar a casa de sus abuelos, y me acabo de enterar de que los Lowell no estarán en su hogar!

—¡Será posible! ¿Se puede saber dónde narices están esos hombres cuando se los necesita? —reclamó Zoe, molesta. Y como si alguien respondiera a sus palabras, los tres molestos individuos por los que clamaba acabaron apareciendo por la puerta de su establecimiento.

—Esa idea de regalarles a tus padres un fin de semana romántico por su

aniversario fue un bonito detalle, Josh —decía Alan mientras se acercaba a la barra seguido muy de cerca por sus cuñados.

—No sé yo... Papá puso una cara de espanto muy divertida cuando oyó lo de las entradas para el ballet y cuando mamá comenzó a enumerar las tiendas que quería visitar. Te fulminó con una de sus miradas, Josh. Creo que te va a desheredar —se rio Dan mientras se hacía con un lugar junto a la barra.

—Bueno, ¡pues ahora a descansar! ¡Ponnos unas cervezas, Zoe, por favor! —pidió Josh—. Y cuando termines, ¿por qué no sacas la pizarra esa que tienes escondida?

—Sí, que hemos venido a apostar... —reveló Dan, poniendo su dinero sobre la barra.

—Y para darle más emoción al asunto... —dijo Alan mientras marcaba un número conocido, a espera de la respuesta—. ¡Hola, chaval! Soy Alan Taylor. Te llamo simplemente para comentarte que mi hija está sola en casa de sus abuelos estudiando con un chico bastante malo. ¿Cómo? ¿Que qué estoy haciendo yo? Pues disfrutando de una cerveza, claro —dijo Alan mientras alzaba su bebida para brindar con sus amigos, gesto que ellos acompañaron tan despreocupadamente como él.

—¿Roan? ¿Roan? ¿Estás ahí? Pues no... Comunica. Al parecer ya está de camino —anunció Alan a todos los presentes.

—¿Cómo estás tan tranquilo sabiendo que tu hija está a solas con ese delincuente juvenil? —acusó Zoe a Alan, mientras reprendía tanto a él como a sus acompañantes con una severa mirada.

—¡Muy fácil, Zoe! Los tres hemos enseñado muy bien a Roan desde hace años. Además, tengo un infiltrado en casa de mis suegros —respondió Alan, apresurándose a marcar el número de su secuaz, para luego darle la pertinente orden—: Raymond, ¡a incordiar!

—¿En serio? ¡Si ese chico ha aprendido algo de vosotros esto va a ser digno de contemplar! —se rindió finalmente Zoe, más tranquila y sonriente. Y

sacando su vieja pizarra, anunció a todos los presentes—: ¡Se aceptan apuestas!

* * *

—Raymond, por última vez, deja de interrogar a Kyle sobre su vida privada. Nosotros hemos venido aquí a estudiar, y papá y mamá no tardarán en venir, ¡así que lárgate!

—¿En serio crees que este tipo puede enseñarte algo? —preguntó Raymond, mirando con desprecio al acompañante de su hermana.

—Sí, chaval: voy a enseñarle mucho a tu hermana... —repuso ladinamente Kyle mientras miraba a Helena, provocando que Raymond deseara utilizar alguno de los sucios trucos que le había enseñado su padre a la hora de enfrentarse a un matón.

—¡Vamos Raymond, déjame en paz!

—¿De verdad prefieres a esto en vez de a Roan? —continuó Raymond entre suspiros mientras negaba con la cabeza.

—¡Él me ha abandonado! —declaró Helena exaltada, empujando a su hermano hacia la puerta.

—Roan no es de éstos, Helena, y lo sabes —le recordó Raymond, decidido a conseguir que su hermana recapacitara antes de llevar a cabo una tontería. Pero el inaceptable sujeto que la acompañaba no tardó en expulsarlo de la habitación, haciéndole imposible que siguiera cumpliendo con su deber.

—¡Vamos mocoso, déjanos en paz! —exclamó Kyle, sacando bruscamente a Raymond del cuarto de su hermana, tras lo que le cerró la puerta en la cara y puso el pestillo—. He oído que quieres que te den tu primer beso, ¿no? —dijo Kyle, sugerente, mientras se apoyaba en la puerta, recorriendo a Helena con una ávida mirada.

—Bueno...sí...verás... —intentó excusarse Helena pensando que, después de todo, tal vez su idea no era tan buena como ella había pensado.

—No te preocupes, preciosa: yo te enseñaré todo lo que quieras aprender... y mucho más —declaró Kyle, avanzando hacia Helena.

Cuando Kyle se alejó de la puerta, se acercó peligrosamente a ella. Y en el momento en el que llegó a su lado, le alzó el rostro para besar esos ansiosos labios. Pero Helena, a pesar de haber sido la que había provocado esa situación, apartó su rostro, indecisa, ya que con Kyle su piel no se estremecía ni su cuerpo se acaloraba y sentía que ése no era el hombre adecuado con el que experimentar su primer beso.

—¿Qué ocurre? ¿Es que acaso has cambiado de opinión? —preguntó Kyle, visiblemente molesto, agarrándola fuertemente de la muñeca con una de sus manos para evitar que se alejara otra vez de él.

—Sí. Creo que esto ha sido una mala idea —contestó Helena, molesta, mientras intentaba zafarse del fuerte agarre que la retenía.

—Me parece que tú estás muy acostumbrada a tratar con chicos sumisos, querida, si de verdad crees que esto acabará así. Tú me has invitado a tu casa y te me has insinuado, y yo tomaré lo que me has ofrecido voluntariamente, lo quieras o no —manifestó amenazante Kyle, tras lo que acabó arrojando a Helena con violencia sobre la cama.

—¿Qué mierda crees que estás haciendo, idiota?! —gritó Helena, muy furiosa, mientras se incorporaba y se alejaba lo más rápidamente posible de la cama—. ¡Yo sólo te ofrecí un beso!

—¿Y de verdad crees que alguien como yo se conformaría sólo con eso? —inquirió Kyle con sarcasmo, negando con la cabeza ante la inocencia de esas palabras.

—¡Fuera de esta casa ahora mismo! ¡Y ni se te ocurra acercarte a mí nunca más! —exigió Helena, señalándole la salida.

—No —negó Kyle mientras se acercaba peligrosamente a Helena.

—¡Raymond, llama a papá! ¡Estoy en problemas! —gritó Helena desesperada, sabiendo que la naricilla chismosa de su hermano sin duda se habría mantenido pegada a la puerta. A continuación, lanzó una advertencia a

su acosador —: ¡Será mejor que te vayas antes de que mi padre aparezca, o si no, te vas a enterar!

—No te preocupes, preciosa: para cuando tu padre aparezca nosotros ya habremos terminado. Y el resultado será el de siempre: mi familia silenciará a la tuya con una bonita suma de dinero y nada más... —replicó Kyle, acercándose decididamente a Helena mientras esquivaba sus golpes.

A pesar de su resistencia, Kyle era más fuerte que Helena por lo que no tardó en inmovilizarla reteniendo las manos de la chica detrás de su espalda con una de las suyas. Aunque por un momento Kyle se olvidó de sus impetuosas patadas, por lo que acabó recibiendo un fuerte golpe en una zona muy sensible que lo hizo desplomarse sobre el suelo.

Para desgracia de Helena, ese golpe en las pelotas sólo consiguió enfurecer a Kyle aún más, y antes de que ella pudiera huir, él la atrapó por uno de sus tobillos consiguiendo desestabilizarla y que cayese a su lado sobre el duro suelo.

—Muy bien, ¿y ahora qué vas a hacer? —se burló Kyle mientras la retenía debajo de su cuerpo, buscando ese beso que le había sido negado.

Helena movió su rostro de un lado a otro, negándose a que su primer beso fuera con ese animal cuando desde siempre había tenido junto a ella a otro chico mucho más adecuado, algo que enfureció todavía más al violento sujeto que la apresaba.

—¡Bien! No me quieres dar tus labios... ¡Perfecto! ¡Guárdate tus besos para ese niño bueno del que he oído hablar en el instituto, que yo me quedaré con todo lo demás! —exclamó jactancioso Kyle mientras desgarraba la camiseta de Helena.

—¡Suéltame cerdo! ¡Te juro que, como me toques, te voy a matar! —gritó Helena mientras intentaba huir desesperadamente de las bruscas manos de ese malnacido que la asqueaba cada vez que acariciaba su piel—. ¡Como me hagas daño, los hombres de mi familia acabarán contigo!

—Ja, ja, ja, ja... Ya, claro. Y dime, ¿dónde están esos hombres tan

protectores de los que tanto alardeas? —preguntó Kyle jactanciosamente.

—¡Helena! ¡Helena! ¡¿Estás bien?! ¡Suelta a mi hermana, capullo! — gritaba Raymond con desesperación, sin dejar de golpear la puerta.

—¿Y éstos son todos los refuerzos que tienes para salvarte? —se rio Kyle mientras metía las manos atrevidamente debajo de su falda.

Una acción que fue interrumpida con brusquedad cuando los golpes en la puerta comenzaron a ser más contundentes, hasta que finalmente alguien la abrió de golpe rompiendo el pestillo.

—¡Eres hombre muerto! —gritó un joven que Kyle desconocía y que lo fulminaba con una airada mirada mientras se aflojaba la corbata de su elegante traje antes de acercarse amenazadoramente hacia él.

—¿Y éste es el paleta que viene a salvarte? Quiero que sepas una cosa, Helena: los niños buenos no saben pelear... —manifestó chulesco Kyle mientras se alejaba de Helena para deshacerse del sujeto que lo había interrumpido tan repentinamente.

Kyle no averiguó lo equivocado que había estado en sus palabras hasta que recibió el primer duro golpe de Roan, seguido de unos cuantos más que no pudo evitar. Sólo cuando se encontró cayendo medio inconsciente en el frío suelo, lo suficientemente dolorido como para no poder levantarse, se percató de su error. Tras la paliza, recibió una contundente amenaza de un chico al que, por error, todos habían catalogado como inofensivo.

—¿Y a ti quién te ha dicho que yo soy un niño bueno, pedazo de idiota? — susurró amenazadoramente Roan al oído de Kyle mientras se agachaba junto a él para darle un último golpe que lo dejó inconsciente. Después de eso, lo sacó de esa habitación en la que nunca debió entrar.

Tras deshacerse de la basura, el serio gesto de Roan todavía mostraba su furia, y su cuerpo exhibía la tensión que sus puños le exigían desahogar un poco más con ese sujeto. No consiguió calmarse hasta que miró a Helena y vio algunas lágrimas en su asustado rostro.

—¿Helena? —le preguntó dulcemente Roan mientras la acogía entre sus

brazos, calmando los temblores de su cuerpo.

—Roan, tú tenías razón... —declaró nerviosamente Helena a la vez que intentaba cubrir con sus temblorosas manos la desnudez de su cuerpo—. De verdad que tengo que esperar para dar mi primer beso y...

—Ay, ¡qué voy a hacer contigo, Helena! —suspiró Roan con frustración. Finalmente decidió que no podía resistirse más a la tentación que representaba para él la mujer que amaba y besó tiernamente los labios de esa chica con la dulzura que se merecía el primer beso de cualquier mujer.

* * *

Mi primer beso, al contrario de lo que muchas de mis amigas decían, fue muy dulce y para nada torpe.

Roan rozó levemente mis labios con los suyos, acallando mis palabras. Luego se dedicó a limpiar con las yemas de sus dedos cada una de las lágrimas que manchaban mi rostro mientras sujetaba mi cara entre sus manos y besaba con ternura mis párpados para acabar con mi llanto.

Tras abrazarme fuertemente entre sus brazos, como si quisiera protegerme de todo, me miró decidido y fue entonces cuando me mostró ese tipo de beso del que hablaban mis amigas. Su penetrante mirada me advirtió de lo que me esperaba, y sus ojos negros me observaron, bastante molestos, por atreverme a intentar experimentar con otro que no fuera él.

Sus labios, como antes, acariciaron tentadoramente los míos. Pero en esta ocasión me exigieron más cuando mordisqueó levemente mi labio inferior y me reclamó que abriera la boca frente a sus avances. Su lengua no tardó en invadirme para jugar conmigo mientras me pedía una respuesta que yo no sabía darle.

Los brazos que me acogían descendieron despacio por mi espalda, acariciándome, haciendo que me estremeciera de placer ante su roce y que quisiera más de las caricias de Roan. Cuando mi titubeante lengua comenzó a

responder a la suya, volviéndome tan atrevida como él, Roan gimió, acortando aún más la distancia entre nuestros cuerpos, con lo que pude notar la evidencia de su deseo y advertir lo mucho que se había contenido hasta ese momento para no romper nuestra amistad.

Mi desnuda piel no se enfrió en absoluto entre sus tentadores brazos, y el roce de sus manos subiendo con lentitud mi falda hicieron que mi cuerpo comenzara a arder ante la expectativa de lo mucho que Roan podía mostrarme.

Nuestro apasionado beso fue bruscamente interrumpido cuando escuchamos el viejo coche de mis abuelos, que se acercaba a casa en medio de un estruendoso ruido.

Aunque yo quise retener a Roan durante más tiempo junto a mí, él acabó con nuestro beso tan súbitamente como había comenzado. Y recomponiendo sus ropas, se dispuso a solucionar el lío en el que me había metido mi imprudencia, como había hecho en el pasado en más de una ocasión.

—Helena, cámbiate la ropa antes de alarmar a tus abuelos —dijo, algo avergonzado, señalándome mi desnudez. Una sugerencia que me apresuré a cumplir para, a continuación, seguirlo hacia el piso de abajo para colaborar con el eficiente Roan ordenando y recogiendo todo el desorden hasta dejarlo todo en su lugar.

—Y tú, Raymond... ¡Raymond! ¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?! —gritó Roan cuando vio cómo mi hermano pequeño había conseguido enrollar al inconsciente Kyle en una gran alfombra vieja que en esos momentos pisaba pasa asegurar con una gruesa cuerda.

—Me estoy deshaciendo de él —contestó Raymond sin inmutarse, como si sus beligerantes acciones fueran de lo más normales en esas circunstancias.

—En serio, es muy cuestionable el tipo de películas que tus mayores dejan ver a los niños —me indicó Roan, reprendiéndome con su mirada—. ¡Mierda! —exclamó al oír los pasos de mis abuelos acercándose. En ese momento apartó rápidamente a Raymond para apretar más las cuerdas, y subiendo el

lastre que era Kyle sobre sus hombros, declaró ante nuestros preocupados rostros:

»No os preocupéis: yo me encargaré de este pequeño problema.

* * *

John Lowell esperaba un tanto molesto a que su mujer terminara de guardar en su maleta aquello tan importante por lo que habían tenido que volverse a mitad del camino. Ni siquiera se atrevió a preguntar qué era, porque seguramente lo haría enfadar, y comenzar la celebración de su aniversario con una pelea no era la mejor idea.

John no se extrañó en absoluto de que su nieta hubiera decidido quedarse ese fin de semana en su casa a pesar de que ellos no estuvieran, ya que Roan, su inseparable amigo, era una de las razones por las que Helena los visitaba tan a menudo. Pero sí le extrañó que no estuvieran sus padres con ellos, aunque seguramente, como tantas parejas casadas, estarían tomando un merecido descanso y no tardarían en llegar.

John comenzó a sospechar que algo había ocurrido en esa casa cuando vio a su revoltoso nieto Raymond leyendo un libro con una actitud sospechosamente apacible, y terminó de confirmarlo en el instante en el que halló a Helena prestando gran atención a las lecciones que Roan le daba, cuando lo más normal era que huyera de ellas como de la peste o que se quedara dormida a la mitad.

Sus observadores ojos detectaron que la puerta de la habitación de su nieta estaba rota, pero guardó silencio a la espera de que esos jóvenes se delataran, algo que no conseguiría por más que los presionara con su firme mirada o los acosara a preguntas.

Finalmente, cansado de esperar a su indecisa mujer, que aún no terminaba de decidir si se llevaba o no otra maldita maleta, salió al porche para disfrutar de una refrescante cerveza. Y mientras lo hacía, decidió dar un paseo por su

jardín antes de introducirse otra vez en esa vieja lata de sardinas que era su coche para conducir durante horas.

Cuando sus pasos lo llevaron al viejo roble que había debajo de la ventana del cuarto que ahora era de su nieta, no pudo evitar recordar cuántas veces había escalado ese mismo árbol cuando era joven para intentar alcanzar a Sarah. Y fue entonces cuando se sorprendió inmensamente ante el extraño fruto que éste había dado.

Conociendo a su alocada familia, casi ni se inmutó al ver que un chico inconsciente y enrollado en una vieja alfombra había sido colgado del roble. Tras observar la vestimenta de ese sujeto y recordar los rumores que circulaban por el pueblo, no albergó dudas de que se trataba del rival de Roan, y conociendo lo bueno que era ese chico, se preguntó qué habría hecho ese individuo para acabar de esa manera. O peor: qué habría hecho a su nieta para que el apacible Roan hubiera actuado de esa manera.

—John, no sé si deberíamos irnos; nuestros nietos se comportan de una forma muy extraña. Y he encontrado esto en la papelera —le dijo Sarah en ese momento mientras le mostraba una camiseta desgarrada justo antes de percatarse del original adorno que sus nietos habían colocado en el árbol de su jardín—. Pero ¿qué coño es eso? —exclamó Sarah, alarmada, preguntándose si ese chico seguía vivo.

—Creo que es uno de esos molestos parásitos que en ocasiones aparecen en el jardín, así que lo mejor es eliminarlo. Sarah, ¿dónde está mi escopeta? —preguntó John, frunciendo el ceño tras sospechar lo que sus nietos le estaban ocultando.

—Por enésima vez, John, ¡tu escopeta está confiscada! —contestó Sarah cruzándose de brazos—. Aunque las tijeras de podar son igual de efectivas si las diriges a las zonas adecuadas —añadió Sarah después de observar una vez más la destrozada prenda que tenía en sus manos.

—¿Preguntamos o nos hacemos los locos? —interrogó John a su furiosa mujer cuando se terminó su cerveza.

—Nunca nos dirán lo que ha pasado a pesar de que lo sospechemos. Mejor nos quedamos en casa y vemos cómo salen de ésta ellos solitos.

—¡Ésa es mi Sarah! —exclamó John, muy contento por el fin de ese tortuoso viaje que no deseaba en absoluto.

Y para que su mujer no sospechase el motivo real de su alegría, simplemente la besó tan apasionadamente como siempre hacía. Luego, ambos se adentraron en su casa simulando ante sus nietos que eran tan ilusos como ellos creían.

* * *

La estancia de Kyle Brown en Whiterlande no se prolongó demasiado.

Tras la desaparición de su casa durante toda una noche, los padres de Kyle exigieron que se abriera una investigación, en especial cuando a la mañana siguiente alguien dejó en su puerta a su hijo enrollado en una alfombra y con aspecto magullado. Unas exigencias que la policía se tomó con mucha calma, lentitud y evasivas a pesar de que algún que otro dedo acusador señalara a los Lowell y de que absolutamente todos en ese pueblo sabían a quién pertenecía esa vieja alfombra.

Por más gritos y reclamaciones que hacían los Brown, y por más que hicieran ostentación de su poder, en ese pueblo todos los ignoraban. Hasta que un día, de repente y en silencio, se marcharon del lugar.

Los vecinos se preguntaron quién había conseguido silenciar tan rápidamente a esa escandalosa familia hasta que observaron cómo Roan los despedía con una maliciosa sonrisa en su rostro y vieron en las noticias que esa adinerada familia, tras un fallido acuerdo comercial, había caído en la ruina para finalmente ser absorbida por una poderosa empresa que, de manera sospechosa, se llamaba Miller & Associated Company. Los rumores de desfalco también persiguieron a esa familia que tantos aires se había dado en ese pueblo, y que ahora ya no estaba.

Después de esto nadie dudó de quién había expulsado a esa desagradable familia de Whiterlande, y las apuestas en la pizarra de Zoe que favorecían a Roan aumentaron exponencialmente, preguntándose qué haría a continuación para conseguir el corazón de la chica que lo volvía loco desde pequeño.

Capítulo 6

El primer plan que se me ocurrió para deshacerme de ese irritante individuo fue hacer un gran hoyo en el jardín de mis padres y enterrarlo, lo cual fue muy bien acogido por Raymond. Pero, como eso tal vez me acarrearía algún que otro problemilla, tuve que pedirle al impetuoso de Raymond que dejara de cavar en mi jardín y explicarle que nos vengaríamos de Kyle de otra manera, porque si algo tenía claro era que ese idiota iba a pagar por cada una de las lágrimas de Helena.

Aún veía en mi mente las imágenes de una indefensa Helena debajo de ese inmundo sujeto, de su piel desnuda, de sus ojos llorosos, de su tembloroso cuerpo. Y cada vez que lo recordaba deseaba con más ansia la sangre de Kyle, y especialmente cuando me preguntaba qué habría pasado si hubiera llegado un minuto más tarde a esa habitación.

Cuando comencé con mi elaborada venganza, me asquearon las quejas y recriminaciones procedentes de esa familia mientras trataban de excusar y ocultar el comportamiento de su hijo, y más aún cuando investigué sus trapos sucios. Tras mis indagaciones decidí que no sólo quería vengarme de él, sino también hacerle mucho daño, tanto como para que no pudiera olvidarse de mi nombre jamás. Así que, por primera vez en mi vida, me interesé por las actividades que llevaba a cabo mi prestigiosa familia.

Para mi asombro, resulté ser igual de despiadado que mi abuelo en los negocios, y sin importarme demasiado a quién arrastraba en mi venganza, arruiné a esa familia. Tras plantearle a mi abuelo una agresiva estrategia comercial para quedarme con la empresa de los Brown, no dudé en pedir que investigaran su contabilidad, descubriendo que habían realizado pequeños

desfalcos para su propio beneficio, noticia que no tardé en hacer pública en la prensa arrastrando por el fango el nombre del que tanto presumían.

No me importó nada lo que mi abuelo o los socios de su junta directiva pensarán de mí o de mis actos, pero al contrario de lo que yo podía imaginar, los ejecutivos me felicitaron y mi abuelo comenzó a fijarse en mí, catalogándome como su posible sucesor.

Por eso no me sorprendí demasiado cuando, tras finalizar con éxito mis negocios, un mensajero trajo una lujosa motocicleta a mi casa con órdenes explícitas de mi abuelo de que nadie que no fuese yo tocara ese vehículo. Una vez que tuve en mi poder las llaves de ese caro presente, sonreí burlonamente a mi madre, recordándole que eso era algo que estaba fuera de su alcance. Aunque mi atrevida sonrisa desapareció de golpe cuando ella decretó que, sin una licencia de conducir a mi nombre, ese vehículo no saldría de nuestro jardín.

Yo, como el joven responsable que era, estaba muy dispuesto a obedecerla en esa cuestión. O al menos lo estuve hasta que Helena se presentó en mi jardín con gran curiosidad y comenzó a acariciar, soñadora, esa motocicleta, como yo deseaba que me acariciara a mí.

Sus uñas recorrieron el cuero del asiento clavándose levemente en él. Luego, su curiosa mano siguió un camino ascendente por el metal, asombrada por su firmeza y belleza. Y finalmente, sin poder resistirse, se montó en la moto recostándose sobre ella mientras cogía el firme manillar entre sus manos.

—Roan, quiero montar en esta moto —pidió, mirándome esperanzada.

—Y lo harás. En cuanto tenga la licencia de conducir serás la primera en montar en ella.

—¿Y eso cuánto tardará? —preguntó, mientras seguía abrazada a mi moto.

—Tal vez unos meses si me apresuro y...

—¡Pero Roan, yo quiero montar ahora! —exigió, tan caprichosamente como siempre.

—No, Helena: podríamos tener un accidente.

—¡Vamos, Roan! Tan sólo será una vuelta a la manzana; quiero sentir el viento en mi cara mientras me agarro con fuerza a tu cintura.

—Helena... —dije, con tono reprobador, haciéndole saber que por nada del mundo me haría cambiar de opinión.

—Si me dejas ir en la parte de atrás de esa moto contigo, te revelaré al oído los sueños indecentes que he tenido desde que me diste aquel beso... —susurró a mi oído, la muy pilla, mientras me abrazaba tentadoramente haciendo que mis hormonas silenciaran mis protestas y sepultaran mi sentido común al fondo de mi mente.

»¡Entonces trato hecho! Quedamos a medianoche en tu jardín. Seguramente a esa hora la bruja ya estará dormida —dijo, para luego añadir antes de irse —: Y si no acudes a nuestra cita, ya iré yo sola.

Me pregunté a qué venía esa advertencia hasta que vi su mano jugueteando con las llaves de mi moto, llaves que la muy pícara me había sustraído del bolsillo de la chaqueta mientras yo estaba embobado con ella.

Mientras la veía alejarse, me pregunté hasta cuándo me dejaría arrastrar por las locuras de mi amiga. Luego la oí reír con la alegría con la que siempre solía hacerlo y una vez más me dejé llevar por ese sonido embaucador que me mostraba lo que siempre había faltado en mi vida hasta que la conocí.

* * *

Después de que Roan me salvara estuvimos un tiempo sin vernos.

Pensé que intentaba evitarme a mí y a todos los espacios en blanco que quedaban en nuestra relación tras ese beso, pero cuando oí las noticias acerca de la sorprendente e inesperada marcha de esa molesta familia de Whiterlande, y tras detectar más de una maliciosa sonrisa en el rostro de mi amigo, no dudé de que él tenía algo que ver en el asunto y que, si no nos habíamos visto hasta entonces, era porque Roan había estado muy ocupado con su venganza como para prestarme atención.

La extraordinaria moto que mi amigo había recibido como regalo de su rica familia me encantó, pero mi apresuramiento en montar en ella tan sólo fue una excusa para poder hablar con Roan y aclarar cuál era el estado de nuestra relación en esos momentos.

Esa noche, cuando me agarrara fuertemente a su espalda, escondería mi rostro detrás de ella para que no viera mi rubor, y le confesaría que al fin me había dado cuenta de que él, para mí, podía llegar a ser algo más que un amigo.

Aunque aún tenía dudas sobre si comenzar o no esa relación, ya que por nada del mundo quería perderlo, le expondría mis miedos y mis temores y él, como siempre, hallaría una solución a todas mis inquietudes.

En el instante en el que el reloj dio las doce, bajé, habilidosa, por el árbol que crecía junto a mi ventana y me colé atrevidamente en el jardín de mi vecino. Como siempre, Roan no me había fallado y se encontraba esperándome junto a su motocicleta, provisto de dos cascos nuevos con los que daba la bienvenida a nuestra aventura.

Apoyado junto a su vehículo con una chaqueta de cuero y sus modernos vaqueros, Roan no parecía el buen chico que yo sabía que en verdad era, pero es que para mí Roan nunca podría ser otra cosa que mi amigo, mi protector, mi compinche..., esa persona con la que siempre podía contar en todo momento y por la que mi corazón comenzaba a acelerarse. Para mí, él siempre sería demasiado bueno, aunque creo que a lo largo de los años había aprendido la lección y comenzaba a mostrarse un poco más audaz con los que intentaban aprovecharse de él.

—¿La bruja se ha dormido o aún está contando sus billetes? Me apuesto lo que quieras a que le dio un ataque de rabia cuando vio tu regalo —le dije a modo de saludo, recordando que esa avariciosa mujer que tan poco me agradaba trataba a su hijo como moneda de cambio ante su abuelo para garantizarse una vida acomodada y lujosa.

Roan negó con la cabeza ante mis insultantes palabras, porque a pesar de

que fuera cierto, no le gustaba que nadie se metiera con su madre. Pero mi amigo ya había aprendido con el paso de los años que a mí nadie podía callarme, y aún menos cuando algo me desagradaba tanto como lo hacía esa mujer.

—Helena, vengo a hacerte entrar en razón sobre ese paseo en mi moto. No creo que ninguno de nosotros esté preparado para ello...

—¡Vamos, Roan! ¡Si es casi como montar en bici!

—¿Cómo montar en bici, dices? Aún recuerdo cómo acabamos la última vez que decidiste montar en bicicleta conmigo —contestó Roan con escepticismo, alzando una de sus cejas.

—¡Bah! Eso fue cuando tenía solamente cinco años. Y si nuestras bicicletas se rompieron fue porque decidimos jugar a las justas de caballeros con ellas —rebatí, colocando mis brazos en jarra, más decidida que nunca a salirme con la mía.

—¡Ya! ¿Y quién fue la que propuso ese juego? —apuntó mi amigo con satisfacción, creyendo que había ganado esa disputa sin recordar lo sucio que jugaba yo cuando quería algo.

—Pero desde entonces he crecido... —susurré al oído de mi amigo mientras me acercaba para que se percatase del atrevido modelito que había decidido lucir esa noche: unos pantalones vaqueros muy cortos, que se pegaban a mis curvas, y una insinuante camiseta rosa de tirantes que mostraba un escandaloso escote que Roan no pudo resistirse a contemplar.

Como pensaba, mi atuendo lo dejó sin habla, acallando cada una de sus protestas. Mientras él me miraba embobado, cogí con decisión uno de los cascos que Roan sujetaba entre sus manos y, tras colocármelo, me subí a la moto poniéndome a los mandos, dispuesta a dar esa vuelta, con él o sin él.

Un segundo después de que yo introdujera las llaves en el contacto, Roan salió de su trance y finalmente se puso el casco. Tras dirigirme una mirada de reproche por lo sucio que podía llegar a jugar, me colocó en la parte de atrás de su motocicleta y me puso su chaqueta para cubrir mi incitante modelito.

Después se subió a la moto y mientras aseguraba mis manos en su cintura, me dijo con enfado:

—No sé por qué siempre acabo cediendo ante tus locuras.

—Venga, Roan, no te quejes tanto que ambos sabíamos que esto acabaría así, si no, ¿por qué me estabas esperando con dos cascos?

—Me convierto en un idiota cada vez que estoy a tu lado y aún no sé la razón —se quejó Roan, acelerando su vehículo como a mí me gustaba y dando por finalizada la conversación.

Mientras el ruido de la motocicleta camuflaba mis palabras, no pude evitar susurrar a su espalda:

—Porque me quieres tanto como yo a ti —dije, decidida a confesarle mis sentimientos más tarde, cuando mis palabras no fueran silenciadas por el viento. Aunque en verdad nunca me imaginé cuánto tendría que esperar para que él las escuchara.

* * *

El paseo nocturno de los dos alocados jóvenes por el tranquilo pueblo de Whiterlande habría pasado desapercibido de no haber sido por un desgraciado accidente que tuvieron con un conductor borracho.

Justo cuando daban la vuelta a la manzana y faltaba muy poco para que llegaran a sus casas, un conductor ebrio se cruzó en una glorieta, provocando un frenazo de Roan que hizo que la moto derrapara y cayera al suelo. Por supuesto, Roan, tan protector como siempre, había recibido todo el impacto de la caída protegiendo con su cuerpo a Helena.

El conductor se dio a la fuga y sólo los gritos desesperados de Helena junto a su amigo inconsciente alertaron a los vecinos del lugar, que se apresuraron a llamar a una ambulancia.

Nadie pudo impedir que Helena acompañara a Roan en esa ambulancia, aunque en el hospital fueron duramente separados debido a la gravedad de las

heridas de Roan.

Helena se paseaba intranquila frente a la puerta de cirugía mientras sus leves rasguños eran atendidos por su sobreprotector tío Josh, que no paraba de seguirla y que, a pesar de tener razones para reprenderla, ni siquiera abrió la boca al darse cuenta de lo preocupada, asustada y culpable que se sentía su sobrina.

—¿Es que no vas a gritarme, a culparme, a regañarme o a castigarme? —preguntó Helena, furiosa consigo misma por las consecuencias de sus inconscientes acciones.

—¿Para qué, Helena? Eso ya lo estás haciendo muy bien tú sola —contestó Josh, sin dejar de ver las lágrimas que recorrían el rostro de la chica cada vez que miraba las puertas tras las que se encontraba su amigo.

—¡Dime que se salvará, tío Josh, dime que no le pasará nada! ¡Es Roan! Roan siempre está ahí para mí, siempre me ayuda, siempre me protege y nada le impide nunca volver a mi lado.

—Helena, cariño, Roan sólo es humano —declaró Josh, sin querer dar falsas esperanzas a su sobrina mientras la consolaba con su abrazo.

—Es mi culpa, ¿verdad? Todo esto es culpa mía, yo...

—¡Pues claro que es culpa tuya, niñata! —gritó la histérica voz de Susan Miller, haciendo su aparición en ese momento, aumentando con sus palabras el sentimiento de culpabilidad de Helena—. ¡Si ese niño queda herido de alguna manera y no puede asumir el cargo que merece, será tu culpa! ¡Y ni que decir si se atreve a morir, arrebatándome todo lo que me he esforzado en conseguir!

—¿Está escuchando sus propias palabras?! ¡Ni siquiera le importa si su hijo vive o muere, tan sólo le importa el dinero! ¡Es usted despreciable! —exclamó Helena, totalmente indignada, con la cabeza bien alta, negándose por completo a dejarse llevar por la culpa o el dolor cuando se enfrentaba a esa arpía.

—Sí, pero yo por lo menos no lo pongo en peligro, algo que, al parecer, tú

haces con frecuencia —señaló despectivamente Susan.

—Éste no es lugar para peleas —intervino Josh, silenciando a la mujer con su autoridad como director del hospital con su fría e inquisitiva mirada.

Tras sus palabras, Susan guardó silencio y no tardó en marcharse airada de esa sala de espera, dispuesta a aguardar las noticias de la recuperación de su hijo en el bar más cercano.

Después de larguísimas horas de espera, Roan fue enviado a una habitación de cuidados intensivos, donde se recuperaría lentamente de sus heridas.

La hemorragia interna había sido detenida a tiempo y la contusión en la cabeza quedó en una conmoción cerebral leve, ya que, afortunadamente, el casco había absorbido lo peor del impacto. Tenía un hombro dislocado, una de sus piernas había sufrido múltiples fracturas y sus costillas rotas habían estado a punto de perforar sus pulmones.

Aún inconsciente por la anestesia, fue trasladado a una estancia privada del hospital. Helena permaneció a su lado durante horas a la espera de que Roan despertara, y mientras lo hacía, cogía una de sus manos entre las suyas como hacían desde niños y le susurraba todo lo que había pensado confesarle esa noche si ese coche no se hubiera cruzado en su camino.

—Te quiero, Roan, a pesar de que nunca puedas llegar a ser un chico malo, no he podido evitar enamorarme del chico bueno que siempre está ahí para mí —tras esta confesión, Helena besó dulcemente los labios de Roan. Un instante después oyó a su espalda una jocosa burla que hizo que su cuerpo se tensara al reconocer a quién pertenecía esa estridente y desagradable voz.

—Oooh, ¡qué bonito! —se burló Susan mientras aplaudía cínicamente—. Primero casi lo matas y luego te confiesas en su lecho de muerte... ¡Maravilloso! Ni sacado de una telenovela.

—¡Roan no va a morirse! —replicó Helena, furiosa, enfrentándose a esa frívola mujer.

—Sí, gracias a Dios. Los médicos me han comunicado que dentro de poco estará bien siempre que guarde reposo. Algo que nunca hace cuando *tú* estás a

su lado, lo que me lleva a pensar que voy a tener que deshacerme de ti.

—¡Inténtelo! —desafió Helena a Susan, decidida a no separarse nunca de Roan.

—Tengo que admitir que siempre ha sido difícil apartarte del camino de mi hijo, hasta ahora, cuando tú misma me has concedido la oportunidad —anunció Susan con una maliciosa sonrisa. Y, tras mandar un mensaje con su teléfono móvil, un inmenso guardaespaldas apareció en la habitación de Roan—. No tienes ni idea de lo que unos falsos lloros y súplicas a un hombre poderoso pueden lograr, sobre todo cuando éste teme perder al que puede convertirse en su sucesor. André, querido, muéstrale la salida a esta... niña, por favor —pidió Susan, sintiéndose superior mientras ocupaba el lugar que hasta entonces había mantenido Helena junto a su amigo.

Y, ante la furiosa mirada que Helena le dirigió, advirtiéndole que ése no sería el final de la historia, Susan se regodeó en su victoria recordándole las palabras que un día pronunció:

—Ya te dije que un día me lo llevaría a un lugar en donde no podrías alcanzarlo —se jactó Susan, aunque sus presuntuosas palabras cesaron cuando una maliciosa y rebelde sonrisa apareció en el rostro de Helena, quien antes de ser expulsada de la habitación, le declaró la guerra.

—¡Inténtelo si puede, bruja!

* * *

—Mamá, ¿de verdad que nadie ha venido a verme al hospital desde que estoy aquí? ¿Ni siquiera el primer día? —pregunté, recordando vagamente el leve contacto de unos sensuales labios y unos susurros que, aunque no llegué a distinguir con claridad, me reconfortaron. Algo que sin duda nunca haría mi madre con su chillona voz.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que esa niña huyó llena de miedo, dejándote inconsciente en la carretera? Si no llega a ser por los vecinos del

lugar, todavía seguirías debatiéndote entre la vida y la muerte debajo de esa maldita motocicleta del diablo que... —contestó mi madre, continuando con su sermón, unas palabras que estaba seguro de que eran mentira porque las conocía demasiado bien a ambas: a mi madre y a Helena.

Sospeché que algo ocurría cuando desperté de la inconsciencia y mi mano estaba fría sin el abrigo que horas antes alguien me había dado. Como sabía que esas muestras de cariño nunca serían propias de mi madre, supe que Helena había estado allí. Sin embargo, lo que aún no podía concebir era por qué no había vuelto a visitarme en todo ese tiempo. Y de nuevo, me resigné a escuchar los gritos de mi madre con tal de saber más sobre Helena.

—¿Sabes si Helena está bien, mamá?

—¿Después de todo lo que te ha pasado por su culpa, aún te atreves a preocuparte por ella? ¡Pues claro que está bien! ¡Esa mocosa huyó a la primera oportunidad con sólo unos cuantos rasguños! Y ni siquiera se ha dignado a venir a verte...

Sonreí tras escuchar lo que sabía que eran nuevas mentiras de mi madre, porque la huida no era algo propio de Helena. Pero sus siguientes palabras me llevaron a pensar que tal vez podría haber algo de verdad en ellas.

—Esa niña se siente culpable por tus heridas, y más todavía cuando le recriminé sus acciones, así que no creo que la veas en mucho tiempo.

—No fue culpa de Helena... —susurré sin dejar de atormentarme por el dolor que estaría sintiendo ella al culparse de todo lo que nos había ocurrido.

—¿Y entonces de quién? —preguntó mi manipuladora madre.

—Mía, por no comportarme en esa ocasión como debía.

—Entonces admites que eres culpable de este accidente... —musitó mi madre con una sonrisa satisfecha en su rostro que me indicaba que me había llevado a donde ella deseaba con esa conversación.

—Sí —dije, cayendo de lleno en su trampa.

—¡Perfecto! Pues en ese caso no quiero ni una queja cuando nos mudemos —anunció triunfante. Sin embargo, aún tuve esperanzas de que eso no

ocurriría, ya que cuando consiguiera salir del hospital podría hablar con mi abuelo. Unas esperanzas que se esfumaron en cuanto mi madre continuó explicándome su elaborado plan que, en esta ocasión, gracias a mi estupidez, le había salido a la perfección.

—Nos mudaremos a la mansión de tu abuelo, donde te enseñaré todo lo que debes saber sobre los negocios de la empresa familiar y te mantendrá vigilado para impedir que cometas alguna otra locura como ésta. Sin duda, en ese ambiente no te rodearás de personas tan inadecuadas como las que sueles frecuentar en este pueblucho.

—¿Se supone que debo darte las gracias? —pregunté irónico, observando impotente uno más de sus despiadados planes.

—De nada —respondió ella con el mismo sarcasmo.

Mientras salía de la habitación, una enfermera entró portando más flores y globos de compañeros de clase que tampoco habían venido a visitarme. No les presté demasiada atención hasta que oí a mi madre exclamando, indignada:

—Por Dios, ¡qué oso más horrendo! ¿Cómo puede alguien regalar esto?

El oso que mi madre apartaba de entre mis regalos para tirar a la basura iba adornado tan horriblemente como sólo Helena sabía hacer cuando se empeñaba en poner en práctica su vena artística. Además de las grapas, la cresta de colores chillones y el llamativo parche, este osito tenía una escayola en la pierna, como yo, y la sosa pajarita que yo llevé en mi infancia. Cuando contemplé las pequeñas esposas que llevaba en sus manos, terminé de captar el mensaje que me mandaba Helena.

Después de que mi madre se fuera a almorzar, prácticamente el único momento en el que se alejaba de mí durante unas horas, me levanté con dificultad de la cama para acercarme despacio a la puerta. Tras entreabrir la levemente para no delatarme, pude ver al guardia que alguien había puesto ante ella. Helena tenía razón: yo estaba prisionero en ese hospital.

Tras haber descubierto el motivo por el que nadie me visitaba, recogí el horrendo peluche que Helena me había regalado. Al tenerlo entre mis manos

noté que pesaba más de lo que sería normal en un simple peluche, y al palpar su barriga descubrí una abertura oculta.

—¡Qué coño...! —exclamé, asombrado, cuando vi aparecer entre los pliegues de la barriga del oso un bote de somníferos acompañado de una nota.

«Medidas desesperadas para momentos desesperados», anunciaba el mensaje con llamativas letras rojas. Luego continuaba: «Te espero todas las noches donde siempre tendremos felices sueños».

Evidentemente supe a qué lugar se refería Helena, porque sólo cuando me permitía estar junto a ella, mis sueños eran realmente felices.

* * *

Sabía que Roan estaba casi recuperado de sus heridas porque cada día atosigaba a mi tío Josh para que me facilitara información sobre su estado. Yo deseaba verlo con todas mis fuerzas para comprobar de primera mano que estaba bien y que no me guardaba rencor por ninguna de sus lesiones, pero por más que lo intentara, no había manera.

Había tratado de colarme en la habitación de Roan decenas de veces, pero el maldito gorila de la puerta siempre me pillaba. Pensé, para variar, en ser sutil y mandarle un mensaje con uno de sus amigos o compañeros de clase, pero la maldita bruja lo había encerrado a cal y canto como siempre hacía, incluso impidiendo toda visita a su habitación.

Mi último recurso fue mandarle un mensaje oculto entre los regalos, uno que para él no pasara desapercibido. Mensaje que no sabía si había llegado a sus manos porque yo aún no había recibido respuesta.

Todas las noches que me quedaba en casa de mis abuelos, lloviera, hiciera frío o calor, dejaba la ventana de mi habitación abierta para él. Luego pasaba la noche en vela esperándolo y finalmente, cuando notaba el frío de mis manos vacías al despertar por la mañana, sabía que Roan no había estado allí.

Esa noche, al igual que otras, intenté permanecer despierta mientras no

dejaba de contemplar el hueco de la ventana que siempre dejaba abierta. Finalmente, el cansancio acumulado pudo conmigo y mis ojos se cerraron sumiéndome en un profundo sueño. Sonreí cuando, en mitad de mi sueño, unos cálidos brazos me rodearon. Y sólo cuando una conocida mano tomó la mía, abrí los ojos y parpadeé asombrada, sin poder dejar de admirar el rostro de Roan, que finalmente había vuelto a mí.

—Helena, si sigues durmiendo con la ventana abierta vas a enfermar.

—Pero tú no estabas aquí —repliqué, recordándole la razón por la que esa ventana permanecía abierta desde nuestra infancia.

—Ahora sí —dijo, abrazándome más fuerte. Y cuando acogió mi rostro entre sus fuertes brazos y se negó a enfrentarse a mi mirada, intuí que algo pasaba y que esa visita no era un reencuentro para nosotros, sino una despedida.

—Me tengo que ir, Helena —anunció, reteniéndome con más fuerza a su lado, como si no quisiera que las palabras que decía fuesen ciertas. Luego añadió el motivo por el que se alejaba de mí, riéndose con amargura de su propio destino—. Mi abuelo, después de todos estos años, me reclama a su lado. Quiere comenzar a instruirme en los negocios para convertirme en su sucesor y mi madre lo apoya por completo, tentada por su dinero. Mi padre simplemente no opina de este asunto y yo no tengo voz ni voto en toda esta cuestión.

—¡Pues escápate! ¡El año que viene cumplirás dieciocho, yo puedo ocultarte y...! —comencé a planear, desesperada, hasta que él, como siempre, me sacó de mis fantasías para mostrarme la realidad.

—¿Y dónde lo harás, Helena? ¿Dónde me esconderás? ¿En el jardín de tu abuelo? ¿En la casa del lago? ¿En el garaje? Si cuando niños no nos funcionaban esos escondites, ahora menos. No obstante, tengo un plan —añadió, tras ver mi intranquilidad—: Voy a ser todo lo que ellos quieren que sea, hasta que pueda ser yo mismo.

—¡Pero ¿qué mierda de plan es ése?! —exclamé, indignada por sus

extrañas palabras y su escasa explicación.

—Uno muy bueno —dijo Roan sonriendo mientras besaba mi frente con ternura para intentar calmar mi temperamento; algo que, estúpidamente, hice entre sus brazos—. Pero necesito que me prometas que confiarás en mí, que no me olvidarás y que me esperarás.

—¿Durante cuánto tiempo? —pregunté, asombrada con las exigencias que me pedía mientras se proponía alejarse de mi lado.

—No lo sé —declaró tristemente mientras pensaba en el mañana, alejándose ya un poco de mí.

Decidida a volver a ver la sonrisa de mi amigo, que no tardaría en perder estando con su familia, me levanté de la cama y mientras paseaba por la habitación, comencé a establecer mis propias condiciones para ese acuerdo si de verdad pretendía que yo me decidiera a esperarlo.

—Roan, no pienso esperarte hasta que me salgan canas. Así que, dentro de tres años, por el día de mi cumpleaños, te esperaré aquí. Y si no nos encontramos será el momento de olvidarte, porque sin duda tú ya me habrás olvidado.

—Eso no pasará nunca, Helena —dijo, negando rotundamente esa posibilidad.

—Quiero que me escribas y que me llames todos los días —exigí, volviéndome tan mandona como siempre.

—Lo haré —prometió Roan, dejando asomar a sus labios esa sonrisa que tanto había añorado volver a ver en su triste rostro.

—Y que nunca te fijas en otra.

—Sólo pensaré en ti.

—Y por último..., quiero más tiempo para estar a tu lado... —dije finalmente, derrumbándome junto a él en mi cama.

—Eso, por desgracia, es algo que no tenemos —musitó Roan, mirando nervioso su reloj, haciéndome saber con ello que el tiempo de nuestro encuentro se acababa.

—Ni sueñes que voy a decirte que te quiero... —anuncié, cerrando mis ojos para no llorar—. Y menos aún ahora que te vas —añadí, antes de que mis lágrimas ahogaran mis palabras.

Cuando abrí mis ojos, Roan se encontraba sobre mí, con sus profundos ojos negros observándome, conociendo perfectamente la verdad que intentaba ocultarle.

—Yo también te quiero, Helena —dijo antes de darme un último beso que, sin duda, debería de haber sido uno de los primeros en nuestra historia de amor.

Yo me resistí a dejarlo marchar intentando provocarlo con ese beso como él me había enseñado en una ocasión, pero Roan, tan implacable como siempre, soltó mis manos de su cuello y, besando cada una de ellas, me prometió:

—Cuando vuelva a ti dentro de tres años quiero escuchar ese «te quiero» y recibir ese beso que no te he dejado darme —declaró, provocando que me sonrojara al hacerme saber que él había entendido que yo quería ofrecerle mucho más que un beso en esa despedida.

Mientras se acercaba a la ventana para desaparecer de mi vida durante mucho tiempo, no pude evitar interponerme en su camino para hacerle una última advertencia.

—Vas a estar muy solo.

—No, siempre te llevaré aquí —replicó Roan, poniendo mi mano en su pecho, donde su corazón latía tan deprisa como el mío.

Sin poder resistirme, me acerqué más a él y susurré a su oído:

—Recuerda que para poder volver conmigo tendrás que ser un chico muy malo... —después, tras morder sensualmente su oreja como castigo, lo reté—: ¿Será capaz de ello un niño tan bueno como tú?

Después de mis provocadoras palabras, Roan me agarró fuertemente entre sus brazos y, tras acercarme a su cuerpo, me arrebató un beso como sólo lo hacían los más canallas. Besó mis labios, los mordisqueó con suavidad

exigiendo que mi boca se abriera y, cuando lo hizo, su lengua me invadió, devorándome, reclamándome una pasión que apenas comenzábamos a explorar. Sólo cuando mi mente estuvo lo bastante aturdida por sus demandas, él me soltó y, antes de alejarse de mí, susurró unas palabras a mi oído tan provocativamente como yo había hecho segundos antes.

—No te preocupes, aprendo rápido.

Luego me besó con dulzura, como haría un buen chico, y desapareció de mi lado, dejándome tan confusa como siempre con su actitud, sin saber si cuando volviéramos a encontrarnos querría a mi lado a un buen chico o uno tan malo como planeé estúpidamente en mi infancia.

¡Pero a quién quería engañar! Cuando volviéramos a encontrarnos yo tan sólo lo querría a él, fuera como fuese. Aunque eso era algo que me negaba a decirle hasta que el tiempo hubiera pasado y él regresara a mi lado.

Capítulo 7

Tres años después

Estaba desesperado por salir de esa reunión en la que se agolpaban los directivos de la empresa de mi abuelo, aburriéndome con su charla. En otra ocasión mi mente prestaría más atención a sus palabras, ya que a pesar de encontrarme todavía en el segundo año de empresariales planeaba montar mi propio negocio cuando finalizara la universidad, y todo lo que oía me servía para adquirir experiencia en este mundillo y para guiarme en el futuro. Pero ese día tenía una cita ineludible por la que había esperado durante más de tres años y a la que de ninguna manera podía faltar.

Desde mi llegada a la lujosa mansión de mi abuelo hacía ya tres años había estado tan solo como Helena había pronosticado que me hallaría en cuanto me alejara de ella. Mi abuelo se mostró desde el principio tan frío como yo había imaginado cuando por fin lo conocí. En aquel momento no vi ante mí a un familiar, sino a un hombre de negocios de unos sesenta años.

Con su rígido porte enfundado en un caro traje, sus perfectos cabellos canos, ninguno fuera de su lugar, y sus gélidos ojos negros tan parecidos a los míos, deduje tras una sola mirada que no sabía qué hacer conmigo. A partir de ese día, sus muestras de cariño se limitaron a leves movimientos de cabeza que aprobaban o desaprobaban mi comportamiento. Si mis actos eran adecuados, según su opinión, a la mañana siguiente eran premiados con ostentosos regalos; si, por el contrario, no eran de su agrado, mis horas de tutoría en casa aumentaban y mi tiempo libre se reducía.

Con el paso de los días en esa mansión me di cuenta de que la jaula que me rodeaba solamente había cambiado de tamaño y se había vuelto más suntuosa.

Me sentía un prisionero, un pájaro con las alas rotas que deseaba volar, y ahora que Helena no estaba a mi lado, sentía que la soledad me asfixiaba y que necesitaba huir y escaparme bien lejos para llegar junto a esa niña que siempre me había apoyado y enseñado a reír y que ahora se habría convertido en una hermosa mujer muy lejos de mí.

Para mí, el primer año que pasé en esa casa fue como volver a la vacía vida que conocía antes de encontrarme con Helena. Viví en esa residencia como si fuera un extraño, una persona que solamente estaba de paso en una de las pomposas habitaciones de la mansión hasta que mi abuelo y su estricta mirada decidieran deshacerme de mí. Por suerte, mi abuelo no tardó mucho en enviarme a una cara universidad lejos de su frío hogar, donde pudiera cumplir sus expectativas llegando a ser el hombre que él esperaba.

Me sentí más libre en la austera habitación de la universidad que compartía con un desconocido que junto a mi familia; pero es que, para mí, el concepto de «familia» siempre había significado «soledad».

A pesar de que mi vida estuviera programada al milímetro con unos horarios estrictos que apenas me dejaban respirar, junto con los objetivos tal vez demasiado altos que me impuse para conseguir triunfar en la vida, en esos días recuperé la sonrisa porque mis llamadas y mis correos no estaban tan estrictamente vigilados como en esa vieja mansión y al fin pude comunicarme con la única persona que siempre había llevado la alegría a mi solitario mundo.

Conversar con Helena me suponía al mismo tiempo un placer y una tortura, porque mientras sentía que cada vez que hablábamos nos acercábamos un poco, también quería hacer lo que no me permitía la distancia, como abrazarla, besarla, acariciarla o decenas de pecaminosas acciones a través de la pantalla de un ordenador o de un teléfono, a lo que me negaba por más que me lo hubiera propuesto en alguna ocasión mi escandalosa amiga.

Estuve tres años planeando cómo salir de la universidad con una excusa plausible que me permitiera eludir la rigurosa vigilancia de mi familia durante

un tiempo, y justo cuando se cumplía el plazo de tres años que nos habíamos concedido para volver a encontrarnos y ya comenzaba yo a pensar en qué terrible enfermedad debía de inventarme para escapar de mi encierro, mi abuelo me puso en bandeja la excusa perfecta al requerir mi presencia para una de sus importantes reuniones.

Y allí estaba yo, un chaval de tan sólo veinte años, con mi serio y regio porte enfundado en un caro traje mirando repetitivamente el reloj con la única idea en mente de salir corriendo de esa reunión hacia los brazos de la chica que me esperaba.

Pero por lo visto, mis planes no le importaban a nadie y mucho menos a mi abuelo, que no hacía otra cosa que observarme con su penetrante mirada.

—Creía que aprovecharías la oportunidad que se te brinda al permitirte estar presente en esta reunión, Roan —me reprendió mi abuelo, imponiendo silencio en la sala ejecutiva con el simple gesto de una de sus firmes manos—. ¿Se puede saber qué es eso tan urgente que tienes que hacer para que ignores las discusiones acerca de los importantes asuntos que tenemos sobre la mesa y que te lleva a estar mirando continuamente tu reloj?

Mi abuelo, como siempre, creía que todos bailábamos bajo el son que él dictaba y que nadie discutiría jamás sus órdenes, ya que yo lo había malacostumbrado haciendo siempre caso de sus mandatos. Pero cuando se trataba de Helena yo no podía evitar rebelarme como ella me enseñó.

—Lo siento mucho abuelo, pero es que tengo una cita ineludible —respondí, provocando que todos los ejecutivos cuchichearan, asombrados ante mi osadía.

—¿Y esa cita es más importante que esta reunión en la que se proyecta un posible negocio de cientos de miles de dólares? —preguntó sarcástico, esperando mi negativa. Pero, definitivamente, él no conocía a Helena ni las locuras a las que podía llevarla su impaciencia.

—Sí —admití, aguantando su desafiante mirada.

—Pues lo siento por ti, muchacho, porque ninguno de los aquí reunidos

tiene permitida la salida de estas oficinas hasta que este proyecto esté cerrado.

Y tras sus palabras, como si pretendiera darme una lección, esa reunión que normalmente hubiera durado un par de horas siguió y siguió, convirtiéndose en una locura donde, guiados por el estrés y el cansancio, ninguno de los asistentes parecía ponerse de acuerdo en sus ideas.

Cuando trajeron una nueva tanda de platos a la oficina para la cena, contemplé mi reloj y suspiré, resignado, sabiendo que por más que corriera ya no llegaría a mi cita. Pero yo aún no estaba preparado para rendirme, así que, tras quitarme la chaqueta, me subí las mangas de la camisa, aflojé mi rígida corbata y me dispuse a borrar la socarrona sonrisa de mi abuelo, que me miraba desde su aventajada posición en la cabecera de la mesa. Y, con la mayor celeridad posible, tomé el mando de la situación y fui despejando una a una las absurdas quejas que se interponían en mi camino para finalizar el planteamiento de ese proyecto, que era lo único que se interponía en esos instantes entre Helena y yo.

Cuando por fin dimos por resueltos todos los obstáculos y finalizamos con esa maldita reunión, los primeros rayos de sol de un nuevo día entraban por las ventanas de la sala de juntas. Entonces miré una vez más mi reloj, esta vez bastante furioso por no haber podido solucionarlo todo antes de lo esperado. Los hombres que rodeaban a mi abuelo me observaron con asombro, y mi abuelo, con una satisfecha sonrisa de superioridad en los labios, intentó reírse de mí.

—Por lo visto, vas a llegar tarde a esa cita.

—Sí, pero pienso asistir a ella, por más obstáculos que se interpongan en mi camino —advertí a mi abuelo mientras echaba mi chaqueta sobre uno de mis hombros y me dirigía hacia la salida.

—Y dime Roan, ¿esa persona te estará esperando todavía? —se interesó mi abuelo, sin verle ningún sentido a que yo acudiera a mi cita.

—No —contesté con sinceridad, conociendo perfectamente cómo era Helena.

—Entonces, ¿para qué correr hacia un lugar en donde ya nadie te espera? —sonrió mi abuelo mientras negaba con su cabeza como si yo fuera un necio por la decisión que había tomado.

Pero me mantuve firme y le contesté con la verdad, ya que él era otro más de los miembros de mi familia que tal vez nunca me comprendería.

—Porque, le pese a quien le pese, siempre correré tras ella.

Y tras mis palabras no me quedé a ver la cara de asombro de mi abuelo o los cuchicheos que rodearon a mi confesión. Simplemente me subí al coche de empresa y puse rumbo hacia donde sabía que ella me había esperado siempre, rogando porque a pesar de que hubiera roto nuestra promesa, Helena no cometiera ninguna imprudencia ni decidiera olvidarse de mí.

* * *

—No vas a venir, ¿verdad, Roan? —pregunté en voz alta en medio de esa fría habitación, cuya ventana había permanecido abierta durante toda la noche.

»¿Es que acaso has olvidado nuestra promesa? —volví a preguntarme en voz alta, mientras una solitaria lágrima rodaba por mi rostro.

»Quizá debería haberte recordado nuestra cita... —murmuré, rememorando las contadas ocasiones en las que habíamos hablado la semana anterior, en las que yo le recordaba a Roan mi cumpleaños, pero nunca la importante cita que concertamos en el pasado, tal vez por mi deseo de querer creer que para él ese día era tan importante como para mí y que lo habría guardado en su corazón como yo había hecho en el mío.

Pero al parecer, me equivoqué. De modo que, dispuesta a cumplir la promesa que le hice a un hombre al que había esperado tal vez demasiado, me dispuse a olvidarlo.

Cuando me levanté del frío suelo tapada con una simple manta, reconocí en mi interior lo impulsiva que eran mis acciones en ciertas ocasiones. Y más aún cuando se trataba de Roan, así que marqué su número de teléfono con la

intención de contactar con él para darle una oportunidad. Pero después de escuchar una decena de veces su contestador, me limité a dejar un breve y contundente mensaje con el que le dejaría claro lo que pensaba hacer a partir de ese momento:

—Adiós, Roan —anuncié, poniendo fin a la llamada y a la larga espera de tres años. Y después de esto me decidí a celebrar el cumpleaños más loco y desenfrenado que había vivido, uno por el que si Roan estuviera a mi lado, me reprendería con uno de sus sermones más severos.

Qué pena que él no estuviera allí para verlo y que yo ya no quisiera escuchar las palabras de un hombre que, con el paso de los años, se había convertido en un mentiroso...

* * *

—¡Por fin llegué! —exclamó Roan tras pasar un montón de horas en un interminable viaje, consiguiendo acudir al encuentro acordado con la impetuosa mujer en la que no podía dejar de pensar ni por un minuto.

Tras trepar por el familiar árbol por el que había subido innumerables veces en su infancia, dudó si la ventana que siempre lo esperaba abierta habría permanecido así ante su tardanza, pero a pesar del retraso, ésta estaba entreabierta invitándolo a entrar una vez más al cobijo de esa estancia.

Sin hallar ningún obstáculo en su camino, ni ninguna atrevida sorpresa por parte de Helena, Roan pensó que, tal vez, el paso de esos tres años habría convertido a su amiga en una chica más paciente y menos alocada. No supo cuánto se equivocaba hasta que fue demasiado tarde y se encontró con otra más de las traviesas acciones de su amiga que acabaron de sorprenderlo, mostrándole que, a pesar de los años, ella seguía siendo esa irreflexiva niña que una vez conoció.

Como siempre había hecho desde niño, Roan atravesó la oscura habitación que conocía de memoria y se acercó con sigilo a la cama. No le hizo falta

encender la luz de la estancia para detectar dónde se hallaba Helena: debajo de varios edredones, se apreciaba un gran bulto donde ella permanecía oculta dándole la espalda a su visita, quizá un poco molesta ante su retraso, ya que esa mano que siempre lo aguardaba, en esa ocasión no estaba allí.

—¡Helena! ¡Helena! ¡Soy yo! —susurró Roan en mitad de la noche, a lo que ella le respondió con un estruendoso ronquido, sin duda haciéndose la dormida.

Roan no dudó a la hora de acercarse a su querida amiga, y queriendo acabar con su enfado, se adentró en la cama y la abrazó con fuerza por encima de los gruesos edredones que envolvían su cuerpo, que la hacía parecer dos personas en vez de la delicada chica que realmente era.

Luego, sin esperar la respuesta de Helena ni ninguna muestra de cariño, que nunca le daría cuando estaba enfadada, Roan susurró a su espalda una disculpa esperando que con la sinceridad de sus palabras un simple perdón bastaría para calmar su enojo.

—Perdón por mi retraso, Helena. A pesar de la promesa que te hice, no fui capaz de llegar antes, pues mi familia me retuvo.

—Humm... —Roan oyó un ronco murmullo, señal de que comenzaba a despertarse.

—Tal vez ahora podríamos seguir por donde lo dejamos aquel día en el que tuvimos que separarnos, porque yo aún te quiero tan desesperadamente como lo hacía hace tres años. Me has hecho tanta falta....

Y cuando Roan buscó la mano de Helena descubrió dos cosas: primero, que su amiga tal y como le prometió, no lo había esperado; y segundo, que su primera confesión de amor había sido dirigida a un hombre.

—¡Ahhh! ¿Qué coño...? Pero ¿qué haces tú aquí? —gritó Roan, disgustado al ver a su amigo Nathan saliendo de debajo del grueso edredón.

—Yo también te he echado de menos, Roan, pero no sé cómo decirte esto sin herir tus sentimientos: yo no te amo. Aunque aún podemos seguir siendo amigos, ¿eh? —bromeó Nathan entre bostezos mientras encendía la luz de la

mesita de noche para ponerse sus gafas y observar a su sorprendido amigo, que intentaba recomponerse de la sorpresa.

—¡Esto nunca ha ocurrido y tú nunca has estado aquí! ¿Queda claro? —susurró amenazadoramente Roan mientras fulminaba a Nathan con una de sus miradas.

—Por mí vale, pero creo que no deberíamos ocultarle lo nuestro a Helena ahora que has vuelto —se carcajeó Nathan una vez más.

—¿Se puede saber dónde está Helena? ¿Y qué haces tú en su habitación?

—Helena se ha ido a la ciudad con sus amigas. Una semana de despiporre donde celebrará su mayoría de edad por todo lo alto a pesar de las quejas de la familia. Nos ha dejado a todos bien claro que ya es mayor para hacer lo que le dé la gana y que no hay nada que la retenga aquí. Eso nos lo dijo bastante molesta a todos los miembros de la familia cuando intentamos detener su locura, aunque ahora que lo pienso mejor, creo que era un mensaje dirigido a ti —dijo Nathan ante la incomodidad que mostraba su amigo al ver que otro más de los secretos que guardaba junto a Helena era descubierto—. Luego, mi querida prima se apiadó de mí y de la fiesta de pijamas que estaba celebrando mi hermana Tory aquí en casa de los abuelos y me cedió amablemente su habitación, pero sólo después de prometerle que dejaría la ventana abierta para, según ella, ventilar la estancia por la noche —explicó Nathan—. Es obvio que debí desconfiar ante tanta amabilidad. Después de todo, se trata de Helena.

»Y ahora, ¿me podrías explicar qué haces tú en la habitación de mi prima, y por qué sospecho que ésta no es la primera vez que la visitas aquí? —exigió Nathan a su amigo, tan protector como todos los Lowell a la hora de salvaguardar a Helena.

Suspirando, resignado a no recibir más información del paradero de Helena si no confesaba alguno de sus secretos ante su amigo, Roan se sentó en el frío suelo. Y mientras desviaba su mirada y mesaba con nerviosismo sus cabellos, se atrevió a revelar algo más de sí mismo a otra persona que no fuera Helena.

—Creo que siempre que te quedabas aquí con tu prima podías escuchar los gritos de mis padres cuando discutían, ¿verdad? Era así siempre, cada día, continuamente. Helena siempre fue mi refugio para huir de ellos cuando era niño y poder soportar esa tortura. Cuando crecí, no pude, ni quise, separarme de ella. Y ahora, a pesar de la distancia, Helena lo sigue siendo todo para mí.

—¿Y qué hacíais en este cuarto? —preguntó Nathan con un tono recriminatorio en su voz.

—¡Joder, Nathan! ¡Nada! Tan solo éramos niños... —respondió Roan, enfadado, levantándose molesto del suelo ante tan ofensiva pregunta.

—¿Y después? ¿Cuándo ya no erais unos niños? —insistió Nathan, alzando atrevidamente una de sus cejas, ya que conocía demasiado bien el loco enamoramiento que su amigo siempre había tenido por su prima.

—No nos dio tiempo a hacer nada, nos separaron demasiado rápido. Y ahora que volvíamos a encontrarnos, mi familia me separa de ella otra vez y yo no sé dónde buscarla... —declaró Roan, preocupado, sin dejar de pasear nerviosamente por la habitación.

—Yo sí, pero te advierto desde ya que no te va a gustar en absoluto —anunció Nathan, dejando caer sobre la cama un folleto que había encontrado entre las cosas de su prima, que detallaba las intenciones de Helena, dispuesta a embarcarse en otra más de sus locuras.

—¡La madre que la parió! —exclamó Roan, arrugando entre sus manos el folleto de ese pecaminoso lugar. Y, totalmente decidido a acabar con los planes de celebración de Helena, buscó su teléfono para contactar con ella. Pero al ver que se había quedado sin batería, apremió a su amigo para que lo acompañara.

—¡Vístete, que nos vamos!

—¡Uf! ¿Por qué yo? —se quejó Nathan, sabiendo que nada podría librarlo de acompañar a su amigo en las locuras que llevaba a cabo cada vez que corría detrás de Helena.

—Porque eres mi mejor amigo, porque tú conoces el itinerario de Helena y

porque como yo coja el coche después de dos días sin dormir, seguro que tengo un accidente... ¡así que te toca conducir! —replicó Nathan, lanzándole las llaves de un lujoso BMW a Nathan, que las recogió al vuelo.

—Qué conste que sólo lo hago porque eres mi amigo y porque al fin me has confesado lo mucho que me quieres —bromeó Nathan mientras seguía los pasos de Roan y saltaba por la ventana, recibiendo como única respuesta un amenazador gruñido al recordar ese vergonzoso instante.

—Oye, ¿se puede saber por qué no usas la puerta en vez de bajar por aquí?

—¿Es que acaso quieres que le expliquemos a toda mi familia que te habías colado en esta habitación en busca de Helena, que me encontraste a mí en su lugar y que decidimos ir en su busca para evitar que cometiese alguna estupidez? —inquirió Nathan y, tras ver la cara de espanto que puso su amigo al imaginarse enfrentándose al interrogatorio de todos los Lowell, musitó—: Ya lo suponía...

—Pero ellos se preocuparán por tu ausencia, no son como mi familia.

—No te preocupes, Roan. En esta casa apenas se puede tener intimidad. Seguro que el bichejo de Raymond no tarda en enterarse de lo que estamos haciendo y ya se inventará alguna historia por la que luego nos sobornará con creces, ¿verdad, Raymond? —dijo Nathan, alzando un poco la voz, tras lo que la curiosa naricilla del interpelado, que había estado espiando toda la conversación de los dos amigos, se asomó por la ventana con una sonrisa calculadora, seguramente reflexionando sobre cuánto podría sacar de cada uno de ellos.

—¡Pues vamos! ¡Tenemos que llegar cuanto antes para entrar en este lugar! —indicó Roan con decisión, señalando el folleto que llevaba en su mano.

* * *

—Lo siento, señores, pero no pueden entrar en nuestro local a no ser que sean mujeres o trabajen aquí —sentenció con contundencia un imponente y

musculoso portero algo ligero de ropa, ya que sólo llevaba una llamativa pajarita roja y un pantalón de traje, mientras se interponía en mi camino.

Nathan suspiró aliviado al ver que alguien nos prohibía la entrada a ese lugar, poniendo fin a mi búsqueda de Helena, pero después de lograr contactar con Elyse, una de las amigas que la acompañaba en esa locura, y de averiguar dónde se encontraba ella exactamente, no pensaba dejar escapar mi oportunidad con tanta facilidad. Así que, ante el asombro de Nathan, declaré con decisión:

—Pero es que nosotros trabajamos aquí. De hecho, comenzamos esta noche.

—¿Ah, sí? —preguntó el suspicaz portero, alzando una de sus cejas inquisitivamente—. ¿Y cuáles son vuestros nombres?

—Roan y Nathan.

—No, me refiero a vuestros nombres artísticos.

—¡Ah! Pues son... son... hummm —y, tras recordar cómo solía llamarme Helena de pequeño, así como la profesión a la que quería dedicarse Nathan en un futuro, unos imaginativos apodos acudieron a mi mente—: Yo soy «El Policía Chico-Bueno» y él, «El Profesor Castigador».

—No he oído hablar de vosotros, pero parece que podríais tener futuro en esta empresa. Bueno, todo se decidirá después de esta noche —contestó el musculoso portero mientras nos recorría de arriba abajo con una mirada, algo que provocó que Nathan me colocara delante de él.

Luego, diligentemente, el portero nos señaló la entrada trasera. Yo no me amilané en absoluto ante la idea de hacer el ridículo, aunque a Nathan tuve que arrastrarlo para conseguir que entrara en ese local, y más aún cuando leyó algunos de los llamativos carteles que decoraban las paredes de ese negocio, que anunciaban cosas como: «Jueves, noche de chicas en el local de *strippers* The Golden Brothers» o «¡Señoritas: oferta de 2×1, tanto en copas como en chicos!».

—Roan, estás completamente chalado si piensas que voy a meterme en este

sitio. Mi abuelo me ha explicado lo que ocurre en esas «noches de chicas» en las que las mujeres se desmelenan... ¡Por nada del mundo pienso pisar ese lugar! —manifestó Nathan, negándose a dar un paso más a pesar de saber lo que estaba en juego para mí.

—Te prestaré el coche cada vez que quieras, Nathan, y la tarjeta ilimitada de mi abuelo, y...

—No creas que todo lo puedes conseguir con el dinero, Roan —dijo mi amigo, bastante molesto, mientras se cruzaba de brazos haciéndome ver que, aunque ésas eran las formas que mi familia me habían enseñado a lo largo de los años para conseguir lo que quería, tal vez no fueran las más adecuadas para pedir su ayuda.

—¡Nathan, por favor! Voy a adentrarme en este local sólo para encontrarla e impedir que cometa una locura que nos aleje aún más. Tú sabes lo que siento por tu prima y cuánto me dolería perderla. Por favor, necesito tu ayuda, necesito que guardes mis espaldas y, como siempre has hecho, intervengas si cometo alguna equivocación con ella.

—¡Maldito manipulador de mierda! Te aprovechas de que soy blando de corazón y de que nunca he podido soportar tus lloros... ¡Está bien! Te ayudaré en esta locura. Pero que conste que no pienso hacer nada que sea vergonzoso —apuntó Nathan mientras se dejaba arrastrar hacia el interior del local de *striptease*.

Y no albergué ninguna duda de que me maldijo en más de una ocasión cuando, después de llevarnos hasta los vestuarios para que nos cambiáramos de ropa, los responsables de ese lugar nos condujeron hacia un gran escenario en donde nos dejaron solos detrás de unas cortinas, antes de dar paso al espectáculo.

Ya estábamos planeando cómo huir de esa disparatada situación cuando, al asomarme disimuladamente para observar asustado a la multitud de féminas que se agolpaban impacientes al otro lado de esas cortinas, localicé a Helena.

Al percatarme de que la guiaban hacia una sala para ofrecerle una actuación privada, me apresuré a salir corriendo tras ella.

—¿Adónde narices crees que vas dejándome solo frente a esa multitud de locas?! —chilló Nathan, muy molesto a causa de mi abandono.

—¡Helena! —fue mi respuesta, reclamando su ayuda mientras no dejaba de observar cómo se alejaba ella cada vez más de mi vista.

—¡No sé ni para qué pregunto! ¡Anda, corre tras ella, que ya las entretengo yo! ¡Pero que te quede claro que ésta es la última vez que te ayudo con mi prima! —anunció, y tras apartar de golpe las cortinas, se adentró en ese delirante mar de estrógenos dándome vía libre para correr detrás de lo que más había añorado durante esos años.

No creía que mi amigo fuera capaz de conseguirme mucho tiempo antes de que nos echaran de ese lugar, pero cuando eché un vistazo al escenario observé con sorpresa cómo se pavoneaba Nathan sobre él, mostrando esa sonrisa perversa y ese tono cínico que lo caracterizaba y que parecía encantar a la enfebrecida multitud. Y más aún cuando anunció ante todas:

—¡Señoritas! ¡Hoy estoy aquí para aleccionarlas!

Seguidamente, utilizó una regla que llevaba para darse un sonoro golpecito contra su otra mano. Y cuando preguntó quién sería la primera voluntaria para ser castigada, el infierno se desató: las mujeres que se amontonaban junto al escenario se peleaban entre sí por llegar junto a mi amigo.

Los vigilantes, que ya me tenían echado el ojo, no dudaron en dejarme de lado para evitar que esas mujeres se mataran entre sí en su afán por rozar siquiera al lascivo profesor que las alentaba, con lo que yo al fin pude seguir los pasos de mi esquiva Helena.

Nathan, ese pícaro rubio de ojos azules que era mi amigo, me sonrió con audacia desde el escenario, orgulloso por la distracción que había creado, y me señaló que el camino para llegar hasta Helena estaba despejado.

«Bueno, no tan despejado», pensé al ver a un hombre con aspecto de tipo peligroso ataviado con un disfraz de cuero y cadenas dirigiéndose hacia donde

se encontraba Helena. Lo seguí hasta que me llevó a la sala privada donde Helena esperaba, y justo antes de que entrara en la estancia, con un simple toque de mis dedos en su vena carótida lo hice desvanecerse. Luego, lo encerré en el lavabo más cercano.

Dispuesto a aleccionar a mi traviesa Helena por no haberme esperado, me calé más la gorra de mi estúpido disfraz hasta que tuve bien oculto mi rostro. Y con una sonrisa igual de desvergonzada que la de mi amigo, me adentré en la habitación anunciándole a la cumpleañera:

—¡Tu chico bueno ha llegado!

* * *

En esa semana en la que había huido de mi familia pensaba cometer todas las locuras que no había hecho en esos tres años en los que había esperado a Roan.

En el primer día en la ciudad me recorrí todos los bares y me bebí todo lo que mis amigas pusieron entre mis manos mientras intentaba olvidar que el hombre al que tanto había esperado me había dejado plantada sin ni siquiera ofrecerme una explicación. Ni un mensaje, ni una llamada, ni siquiera una puñetera respuesta al mensaje que había dejado en su contestador... «Si él no tenía nada que decirme, yo tampoco», pensaba mientras aguardaba con impaciencia la sorpresa que mis amigas se habían atrevido a regalarme.

Después de tres años sin salir con nadie, sin besar a nadie, sin experimentar las escandalosas sensaciones que estaban sintiendo las demás chicas en plena adolescencia, y todo por una promesa hecha a un chico que me había ignorado completamente, mis amigas decidieron que estaban más que dispuestas a enseñarme todo lo que me había perdido para compensarlo. Así que cuando acepté asistir a ese local, al que me había negado a entrar desde un principio, quisieron prepararme una sorpresa ante la que yo no quise negarme.

En una sala escasamente iluminada, con la fuerte música atronando, una

centelleante pista de baile se extendía ante mí en medio de unas llamativas y deslumbrantes luces de discoteca. Las paredes mantenían colgados algunos provocativos reclamos de eventos anteriores, con atractivos modelos que animaban a volver mientras los oscuros rincones, que escondían unas pequeñas mesas con sus respectivas sillas y sillones, mostraban que allí sin duda se podía conseguir algo más que un simple baile.

Yo ocupé el lugar de honor tomando asiento en uno de los sillones que rodeaban una gran mesa redonda. En ese lugar me encontraba esperando a un atractivo hombre cuya ropa comenzaría a reducirse a medida que avanzaba su actuación para mostrarme todo lo que Roan se había negado a enseñarme mientras lo esperaba.

Cuando el *stripper* entró en la estancia, ataviado con un uniforme negro de policía, y anunciando ser «un chico bueno», yo fruncí el ceño con recelo, ya que no me agradaba mucho su disfraz. Pero tras verlo un poco más de cerca, todas mis dudas sobre él comenzaron a acallarse: se trataba de un hombre alto, de un metro ochenta y cinco aproximadamente, con un porte fuerte y musculoso, lo que quedaba patente al observar la apretada camisa negra que llevaba, en la que lucía una falsa insignia policial. Sus pantalones eran lo suficientemente apretados como para insinuar lo bien dotado que estaba. Sus manos quedaban ocultas debajo de unos guantes blancos que no disimulaban su fuerza, y su aspecto se revelaba un poco más peligroso al percatarme de los objetos que colgaban de su cinturón: una gran porra y unas esposas.

El color de sus cabellos parecía ser castaño, aunque sólo lo podía entrever un poco debido a su gorra. Sus grandes y oscuras gafas tapaban el color de sus ojos y le conferían un tono peligroso a la mirada que no dejaba de perseguirme, como si me reprendiera.

Sin dirigirme la palabra, el falso policía cogió una silla y la puso en mitad de la sala. Luego, sacando su porra, me señaló el lugar que yo debía tomar para que él comenzara su *show*.

—¿Así, sin más? ¿Sin invitarme antes a una copa o por lo menos decirme tu

nombre? —bromeé, un poco achispada por el alcohol.

Algo a lo que él contestó llevándose la porra junto a sus labios, pidiéndome silencio. Luego volvió a señalarme la silla.

—Está bien, está bien, si me lo pides así no puedo negarte nada... —repuse mientras me dirigía con valentía hacia el lugar que él me había indicado. Aunque comencé a perder mi valor cuando, después de sentarme, el *stripper* cogió mis muñecas detrás de mi espalda y las esposó.

—¡Eh, oye! ¡Esto no me gusta! —le hice saber, pero él sólo respondió acariciando lentamente mis brazos hacia arriba mientras se incorporaba.

—¿De veras? ¿Y qué es lo que te gusta, Helena? —me susurró al oído, haciendo que me estremeciera cuando reconocí esa voz.

—¿Roan? ¿Eres tú? —pregunté, conociendo de antemano la respuesta, ya que yo nunca podría olvidar esa voz junto a la que me había dormido en mi infancia y con la que había mantenido interminables charlas telefónicas mientras soñaba con volverlo a ver.

Roan dio la vuelta a la silla, despacio, y respondió a mi pregunta agachándose delante de mí y desprendiéndose de esas oscuras gafas que ocultaban sus bonitos y bondadosos ojos, que en esos instantes parecían observarme con enfado.

—Y dime, Helena, ¿qué es lo que has venido a buscar exactamente a este lugar? —me interrogó como todo un policía mientras se burlaba de mí.

—A ti no, eso seguro —repliqué, tremendamente furiosa con él mientras intentaba alcanzarlo con una de mis patadas. Pero Roan tan sólo se alejó un poco y se rio de mi estúpido intento por golpearlo.

—Entonces has acompañado a tus amigas hasta aquí para... —continuó con su interrogatorio interpretando ese papel de niño bueno que siempre había sabido representar. Pero yo no quería eso de él, sino que deseaba sacar a ese chico malo que yo sabía que él tenía dentro, esperando el momento idóneo para revelarse ante mis provocaciones.

—No lo sé, pero es algo que estoy dispuesta a averiguar —insinué,

mientras mostraba una ladina sonrisa.

Sin saber por qué, mis palabras parecieron molestarlo ya que, de repente, abrió violentamente mi blusa con sus fuertes manos, haciendo que algunos de los botones saltaran y mi sujetador quedara expuesto ante sus ojos.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, Roan?! —exclamé sorprendida, preguntándome si no habría llevado mis provocaciones y juegos demasiado lejos.

—Ayudarte a averiguarlo... —susurró junto a mi oído mientras se deshacía de sus guantes y sus manos comenzaban a acariciar lentamente mi piel.

El leve roce de las yemas de sus dedos bajó con lentitud por mi cuello. Luego siguió descendiendo, rozando levemente mis senos por encima del sujetador de encaje negro, un tanto sugerente, que mis amigas habían hecho que me pusiera para esa noche. Quizá allí se entretuvo un poco más de lo aconsejable, acariciando una y otra vez las cumbres de mis senos hasta lograr que un leve gemido escapara de mis labios. Tras ello, sus manos bajaron por mi estómago, mi ombligo y justo en la cintura de mi falda, volvieron a ascender retomando el excitante camino que habían seguido en su descenso.

—Se supone que tú no puedes desnudarme —le señalé, recordándole su papel de *stripper*—. Además, los chicos buenos no hacen cosas como éstas —añadí, forcejeando con las esposas que me retenían.

—Por eso yo soy tu chico malo... —bromeó Roan, recordándome la promesa que siempre me hacía a lo largo de nuestra infancia.

Arrojando su gorra a un lado, se arrodilló junto a mi silla y, subiendo repentinamente mi sujetador, dejó mis senos expuestos a su hambrienta mirada. Luego decidió demostrarme lo malo que podía llegar a ser cuando su lengua y sus labios devoraron cada centímetro de mi piel, haciéndome gemir de placer.

Su lengua jugó con mis enhiestos pezones, succionándolos, acariciándolos y devorándolos mientras que mi cuerpo se deshacía entre sus manos. Me hizo temblar una y otra vez con el mero roce de su lengua, a la vez que yo me retorcí en esa silla sin poder tocarlo. Roan se deleitaba con los jugosos senos

que sus manos exponían a su sedienta boca llena de deseo, mientras sus dedos avivaban mi placer cuando pellizcaban sutilmente mis sensibles pezones.

Una de sus atrevidas manos acarició mis piernas y fue subiendo lentamente hasta introducirse por debajo de mi falda, donde comenzó a tirar suavemente de mi ropa interior haciendo que me humedeciera cada vez más. Y cuando notó mi deseo entre sus dedos, no dudó en apartar a un lado mis braguitas antes de introducirse en mí con uno de sus dedos, acariciando un lugar que me provocó un estremecimiento de placer mientras buscaba más de esas pecaminosas caricias sin importarme adonde me llevarían, ya que yo sólo lo deseaba a él.

Con una ladina sonrisa, su boca dejó de jugar con mis senos y fue besando cada parte de mi cuerpo mientras bajaba un poco más cada vez. Al llegar a la cintura de mi falda, Roan no cesó en sus atrevidos avances: me cogió por sorpresa cuando me arrebató las braguitas en un rápido movimiento. A continuación, sus besos continuaron descendiendo mientras veía cómo era alzada mi falda hasta la cintura.

—¿Qué haces? —pregunté avergonzada y confusa mientras juntaba un poco más mis piernas.

—Ser muy malo —respondió Roan a la vez que empujó suavemente mis muslos para que abriera las piernas a sus pecaminosos deseos, ante los que yo me rendí.

En el instante en el que su cabeza se hundió entre mis piernas, yo cerré los ojos y me arqueé sobre la silla, subyugada por el placer que me prodigaba su lengua. Con ella acarició lentamente mi clítoris, rozándolo una y otra vez mientras sus manos comenzaban a agasajar otra vez mis senos, excitándolos con sus caricias, torturándolos con suaves pellizcos con los que mezclaba un leve dolor y mucho placer, jugando conmigo.

Mientras yo me convulsionaba sobre su lengua, él introdujo un atrevido dedo en mi interior haciéndome gritar su nombre. Y cuando introdujo otro más y comenzó a establecer un ritmo lento y enloquecedor, no pude aguantar más

ese agónico placer y estallé, dejándome llevar hacia un sobrecogedor orgasmo.

Una vez que mis espasmos de placer se calmaron, Roan se apartó de mi sensible cuerpo. Y mientras se incorporaba sonrió satisfecho al ver cómo me derrumbaba sobre la silla.

Creía que Roan me liberaría de mis esposas cuando soltó una de mis muñecas, pero para mi sorpresa, me esposó las manos por delante y me cogió en brazos para conducirme hasta uno de los mullidos sillones. Allí se sentó y me colocó encima de él, a horcajadas. A continuación, pasó mis manos por detrás de su cuello y continuó torturando mi cuerpo con cada una de sus caricias.

Su boca volvió a ocuparse de mis sensibles senos, pero esta vez yo no estaba tan indefensa como antes en la silla y me atreví a moverme audazmente sobre la dura evidencia de su deseo.

Roan se rio, y entonces yo le tiré del pelo, molesta por su burla, a lo que él respondió con un mordisquito castigador sobre uno de mis pechos, haciéndome gritar. Su duro miembro se alzó ante mis gemidos de placer, cada vez más cercanos al éxtasis, y no pude evitar rogarle a Roan por algo más que unas simples caricias. Lo necesitaba a él, necesitaba tenerlo dentro de mí y unirme de una manera en la que nunca había estado unida a ningún hombre, una que me permitiera recordarlo siempre, aunque nos separáramos el día de mañana.

—Roan... —supliqué. Y sin que tuviera que explicarle nada más a ese chico que tan bien me conocía, él se apresuró a cumplir todos y cada uno de mis deseos.

Tras elevarme un poco de su regazo, sacó su erecto miembro de su encierro. Y después de ponerse apresuradamente un preservativo, entró en mí de una rápida embestida que fue demasiado para mi inocencia, ya que me hizo gritar de dolor.

—¡Roan, esto duele! —me quejé, mientras una lágrima asomaba a mi

rostro.

—Lo siento Helena, es difícil ir despacio después de esto, pero por ti lo intentaré... —dijo Roan, mostrando preocupación en su rostro, con su cuerpo en tensión mientras retenía el deseo de moverse en mi interior.

Cuando besó tiernamente las lágrimas que caían por mi cara, yo comencé a moverme despacio y me dejé guiar por el placer que, de nuevo, despertaban sus caricias en mí. Muy pronto volví a gemir su nombre y a moverme de manera impulsiva encima de él.

—¿Te duele? —preguntó Roan, apretando los dientes mientras contenía sus más profundos instintos.

—No... y quiero más... —susurré a su oído, deseando ver cómo se dejaba ir.

Y después de mis atrevidas palabras, Roan me dio todo lo que yo le reclamaba agarrándome fuertemente de las caderas y arremetiendo contra mi cuerpo, alzándome una y otra vez sobre él. Muy pronto ambos nos abandonamos al placer, llegando a la cumbre del éxtasis.

Cuando me derrumbé exhausta sobre él recordé que yo estaba enfadada con Roan. Por eso, cuando intentó besar mis labios, rechacé sus avances. Roan sonrió ante mi infantil desplante, ya que yo le había dado esa noche mucho más que un beso, pero un beso entre nosotros era algo especial, algo que no estaba dispuesta a entregar con tanta facilidad.

Sonriéndome ladinamente, introdujo la pequeña llave de las esposas en su boca, señalándome que la única forma de conseguir mi libertad era jugar según sus normas. Pero, al parecer, Roan había estado demasiado tiempo alejado de mí y no recordaba que yo siempre jugaba con mis propias reglas, así que, con toda la despreocupación del mundo, usé un hábil juego de muñecas y liberé con toda facilidad una de mis manos de la prisión de esas esposas. Luego le mostré a mi asombrado amigo, ahora también amante, que podía haberme librado desde un principio de ellas. Seguidamente, abofeteé su

asombrado rostro por pretender obligarme a hacer algo que yo no deseaba. Y también porque seguía muy enfadada por su retraso.

Tras levantarme de su regazo, arreglé mis ropas, terminé de deshacerme de las esposas y se las devolví mientras le lanzaba una seria advertencia a su sonriente y satisfecho rostro lleno de felicidad.

—Aún sigo enfadada contigo.

Roan, sin decirme nada, me enseñó las braguitas que había encontrado y que balanceaba desvergonzadamente en uno de sus dedos para llamar mi atención.

—¿Por qué no vienes a por ellas? —preguntó, luciendo una maliciosa sonrisa que me advertía de que, si me acercaba de nuevo a él, caería entre sus brazos.

—Quédatelas como recuerdo; después de todo, llegaste tarde a nuestra cita y tal vez eso sea lo único que te quede de mí a partir de ahora —respondí, enfadada.

Ante lo que él suspiró, molesto.

—Helena, ¿qué voy a hacer contigo? —dijo, mientras movía negativamente la cabeza ante mis actos y se guardaba mis bragas en el bolsillo de su pantalón.

—Por lo pronto, ni sueñes con repetir lo que hemos hecho en ese sofá. Ni con lo de la silla tampoco —repliqué, furiosa y avergonzada a partes iguales.

—No te preocupes; aún hay muchos sitios donde podemos hacerlo —contestó, aumentando mi enfado.

—¡Me voy! —exclamé, dándole la espalda, decidida a perderlo de vista.

—Nos volveremos a ver.

—No —negué contundentemente.

—Helena, era una afirmación, no una pregunta —indicó Roan, sacándome de mis casillas, logrando que respondiera ante él con un gesto grosero.

—Ay, ¡si supieras las cosas que podemos llegar a hacer con ese dedito! —murmuró lascivo Roan, haciendo que me sonrojara y me apresurara a esconder

mis manos rápidamente de su vista—. No te preocupes, lo dejaremos para más adelante —anunció entre carcajadas al observar mi incomodidad.

—Roan, has cambiado mucho en estos tres años —dije, tras contemplar lo atrevido que era ahora mi amigo.

—¿Sí? ¿A que ahora soy más malo? —preguntó a mi oído mientras mordía tentadoramente mi oreja.

—No, todavía sigues siendo demasiado bueno —repliqué, devolviéndole el picarón mordisco que me había dado para distraerlo.

A continuación, mientras me alejaba, le enseñé quién tenía ahora mis braguitas, jugando con ellas entre mis manos a la vez que movía insinuante mis caderas para recordarle lo que se había perdido por tardar demasiado.

Aunque después de oír sus carcajadas no tuve dudas de que esa historia entre nosotros aún no había terminado y que él buscaría ganarse mi perdón como hacía cada vez que nos enfadábamos. Porque él siempre sería ese peligroso chico bueno al que yo nunca podría resistirme.

Capítulo 8

—Podrías hacer un esfuerzo por perdonarlo. Después de todo, se trata de Roan —sugirió Elyse mientras se acomodaba en el moderno sofá de esa elegante *suite* en la que se encontraban, de la que nadie podría dudar que se trataba de un magnífico intento de soborno.

—Te puedo asegurar que nosotras ya lo hemos hecho... —anunció Amber desde el ostentoso *jacuzzi* que había en mitad de la habitación.

—Sí..., ese chico sí que sabe cómo pedir perdón... —añadió Connie mientras degustaba un exquisito bombón del enorme montón de presentes que habían llegado a todas horas desde que ocuparon esa habitación.

—No voy a perdonarlo con tanta facilidad —negó Helena mientras miraba molesta el suntuoso lujo que la rodeaba.

Helena consideraba que una simple y sincera disculpa le habría llegado mucho más que el despliegue de dinero y poder que en esos instantes la abrumaba, recordándole lo diferentes que eran. Ese detalle le permitió a Helena averiguar que, con la distancia y el paso del tiempo, Roan había aprendido finalmente algo de su familia: él parecía haber comenzado a pensar, como ellos, que el cariño era algo que podía comprarse si se tenía dinero suficiente.

—¿De verdad no vas a perdonarlo? ¡Nos ha sacado de una habitación en la que prácticamente dormíamos apiladas como sardinas en lata y ha hecho que nos trasladen a una carísima *suite* que sólo pisan las celebridades! —exclamó Elyse, asombrada ante la empechinada idea de Helena de rechazar una y otra vez los regalos de Roan.

—Sólo nos trasladamos aquí porque fuisteis más rápidas que yo y me

impedisteis rechazar esta habitación al saltar sobre mí para taparme la boca cuando el director del hotel vino a informarnos del obsequio de Roan mientras durara nuestra estancia en este lugar.

—¡Bueno, vale! ¡Ya está! ¡Estoy harta de escuchar tus quejas! ¿Qué es eso tan terrible que ha hecho Roan para que no puedas perdonarlo? —interrogó Amber, molesta, mientras salía del *jacuzzi*.

—¡Eso! ¡Yo también quiero saberlo! ¿Se ha acostado con otra chica? —preguntó Elyse, preocupada.

—¡No! —respondió Helena, indignada.

—¿Entonces ha sido con un chico y te ha dicho que rompe contigo esa extraña relación que teníais y que éste es el premio de consolación? —intervino Connie, alarmada, creando su propia versión de la historia de su amiga.

—Pero ¡qué dices! ¡No! —contestó firmemente Helena ante la absurda y fantásica pregunta.

—Bueno, de acuerdo... Entonces, dinos: ¿cuál es el terrible pecado de Roan que no puedes perdonar?

—Llegó tarde a nuestra cita —susurró Helena, decidida a que sus amigas no oyeran su respuesta y para que esas fervientes admiradoras de Roan no la regañaran.

—¿Cómo dices? ¿Que llego qué...? —pidió Amber, exigiendo una respuesta clara.

Y ante la presión de las tres miradas que la perseguían a la espera de una contestación, Helena cedió al fin y confesó la falta que, a sus ojos, había cometido su amigo.

—¡Llegó tarde! ¿Vale? ¡Llegó tarde a nuestra cita!

Los anonadados rostros de sus amigas, cuyas bocas aún no habían terminado de cerrarse, contemplaban asombradas a Helena, mostrándole que para ellas esa tardanza no era algo inexcusable. Pero es que ellas no habían tenido que esperar durante tres años a la persona que amaban, teniendo que

conformarse con breves conversaciones telefónicas a distancia que lo único que le mostraban era lo mucho que se estaba alejando Roan de ella cuando su vida estaba cada vez más ocupada por las responsabilidades que su familia le imponía.

Cuando alguien llamó a la habitación, Helena aprovechó para ignorar a sus amigas, que aún la contemplaban con asombro, y fue a abrir la puerta. Tras hacerlo, fue ella la que quedó boquiabierta ante el nuevo y estrambótico presente de Roan: al igual que cuando eran niños, el diablillo que había dentro de su amigo no había podido evitar salir a jugar ante las provocaciones de Helena, lo que quedaba demostrado por el llamativo oso marrón de casi dos metros de alto que tenía ante sí con un ceño fruncido que manifestaba un gesto de enfado. Y por supuesto, llevaba la característica pajarita en torno a su cuello que siempre le recordaría a Helena de quién provenía ese llamativo regalo.

—En serio, Helena, no sé lo que has hecho para que Roan esté tan loco por ti, pero si no te quedas con él, pásale mi número de teléfono porque a mí no me importa esperar —opinó Amber después de anudarse una toalla a la cintura mientras conducía a los empleados del hotel para que dejaran el enorme oso en la habitación de Helena sin molestarse siquiera en pedir su consentimiento.

—Por lo pronto, hemos decidido que esta noche te vamos a dejar sola para que reflexiones si de verdad quieres seguir enfadada con Roan o no, ya que muy pronto acabará nuestra semana de vacaciones en la ciudad y seguramente Roan tendrá que volver a la universidad —anunció Elyse, recordándole que gran parte de su enfado se debía realmente al hecho de que, muy pronto, Roan volvería a alejarse de su lado.

—Yo que tú no desaprovecharía el tiempo con estúpidos berrinches, Helena. Es obvio que Roan se arrepiente de haber llegado tarde a esa cita. Aunque lo importante es que, al fin y al cabo, llegó, ¿no? —le recordó Connie, haciéndole ver a Helena lo mucho que había hecho ese chico para encontrarse con ella, a pesar de que Helena ya no lo estuviera esperando.

—Pero... —intentó decir Helena, quedándose sin excusas para defender su empeñamiento en no perdonar a Roan. Algo que sus tres amigas ignoraron mientras salían de la habitación, muy dispuestas a arreglar la desordenada relación de su amiga, aunque sólo fuera para poder quedarse en esa habitación unos cuantos días más.

* * *

—Creo que hoy tampoco me perdonará, y eso que encontrar esos regalos me ha costado lo mío... —comenté con desánimo a mi amigo Nathan mientras me derrumbaba en la barra del pequeño bar que había junto a la piscina.

—¿Y qué esperabas? Has atosigado a Helena con decenas de caros presentes que no le importan en absoluto, pero en el proceso has olvidado lo más importante.

—¿El qué? Le he regalado bombones, joyas, la más lujosa estancia del hotel... ¡Incluso un oso de peluche como los que le gustan! Creo que no me he olvidado de nada, a no ser... ¡Ya lo tengo! —exclamé de repente, llevándome una mano a la cabeza—. ¡Vestidos! Es eso, ¿verdad? Después de todo, ¿a qué mujer no le gusta la ropa de marca?

—¿Qué mierda te ha enseñado tu familia en estos tres años, Roan? ¿Es que con la distancia acaso te has olvidado de cómo tratar a Helena? Hay cosas, amigo mío, que en esta vida no se pueden comprar. Y para tu desgracia, una de ellas es el perdón de Helena; así que, para variar, deja de hacer ostentación de tu dinero y discúlpate con ella —declaró Nathan, molesto, mientras se disponía a dejarme solo con mi desgracia haciéndome ver que en mi intento por buscar el perdón de mi amiga había olvidado lo más básico: unas simples palabras que mostraran mi arrepentimiento.

—Por cierto, tú pagas la cuenta —señaló Nathan, antes de marcharse.

—¿Pero no me has dicho hace un segundo que dejara de presumir de mi dinero?

—Sí, pero como a mí no tienes que conquistarme, puedes gastarte todo el dinero que quieras conmigo. Después de todo, entre tú y yo hay algo más que una simple amistad —repuso el muy condenado con una maliciosa sonrisa en el rostro, recordándome mi estúpida confusión cuando me escabullí al cuarto de Helena. Y para terminar de rematar la situación, las avispidas amigas de Helena, que también se encontraban en el bar, oyeron sus palabras, que pronunciadas en un tono bastante serio podían parecer ciertas para todo aquel que no viera su páfida sonrisa.

Desde mi posición en la barra observé cómo las indecisas compañeras de Helena titubeaban, sin decidirse a acercarse a mí o no, y escuché con mi agudo oído alguna de sus mayores dudas, lo que me llevó a maldecir una vez más a mi amigo por sus estúpidas bromas y los líos en los que me metía.

—¿Estás segura de que no tiene un lío con Nathan? —oí que preguntaba una avergonzada joven a otra, sin dejar de dirigirme suspicaces miradas.

—No creo que sea de éstos... —opinó una atrevida rubia mientras me devoraba con una de sus miradas.

—¡Pues vamos! Después de todo, lo hacemos por Helena. Y conociéndola como la conozco, no dudo de que esto será lo mejor... —dijo decidida una pequeña morena a la vez que se acercaba a mí, alguien a la que no tardé en reconocer: se trataba de Elyse, la inseparable amiga de Helena que había visto en más de una ocasión cuando visitaba la casa de los Lowell.

—¡Toma, Roan! —dijo la chica sin más, colocando la llave de una habitación junto a mí.

Confundido, me volví hacia el trío de mujeres que de inmediato me aclararon el significado de su gesto.

—Pasaremos toda la noche festejando, y Helena no está invitada en esta ocasión..., así que aprovecha bien la oportunidad que te damos —anunció la rubia.

—¡Porque no habrá otra! —exclamó amenazante la chica que aún se cuestionaba mi virilidad.

—¡Vaya! ¡Gracias, muchas gracias! —respondí con alegría, sin poder evitar abrazarlas por la oportunidad que me brindaban. Luego, simplemente corrí para preparar esa disculpa que Helena nunca podría rechazar.

* * *

Había estado recibiendo durante horas estrambóticos regalos de Roan, un hombre que al parecer nunca sabía cuándo era suficiente. El único que no le devolví fue ese estúpido y gigantesco oso, por dos motivos: uno, me era imposible cargarlo yo sola por la puerta; y dos, me recordaba demasiado al antiguo Roan, a mi compañero de juegos que parecía haber desaparecido para dar paso a un hombre que no sabía pedir perdón.

Por la noche desistí de continuar llamando a mis amigas ya que me saltaban continuamente sus buzones de voz, por lo que algo deprimida me dispuse a irme a la cama de esa fría y solitaria habitación. Como era mi costumbre, dejé la ventana de mi cuarto abierta.

Aunque sabía que nadie podría entrar en mi habitación, situada en el piso vigésimo, era algo innato en mí dejar esa vía de escape para Roan. Esa ventana abierta era nuestro secreto, nuestra señal de que, siempre que él me necesitara, yo estaría ahí para él. Algo que, al parecer, a Roan ya no le hacía falta.

Dudé por unos instantes si cerrarla o no, ya que ese hombre que me había seducido con su atrevimiento en el club de *strippers* no me había enamorado como hizo el joven amigo que lo daba todo por estar a mi lado. Luego miré el enorme oso que ocupaba casi toda la cama y pensé que ese chico aún podía estar ahí, así que me cobijé entre las sábanas abrazando al gigantesco peluche mientras añoraba la visita del que había sido un molesto niño que siempre me importunaba.

En mitad de un bonito sueño en el que volvía a ser una revoltosa niña que jugaba con su serio vecino, alguien me arrebató la suavidad del oso que

ocupaba mi cama. Yo protesté hasta que oí unas cuantas maldiciones y sentí la calidez de una mano que nunca podría olvidar.

—¡Estás helada! ¿Se puede saber por qué narices has dejado abierta la ventana de tu habitación? —me reprendió Roan, preocupado como siempre hacía cuando yo cometía alguna imprudencia.

—Porque no estabas aquí —susurré, negándome a abrir los ojos y que el Roan al que yo amaba volviera a desaparecer para ser sustituido por un extraño.

—Mírame, Helena; soy yo, Roan..., estoy aquí contigo —anunció mientras me acogía entre sus cálidos brazos.

—No, cuando abra los ojos desaparecerás y ante mí sólo tendré a un hombre al que ya no le importo, que ya no me necesita y al que le basta y le sobra con su dinero.

—¿Que no te necesito? ¿Que no me importas? —exclamó Roan, apartándose de mí con enfado—. ¿Sabes lo que tuve que hacer para poder llegar a nuestra cita, cuántas reglas de mi estricta familia rompí, los milagros que tuve que hacer en la sala de juntas o el interminable viaje que emprendí para estar a tu lado a pesar del sueño o el cansancio? ¡Tú eres lo más importante para mí, Helena! —finalizó con dulzura mientras limpiaba con cálidos besos las lágrimas que escapaban de mis ojos ante el amargo recuerdo de la espera.

—Y, aun así, llegaste tarde —le eché en cara, abriendo finalmente mis ojos al sentir a mi lado al chico al que tanto había añorado.

—Perdóname, lo intenté todo para llegar a tiempo, pero no fue suficiente. ¿Esperaste mucho por mí? —inquirió Roan, besando la mano que retenía enlazada con la suya y que se negaba a soltar.

—Tres años y toda una interminable noche.

—Te resarciré por esa noche, por cada una de las noches que estuvimos separados, pero no me alejes más de ti —suplicó mientras acariciaba dulcemente mi rostro apartando de él mis revueltos cabellos.

—Si te dije que no te esperaría, ¿por qué me buscaste? —pregunté, resuelta a averiguar que pretendía Roan de mí.

—Porque sé que, aunque lo niegues, tú siempre me esperarás —repuso Roan, señalando esa ventana entreabierta que siempre delataría lo que guardaba en mi corazón.

—No me hagas esperarte más, Roan; no sé si podré soportarlo de nuevo —le pedí, perdonándolo y atrayéndolo hacia mí para darle aquel beso por el que habíamos aguardado tanto tiempo, aunque aún me resistí a confesarle ese «te quiero» que había preservado con tanto celo en mi corazón.

Roan no tardó en contestar a los avances de mis dubitativos labios respondiendo con un beso tan dulce como el primero que nos dimos. Sus labios buscaban los míos con leves caricias, sus dientes me mordieron suavemente tentándome a entregarme a él, y cuando mi boca se abrió, él me avasalló con su impaciente lengua hasta encontrar mi respuesta. Con sus besos, Roan me mostraba su anhelo, su cariño, su deseo, su miedo a perderme y lo que siempre había estado esperando durante esos tres años tras esa ventana: su indiscutible amor.

Mientras nuestras manos se negaban a separarse y seguían entrelazadas buscando ese calor y ese cariño del que nos habíamos distanciado con el tiempo, los besos de Roan abandonaron mis labios para descender lentamente por mi cuerpo haciendo arder mi piel con cada uno de ellos.

La atrevida mano que quedaba libre comenzó a desabrochar con lentitud los botones de la camisa de mi escueto pijama, que consistía en esa camisa y en mis braguitas, después de prescindir de los pantalones. Cuando terminó con todos los botones, yo me removí inquieta ante la ávida mirada que percibí en sus ojos mientras me contemplaba. Y preguntándome hacia qué maliciosos juegos querría guiarme, me excité a la espera de su próxima caricia.

Luciendo una ladina sonrisa, Roan acarició despacio mis piernas, subiendo por ellas hasta mis húmedas braguitas, debajo de las cuales no dudó en

introducir su mano, haciendo que sus impetuosos dedos me acariciaran buscando mi rendición.

Los leves roces en la parte más sensible de mi cuerpo me hicieron gemir de deleite, y el placer se fue intensificando cuando comencé a mover mis caderas en busca de más de esas caricias. Mis erectos pezones se alzaron excitados, apenas ocultos por la prenda que Roan aún no había desprendido de mi cuerpo. Pero lo que más me excitó y avergonzó al mismo tiempo fue la intensa mirada de Roan, que no podía apartar de mí, mientras me hacía delirar entre sus brazos y suplicar por más.

Lo miré sorprendida cuando un avasallador dedo se introdujo abruptamente en mi interior y estableció un ritmo que me hizo enloquecer, sin dejar ni un instante de acariciar mi clítoris, llevándome muy cerca del éxtasis.

Sin saber qué hacer con la mano que tenía libre, me aferré a las caras sábanas de esa cama, mientras mis caderas se movían por sí solas rogando más. Cuando Roan apartó la camisa con los dientes y comenzó a torturar mis pechos con sus ardorosos labios y sus castigadores dientes, finalmente, sin poder resistirlo, estallé en llamas y grité su nombre.

La audaz mano que seguía debajo de mis braguitas marcó el ritmo de mi rendición e introdujo otro de sus dedos en mi interior, comenzando a moverse con más ímpetu y a proporcionarme el goce que mi cuerpo le reclamaba. Yo grité su nombre, una y otra vez, al mismo tiempo que me estremecía sobre su mano llegando a un sobrecogedor orgasmo. Y sólo cuando mi saciado cuerpo descansaba plácido y satisfecho sobre la cama, él se arriesgó a soltar mi mano para poner una pequeña distancia entre nosotros mientras se deshacía de sus ropas para volver de inmediato junto a mí.

Después de recibir un simple beso en los labios y ver su maliciosa sonrisa, de repente me puso boca abajo sobre la cama. Y susurrándome unas pecaminosas palabras al oído, se dispuso a mostrarme cuánto me había echado de menos.

—Esta noche voy a amarte de decenas de maneras distintas, para que nunca

vuelvas a dudar de lo mucho que me has hecho falta y de lo duro que ha sido para mí cada día que hemos estado separados.

Después de confesarme su añoranza con sus palabras, pasó a demostrármela con sus caricias que recorrieron con lentitud todo mi cuerpo; con sus besos, que no dejaron ni un rincón de piel sin adorar; con su atrevida lengua, que osó llegar hasta las zonas más prohibidas de mi cuerpo haciéndome gritar, y finalmente, cuando las sábanas de esa cama se arrugaban una vez más entre mis manos sin ser esta vez suficientes para contener mi pasión, Roan me colocó de rodillas sobre el lecho y comenzó a acariciarme con sus hábiles dedos mientras me movía buscando llegar a ese infinito placer que Roan se negaba a darme esta vez.

Mis erguidos pezones se rozaban contra las suaves sábanas haciéndome enloquecer un poco más, y volví a gritar su nombre y a abandonarme ante un intenso orgasmo cuando el duro miembro de Roan, después de rozarse tentadoramente una y otra vez contra mi excitado clítoris, penetró en mí de una profunda embestida marcando un arrollador ritmo que me hizo delirar.

Creí que mi sensible cuerpo descansaría después de ese último clímax, pero Roan aún seguía en mi interior, tan fuerte y profundamente hundido en mi cuerpo, que cuando comenzó a moverse con un ritmo más duro en sus embates no pude evitar seguirlo nuevamente a la cúspide del placer, y esta vez fue él quien se abandonó al éxtasis gritando mi nombre.

Derrumbados sobre la cama, nos miramos exhaustos. Nuestras manos volvieron a enlazarse mostrando un sentimiento más profundo que esa simple amistad que nos unía cuando éramos pequeños. Me entró un poco de sueño y pensé en cerrar mis ojos y descansar, pero por lo visto, eso era algo que Roan no pensaba permitir.

—Definitivamente, esta noche no te dejaré dormir —dijo, colocándose sobre su cuerpo.

—¿Qué haces? —exclamé, sorprendida al ver que su miembro comenzó a excitarse de nuevo con el roce de nuestra piel desnuda.

—Resarcirte por cada una de las noches que me has esperado —anunció Roan mientras me alzaba sobre él, haciendo que su duro miembro se introdujera en mí—. Si no recuerdo mal, has dicho que han sido tres años y una interminable noche, ¿verdad? Creo que son el mismo número de noches que yo he deseado correr a tu lado, para luego enterarme en el último momento de que no estabas esperándome y habías salido a buscar a otros con quien jugar... —dijo Roan, reprendiéndome una vez más por una de las impetuosas locuras que había llevado a cabo de forma tan irresponsable como siempre.

—Sí, pero... —comencé a quejarme, quedándome sin palabras, cuando él comenzó a moverse nuevamente.

Y no dudé de que nuestro encuentro se prolongaría durante toda una noche en la que Roan no me dejaría descansar, porque sus lecciones sobre lo que no debía hacer siempre eran interminables. Aunque, ésta sería una reprimenda que recibiría con sumo placer, pensaba mientras comenzaba a cabalgar a Roan aceptando el reto que me había lanzado para que comenzáramos a jugar.

* * *

Los días para los dos amigos de la infancia que finalmente se convirtieron en amantes pasaron con demasiada rapidez. Roan y Helena intentaron recuperar años de tiempo perdido en apenas una semana. Sin salir de esa habitación, que se convirtió en su refugio, cedieron a todos los deseos y fantasías que los habían perseguido durante tanto tiempo y dejaron de lado las serias conversaciones que les harían volver al mundo real, en el que aún no podían estar juntos.

Entrelazados entre las blancas sábanas que habían sido testigo de su pasión, Roan se atrevió a pronunciar las palabras que lo separarían una vez más de la mujer que siempre llevaría en su corazón, por más lejos que se hallara. Su Helena, la niña que en el pasado había sido su amiga y su confidente, esa chica que un día guardó todos sus secretos, que conoció sus miedos y sus defectos.

La mujer que ahora deseaba y que, definitivamente, siempre tendría su corazón, se acurrucaba desnuda entre sus brazos resistiéndose a oír lo que en esos instantes él estaba decidido a pedirle, que no era otra cosa que más tiempo para poder cumplir su deseo de estar a su lado.

—Necesito que me esperes un poco más, Helena —declaró Roan, resintiéndose a dejarla marchar cuando ella comenzó a debatirse entre sus brazos.

—¿Más tiempo? ¿Por qué? Si ambos queremos estar juntos, ¿se puede saber por qué narices debemos esperar más tiempo? —interpeló Helena, indignada, mientras se apartaba de Roan. Y arrebatándole las sábanas de la cama, las enrolló sobre su desnudo cuerpo para comenzar a pasearse nerviosamente por la habitación, intentando evitar oír las decenas de explicaciones lógicas que Roan le daría cuando su corazón no admitía ninguna excusa racional, porque lo único que quería era permanecer junto a él.

—Helena... —comenzó Roan, tratando de iniciar un digno discurso mientras observaba el inquieto caminar de Helena y se pasaba nerviosamente una mano por sus cabellos—. Yo aún no he finalizado la universidad y tú apenas acabas de terminar el instituto. Necesito más tiempo para alcanzar mi meta y tú necesitas averiguar qué quieres hacer con tu vida.

—¡Quiero estar a tu lado! —replicó Helena contundentemente, como si nada más importara, mientras con su firme mirada le exigía la misma respuesta—. Pero, al parecer, eso es algo que tú ya no quieres —dijo Helena, furiosa, mientras que de sus ojos escapaba alguna airada lágrima que proclamaba su descontento.

—¿Que no quiero estar junto a ti? ¿Cómo puedes decir eso, Helena? —exclamó Roan, abandonando su relajada posición sobre el lecho para interponerse rápidamente en el camino de la mujer que una vez más pretendía alejarse de su lado.

Sin importarle su desnudez, Roan cogió la mano que Helena siempre le tendía en todo momento y, enlazándola con la suya, la llevó hasta su acelerado

corazón. Con su otra mano alzó el lloroso rostro que Helena intentaba ocultar, y tras limpiar alguna de sus lágrimas con las yemas de sus dedos, se dispuso a abrir su corazón ante la chica que siempre había amado.

—Mi meta eres tú, Helena. Si quiero alcanzar a mi abuelo, si quiero llegar a ser como él e incluso superarlo es porque sé que solamente así mi familia me dejará en paz y yo podré, por fin, estar a tu lado. Sólo un poco más, Helena, un poco más de tiempo... ¿Qué son unos pocos años más frente a toda una vida juntos?

Ante esas palabras, Helena acalló a regañadientes cada una de sus impacientes quejas que sólo querían ceder ante su infantil deseo de estar siempre junto a Roan.

—Dos años más, Roan. Lo que tardes en terminar tu carrera. Y esta vez no me conformaré con recibir una simple llamada o una carta. ¡Quiero todos tus días libres sólo para mí! —exigió Helena, enfrentándose a su amigo con su resuelta mirada, haciéndole saber que nada de lo que dijera la haría desistir de esta decisión.

—Lo intentaré —anunció Roan con una sonrisa en los labios, satisfecho por haber conseguido de Helena el tiempo que necesitaba para cumplir con su objetivo.

—¡No, de eso nada! No lo intentarás; lo harás o te olvidarás de mí. Y no sueñes con que te estaré esperando la próxima vez —exigió Helena mientras se zafaba del agarre de Roan y se acomodaba la sábana de su cuerpo como una toga mientras se dirigía a la cama, igual que si de una diosa griega se tratase.

—¿De verdad no me esperarás, Helena? —preguntó Roan, sin saber si la próxima vez que corriera a su encuentro la ventana de Helena estaría cerrada para él.

—No, porque la próxima vez iré yo a por ti —anunció pícaramente la chica que siempre lo había tentado, dejando caer la sábana que ocultaba las delicias de su desnudo cuerpo, haciéndole correr a su lado una vez más.

Tras cogerla en brazos y tirarla sobre la cama ignorando sus grititos

indignados, Roan se colocó sobre ese desnudo cuerpo que tanto lo tentaba y susurró al oído de esa mujer lo que nunca había podido negar desde que la conoció.

—Te quiero, Helena —confesó una vez más, mientras sus cálidos ojos sólo podían admirar a la atrevida mujer de la que siempre estaría enamorado.

—Aún no pienso decirte que te amo, Roan —contestó Helena con determinación mientras retaba a Roan con su traviesa mirada a que preguntara el motivo de esta rebeldía.

—¿Y cuánto tiempo tendré que esperar para oír esas palabras de tus labios? —preguntó Roan, bastante molesto

—Tanto como tú me hagas esperar a mí —respondió beligerantemente Helena, amargando un poco su victoria.

—Entonces, si no puedo arrebatar esa confesión de tus labios, tendré que hacerlo de tu cuerpo —concluyó Roan con una ladina sonrisa en sus labios mientras sus manos comenzaban a recorrer las suaves curvas de su amante y acallaba las posibles protestas con un beso. La rebelde Helena muy pronto se rindió ante él, confesando lo que sus labios negaban con cada una de las respuestas que su cuerpo daba al hombre del que, sin apenas darse cuenta, un día se enamoró.

* * *

—No creo que debas preocuparte tanto, Alan. Al fin y al cabo, Helena es hija de Elisabeth, así que no puede hacer nada demasiado loco. —Josh intentó calmar a su intranquilo cuñado, que no dejaba de pasearse de un lado a otro de su casa junto al lago mientras esperaba respuestas de una rebelde hija que se negaba siquiera a contestar a sus llamadas.

—Bueno, aunque también es tu hija, y con esa vena salvaje que tiene se parece más a ti, un loco sinvergüenza que siempre acababa metido en

problemas —añadió Dan con su boca, consiguiendo que sus familiares lo fulminaran con sus miradas.

—No le hagas caso a mi hermano y quédate tranquilo, Alan. Si Nathan ha desaparecido, seguro que es porque ha acudido en su ayuda, y sabemos por el chivato de Raymond que Roan estaba implicado, así que no te preocupes; ese chico haría cualquier cosa por Helena y no permitirá que cometa ninguna locura.

—Sí, lo sé..., pero llevo una semana sin noticias de Helena, no sé cómo ha llegado a la ciudad, dónde está y ni siquiera sé si Roan la ha encontrado. ¡Y quisiera saber qué la mantiene tan ocupada como para que no pueda dedicar ni un puñetero minuto a llamar a su casa! —declaró Alan, pasando de la preocupación al enfado.

—Bueno, Helena tiene dieciocho años, ya es toda una mujer y, si ha encontrado a Roan después de mantener una relación a distancia durante tres años, lo más seguro es que estén foll...—comenzó a decir Dan, siendo silenciado bruscamente por la mano de su hermano—... como conejos — intentó acabar Dan su explicación, que fue de nuevo interrumpida por la mano de Josh después de varios forcejeos para evitar que metiera aún más la pata.

—Si ha encontrado a Roan estarán muy ocupados..., hummm... recuperando el tiempo perdido —apuntó Josh con un poco más de tacto.

—Sí, pero ¿tan ocupados como para no llamarme? —inquirió una vez más Alan, bastante molesto con el hecho de que su pequeña fuera ya toda una mujer —. ¿Se puede saber qué demonios está haciendo para no tener tiempo de hacer una llamada o mandar un simple mensaje? —preguntó airadamente Alan una vez más alzando las manos al cielo. Y mientras lo hacía no pudo evitar observar cómo, aunque la boca de Dan estaba bien sujeta por la firme mano de Josh, él aún podía fastidiarlo todo con alguno de los obscenos gestos de sus dedos, que mostraban un ejemplo bastante gráfico de lo que su pequeña podía estar haciendo en ese momento.

—¡Dan, me tienes hartos! ¡Te juro que te voy a partir la cara como sigas

haciendo eso! ¡Mi niña no hace esas cosas! —exclamó con furia Alan a su cuñado, consiguiendo con ello que el fastidioso de Dan, después de poner los ojos en blanco ante su estúpida afirmación, sólo acelerara más su obsceno gesto con el que uno de sus dedos entraba y salía rápidamente de un perfecto círculo hecho con los dedos pulgar e índice de su otra mano.

Ante la imposibilidad de atajar las sandeces de su hermano, Josh liberó la boca de Dan y dejó el camino libre a su cuñado para que por lo menos desfogara su mal humor. Tal vez, si ocupaba sus puños en algo, dejara de pensar en las preocupaciones que podía conllevar el tener una hija que comenzaba a ser adulta.

Por suerte para todos, cuando Alan había conseguido atrapar a Dan tras la rápida carrera que dieron por el jardín y comenzaba a alzar su implacable puño para aleccionarlo, un pequeño escarabajo rojo hizo su aparición poniendo fin a su disputa, ya que delante de los niños por lo menos tenían que simular que eran adultos responsables, aunque esto distara mucho de ser cierto.

Alan no tardó ni un segundo en reconocer el vehículo que acababa de estacionar junto a su casa como el automóvil en el que Helena había partido con sus amigas hacia la ciudad. Después de un simple vistazo, no albergó ninguna duda de que Helena y Roan se habían encontrado allí, pues el minúsculo coche de color rojo chillón llevaba sujeto en la baca un enorme oso de peluche ataviado con una horrenda pajarita que delataba a simple vista de quién había recibido Helena semejante regalo.

Sabiendo que para ese muchacho su hija Helena siempre sería lo primero, y conociendo lo responsable que Roan podía llegar a ser, Alan al fin pudo respirar tranquilo mientras descartaba las decenas de desgracias que habían pasado por su mente al dejar a su hija volar lejos de su hogar. Porque para él, aunque Helena creciera, siempre sería su niña, su princesa un tanto salvaje a la que aún quería sobreproteger. «Aunque eso dentro de poco será la tarea de otro», pensó Alan resignado, recordando al siempre perfecto Roan mientras se

preguntaba en qué clase de hombre se habría convertido y si seguiría siendo tan adecuado para Helena como lo fue en su niñez.

Dándole un trago a la cerveza de la que no había disfrutado en absoluto hasta que su hija había hecho su aparición, Alan observó relajadamente desde su asiento en el porche cómo las cuatro jóvenes intentaban bajar entre maldiciones ese gigantesco presente del vehículo.

Sin prestar su ayuda a la trabajosa tarea que era desplazar ese enorme oso de su lugar, Alan se dispuso a recrearse en el espectáculo que le ofrecían esas niñas mientras trataba de captar algo de su conversación para averiguar qué había ocurrido durante esa semana en la que Helena se había alejado de él para incurrir en una de sus locas aventuras.

—¿No podías haber dejado este trasto en el hotel? —se quejaba una de las amigas de Helena mientras la ayudaba a descolgar el enorme oso del coche.

—Vosotras fuisteis las que me dijisteis que aceptara todos los regalos de Roan, ¿no? —declaró Helena despreocupadamente, recordándole cómo se habían aprovechado con descaro de todos los presentes que Roan le había hecho.

—Helena, estás como una cabra; eres capaz de rechazar la *suite* de un hotel de lujo, bombones, joyas, incluso ropa de marca y, sin embargo, te desvives por un maldito oso de peluche —dijo Amber mientras conseguía bajar ese maldito oso de su coche con un último empujón.

—Todo eso, las joyas, los vestidos y demás, eran regalos forzados; eran demasiado impersonales. Pero este oso no, éste es un secreto entre nosotros dos. Algo que no dudaría en regalarme el Roan que conozco.

—¿Así que, a pesar de la distancia, seguiréis juntos? —preguntó Elyse, curiosa por cómo acabaría la historia de su amiga.

—Sí, seguiré esperándolo por un tiempo.

—¿Hasta cuándo? —indagó Amber.

—Hasta que ya no tenga fuerzas para abrir mi ventana —contestó Helena misteriosamente, dejando a sus amigas confundidas ante su extraña respuesta

mientras se alejaba arrastrando su preciado oso hacia el porche de su casa.

—¡Helena Taylor, estás castigada! —dijo Alan en cuanto su hija llegó junto a él, justo después de darle un fuerte abrazo que mostraba su preocupación a pesar de sus palabras.

—Lo sé, papá —confirmó Helena, admitiendo finalmente que esa salida había sido una locura.

Pero mientras aceptaba su castigo con resignación, sin dejar de arrastrar el oso hacia su habitación, Alan no pudo evitar observar en el rostro de Helena una gran sonrisa que intentaba ocultar detrás de ese enorme peluche y que mostraba a todos que no se arrepentiría nunca de nada de lo que había ocurrido en ese viaje.

Capítulo 9

—Y después de unos días de ensueño, de vuelta a la dura realidad... — suspiró Roan mientras dirigía el lujoso coche por el silencioso camino que conducía a la gran mansión de su abuelo.

El suntuoso edificio, que un día lo impresionó por la excelencia arquitectónica procedente de la edad dorada después de la Guerra de Secesión y la posterior reconstrucción, en la que los hombres adinerados intentaron imitar el lujo de los palacios, castillos y villas europeas consiguiendo grandes resultados, ahora sólo lo hastiaba.

La fastuosa propiedad estaba provista de una casa principal, establos, edificios adyacentes para los criados y jardines temáticos rodeando todo el conjunto. Las monumentales puertas de hierro forjado con un baño de oro lo saludaron al llegar a esa casa junto con las frías y exigentes medidas de seguridad antes de poder adentrarse por el largo camino de acceso que contaba con exuberantes paisajes, extravagantes jardines y curiosidades creadas tan sólo para evocar el poder y la riqueza.

Tras pasar varios controles de seguridad, Roan aparcó su coche en el garaje y entró en la casa en la que, aunque todos supieran que ya había llegado, no creía que nadie lo estuviera esperando. Su sorpresa fue mayúscula cuando encontró ante sí a su afligida madre aguardando su regreso. Tal vez, cuando era niño, Roan se habría emocionado ante tal recibimiento, pero con el paso de los años había aprendido lo fría y falsa que podía llegar a ser su progenitora, quien demostraba ese teatral cariño únicamente cuando la beneficiaba.

—¡No vuelvas a desaparecer de la forma en que lo has hecho! —gritó

Susan mientras abofeteaba la mejilla de su hijo—. ¿Sabes lo preocupada que he estado por ti? ¿Se puede saber dónde estabas y por qué no has tenido tiempo para llamarme?

Conocedor de las tretas de su madre y de lo mucho que le molestaba que alguien se las estropease, Roan guardó silencio y mostró ante todos un gesto serio e imperturbable que no dejaba entrever ninguno de sus verdaderos sentimientos hacia la persona que lo injuriaba.

Tan sólo cuando los criados desaparecieron de su vista, dejándolos a solas en el ostentoso vestíbulo que mostraba algunas de las caras inversiones en arte de su abuelo, Roan interrumpió la escena de su madre, de la que ya estaba más que cansado.

—¡Me has tenido en vilo durante toda la semana sin saber si te había ocurrido algo! Y tu abuelo no ha dejado de preguntarse dónde estabas, y...

—Mamá, los criados ya se han marchado, así que ya puedes dejar de fingir. Lo único sincero en tu recibimiento ha sido sin duda la bofetada que me has propinado —manifestó Roan, alzando su rostro mientras mostraba una irónica sonrisa que molestó a su madre más de lo que podían haberlo hecho sus palabras.

—Menos mal. Cada vez me resulta más difícil fingir, y el viejo tiene cotillas entrometidos por toda la casa... ¿Se puede saber dónde estabas? —exigió Susan, dejando claro que no sentía cariño alguno por su hijo.

—Madre, si tú nunca me informas de tus salidas, ¿por qué debería hacerlo yo con las mías?

—Porque el viejo no ha dejado de molestarme con su enfado desde que abandonaste esa maldita reunión para desaparecer durante toda una semana.

—Pues no sé el motivo de ese enfado, si hice lo que se requería de mí con suma eficiencia. Eso debería haber sido suficiente para satisfacer las exigencias de mi abuelo —suspiró Roan, molesto, mientras aflojaba su corbata y se desprendía de su chaqueta.

—Al parecer aún no has aprendido lo altos que pueden ser los estándares

que exige esta familia, para los que nunca es suficiente. Pero no te preocupes: algún día lo harás. Después de todo, eres uno de ellos. Y dime, hijo, ¿quién ha sido la zorrita que te ha tenido entretenido toda esta semana?

—¡Ella no es ninguna zorra! —gritó Roan, enfadado con los insultos de su madre hacia la persona que amaba.

—¡Ah, Roan! ¡Tan inocente como siempre! Tú mismo te delatas con tus sobreprotectoras palabras. Sin duda has corrido nuevamente detrás de las faldas de esa salvaje mocosa y en esta ocasión, por lo que veo, te ha tentado con algo más que unos simples juegos para llamar tu atención.

—Con quien yo haya estado no es de tu incumbencia —declaró Roan tajantemente, intentando poner fin a esa conversación mientras comenzaba a subir la escalera que lo conducía a su habitación.

—En eso te equivocas —replicó firmemente Susan, haciendo que su hijo se volviera y prestara atención a cada una de sus pérfidas palabras—. Tu abuelo quiere que ejerza mi papel de madre y te guíe por el buen camino, así que, por el bien de mi economía, estoy dispuesta a bailar al son que marque ese viejo. Según él, con tu elevada posición, algún día necesitarás una mujer ejemplar a tu lado. ¿Qué crees que diría tu abuelo si echara un vistazo a esa salvaje que sólo sabe jugar con el barro?

—Nadie sabe mejor que yo lo que necesito, madre, y es a Helena. Poco me importa que no sea digna para mi abuelo o para ti, cuando lo es para mí.

—Tus exigencias son muy bajas si te conformas con esa niñaata.

—Al contrario, madre, son muy altas; por eso la elegí a ella.

—Nadie en esta casa te pondrá fácil continuar con esa estúpida relación, así que ¿por qué no dejas de rebelarte y desistes de seguir con algo que no te llevará a ningún lado? Simplemente, haz como siempre y sé un buen niño.

—Por si no te habías dado cuenta, mamá, hace mucho tiempo que dejé de interpretar ese papel —apuntó Roan, con una ladina sonrisa en sus labios.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber por qué?

—Sencillamente porque no satisfacía mis propósitos.

—¡Vaya! ¿Y cuáles son esos propósitos tan importantes que te hacen comportarte como un irresponsable?

—Helena —concluyó Roan ante su cargante madre mientras ignoraba su enfado para encerrarse en su habitación, a ver si en sus sueños podía dejar atrás la pesadilla que le suponía el vivir en esa casa cuando soñara con Helena y con esa ventana que siempre estaría abierta para él.

* * *

Mi familia me tenía bastante vigilada después de mi escapada, y mi madre no paraba de atosigarme con folletos de universidades para que hiciera una elección para la que no estaba preparada.

La única carrera que podía llegar a interesarme era la de Bellas Artes, pero yo no tenía paciencia alguna para ponerme delante de un lienzo durante horas con un pincel hasta que me viniera la inspiración, y tampoco era demasiado tolerante con las críticas de aquellos que se creían expertos.

Mis lienzos favoritos eran las blancas y viejas paredes de edificios olvidados. Mis herramientas: los espráis de pintura, que mi madre detestaba; y mis críticos: todos aquellos que se pararan a observar esa pared que antes habían ignorado.

Algunos en el pueblo decían que desperdiciaba mi talento cometiendo gamberradas, pero yo no opinaba lo mismo cuando contemplaba la sonrisa de las personas al ver un nuevo tramo de calle lleno de color que alegraba su día a día.

Apartando a un lado esas molestas solicitudes una vez más, recordé que a pesar de la promesa que nos hicimos no pude volver a contactar con Roan desde que nos separamos. Sospechaba que la bruja habría hecho todo lo posible por meterse de por medio, como siempre hacía, para alejarme de él.

Muy pronto se acabaría el verano y Roan volvería a la universidad donde, aunque tendría más libertad para comunicarse conmigo, sin duda se

encontraría demasiado lejos de mí para mi gusto. Preocupada, miré una vez más el calendario donde tenía señalada la fecha del cumpleaños de mi amigo, así como el sobre que tenía entre mis manos, algo que cada vez que observaba me hacía enfurecer. En su interior venía una nota que anunciaba la celebración de una grandiosa fiesta de cumpleaños en honor de Roan en un caro hotel, para luego especificar que yo no estaba invitada a ella. No dudé ni por un segundo que esta jugarreta era obra de la bruja, que pretendía burlarse de mí mientras intentaba separarme de él.

Pero yo estaba más que dispuesta a asistir al cumpleaños de Roan, por más impedimentos que se cruzaran en mi camino. Después de todo, él era mi máspreciado amigo, un amigo al que aún no sabía qué regalar. Aunque, realmente... ¿Qué se le podía regalar a un hombre que tenía en su poder todo lo que se podía comprar con dinero?

Y mientras no dejaba de darle vueltas a este tema, mis ojos no pudieron evitar fijarse en la colección de osos de peluche que guardaba de Roan en mi habitación. Desde que solo éramos unos críos Roan había intentado conquistarme a su manera. Tal vez ya era hora de que yo comenzara a conquistarlo a él y le recordara por qué no debía romper nuestra promesa.

Así que, arrancándole una horrenda pajarita a uno de esos melosos osos que siempre me recordarían a Roan, sonreí pícaramente al saber cuál era el regalo perfecto para llamar su atención. Ahora sólo faltaba lo más difícil: llegar hasta él para entregárselo.

—Pero ¿para qué está la familia? —me pregunté a mí misma con una confiada sonrisa cuando vi a través de la ventana de mi cuarto a mi querido hermanito Raymond y a mi inestimable primo Nathan, que conversaban en el patio trasero.

El primero era fácil de convencer siempre que tuviera dinero o algo con lo que sobornarlo, y respecto a mi querido primo, sin duda me adoraba y nunca podría negarme nada, ya que yo era el familiar que más apreciaba.

—¡Me niego! —declaró solemnemente Nathan a su prima cuando ésta le planteó una más de sus locuras.

—¡Venga ya, Nathan! ¡Sabes que sin ti no puedo hacerlo! —se quejó Helena mientras golpeaba el suelo con su pie, mostrando el comienzo de una de sus rabietas.

—¡Por eso mismo me niego! Tanto tú como Roan siempre me metéis en medio de vuestras locuras y soy yo el que acaba llevándose la peor parte.

—¡Pero Nathan, yo quiero ir a esa fiesta de cumpleaños! ¡Porfaaaaaaa! —suplicó Helena, tan infantilmente como hacía cuando era niña, mientras se agarraba con fuerza al brazo de su primo.

—No, Helena. Esta vez no voy a ceder a tus peticiones, primita, y nada de lo que hagas o digas va a hacerme cambiar de opinión.

Helena se soltó de Nathan, que parecía totalmente decidido a dejarla sola en esta nueva aventura. Al parecer había olvidado lo sucio que podía llegar a jugar Helena cuando quería conseguir algo, pero a ella no le importó recordárselo. Cruzándose de brazos, Helena miró con superioridad a su primo, quien con la amplia sonrisa que mostraba su rostro creía neciamente haber conseguido una victoria en ese encuentro.

—De acuerdo, Nathan: si no me acompañas, lo haré yo sola. Y cuando me pillen, les diré a todos, entre inconsolables lágrimas, que tú me diste esta idea y que luego me dejaste sin compañía.

Nathan se quedó boquiabierto ante el atrevimiento de Helena, y las réplicas que tenía preparadas para volver a negarse fueron silenciadas cuando Helena añadió:

—Y te recuerdo que mis lágrimas siempre son muy convincentes...

—¿Sabes? Un día me voy a tomar la revancha por cada uno de tus chantajes... —advirtió Nathan, bastante molesto, sin poder evitar acceder a las exigencias de su prima.

Y mientras se dejaba arrastrar a una de esas nuevas aventuras en las que, ya fuera Roan o Helena, siempre lo enredaban, rogó para que en esa ocasión la

idea de Helena no fuera demasiado disparatada, y también para que el castigo que seguramente le acarrearía no fuese demasiado severo. Pero ¿a quién pretendía engañar? Si se trataba de la salvaje de Helena, sin duda esa escapada para celebrar el cumpleaños de Roan sería toda una locura.

* * *

Desde que Helena había vuelto a casa armando un gran alboroto, todo era paz y tranquilidad en el hogar de los Taylor: ningún nuevo chivatazo de Raymond ante las trastadas de su hermana, ninguna protesta de Helena por, según ella, «su injusto castigo», ninguna amenaza de mudarse a otro Estado si no dejaban de imponerle sus normas en esa casa, ya que ahora era mayor de edad, nada de ásperas contestaciones hacia su madre cuando Elisabeth perseguía a Helena con decenas de papeles referentes a su futuro... En definitiva, demasiado silencio en una casa que siempre estaba llena de escandalosos Lowell o salvajes Taylor.

—Aquí pasa algo —concluyó Alan mientras se dirigía al porche con una de sus cervezas para esperar la habitual visita que sus fastidiosos cuñados siempre le hacían los fines de semana. Una visita que no se hizo de rogar.

—¡Que comience este día de chicos! —gritó Dan, saliendo del coche de su hermano mientras llevaba una caja de cervezas y unos aperitivos poco saludables que su mujer siempre le escondía.

—Lo he traído con la ventanilla bajada para que de vez en cuando sacara la cabeza, pero ni con éstas he conseguido que se calmara —dijo maliciosamente Josh mientras acompañaba a su hermano al porche y se preguntaba por qué narices permanecía Alan sentado mirando al infinito en lugar de salir a recibirlos.

—Conozco esa cara: o está estreñido o está pensando sobre algo —bromeó Dan mientras pasaba una mano frente a Alan para sacarlo de su ensimismamiento.

—¡Quita! —contestó Alan, dándole un manotazo a su amigo para apartar esa impertinente mano que lo molestaba.

—¿Qué ocurre, Alan? —preguntó Josh, sabiendo que, si su cuñado estaba reflexionando sobre algo, debía de ser importante.

—Ayer Helena y Raymond me pidieron permiso para ir a casa de sus abuelos a pasar la noche, y yo se lo concedí.

—Sí, eso es algo que suelen hacer los niños que adoran a sus abuelos —comentó despreocupadamente Dan, tomando un trago de su cerveza.

—¡Vaya! Nathan me dijo que quería quedarse en casa de sus abuelos —anunció Josh, sumándose a las sospechas de su cuñado.

—Los dejé ir porque ambos se habían comportado bien durante toda la semana.

—¡Un justo premio por su buen comportamiento es lo mejor para adiestrarlos, sí señor! —dijo Dan, sin caer en las sospechas que ya embargaban a Josh y a Alan.

—Ni un grito, ni una queja, ni una pelea... en toda una semana entera... —añadió Alan.

—Humm... Demasiado buenos para tratarse de ellos. Sin duda están tramando algo. Y Nathan está implicado —opinó Josh, llegando a la misma conclusión que Alan.

—¡Venga ya! ¡Si sólo son unos niños! ¿Qué pueden hacer? —apuntó Dan, calmándolos un poco al quitarle importancia a las trastadas de sus sobrinos—. Además, recordad cómo éramos nosotros a su edad... —añadió, haciendo que toda la intranquilidad volviera a ellos.

—¡Yo conduzco! —ofreció Josh mientras mostraba las llaves de su coche a un preocupado Alan que ya se precipitaba hacia él.

Después de llegar a casa de los Lowell en un tiempo récord, Josh y Alan bajaron apresuradamente del vehículo, y sin molestarse en saludar a sus mujeres, a los niños que revoloteaban por la casa o a John y a Sarah, buscaron con la mirada a Helena y a Nathan. Después de no hallarlos en la cocina ni en

el jardín, subieron con decisión la escalera hasta los dormitorios que siempre ocupaban en ese hogar.

Josh se adentró en la que había sido su antigua habitación y no se dejó engañar ni por un segundo por las sábanas que ocultaban los bultos de la cama. Cuando se deshizo de ellas con brusquedad vio ante él algo que lo hizo enfurecer, ya que Josh siempre había sido el pillo que engañaba y nunca el engañado... hasta ese momento.

—¿Qué coño es eso? — exclamó Dan cuando vio un extraño muñeco que sólo tenía la cabeza y el torso, acompañado por algunos almohadones que simulaban las partes que faltaban: brazos y piernas.

—Te presento a Mir-03, el maniquí que tenemos en el hospital para las prácticas de maniobras de reanimación cardiopulmonar de los novatos que desapareció la semana pasada —anunció Josh, bastante furioso con la trastada de su hijo.

—Bueno, no es para tanto, hermano. Después de todo, es tu hijo y al igual que tú es bastante imaginativo a la hora de escaparse. No creo que nadie haya salido perjudicado por la desaparición de un simple muñeco de prácticas.

—Díselo a mis traumatizados futuros médicos cuando tuvieron que practicar durante horas la reanimación cardiopulmonar a la muñeca hinchable que había sido colocada en su lugar. Y ni te digo la pelea que tuve con Molly cuando vio que ésta era pelirroja y pensó que había sido idea mía.

Mientras Dan se esforzaba en contener sus carcajadas, Josh lo apartó de su camino y se dirigió a la habitación donde se encontraba Alan intentando no asaltar la intimidad de su hija.

Desde la puerta, Alan observaba cómo alguien se removía inquieto en la cama de Helena. Dado que por encima de las sábanas asomaban unos rizos negros, aún no se había decidido a adentrarse en la habitación y susurraba el nombre de su hija con la esperanza de que se volviera hacia él.

—Puede que Helena no se haya marchado —dijo Alan, no muy seguro de sus palabras al ver que no recibía contestación.

—Nathan lo ha hecho, así que no tengas ninguna duda de que Helena también se ha ido.

—Entonces, ¿quién narices está en esa cama? —preguntó Alan, confuso.

Y esa pregunta fue respondida cuando un estruendoso ronquido resonó en la silenciosa habitación.

—Yo sé a quién pertenece ese ronquido, estoy harto de oírlo todas las mañanas junto a mi oído —anunció Dan, acercándose a la cama—. ¡*Henry Lancelot Wilford III*, sal ahora mismo de la cama si no quieres que te ponga a dieta! —ordenó tajantemente. Y tras apartar las sábanas, Josh y Alan se sintieron como idiotas al verse engañados por la picardía de sus hijos que, aunque intentaran negarlo, se parecían demasiado a ellos.

Henry, un basset hound que pertenecía a Dan, los miraba cariñoso desde la cama poniéndoles ojitos mientras lucía presumidamente una peluca de rizos negros que alguien había colocado en su cabeza.

Dan se sentía molesto porque sus sobrinos hubieran utilizado una vez más a uno de sus animales para poner en práctica sus trastadas, e intentaba quitarle la peluca al perro, pero *Henry III* respondió con un gruñido, ya que, al parecer, no le agradaba que alguien tratara de quitarle su preciada melena, aunque ésta fuera artificial.

—¿Qué diría tu padre? —reprendió un enfadado Dan al chucho mientras recordaba el distinguido y altivo cánido de su mujer y lo comparaba con el revoltoso animal que se bajaba de la cama, moviendo con gracia su melena, preparándose para escapar de su dueño.

Mientras Dan perseguía al molesto perro por toda la casa y Alan maldecía a su imaginativa hija a la vez que se preocupaba por lo que podía estar haciendo, Josh no perdió el tiempo y marcó el teléfono de su hijo para dejarle un mensaje en el buzón de voz.

—Nathan, estás castigado. Y ni te imaginas las decenas de imaginativas formas de torturarte que pasarán por mi cabeza hasta que vuelvas, así que, yo que tú, me daría prisa en regresar.

* * *

—Bueno, Helena, nuestros padres ya saben que nos hemos escapado — anunció Nathan, bastante preocupado ante el mensaje que su padre le había dejado porque, aunque no era cruel, sí podía ser bastante malicioso a la hora de imponer sus castigos.

—Lo has hecho aposta, ¿verdad? Te estás vengando porque te obligué a acompañarme —dijo Helena, que ignoraba las preocupaciones de su primo, enfadada por la forma en la que Nathan había conseguido colarla en esa fiesta.

—No, Helena; ésta era la única forma de introducirte en la fiesta. La seguridad es demasiado estricta y tú nunca hubieras pasado por una de las invitadas, y menos cuando la bruja está vigilando continuamente la entrada.

—¿Y tenía que disfrazarme de esta guisa? —preguntó Helena, colérica.

—Yo también voy disfrazado y no me quejo —repuso Nathan, luciendo una sonrisa con la que se burlaba de ella.

—¿En serio? —preguntó Helena mientras ponía los brazos en jarra y lo fulminaba con una de sus miradas—. ¡Tú vas con un elegante traje negro, unas gafas de sol y un puñetero auricular en la oreja y lo único que tendrás que hacer es apoyarte en la pared todo el rato para simular que eres un escolta, mientras que yo... yo...!

—¡Basta de cháchara, querida! ¡Deja de coquetear con los miembros de seguridad y ve a pasearte entre los invitados con la bandeja de las bebidas! ¡Aquí se viene a trabajar! —ordenó un estirado hombre mientras depositaba una bandeja en las manos de Helena.

Por suerte, el ocupado individuo tuvo que marcharse para atender otro asunto apremiante referente a la celebración del cumpleaños de Roan y dejó a Helena a solas con Nathan.

—¡Dime por qué no podía ir yo de escolta también!

—Porque eres muy bajita, no tienes el entrenamiento adecuado y son mis

tíos los que me están haciendo este gran favor sin el que tú no habrías conseguido pisar siquiera el *hall* del hotel, así que yo de ti dejaría de quejarme y comenzaría a trabajar. De lo contrario, puede que te despidan y te saquen de aquí antes de que encuentres a Roan —dijo Nathan, señalándole discretamente al hombre que le había entregado la bandeja a Helena unos segundos antes, que la reprendía desde la distancia con una severa mirada.

—¡Pues me las pienso beber todas! —declaró Helena, ofuscada, mientras comenzaba a mezclarse con los invitados disfrazada con el absurdo vestido de camarera lleno de lacitos y volantes que, sin duda, la madre de Roan había elegido, a la vez que se preguntaba por qué se metía ella en esas ridículas situaciones únicamente para llegar hasta Roan.

* * *

Cada minuto que pasaba odiaba más el ridículo traje de camarera que me habían obligado a llevar. Al parecer, los malditos volantes y lazos de mi infancia aún me perseguían. Enfundada en un vestido negro con mangas de globo, con un cuello blanco provisto de numerosos botones y un primoroso lacito del mismo color, que detestaba, me paseaba entre los distinguidos invitados luciendo mis piernas más de lo deseable, ya que algún idiota había pensado que una falda con un poco de vuelo y adornada con lacitos era mejor si llegaba hasta la mitad del muslo. Los tacones, los detestaba; la cofia, se me caía a cada instante y la tenía que apartar de mi rostro con algún que otro grosero soplido, pero como mis manos estaban ocupadas con la bandeja no podía hacer nada más. Y encima, el minúsculo delantal que llevaba en mi cintura, lleno de bordados y encajes, era un incordio cuando se quedaba enganchado en algún lugar.

Mientras me paseaba por la habitación evitando toparme con la bruja y buscando con desesperación al invitado de honor para darle mi regalo, un asistente a la fiesta un poco pesado y bastante bebido pareció encapricharse

conmigo, o mejor dicho, con mi trasero, ya que no paraba de llamarme para que pasara junto a él con mi bandeja y tras coger una de las copas siempre acababa pellizcándome como si de un premio se tratase.

Tuve ganas de aporrearle la cabeza con la bandeja hasta dejarlo inconsciente, pero recordando que si actuaba con mi habitual tacto y delicadeza sería descubierta y expulsada de esa fiesta antes de ver a Roan, me contuve y le sonreí mientras pensaba en las decenas de maneras en las que podría llegar a castrarlo.

Recorrí durante más de una hora esa suntuosa fiesta, que se celebraba en una de las salas más amplias del hotel. Se trataba de un distinguido lugar donde las sutiles lámparas de araña, los caros cuadros de famosos artistas que decoraban las paredes, los blancos suelos y la armoniosa música de un piano destacaban haciendo que esa estancia reluciera por su belleza.

Desgraciadamente alguien, con toda probabilidad la madre de Roan, había tenido la mala idea de sobrecargarla con diversas decoraciones: estatuas de hielo de primorosos cisnes, pirámides de copas de champán o enormes fuentes de chocolate fundido a las que nadie hacía caso.

Pensé que si Roan no había dado señales de vida hasta ese momento tal vez no llegaría a aparecer. Sobre todo, porque ni la decoración ni el falso y altivo aire que mostraban los asistentes eran algo que Roan apreciara.

Me pregunté cómo habría celebrado Roan sus cumpleaños hasta entonces, y si asistiría finalmente a su propia fiesta, ya que los invitados no eran sus amigos, sino un montón de extraños y desconocidos que nunca llegarían a saber cómo era él.

Cuando sentí un nuevo pellizco en mi trasero, comencé a alzar mi bandeja decidida a acabar con el acoso de ese sujeto, y justo en ese instante se apagaron las luces y detuve mis violentos impulsos al ver que llevaban una gran tarta desde la cocina hacia el salón de celebración, donde Roan al fin hizo su aparición.

Mi amigo sonrió artificialmente a todos y agradeció la asistencia a su fiesta

con un bonito discurso, tan falso como su sonrisa. Luego, cuando las luces dejaron de iluminarlo y nadie parecía prestarle atención, Roan se aflojó la corbata con un gesto de hastío en la cara y con una triste mirada observó todo lo que había a su alrededor. A continuación, mostró un fugaz gesto de desagrado, negó con la cabeza y se dispuso a marcharse del lugar.

Entonces yo quise acercarme a él, abrazarlo y decirle que estaba a su lado, que si había cometido la locura de escaparme de mi casa y de colarme en esa fiesta era únicamente para que él no se sintiera tan solo como ahora se veía, porque, aunque Roan estuviera acompañado por decenas de invitados, en esos momentos estaba más solo que nunca.

Tras dar unos pasos hacia él, me detuve al ver cómo cambiaba el porte de Roan y su postura se volvía rígida, inflexible y fría. Y mientras veía cómo volvía a atarse impecablemente esa corbata en su lugar, contemplé la razón por la que Roan había vuelto de repente a adoptar su falsa actitud: allí, frente a él, su gélida madre le reclamaba algo que yo no podía oír, algo que lo afectaba, porque Roan apretaba con furia los puños a ambos lados de su cuerpo sin mostrar otras señales de su disgusto.

En cuanto su madre se retiró, él no dudó en alejarse de la estancia y desaparecer por las puertas de esa extraña celebración donde todos festejaban, estuviera presente o no el invitado de honor.

Sabiendo que tenía que ir en su busca, recorrí una vez más la sala para reclamar la ayuda de mi primo, pero cuando lo hallé hablando con la bruja desistí de pedirle apoyo y decidí que ése era el momento idóneo para abandonar el lugar. Así que, en el instante en que me pusieron una nueva bandeja llena de bebidas en mis manos y ese grosero hombre volvió a llamarme para seguramente dedicarle más de sus atenciones a mi trasero, yo no dudé, y colocando la bandeja en las manos del invitado, que permanecía boquiabierto ante mi osadía, me tomé despreocupadamente una copa de un solo trago, la coloqué sobre la bandeja y le dije antes de marcharme:

—¡Sírrete tú mismo, guapo!

Luego, claro estaba, le propiné una fuerte palmadita en el culo para que notara lo molesto que podía ser que alguien te acosara y sin más, me di la vuelta para dirigirme a la salida lo más rápidamente posible, dejando atrás los cuchicheos y exclamaciones de las remilgadas personas que no dudaron en ponerle pegasa a mi comportamiento, sin ver en ningún momento lo desacertado que era el suyo.

El endiablado vestido que llevaba me ayudó a la hora de localizar a Roan, pues tras preguntar por él en recepción con la excusa de que debía llevarle un trozo de tarta al cumpleaños, me dieron el número de su habitación. Y cogiendo prestado un plumero que encontré en uno de los carritos de limpieza que había en mi camino, me dirigí decidida hacia la puerta que dos enormes escoltas protegían. Por suerte, uno de ellos era pelirrojo, ese indiscutible color de pelo que caracterizaba a los tíos de Nathan, quien no tardó en reconocermme.

—He venido a limpiar la habitación —anuncié, mostrando el plumero.

—Siento decirle, señorita, que ya hay alguien en ella, así que tendrá que esperar —anunció seriamente uno de los escoltas.

Cuando recibí esa respuesta me quedé confundida, y a punto estuve de sacar a relucir mi temperamento con el hombre que pretendía proteger la intimidad de Roan, ya que yo sabía que él aún no había llegado a la habitación. Pero el tío de Nathan no tardó en sacarme de dudas acerca del invitado que se hallaba en esa estancia.

—Ha entrado una mujer que dice ser una conocida del señor Miller. Por supuesto, la dejamos pasar porque vino acompañada de la madre del señor Miller.

—Mantengo lo que he dicho antes... he venido a limpiar —repliqué, apretando fuertemente mi plumero, decidida a aclarar alguna que otra cosa con esa mujer que pretendía conocer íntimamente a Roan.

—Déjala pasar, Rick —me ayudó el pelirrojo conocido de mi familia mientras detenía a su compañero que intentaba impedirme el paso.

Y a la vez que a mi rostro asomaba una beligerante sonrisa, dejé caer el plumero al suelo para adentrarme en la habitación. Así, crujendo mis nudillos, me anuncié ante la molesta invitada que yacía desnuda en una cama que no le pertenecía.

—¡Servicio de limpieza!

* * *

Si había consentido en aparecer en esa fiesta que no era más que un patético espectáculo que mi madre había preparado con la excusa de celebrar mi cumpleaños era, simple y llanamente, porque no quería presenciar ni una más de las estúpidas rabietas que tenía delante de mi abuelo, aderezadas con falsas lágrimas que me hacían parecer un mal hijo, cuando era todo lo contrario.

En esta ocasión no había podido escaparme para celebrar mi cumpleaños con la única persona que deseaba que estuviera a mi lado. Por eso, tras un breve y poco sincero agradecimiento a los asistentes, me largué de una fiesta en la que prácticamente nadie se había percatado de mi ausencia para dirigirme hacia el bar, donde después de unas cuantas copas tal vez podría olvidarme momentáneamente de que Helena permanecía muy lejos de mí y de que, por más que me empeñara, ese día no podría pasarlo junto a ella.

Me hacía tanta falta estar a su lado, sentir esos brazos que siempre me mostraban amor, esos besos que me expresaban cariño, ese cuerpo que se rendía ante mí, revelándome la profundidad de sus sentimientos... Aunque aún se negara a decirme que me quería, Helena, al contrario que los demás, me lo demostraba a cada momento.

Tras vaciar mi copa de un trago me levanté del elegante bar donde me encontraba decidido a llegar a mi habitación e intentar hacer una llamada a Helena. Nunca sería igual que tenerla a mi lado, pero su voz siempre me tranquilizaba en momentos como esos en los que me sentía más solo que

nunca. Desgraciadamente, ella me colgó; es probable que estuviera muy enfadada conmigo por no haber pasado junto a ella el día de mi cumpleaños.

Suspirando resignado, seguí mi camino hasta llegar a la puerta de mi habitación. Los escoltas que la guardaban me deprimieron un poco al recordarme que era prisionero de mi propia familia, ya que nunca sabía si ellos estaban allí para protegerme o para evitar que me escapara.

Saludándolos con la misma frialdad de siempre, me dispuse a entrar en la estancia. De repente, la puerta se abrió bruscamente y alguien arrojó con muy poca delicadeza las pertenencias de una mujer al pasillo: un vestido de fiesta, unos zapatos y un bolsito minúsculo pasaron junto a mí, dejándome pasmado, aunque mi sorpresa fue mayúscula al contemplar cómo una chica casi desnuda también salió de mi habitación sin ningún miramiento.

Después de que la mujer pasara corriendo junto a mí mientras lloraba desconsoladamente sin reparar en lo escasamente vestida que iba, miré a los hombres que habían designado para mi seguridad. El pelirrojo que ya me era conocido evitó mi mirada mientras intentaba disimular, como si la cosa no fuera con él, mientras que el nuevo integrante del equipo realizó un comentario que me dejó todavía más confuso que antes:

—¡Joder con el servicio de limpieza!

Dudando de que la persona que se encontraba en esos instantes dentro de mi habitación fuera una empleada del hotel, decidí entrar pensando que mi madre cada vez mandaba mujeres más agresivas para intentar conquistarme, sin querer entender que nunca podrían llegar a mí por más que se esforzaran porque, simplemente, ya había otra mujer en mi corazón ocupándolo por completo. Algo que no me dejaba espacio para pensar en otra cosa que no fuera ella y en cómo volver a su lado.

Tras cerrar la puerta con contundencia y decidido a dejarle muy claro a la mujer que se encontraba en esa habitación que no tenía nada que hacer conmigo, me dispuse a tratarla con la frialdad que reservaba a quienes pretendían engañarme.

—No sé qué le habrá prometido mi madre en el caso de que consiguiera seducirme, pero le puedo asegurar que eso no pasará, porque tengo muy claro a quién deseo meter en mi cama y cuándo. Y el momento no es ahora ni su compañía la acertada, así que le ruego que salga de mi habitación antes que la avergüence haciendo que los hombres de seguridad la saquen a rastras de esta estancia, esté vestida o no.

Tras estas palabras que dirigí a la oscuridad casi total de la estancia, sin saber dónde se hallaba en concreto mi inesperada visita, noté que un cuerpo evidentemente desnudo se apoyaba contra mi espalda. Y cuando unas sugerentes manos comenzaron a recorrer con sensualidad mi pecho por encima de mi camisa hasta llegar a mi corbata con la intención de desanudarla, yo las detuve atrapándolas con fuerza entre las mías, muy dispuesto a hacerle una última y fría advertencia antes de expulsarla del lugar.

Pero las duras palabras con las que pretendía alejar a esa desconocida enmudecieron en mis labios en cuanto ella me susurró algo al oído y pude reconocer su voz:

—No estoy desnuda... al menos, no del todo —susurró Helena, sorprendiéndome con su presencia en ese lugar.

Y cuando me volví para comprobar si realmente era ella, sin dejar de pronunciar su nombre una y otra vez de puro asombro, quedé gratamente sorprendido al observar cuál pretendía ella que fuese mi regalo.

—¿Ves? Llevo una pajarita... —murmuró Helena pícaramente, señalando la única prenda que vestía su desnudo cuerpo en medio de la penumbra.

—Sí, es cierto —convine con una ladina sonrisa mientras reconocía a quién pertenecía.

—La verdad es que no sabía qué regalarle a un hombre que lo tiene todo... —comenzó a explicarse tímidamente Helena, evitando mirarme, avergonzada, algo que, conociéndola como lo hacía, sin duda se trataba de una treta—. Entonces pensé en darte una sorpresa esperándote desnuda en tu cama, pero al parecer eso era algo que también tenías... —terminó acusadoramente, alzando

su rostro hacia mí para mostrarme el enfado de sus salvajes ojos—. ¿Hay algo que tú no tengas, Roan? —preguntó Helena, enojada, mientras intentaba alejarse de mí. Pero en ocasiones Helena era tan débil ante mis palabras como yo lo era frente a las suyas cuando me dejaba manejar.

—A ti —le susurré como respuesta, reteniendo fuertemente su cálida mano entre las mías, negándome a dejarla marchar.

Finalmente, mi dulce Helena cedió ante mi ruego y, arrojándose sobre mí, me confesó al oído su rendición.

—Que conste que sólo lo hago porque hoy es tu cumpleaños y porque te he dejado sin uno de tus regalos.

—Entonces, ¿puedo disfrutar de mi nuevo regalo durante toda la noche? —musité dulcemente a su oído mientras la encandilaba con sutiles besos que descendían por su cuello.

—Sí... —gimió ella cuando mordí su hombro, sin apenas percatarse de mis palabras, para luego intentar corregir rápidamente su error—. ¡No! ¡Mierda, Roan, siempre me confundes! —se quejó entre suspiros mientras la cogía en brazos. Y haciendo que enlazara sus piernas en torno a mi cuerpo, comencé a deleitarme con el sabor de sus hermosos senos mientras la conducía hasta mi cama.

—Pues entonces ya somos dos —declaré sin dudar, ya que mis palabras eran totalmente ciertas porque ella siempre me sorprendía y confundía por igual con todas sus acciones.

Cuando llegué a mi cama, la deposité suavemente sobre ella. Y mientras me deleitaba con su desnudo cuerpo, no pude evitar ser tan malo como ella siempre me reclamaba que fuera. Admirándola con una astuta sonrisa, acerqué una de las sillas de la *suite* hasta los pies de la cama, y sentándome en ella, esperé a que Helena y su fogoso temperamento saltaran antes de hacerle mi indecente proposición. Pero, después de todo, era mi cumpleaños y la misma Helena se había autodesignado como mi regalo, así que... ¡qué menos que disfrutar de ella!

—¿Qué haces? —preguntó Helena con extrañeza al ver que yo no la acompañaba en la cama. Se incorporó tratando de ocultar su vergüenza evitando mi mirada a la vez que intentaba tapar su desnudez frente a mis ojos.

Helena cruzó uno de sus brazos sobre su pecho procurando esconder con su otra mano el femenino vértice de su entrepierna. Yo sonreí, encontrando más atractiva esa timidez que sólo mostraba ante mí en algunos momentos. Y disfrutando de ella, guardé silencio ante su pregunta, hasta que sus decididos ojos olvidaron su recato y buscaron firmemente mi mirada.

—¿Se puede saber qué estás haciendo en esa silla, Roan?

—Disfrutar de mi regalo —contesté, permaneciendo en mi lugar.

—¿Es que no piensas acompañarme? —me interrogó Helena, desafiante. Y al ver que yo no me movía, no pudo evitar provocarme dejando su timidez a un lado, que realmente era muy impropia de ella, y se estiró con sensualidad en la cama a la vez que pronunciaba mi nombre con la intención de que corriera hacia ella, aunque en esos instantes eso no formara parte de mis planes.

Mis manos apretaron fuertemente el reposabrazos de esa lujosa silla para resistir mis ganas de unirme a ella. Entonces acabé súbitamente con sus insinuaciones cuando le propuse la idea de ese escandaloso juego que había pasado por mi mente.

—Me has dicho que eres mi regalo, ¿verdad? —comencé, haciendo que ella volviera a incorporarse en la cama sin saber qué esperar de mí ese día en el que yo me mostraba más perverso que nunca.

—Sí.

—Entonces quiero ver cómo le das placer a tu cuerpo y disfrutas de un orgasmo mientras piensas en mí, en cómo mis dedos van a acariciarte, en qué manera van a besarte mis labios y a lamerte mi lengua, de arriba abajo, y cómo mi polla va a penetrarte sin descanso..., pero eso sólo ocurrirá cuando tú hayas hecho lo que yo te he pedido.

—Cuando te dije que hoy era tu regalo no me refería a que pudieras exigirme lo que te diera la gana. Ya sabes lo poco que me gustan las órdenes y

el acatarlas —se quejó Helena, mirándome bastante molesta con mi proposición.

—Sólo te estaba proponiendo un juego, como los que tú misma me has planteado en más de una ocasión a través de la webcam del ordenador o del teléfono.

—¡Eso era muy distinto! —gritó Helena, furiosa, pero también avergonzada, ya que su hermoso rostro se sonrojó intensamente.

—¿Por qué? —pregunté, interesado en su respuesta. Y sin poder evitarlo, me levanté de mi silla y me acerqué a ella buscando esos ojos que me evitaban.

Tras coger su rostro con una de mis manos, su esquiva mirada que en un principio parecía tímida no tardó en enfrentarse a mí.

—Porque tú no estabas allí... —respondió Helena, insinuándome con ello que esos juegos con los que siempre me había tentado hasta que fue mía sólo eran un aliciente para que yo acudiera a su lado.

—Pero ahora sí estoy aquí, y quiero verte —repliqué, decidido a hacerle saber que, aunque ella no estuviera a mi lado, allí adonde fuera, su imagen siempre me acompañaba.

—¡Pero mira que eres odioso! —exclamó Helena, harta. Y tras darme un rápido beso de rendición, me señaló mi lugar: la silla desde la que había decidido jugar con ella—. No puedes moverte de la silla hasta que yo te lo diga. Y te quiero ver igual de desnudo que yo —reclamó, aportando sus propias reglas a nuestro juego.

Mientras me desnudaba, ella me contempló desde la cama con una sonrisa. De su boca se escapaba algún que otro suspiro de deleite que intentaba disimular mordiéndose nerviosa el labio inferior, aunque su desnudo cuerpo, cuyos pezones comenzaban a alzarse excitados, o la manera inquieta en la que se removía sobre la cama, revelaban su excitación. Por mi parte, yo no pude hacer demasiado por ocultar cuánto la deseaba, ya que mi erecto miembro era una prueba evidente de ello.

—¿Quieres que te ponga música? —preguntó con sorna desde la cama, recordándome nuestro vergonzoso reencuentro. Seguramente estaba un poco molesta al ver cómo sonreía lleno de entusiasmo ante mi regalo.

Tras sentarme en la silla, mis ojos no se apartaron de ella y de su gloriosa desnudez. Y viendo que sus indecisas manos no sabían cómo continuar, me decidí a darle esas órdenes que Helena tanto detestaba. Ella, para mi sorpresa, siguió cada una de ellas mientras yo me preguntaba si se debía a que había empezado a gustarle ese juego o sólo porque estaba cumpliendo con su palabra después de haberse señalado a sí misma como mi regalo de cumpleaños.

—Acaricia suavemente tu cuello con las yemas de tus dedos y mientras cierras tus ojos piensa que son mis manos las que te tocan. Desciende poco a poco por tu piel hasta llegar a tus senos, y entonces apriétalos y acarícialos... Estimula tus pezones con leves roces, luego pellízcalos y juega con ellos hasta que te humedezcas de deseo...

Helena seguía mis instrucciones al pie de la letra, y yo me excitaba cada vez más mientras era testigo de cómo se deslizaban esas delicadas manos por su cuerpo buscando un placer que desconocía que podía darse. Sin poder evitarlo, cogí fuertemente mi duro pene con una de mis manos, y a la vez que escuchaba unos gemidos que me llamaban, comencé a masturbarme, gimiendo de placer junto a ella.

—Desliza una de tus manos lentamente hacia abajo, hasta llegar al sedoso triángulo que hay entre tus piernas...

Helena se movió dubitativamente sobre su cuerpo. No obstante, todavía se negaba a rendirse ante mis palabras, ya que sus piernas permanecían cerradas, impidiéndome contemplar toda su excitación.

—Abre tus piernas, Helena, muéstrame tu deseo, y mientras lo haces, acaríciate...

Helena dudó durante unos instantes si proseguir con nuestro juego cuando sus manos vacilaron, pero yo decidí confesar el motivo por el que le pedía

todo eso y ella se rindió a mi petición, como yo hacía constantemente con las tuyas, fueran o no razonables.

—Helena, lo necesito... Necesito guardar esta imagen en mi mente para que me acompañe cuando estemos separados, para que cuando yo ceda a esas tentadoras proposiciones que me haces por teléfono pueda recordarte como estás ahora.

Helena abrió sus piernas lentamente y comenzó a descender una de sus manos por su húmedo sexo mientras la otra permanecía sobre sus excitados pezones, jugando con ellos.

Los movimientos de sus dedos cada vez eran más rápidos, ella gemía y se retorció sobre la cama mientras sus caderas se alzaban buscando más.

—Introduce uno de tus dedos lentamente en tu interior. Luego, sal despacito para acariciarte y vuelve a entrar como si yo te penetrara.

Helena lo hizo y me miró con asombro, ya que su placer aumentó llevándola muy cerca del éxtasis.

—Introduce otro de tus dedos y muévelos más rápido —pedí, logrando que sus gritos se intensificaran, que sus caderas se alzarán cada vez más y que su cuerpo reclamara un alivio que necesitaba alcanzar.

Pero ella sólo llegó al orgasmo cuando yo le grité una última orden:

—¡Helena, mírame! ¡Estoy aquí! —exclamé, haciendo que abriera los ojos para enfrentarse al abierto deseo de mi mirada. Y fue entonces cuando ella se convulsionó sobre las sábanas de seda y llegó al clímax con mi nombre en sus labios.

Cuando se derrumbó sobre la cama yo continué admirándola desde la silla mientras una de mis manos no cesaba de moverse de arriba abajo, apretando fuertemente mi pene, al tiempo que con la otra me agarraba fuertemente al reposabrazos de la silla, decidido a cumplir mi promesa de no moverme hasta que ella me lo pidiera.

—Roan, ¿qué haces? ¿Por qué no vienes a la cama? —me preguntó Helena con una ladina sonrisa mientras se adentraba entre mis sábanas y se

acomodaba en ellas.

—Porque tú no me lo has pedido —respondí, recordándole las normas que ella había impuesto en nuestro juego antes de decidirse a participar.

—¿Ves como a pesar de todo sigues siendo un niño bueno? —me dijo, tan provocadora como siempre, consiguiendo con ello que finalmente dejara de retener mi deseo por ella y me decidiera a disfrutar de ese regalo que había hallado en mi habitación tan inesperadamente.

Así, levantándome de la silla, me dirigí hacia la cama, me puse un condón que recogí de mis olvidados pantalones y tras apartar las sábanas de un tirón, cogí a Helena de los tobillos y la arrastré hasta los pies de la cama, provocando su risa a causa de mi impulsivo comportamiento.

Pero eso fue sólo hasta que me alcé sobre su cuerpo y me adentré en su húmedo y apretado interior de una profunda embestida, haciendo que su sensible cuerpo comenzara a desearme de nuevo. Como le había prometido, mis manos acariciaron su piel, mis labios la besaron y mi lengua degustó su sabor deleitándose sobre todo en esos sonrojados pezones que tanto me habían atraído desde la distancia.

Tras lograr que a sus labios volvieran a acudir algunos gemidos de placer, mordisqueé sus erectos pezones al recordar cómo se había burlado de mí hacía unos momentos. Después intensifiqué el ritmo de mis envites, reclamando que sus piernas me rodearan. Y adentrándome cada vez más profundamente en ella, la hice mía mientras gritaba su nombre.

Helena gritó el mío, y a la vez que clavaba sus uñas profundamente en mi espalda, ambos nos dejamos arrastrar por la pasión hacia un arrollador orgasmo que nos llevó al fin de nuestro juego.

Tras acurrucarnos en la cama, nuestras manos permanecieron unidas como cuando éramos niños y nuestros ojos no pudieron dejar de buscarse.

—Me ha gustado mucho tu regalo, Helena —confesé con una pícaro sonrisa—. Que seas mía por un día es algo que no tiene precio —declaré, burlándome

un poco de ella. Pero como siempre hacía Helena, me dejó sin palabras con su respuesta una vez más.

—Yo sólo me pertenezco a mí misma, Roan, pero puede que algún día le dé a alguien mi corazón —dijo, recordándome que aún no era merecedor de ese «te quiero» que tanto se resistía a darme.

—Algún día... —murmuré, atrayéndola hacia mis brazos para silenciar sus protestas sobre mis razones por las que todavía debíamos continuar manteniendo las distancias, a pesar de que nuestros corazones hubieran prescindido de ellas desde el principio.

Capítulo 10

Con los zapatos en la mano y caminando de puntillas, dejé a Roan profundamente dormido en esa lujosa cama, en la que había disfrutado con perversidad de su regalo. La pajarita que le regalé había terminado en un lugar bastante indecente, donde yo no estaba dispuesta a recuperarla, básicamente porque Roan se despertaría y me arrastraría de nuevo a la cama.

No era que no deseara volver a disfrutar del sexo con mi amigo de la infancia, ahora reconvertido en mi amante, sino que más bien quería evitar preguntarle por qué teníamos que permanecer alejados, a lo que él, tan racional como siempre, contestaría enumerando cada una de las lógicas razones por las que debíamos esperar para estar juntos; ante lo que yo, tan irracional como siempre, acabaría enfadada con él porque, aunque Roan tuviera razón, la lógica no entraba en mi cabeza cuando lo que me guiaba era el corazón.

De este modo, decidida a evitar una nueva discusión entre nosotros y unas lágrimas que no quería derramar delante de él dando una imagen patética, cerré lentamente la puerta y me dispuse a alejarme nuevamente de ese hombre para el que siempre habría una puerta abierta en mi corazón o, en nuestro caso, más bien una ventana.

Resignada a poner distancia entre nosotros otra vez, me apoyé en la puerta y suspiré preguntándome cuánto tendría que esperar para dedicarle ese «te quiero» que guardaba mi corazón desde hacía tiempo. Me negaba a pronunciar esas palabras hasta que él estuviera a mi lado, porque si las dejaba salir de mis labios y luego la distancia nos separaba, sería algo que mi corazón no podría aguantar. Cuando abrí los ojos apareció ante mí una de las razones por

las que permanecíamos alejados, esta vez más molesta que nunca a causa de mi presencia en ese lugar.

La rubia y elegante mujer de fríos ojos azules que era la madre de Roan me miró igual de despectiva que siempre, y como estaba acostumbrada a hacer, intentó intimidarme con su lengua viperina. ¡Qué pena para ella que yo estuviera curada de espantos y que su veneno nunca funcionara conmigo!

—Por tu vestimenta deduzco que al fin has aprendido cuál es tu lugar, aunque, por lo que veo, te cuesta mantenerlo... —dijo, tras recorrer con una desdeñosa mirada mi arrugado disfraz de camarera mientras me señalaba la puerta de la habitación de Roan.

—Sí, pero eso ya lo sabía desde hace mucho: mi lugar está junto a Roan —contesté, haciendo frente a sus despóticas palabras.

—Eso está por ver. ¿Cuánto crees que le durará su encaprichamiento por ti en el instante en el que dejéis de veros? ¿O acaso crees en la ilusa idea de mantener una relación a distancia con mi hijo, en la ingenua creencia de que Roan no disfrutará de las atenciones que le pueden conceder otras mujeres mientras tú no estés allí para verlo? Te recuerdo que, después de todo, Roan es el digno hijo de su padre.

—Pero Roan no es su padre, por más que usted se empeñe en ello —dije, recordándole cómo había acabado la mujer que ella había intentado meter en la cama de su hijo sólo para que Roan se olvidara de mí.

—Tú dale tiempo... —contestó, mostrándome una maliciosa sonrisa que por unos instantes me hizo dudar de Roan. Pero luego sólo tuve que recordar al molesto niño que siempre se colaba por la ventana de mi habitación para volver a creer en él y sonreír con confianza ante esa bruja.

—Han pasado muchos años desde que Roan y yo comenzamos nuestra relación, ¿qué le hace pensar que nos separaremos si, a pesar de los obstáculos que ha impuesto en nuestro camino, aún conseguimos estar juntos?

—Las necesidades de un niño son distintas de las de un hombre. Las personas crecen, maduran y una vez que lo han hecho, dejan atrás los sueños

de su infancia —contestó, señalándome despectivamente como algo fácil de olvidar.

—Pero yo siempre le daré a Roan lo que necesita.

—¿El qué? ¿Sexo? —inquirió desdeñosamente, riéndose de mí.

—No: cariño. Algo que, ya sea al niño que me perseguía persistentemente, o al hombre que es ahora, yo siempre le he dado.

—¡Bah! El cariño puede comprarse.

—El de verdad, no. Y eso es algo que usted nunca ha comprendido y que siempre se ha negado a darle a Roan a pesar de que fuese su hijo. En fin, ¿qué se puede esperar de una mujer como usted? —concluí. Y después de mirarla tan despectivamente como ella había hecho conmigo, solté un último suspiro de resignación y me fui del lugar sin escuchar la réplica de la bruja porque, por más excusas que pusiera, nunca podría negar que mis palabras eran ciertas.

* * *

Tras despertarme solo en una fría cama, eché mucho de menos a mi querida Helena. Aunque después de mirar dónde había dejado esa pajarita que había formado parte de mi regalo de cumpleaños no pude evitar sonreír a pesar de su ausencia al recordar todos los juegos que habíamos llevado a cabo entre las sábanas.

Más tarde, cuando dejé de soñar con que ella seguía entre mis brazos, me duché y me vestí, recomponiendo mi digno aspecto de experimentado empresario, tal y como se esperaba de mí, un miembro de los Miller, y me dirigí hacia el bar para desayunar con mi familia.

Cuando llegué me encontré a mi padre coqueteando descaradamente con una de las camareras, como siempre, sin importarle demasiado que mi madre estuviera a su lado. Ella lo fulminaba con la mirada, pero no porque le

molestara el hecho de que su marido le fuera infiel, sino porque quería mantener las apariencias de ser esa familia perfecta que nunca seríamos.

En cuanto mi madre me vio dirigirme a su mesa no se quedó sentada como habitualmente hacía sino que, para mi total asombro, se dirigió hacia mí para abrazarme de un modo tan inesperado que no supe cómo reaccionar ante esa muestra de cariño tan poco propia de ella.

Conociéndola como la conocía, no respondí a su gesto, que de niño me habría emocionado, pero ahora que había crecido ya hacía mucho que no necesitaba. Y así, me quedé quieto, esperando una explicación ante esa sorprendente muestra de afecto.

—¿Qué es esto, madre? ¿Un abrazo a tu hijo? Eso no es nada usual en ti. ¿A quién pretendes engañar ahora simulando que somos una familia? ¿A mi abuelo? ¿A alguno de sus espías? —pregunté, tan cínico como siempre, riéndome de esa falsedad que en otras ocasiones me había hecho mucho daño, pero que ahora ya no me importaba.

—Alguien me dijo que esto era lo que necesitabas, pero sin duda se equivocó —respondió mi madre. Y tan digna como siempre, se dio la vuelta para volver a su asiento. Yo, por mi parte, no pude evitar mostrar una sonrisa mientras susurraba el nombre de la única persona que era capaz de enfrentarse a mi madre y escupirle la verdad a la cara.

—Helena... —susurré mientras me sentaba a la mesa, algo que el agudo oído de mi madre pareció escuchar.

—¿Qué hacía esa mujer en tu habitación? —me recriminó mi madre, furiosa, porque otra más de sus jugarretas no hubiera funcionado y yo no hubiera olvidado a Helena entre los brazos de otra.

—¿No querrás preguntar mejor qué hacía ella en mi cama en lugar de la mujer que me mandaste?

—¡Bah, hijo mío! Eso solamente fue un pequeño regalo por tu cumpleaños. Esa mujer era mucho más guapa y distinguida que esa salvaje, sin ninguna duda. Nunca comprenderé por qué siempre la prefieres a ella.

—Porque ella me da lo que necesito, madre.

—Sí, ya... *cariño* —dijo mi madre, pronunciando esa palabra con un tono desdeñoso que me demostraba una vez más que sería imposible recibir eso de ella—. Hay muchas otras mujeres que pueden darte ese cariño que dices necesitar, Roan. Eres rico, tu apellido es famoso y serás el sucesor de los Miller. Nunca te faltará de nada, no tienes por qué rebajarte con esa mujer que jamás estará a tu altura.

Cerrando los ojos, dejé escapar un suspiro de exasperación ante las absurdas ideas de mi madre, que a pesar de los años transcurridos no me conocía en absoluto.

—Madre, ese cariño del que hablas sería un sentimiento falso y artificial que no necesito ni deseo para nada. Para eso ya tengo a mi familia. Lo que yo necesito es algo que hace mucho tiempo dejó de interesarte, no sé por qué pretendes ahora hacerme ver que te importa.

—Muy sencillo: porque una persona bastante molesta que no sabe mantenerse en su lugar me ha dicho que es la única que puede darte lo que necesitas.

—Ahora mismo no preciso de ese «amor de madre» que intentas aparentar falsamente, ya he crecido y he aprendido a no esperar nada de ti —dije mientras me levantaba de la mesa, dispuesto a terminar de una vez con esa estúpida conversación en la que mi madre al fin parecía interesarse por mí después de tantos años—. ¡Ah! Y esa persona que tanto desprecias sí que sabe dónde está su lugar: a mi lado —terminé, decidido a hacer todo lo que estuviera en mi mano para que un día nadie pudiera poner pega alguna a que Helena permaneciera junto a mí.

* * *

En dos años podían suceder muchas cosas y las personas poco a poco cambiaban. Y más aún cuando la distancia se extendía entre ellos.

Helena había ido de un trabajo a otro desde que terminó el instituto, todos ellos temporales y sin importancia, algo que no le había proporcionado más satisfacción que el poco dinero que ganaba. Su madre le insistía continuamente en que fuera a la universidad, un tema por el que sostenían muchas discusiones de las que su padre se abstenía de intervenir, por lo que eran sus abuelos quienes representaban un desahogo para ella cuando, cada vez que podía, se escapaba a su ruidoso hogar donde casi todos los fines de semana se reunían sus primos.

Sarah la mimaba como siempre con sus espléndidas galletas, mientras que John era el único que la entendía cuando le cedía alguno de los locales o viviendas que había comprado recientemente para reformar y vender, proporcionándole una pared blanca donde desahogar todos los sentimientos que se agolpaban en ella desde hacía dos años.

Ese día era la fecha en la que Roan y ella debían encontrarse, y Helena sentía que ésa era una cita a la que él llegaría tarde de nuevo. A lo largo de esos dos años habían pospuesto muchas citas por trabajos, tanto de la universidad como del sofocante imperio que algún día le tocaría dirigir; eran muchas las llamadas que él se había olvidado de realizar y los mensajes que no había contestado, y a cada momento que pasaba, Helena notaba que la distancia entre ellos aumentaba, y no por los kilómetros que los separaban, sino porque Roan se estaba olvidando de ella poco a poco. O al menos eso era lo que demostraba con sus acciones.

Desde el nuevo puesto de trabajo que había conseguido en un viejo videoclub, posiblemente el último que quedaba en pie en todo el pueblo, Helena fulminaba con la mirada a su teléfono una vez más, el cual había sido relegado a permanecer debajo del mostrador para no caer en la tentación de volver a mirarlo otra vez para comprobar si su esquivo amigo había contestado a sus mensajes o si, como últimamente hacía, la había ignorado.

Dispuesta a ser ella la que lo hiciera esperar en esa ocasión, se cruzó de brazos y pagó su mal humor con algunos de los clientes a los que debía

atender, simplemente porque ellos estaban más cerca de ella que el hombre al que deseaba gritar todo su resentimiento.

Mientras miraba enfurecida a algún que otro depravado de la sección para adultos, que intentaba disimular la película que estaba a punto de alquilar, a los niños que le tocaban todos los títulos y le dejaban los estantes desordenados o las viejas taimadas que le cambiaban el precio de los artículos, observó a su primo Nathan entrando en el local.

Dado que un sabiondo como él era más partidario de la lectura que de ver películas, Helena dedujo que había entrado allí para verla a ella y, posiblemente, para transmitirle algún mensaje de su amigo Roan, al que ella había decidido ignorar.

Resuelta a espantar a todos los clientes para mantener privada su conversación sobre el hombre que amaba y odiaba por igual, Helena leyó en voz alta el título de la película que el temeroso señor Pinkerton se había atrevido a alquilar tras algún que otro titubeo.

—¡Ah, señor Pinkerton, muchas gracias por alquilar *La guarra de las galaxias*, todo un clásico del cine para adultos! ¡Vuelva a nuestro videoclub cuando quiera para alquilar más películas guarras! ¡Gracias! —gritó Helena jovialmente y a todo pulmón mientras le daba el cambio y una bolsa con su película.

Tras escuchar el anuncio de Helena y ver las miradas de reprobación que recibía, el pobre hombre salió corriendo como alma que lleva el diablo. A continuación, la madre que no sabía qué alquilar tapó los oídos de su hijo y lo arrastró hacia fuera mientras el chiquillo no dejaba de preguntarle si podía alquilar esa película de naves espaciales, mientras que, por su parte, la vieja cotilla que no cesaba de tocarle los precios a Helena ni se inmutó y siguió a lo suyo...

—No creo que dueres mucho en este trabajo tampoco, Helena —señaló Nathan, apoyándose despreocupado en el mostrador cuando llegó junto a su prima.

—Sólo he seguido la política de la empresa: agradecer al cliente la adquisición de su producto es algo obligatorio.

—¿Y también lo es gritar el obsceno título de la película que había alquilado?

—Eso es un extra que tiene este trabajo —replicó Helena, sonriendo maliciosamente a Nathan—. ¿Y bien? ¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Tú también vas a llevarte algún título guarrillo para pasar el fin de semana, primo?

—No, vengo a hablarte de un quejica que no ha parado de llamarme molestándome incansablemente con sus lloros porque alguien no le coge el teléfono.

—Ah... Prefiero seguir hablando de películas guarras, Nathan.

—Yo también, pero como Roan me ha llamado más de veinte veces en lo que va de día y no deja de incordiarme, será mejor para todos que cojas de una vez ese maldito teléfono y te comuniques con ese pesado.

—¡Pues mira por donde que ya te ha llamado a ti hoy más de lo que lo ha hecho conmigo en lo que va de año! A ver si al final va a ser que le gustas tú más que yo...

—Helena... —reprendió Nathan a su prima, un poco harto de que esa pareja siempre lo metiera en medio de sus asuntos—. Como no contestes a ese teléfono voy a tener que leerle a Roan algunos de los vergonzosos secretos de tu diario para que me deje en paz.

—¡Ja! No cuela, guardo mi diario muy bien, en un escondite que tú nunca...

—Debajo del colchón de tu cama en casa de los abuelos, dentro de una vieja lata de galletas.

—Pero ¿quién...?

—Raymond —contestó Nathan, haciéndole ver a Helena que no iba de farol.

—¡Rata inmundada! ¡En cuanto le ponga las manos encima se va a enterar! —gritó Helena con furia. Finalmente, cediendo al chantaje de su primo, acabó

haciendo lo que había querido hacer durante toda la mañana: saco el móvil de debajo del mostrador y miró sus mensajes.

En todos ellos, un cada vez más preocupado Roan se disculpaba una y mil veces haciéndole saber que, como ella sospechaba, tampoco llegaría a tiempo a esa cita que había esperado desde hacía tanto.

Furiosa con su primo, que le había obligado a enfrentarse a algo que no quería ver, y con Roan, porque le fallaba nuevamente, sonrió con falsedad a su pariente a la vez que le mostraba el dedo corazón para, a continuación, hacerle una foto con su teléfono y mandarla como única contestación a ese hombre que no dejaba de poner excusas a su retraso.

—¿Qué? ¿Ya estás contento? Al fin he contestado a sus mensajes —dijo Helena, molesta, mirando airadamente a su primo.

—Por mí vale —declaró despreocupadamente Nathan mientras apagaba su teléfono, seguramente para no recibir más fastidiosas llamadas de su amigo—. Pero yo que tú mirarías sus mensajes; hoy parecía más nervioso de lo usual, como si tuviera algo importante que decirte.

—Sí, que no podremos vernos a causa de su trabajo, de sus responsabilidades, por todo lo que rodea a su apellido y blablablá... Francamente, Nathan, ya estoy harta de esperar.

—Tienes razón, Helena. No merece la pena esperar por ese tonto que sólo piensa en ti desde que erais pequeños, que no ha dejado de perseguirte desde la infancia, que te ha protegido en multitud de ocasiones, que va en contra de su estirada familia sólo para estar contigo, que...

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Contestaré a sus mensajes cuando salga del trabajo! Pero que ni sueñe con que voy a devolverle sus llamadas, porque no se lo merece —respondió Helena, cediendo ante las palabras de su convincente primo únicamente porque le recordó que Roan seguía siendo el impertinente y molesto niño que una vez la enamoró.

Nathan dejó a Helena enfurruñada detrás del mostrador y se dirigió hacia la salida; sólo cuando estuvo lejos de la furiosa mirada de su prima, que le

echaba en cara que hubiera conseguido que cediera ante Roan una vez más, sacó su teléfono y lo encendió de nuevo para atender a la llamada de su amigo.

—Tendrás que comunicarte con ella por mensajes, ya que se niega a hablar contigo —anunció Nathan sin dejar hablar a su amigo, y antes de que sus interminables quejas comenzaran a asediarlo recordándole lo importante que era ese día para él, Nathan declaró con contundencia—: ¡Alégrate de que haya conseguido que conteste a tus mensajes después de cómo te has comportado! Aunque no me hago responsable de lo que pueda llegar a decir... —Tras esto, Nathan colgó, preguntándose cuándo dejarían esos dos de meterlo en medio de su relación, y de paso, en un sinfín de problemas.

* * *

Roan había luchado mucho a lo largo de esos dos años para conseguir escapar de su asfixiante familia a la vez que intentaba alcanzar los estándares que le exigían. Había sacado las mejores notas, conseguido aparecer en el cuadro de honor de su universidad y ayudado a su abuelo con múltiples negocios cuando él lo requería, sólo para obtener un poco de libertad y poder alejarse de ellos cuando lo necesitara.

En el proceso había aprendido mucho de los negocios de su familia, había hecho importantes amistades y contactos, pero también había ido alejándose de la meta por la que siempre seguiría adelante: Helena, la mujer a la que amaba, a la que había dejado de lado en más de una ocasión. Algunas veces por sus estudios, en otras ocasiones por sus negocios o por reuniones con importantes personalidades. Sin darse cuenta, se había ido distanciando de ella y había dejado de ser ese niño enamorado para pasar a convertirse en el frío hombre de negocios que su familia siempre había deseado.

Sin los cálidos brazos de la mujer que siempre había querido, Roan se había convertido de nuevo en el manejable chico bueno que Helena siempre había detestado, y a pesar de que tal vez debiera dejarla marchar antes de

hacerle más daño, eso era algo que Roan no podía hacer, ya que, para él, Helena siempre sería su única vía de escape del frío mundo que lo rodeaba. Roan le había pedido de forma egoísta más tiempo, y mientras ella esperaba, él había decidido comprarle un presente para atarla a él y evitar así que alguien se la arrebatara.

Desde el elegante despacho que su abuelo le había asignado en su empresa, lleno de impersonales fotografías que adornaban las paredes y de acristaladas ventanas a través de las cuales podían observar lo superiores que eran respecto de todos los demás, Roan se sentaba delante de su gran escritorio en un elegante y cómodo sillón que mostraba su cargo superior, ante una pantalla de ordenador que exponía informes, cifras y mil detalles a los que él tenía que estar atento y que, sin embargo, ignoraba para mirar su móvil en busca de una respuesta de Helena a cada uno de sus insistentes mensajes. Cuando finalmente ésta llegó, el dedo corazón que le mostraba esa imagen suponía una obvia contestación ante las excusas que él le ofrecía una vez más.

Después de arrastrarse un poco más con mensajes bastante lastimeros en los que rogaba su perdón, al fin Helena se dignó a contestarle. Aunque, como siempre, él tendría que pagar un alto precio por haberla hecho enfadar, y con Helena, a diferencia de otras mujeres, esa cuestión nunca atañía al dinero, sino al orgullo.

¿Cómo de arrepentido estás? —leyó Roan en voz alta, sabiendo que tendría que suplicar para obtener su perdón.

Muy mucho —bromeó Roan, pero la sonrisa que lucía no tardó en borrarse de su rostro cuando leyó la siguiente petición de Helena:

Estés donde estés, quiero una foto tuya sin ropa en la que me pidas perdón. Se podría decir que en esta ocasión quiero ver la verdad al desnudo de tus sinceras palabras.

Tras leer este mensaje, Roan no tuvo ninguna duda de que una maliciosa sonrisa acompañaba al rostro de diablillo de su amiga en esos instantes, mientras esperaba su respuesta.

Ahora estoy en mi despacho, en la empresa de mi abuelo... —intentó excusarse Roan para librarse de su castigo.

Mejor.

Fue la única respuesta que recibió Roan. Y entre suspiros de resignación comenzó a desnudarse dejándose llevar una vez más por los caprichos de Helena, volviendo a ser ese chico enamorado que no podía dejar de cumplir cada uno de sus deseos.

Cuando estuvo totalmente desnudo no pudo evitar intentar dejar sin habla a Helena, y poniendo delante de su desnudo cuerpo el presente que había pretendido llevarle antes de que solicitaran su presencia en un acuerdo de negocios que tal vez duraría meses, hizo la fotografía que ella le reclamaba.

La respuesta de Helena no se hizo de rogar:

¿Qué coño hace ese oso ahí y qué es lo que está sosteniendo entre sus manos?

Deseando tentarla, Roan sacó una foto desde más cerca del anillo de pedida con el que deseaba proponerle matrimonio y envió su respuesta.

El oso y yo queremos pedirte que te cases con nosotros.

Vale, pero el oso duerme en el sofá. Yo paso de tríos. Y sigo queriendo una foto tuya, desnudo en tu despacho de ricachón.

Pensé que era mejor que el anillo lo sostuviera el oso que mi gran... —envió Roan, con gran presunción.

Te sobrevaloras demasiado. ¿Dónde está mi foto?

Finalmente, cediendo a las descabelladas pretensiones de Helena, Roan apartó el oso de su desnudo cuerpo, y cuando estaba a punto de hacerse la comprometedor foto que esa exigente mujer le pedía, la limpiadora de las oficinas entró en su despacho. Sin perder tiempo, Roan, tremendamente avergonzado, tapó su desnudez con el oso, aunque no supo si su rápida acción para cubrir sus vergüenzas fue para mejor o para peor, ya que la limpiadora tan sólo se limitó a mirarlo de arriba abajo con una reprobadora mirada y, como si estuviera curada de espantos, anunció:

—Será mejor que les deje algo de intimidad a usted y a su... osito. Eso sí: le advierto de que no pienso limpiar ese peluche cuando termine con él. Mi contrato especifica que sólo me encargo de las oficinas y el mobiliario...

Tras esta declaración, la empleada salió del despacho para proseguir con su labor. Roan se apresuró a hacer esa maldita foto y a vestirse para que nadie más lo sorprendiera en tan indigna posición, y mientras Helena le reclamaba saber qué había pasado con su escandalosa foto, él no pudo evitar contarle lo que le había acarreado su atrevida broma, tal vez así se apiadaría de él.

Roan supo que eso no ocurriría cuando Helena al fin se dignó a llamarlo por teléfono y, tras dar entrada a su llamada, escuchó una gran carcajada. Cuando Helena dejó de regodearse con su vergüenza, al fin hizo esa pregunta que Roan había esperado desde que le mostró el anillo.

—¿Cuándo nos casaremos?

—Cuando me digas que me quieres —repuso Roan, intentando provocarla para que pronunciara esas palabras que Helena todavía se resistía a decirle a pesar de haber aceptado su proposición.

—¿Cuándo podremos estar juntos? —preguntó Helena, ignorando las palabras de Roan.

—Tal vez tengamos que esperar medio año, y...

—¡Voy para allá! —anunció Helena antes de colgar el teléfono, advirtiéndole de que el tiempo de espera para ellos había finalizado.

Pero Roan no se molestó ante tan decidida respuesta, sino que simplemente se relajó en el sillón de su despacho mientras sonreía complacido, pensando que a lo largo de los años había aprendido muchas habilidades atendiendo a las lecciones en los negocios que llevaba su abuelo, entre ellas, cómo manejar a las personas para que hicieran lo que él deseaba. Y que Helena estuviera a su lado era lo que siempre había querido.

* * *

—Tu madre sigue enfadada. No le gusta que corras detrás de ningún hombre, aunque éste sea Roan —comentaba Alan mientras ayudaba a su hija a meter las maletas en el viejo coche que se había comprado hacía poco.

—Papá, me ha enseñado un anillo de compromiso y...

—Y no ha tenido tiempo para venir a ponerlo en tu mano, cariño. ¿Estás segura de que te quiere?

—¡Papá, es Roan! —exclamó Helena, pretendiendo con esas palabras excusar una vez más la ausencia de ese hombre a la vez que intentaba explicar la locura que la llevaba de nuevo a correr detrás de él.

—Ese hombre no es el mismo chico que me pedía continuamente consejos en el porche de tus abuelos para lograr enamorarte, hija. Helena, aunque no quieras darte cuenta, Roan ha cambiado mucho, y yo, al igual que tu madre, no quiero que te rompan el corazón.

—Papá, ¡tengo que intentarlo! Siempre que pretendo olvidar a Roan vuelvo a ver en él uno de esos tiernos gestos que me recuerdan al chico del que me enamoré y recuerdo lo mucho que él siempre me ha necesitado.

—¿Estás totalmente segura de que te sigue necesitando igual que antes? —preguntó Alan mientras fruncía pensativamente el ceño sin querer permitir que su hija se alejara de su protectora familia.

—No, papá, ahora me necesita más. Su familia es fría, muy fría. Nunca he visto en ellos ni una pizca de cariño hacia Roan y no me puedo imaginar lo

solo que ha estado durante estos años. Todo lo que lo rodea es tan falso... — confesó Helena, haciendo que su padre la abrazara con cariño para recordarle que él siempre estaría allí—. Papá, tengo que ir para recordarle a Roan cómo ser un chico malo —bromeó Helena mientras dejaba los protectores brazos de su padre para buscar sus comprensivos ojos, pidiéndole su apoyo para la locura en la que se embarcaba.

—Cariño, pienso que ese chico hace mucho tiempo que dejó de ser un niño bueno, lo que pasa es que tú eres la única que lo sigue viendo como tal.

—Creo que tengo que darle una última oportunidad antes de decidirme a abandonarlo por completo, de lo contrario, tal vez un día me arrepienta.

—Ese chico no te merece en absoluto, pero dado que ya eres demasiado mayor como para encerrarte en tu habitación como a mí me gustaría, sólo quiero que sepas que, ocurra lo que ocurra, tu familia siempre estará aquí..., y además, que tu abuelo al fin ha encontrado su vieja escopeta de perdigones, así que si ese estúpido se atreve a hacerte llorar, podremos encargarnos de él.

—Gracias por tu apoyo, papá —dijo Helena mientras abrazaba efusivamente a su padre a la vez que sentía que se le escapaba alguna que otra lágrima de despedida—. Mamá no bajará, ¿verdad? —susurró al oído de su padre antes de abandonar su cariñoso abrazo.

—Tu madre puede ser muy cabezota en ocasiones, ¡¿verdad, Doña Perfecta?! —gritó Alan en voz alta mientras señalaba con la cabeza la ventana de la habitación desde donde su mujer intentaba ocultar inútilmente que los estaba espionando—. Cuando te marches, esa exasperante mujer me exigirá que le relate palabra por palabra todo lo que hemos hablado... Tal vez, para cabrearla, le acabe contando alguno de mis partidos.

—Papá, ¿por qué mamá no me entiende y tú lo haces tan bien? —preguntó Helena, apenada porque su madre no estuviera nunca de acuerdo con sus acciones.

Alan alzó el rostro de su hija, y tratando de disculpar el infantil comportamiento que en ocasiones tenía Elisabeth, intentó que Helena

entendiera a su madre un poco más.

—Porque te pareces demasiado a mí, cariño. Cuando quieres a alguien, pones todo tu corazón en ello y no te das por vencida incluso cuando ya no quedan esperanzas. Sé por experiencia que ese tipo de amor puede ser muy doloroso y que sólo te rendirás con ese chico cuando te haya roto el corazón, y eso es algo que tu madre no quiere que te ocurra.

—No permitiré que nadie me haga daño, papá —declaró Helena, decidida.

—¡Ésa es mi chica! —exclamó Alan jovialmente mientras la dejaba marchar.

Y mientras la veía alejarse, Alan mantuvo en su rostro una alegre sonrisa que sólo duró hasta que Helena ya no pudo verlo. Entonces, pasó a mostrar una gran preocupación al recordar que, en ocasiones, las personas que más amamos son las que más daño pueden llegar a hacernos.

Capítulo 11

Una vez más, Roan llegaba tarde a una de las citas que habían programado. En esta ocasión se trataba de una simple cena en el apartamento que compartían, un amplio y lujoso espacio dotado de todas las comodidades, últimas tecnologías y medidas de seguridad que se podían adquirir con dinero, una vivienda un tanto impersonal que, con sus muebles de diseño y caros adornos, Helena en ocasiones tenía miedo hasta de tocar.

El edificio en el que vivían parecía más bien un hotel que un complejo de apartamentos, pero como eran de lujo, Helena pensó que se trataba de algo habitual entre la gente de dinero y no protestó, aunque no se acostumbraba a que el portero, que parecía más un guardia de las fuerzas especiales que un simple empleado, le preguntara cada día en el *hall* a qué piso iba y buscara su nombre en el registro, algo que no solía hacer con las demás estiradas personas que vivían allí, como si esperara impacientemente el momento en el que ella no estuviera en esa lista para echarla a la calle.

Una vez en el ascensor, Helena tenía que introducir un código de diez dígitos y una tarjeta para llegar a su apartamento, y cuando las puertas se abrían, el frío e impersonal lujo era lo único que la recibía. Una amplia estancia, con una decoración minimalista donde se reducían los elementos al máximo y se preservaban los espacios vacíos era su nuevo hogar, si es que a ese lugar carente de cualquier adorno personal y de toda calidez podía llamarse hogar.

En un amplio rincón se encontraba la cocina con su barra americana de granito negro y cuatro taburetes blancos de un diseño un tanto extraño y realmente incómodo para cualquiera que quisiera sentarse en ellos. Por

supuesto, como toda la casa, la cocina estaba equipada con los más modernos electrodomésticos, a pesar de que éstos apenas se usaran.

En la otra punta de esa habitación se hallaba una lujosa y enorme mesa de cristal rectangular de patas metálicas negras, rodeada por seis sillas blancas de elegante diseño. En medio de la estancia destacaba un amplio sofá de cuero negro junto a dos sillones que descansaban encima de una alfombra blanca que resaltaba su color. Una pequeña mesa auxiliar se encontraba entre ellos, con un jarrón lleno de piedras en vez de flores. Enfrente del sofá, un gran mueble guardaba en su interior una enorme televisión de plasma, un equipo de sonido de última generación y algún que otro juguete tecnológico más que Helena nunca utilizaba porque se accionaban con los botones de un mando que siempre perdía.

Las tres habitaciones que guardaban las restantes puertas de ese apartamento eran un lujoso dormitorio tan impersonal como todo lo demás, un elegante cuarto de baño con un *jacuzzi* y un despacho lleno de ordenadores donde Roan solía encerrarse a trabajar.

La cena, que en esa ocasión se había enfriado a causa del nuevo retraso de Roan, consistía en una simple pizza. Como Helena era nefasta en la cocina, la había comprado de camino a casa y recalentado en el horno para acabar comiéndosela ella sola, tras lo que decidió, como venganza, que le prepararía a Roan algo incomible que le acarrease una buena indigestión.

Llevaba sólo unos pocos meses viviendo con ese hombre que creía conocer tan bien, pero ahora se daba cuenta de que no lo conocía en absoluto. En cuanto Helena llegó a la ciudad, Roan la había sorprendido invitándola a quedarse con él en su suntuoso apartamento. Ella no dudó en aceptar esa descabellada propuesta, no por el lujo que inundaba cada centímetro de ese lugar, sino porque al fin podría estar junto a Roan.

O eso al menos era lo que había pensado.

Tras encontrar un trabajo de media jornada que le permitiera pasar más tiempo junto a Roan, Helena había acabado descubriendo por las malas que

eso era algo que Roan no hacía; ese hombre trabajaba sin descanso en la empresa de su abuelo para luego seguir trabajando en otro proyecto propio en cuanto llegaba a casa y ella, que siempre había estado rodeada de bulliciosas personas que no paraban de demostrarle cuánto la querían, se sentía cada vez más sola.

Después de apagar las velas que había colocado para crear un ambiente romántico, carbonizó una lasaña precocinada que dispuso en la gran mesa de cristal del comedor, acompañada por una dulce nota que hiciera que Roan se sintiera aún más culpable y no pudiera resistirse a cumplir su penitencia comiéndose esa asquerosa masa negruzca. Helena opinaba que eso era lo menos que se merecía por faltar una vez más a una de sus promesas.

Harta de estar siempre esperando en esa fría casa a que Roan volviera, Helena cogió su bolso y salió a dar una vuelta por la ciudad. Estuvo caminando sin rumbo durante horas, y cuando ya era muy tarde y se encontraba a punto de regresar a casa, sus ojos habituados a contemplar decenas de monótonos edificios se toparon con una pared blanca que la inspiraba a mostrar todo lo que su decepcionado corazón sentía en esos momentos. Se trataba de un firme muro que permanecía de pie en solitario, sin rastro de la vivienda de la que un día formó parte.

Para su desgracia, alguien estaba utilizando como su lienzo esa pared que, por hallarse un poco escondida, podía llegar a ser perfecta para la realización de alguna que otra gamberrada. Decidida a que ningún otro mancillara el lienzo que tanto la había inspirado, Helena observó detenidamente al individuo que la pintaba.

Ese hombre podría tener más o menos la misma edad que Roan, vestía ropas negras y raídas que se camuflaban con las zonas más oscuras de ese callejón, llevaba los rubios cabellos parcialmente tapados debajo de un pañuelo rojo y varios pendientes en la oreja junto a unos llamativos tatuajes que lo señalaban como un tipo peligroso, sensación que aumentaba la mascarilla que tapaba su boca y su nariz. Pero eso era algo ante lo que Helena

nunca se había amedrentado, así que, arrebatándole de golpe el espray de sus manos, se concentró únicamente en esa blanca pared y comenzó a dibujar una escena que llevaba grabada en su corazón.

El extraño, al contrario de lo que Helena pensó, no protestó por sus repentinas acciones, sino que se quedó junto a ella, admirando su trabajo. Sin decir una palabra, se paseaba de un lado a otro, observándola a ella y a la pared, una y otra vez, como si le gustara lo que estaba viendo. Pero a Helena nada le importaba cuando estaba concentrada en su creación, y sólo había una única cosa que podía hacer que ella abandonara su trabajo cuando le venía la inspiración.

—¡Mierda, la pasma! —gritó Helena al escuchar las sirenas de la policía. Y habituada a huir de ella, soltó el bote de pintura y corrió hacia la parte más oscura del callejón, en donde intentó trepar por una valla.

—¿Se puede saber qué haces? —inquirió el desconocido, mirándola seriamente mientras tiraba de su pie para que bajara de ese lugar y dejara de hacer el ridículo.

—¿Que qué hago?! ¡Pues huir antes de que me pillen y me detengan o me impongan una multa por dañar elementos públicos que no podré pagar!

—La policía no hará nada parecido porque esta pared es mía. Y ahora baja de ahí antes de que parezcamos aún más sospechosos y acaben deteniéndonos de verdad —la reprendió el hombre mientras se quitaba la mascarilla y dejaba ver un hermoso rostro y una amable sonrisa.

—Perdona, es la costumbre... —confesó Helena, bajando de la valla metálica a la que se había aferrado y estrechando la mano que le había ofrecido amablemente el desconocido.

—Soy Daniel Baker, un artista itinerante. Hace poco llegué a la ciudad y éste me pareció un lienzo ideal para plasmar una de mis creaciones. Aún no tengo demasiado claro qué dibujar, pero por lo que puedo ver, tú sí.

—Lo siento, no sabía que esta pared pertenecía a alguien... Bueno, sí suponía que pertenecía a alguien, pero creía que era de la ciudad o de algún

ricachón que pronto la derribaría para construir algo en su lugar. No pensaba que una persona estaría tan loca como para comprarla sólo para pintar en ella y...

—Eres sincera, ¿eso me gusta! Es algo que no suelo ver demasiado desde que llegué aquí. Y ya que has mancillado mi blanca pared con tu obra, ¿podrías hacerme el favor de decirme tu nombre al menos?

—Soy Helena Taylor, también hace poco que llegué a esta ciudad, todo para correr detrás de un estúpido que no se lo merece.

—Y por lo que veo, estás muy cabreada... —opinó Daniel, señalando la violenta forma de utilizar una combinación única de blanco y negro en su dibujo.

—Más bien decepcionada. Pero sí, también algo furiosa.

—Me gusta tu dibujo —comentó Daniel, sorprendiendo a Helena mientras admiraba detenidamente esa pintura que apenas había comenzado a tomar forma—. Y tú también me gustas —añadió, dirigiéndole una pícaro sonrisa a Helena—. Quizá pueda compartir mi pared contigo —concluyó mientras observaba cómo los trazos de sus dibujos se habían unido a los de ella cuando Helena le había arrebatado el spray.

—Ésta no será una nueva forma de ligar, ¿verdad? —preguntó suspicaz Helena mientras se cruzaba de brazos y dirigía a ese hombre una recelosa mirada.

—Si así fuera, te puedo asegurar que sería una muy cara... No te puedes ni imaginar cuánto me ha costado ese muro. Aunque claro, tampoco pienso decírtelo —comentó Daniel, riéndose a carcajadas de las ocurrencias de Helena—. Tú piénsatelo, y si quieres continuar con tu creación tan sólo tienes que venir a este lugar a esta misma hora. Tanto la pared como yo somos todo tuyos —anunció Daniel, guiñándole un ojo a Helena, que comenzaba a alejarse de él después de haber visto la hora que marcaba su reloj. Y antes de dejarla marchar, él no pudo evitar provocarla un poco—: ¿O es que no te atreves a venir porque no puedes resistirte a mí y a mis encantos?

—¿Qué encantos? —preguntó desdeñosamente Helena mientras echaba su negra melena por encima de su hombro y se alejaba de ese extraño hombre que, a pesar de que debería ofenderse por sus palabras, sólo se rio de ellas mientras le aseguraba que la estaría esperando, algo que halagó a Helena, pero que también la entristeció porque le hizo recordar que el hombre que deseaba que estuviera a su lado últimamente no estaba allí para ella.

* * *

La espera me estaba matando.

Hoy había intentado llegar antes a casa para estar con Helena, pero una vez más, las reuniones de última hora que no paraba de organizar mi abuelo en las últimas semanas me habían retenido más de lo normal.

Llegué a casa a las once, dispuesto a cenar y a enfrascarme en el proyecto de una nueva empresa que estaba desarrollando con mis amigos de la universidad, una idea revolucionaria con la que pretendía labrarme un nombre y una reputación propia que me permitiera dejar de lado la de los Miller, pero en cuanto entré por la puerta eché en falta algo.

Al principio supuse que Helena simplemente permanecía encerrada en nuestra habitación con una de sus rabietas porque yo había llegado tarde de nuevo, sin ser capaz de comprender que yo, ahora que había madurado y adquirido responsabilidades, era un hombre muy ocupado. Me comí esa masa negruzca que constituía una pequeña venganza para Helena, siendo consciente de que sería insuficiente para que disculpara mi tardanza. Y después de una precipitada carrera hacia el baño, me pasé por la habitación para recoger mi ordenador portátil con la intención de comenzar con mi verdadero trabajo, uno que algún día me concedería la libertad.

Al entrar en la habitación traté de hacer el menor ruido posible, pero, como siempre, tropecé con las decenas de zapatos que Helena siempre dejaba esparcidos por el lugar. Sin poder resistirme a besarla dormida como siempre

hacía antes de alejarme de ella para trabajar en nuestro futuro, me acerqué a la cama. Y cuando mis manos tocaron con el vacío donde esperaba hallar a Helena, comprendí que ella no estaba allí. No tardé en verificarlo encendiendo la lamparita que había en la mesita de noche, momento en el que mis ojos se tocaron con una imagen poco usual: la ventana que ella siempre mantenía abierta para mí, en esta ocasión estaba cerrada.

Desesperado, después de buscar por toda la casa, la llamé a su móvil sólo para darme cuenta de que éste estaba en la cocina.

Aterrado por lo que pudiera pasarle a Helena en la gran ciudad, llamé a sus compañeros de trabajo, a su jefe, a la policía, a los hospitales... Y al final, sin saber a dónde ir o qué hacer, me quedé esperando a oscuras sin dejar de observar la puerta y sin poder pensar en nada que no fuera ella.

Aguardé durante horas hasta que esa puerta se abriera frente a mí y Helena apareciera, pero cuando lo hizo me embargaron sentimientos muy contradictorios porque, aunque me sentí aliviado de que ella al fin estuviera en casa, también me molestó verla aparecer con un aire despreocupado y luciendo en su rostro una radiante sonrisa como si no hubiera pasado nada, algo que definitivamente me hizo enfurecer.

—¿Se puede saber dónde has estado?! —grité airadamente. Y dirigiéndome hacia ella, la acorralé contra la puerta mientras movía su móvil delante de su rostro para seguir increpándola—. ¿Y para qué demonios tienes un teléfono móvil si no lo utilizas?!

—Vaya, por lo visto no te sienta nada bien esperarme... —dijo Helena, recriminándome una vez más mis faltas a la vez que apartaba con decisión uno de mis brazos, mostrándome que ella nunca se dejaba intimidar.

—¿Con quién has estado? —pregunté, dejando entrever mi miedo más grande, que era que alguien la alejara de mí, algo de lo que comenzaba a darme cuenta de que yo mismo estaba haciendo con mi ausencia.

—¿De verdad me estás preguntando si me he tirado a otro, Roan? —preguntó airadamente Helena, fulminándome con una de sus miradas. Pero en

esos momentos y después de esperar tanto en medio de la oscuridad, los celos se habían apoderado de mí y ya no me importaba nada que no fuera obtener una respuesta.

—Sí —repliqué, exigiéndole la verdad.

—¡Pues mira tú por donde que ésa es una pregunta que ni siquiera merece contestación! —exclamó furiosamente. Y volviéndome la espalda, se marchó hacia nuestra habitación decidida a ignorarme.

Pero en esta ocasión eso era algo que no le iba a permitir, así que, entrando tras ella en nuestra estancia, cerré la puerta de un portazo. Y cuando Helena se volvió hacia mí para preguntarme qué quería, mi fría mirada fue la única respuesta que recibió antes de que la arrojara sobre la cama y me colocara sobre ella para apresarla con mi cuerpo, ya que si ella no quería responder a mis preguntas, quizá su cuerpo lo hiciera en su lugar.

—¡Suéltame, Roan! —chilló Helena, debatiéndose debajo de mí, mientras que yo, sin clemencia, apresé con una de mis manos sus muñecas por encima de su cabeza para que no pudiera huir.

Sus piernas, como siempre que se enfurecía conmigo, intentaron golpear mis pelotas. Pero conociéndola como la conocía, las apresé entre las mías para que no pudiera moverse.

—Te lo advierto, Roan: ¡hoy no quiero jugar contigo! —gritó Helena, enfurecida, rechazándome por completo, algo que me encolerizó.

—¿Es que aún no puedes comprender que ya somos adultos y que estos infantiles juegos hace mucho tiempo que quedaron atrás entre nosotros? — dije, a la vez que con una de mis manos alzaba su camiseta y su sujetador dejando expuestos ante mí sus desnudos senos, su cintura y su ombligo, que eran toda una tentación. Y sin poder evitarlo, busqué señales de otro en un cuerpo que deseaba sólo para mí.

Después, mientras mis labios descendían por ella, no pude evitar dejar algunas marcas para declararla de forma egoísta como mía. Pero al mismo

tiempo que yo disfrutaba del dulce sabor de su piel, Helena se tensó fríamente debajo de mí, haciéndome ver la realidad que rodeaba a nuestra relación.

—Y sin esos «infantiles juegos» y las risas que nos evocan, ¿qué es lo que nos queda, Roan? —preguntó Helena, consiguiendo que alzara mi rostro para toparme con unos ojos llorosos de los que, sin duda, yo era responsable.

—Helena... —susurré. Y al fin, dándome cuenta de todo el daño que le estaba haciendo, la solté y tomé su rostro entre mis manos para comenzar a limpiar sus lágrimas con mis besos.

—¿Nunca te has preguntado por qué siempre te espero, Roan? ¿Por qué aún dejo abierta mi ventana para ti? Es porque todavía veo en ti un poco de ese niño que continuamente me perseguía pidiéndome que lo quisiera. El día que deje de verlo será el día que cerraré mi ventana... —confesó Helena, mostrándome que le estaba haciendo mucho daño con esa relación.

—Perdóname, Helena —Y entrelazando mi mano con una de las suyas la besé buscando el perdón que tanto necesitaba y que ella no dudó en concederme cuando nuestras lenguas se enlazaron en busca del deseo.

Sin abandonar su boca, mi mano soltó la suya. Pero a pesar de quedar libre, ella no me tocó, castigándome un poco más al negarme esas caricias que tanto añoraba. Mis manos, sin poder evitarlo, descendieron por su cuerpo tocando su cálida piel, jugando con sus senos expuestos tentadores ante mí, acogiéndolos plenamente.

Rozando con los pulgares una y otra vez sus erectos pezones, obtuve algún que otro gemido de deleite de su boca, y deseando ver cuánto me anhelaba, bajé una de mis manos por su cuerpo mientras seguía torturando sus pechos con leves pellizcos de placer.

Tras abrir la cremallera de los raídos vaqueros que Helena acostumbraba a llevar, me introduje dentro de sus braguitas de encaje donde pude notar que, aunque ella estuviera enfadada conmigo, a su necesitado cuerpo no le importaba demasiado. Tras rozar la zona más sensible de su cuerpo, la hice gemir de goce y acallé su excitante sonido con mis labios.

Resuelto a hacerla gritar mi nombre, introduje uno de mis dedos en su interior. Helena alzó sus caderas sobre mi mano, reclamando más, y yo no pude negarme, así que otro de mis dedos se sumó al primero imponiendo un ritmo aún más frenético que ella no dudó en corresponder al moverse junto a mí.

Mis dedos la penetraban cada vez con más impaciencia mientras acariciaba su clítoris, provocando que las caderas de Helena se impulsaran de forma descontrolada en busca de su placer. Y yo finalmente la dejé ir, haciendo que se convulsionara sobre mi mano en medio de un arrollador orgasmo.

Recordando lo que esa chica siempre quería de mí, dejé atrás todo pensamiento que no fuera ella y comencé un nuevo juego. Abandonando sus labios, descendí por su cuello. Mientras lo hacía observé cómo las manos de Helena agarraban fuertemente las sábanas, resistiéndose a devolverme mis caricias. Tras despojarla de su camiseta y su sujetador y arrojar ambas prendas a un lado, proseguí mi camino por ese pecaminoso cuerpo.

—¿Es que en esta ocasión no vas a salir a jugar conmigo, Helena? — susurré a su oído con una inocente sonrisa, recordándole quién era yo y haciéndole ver que ese amor que había crecido con nosotros había pasado de ser un inocente cariño infantil a un apasionado deseo, con todo lo que ello conllevaba, incluidos los celos.

Sin recibir una respuesta de su parte, seguí descendiendo. Mis fuertes manos sujetaron su cintura mientras mi boca lentamente adoraba su sensible cuerpo con el roce de mis labios. Besé cada parte de su piel logrando que se excitara de nuevo: sus sugerentes senos con las alzadas cumbres de sus erguidos pezones, que apenas rocé dejando mi aliento allí; su vientre hasta llegar al ombligo, que lamí y besé con lentitud, hasta llegar a sus pequeñas braguitas, que suponían toda una tentación para mí.

Conseguí que Helena se estremeciera de deseo entre mis brazos mientras su cuerpo reclamaba más. Poco después decidí despojarla del resto de su ropa, y

en el momento en el que estuvo desnuda ante mí, cogí amorosamente uno de sus pies para agasajarla con mis besos.

Mis ojos no se apartaron de su sonrojado rostro y no pude evitarle confesar uno de mis defectos, que sólo mostraba ante ella, porque con Helena siempre podía ser yo mismo.

—¿Sabes que cuando no te tengo cerca los celos pueden conmigo? Eso es algo que no ha cambiado desde que éramos pequeños. Creo que siempre quiero acapararte porque mientras otras personas pueden necesitar muchas cosas en su vida, tú eres lo único que yo necesito.

Tras oír mis palabras, Helena soltó las sabanas que sus puños apretaban. Y mirándome con el amor que aún no estaba dispuesta a confesarme, abrió sus brazos al mismo tiempo que me exigía juguetonamente con uno de sus dedos que me acercara a ella.

Yo me aproximé lentamente a su cuerpo, algo que mi impaciente Helena no tardó en remediar. Cuando me encontré a su alcance, tiró del cuello de mi camisa y me atrajo hacia ella para luego comenzar a desnudarme. Con impaciencia, sacó mi camisa de los pantalones y tironeó con nerviosismo de los botones, con los que tuve que ayudarla para quitármela.

En cuanto nos deshicimos de mi camisa, ella acarició mi piel y yo me estremecí ante el deseo de lo que tanto había necesitado. Cerré mis ojos ante el placer de sentirla tan cerca de mí cuando la había creído tan lejos. Helena desabrochó mis pantalones e introdujo sus traviesas manos en mis bóxers, sacando de su encierro mi rígida erección. Luego comenzó a acariciarme haciéndome gemir su nombre. Y cuando me guio hacia su húmedo interior, yo me olvidé de todo lo que no fuera ella. Helena me rodeó con sus piernas y sus brazos, arropándome como siempre había hecho.

Imponiendo un ritmo lento que la sedujera, irrumpí en ella una y otra vez, mostrándole todo el deseo que me consumía. Helena me aceptó y no tardó en alcanzarme, su ansioso cuerpo me exigía cada vez más y sólo cuando sus uñas

se hundieron en mi piel, supe que ése era el camino correcto para hacerla gritar mi nombre.

Profundizando mis embestidas, aumenté el ritmo de mis acometidas haciendo que ella me siguiera hacia el clímax. Y en el instante en el que ella mordió mi hombro para no pronunciar esas palabras de amor que todavía se negaba a confesarme, yo no pude evitar pronunciar ese «te quiero» que, al contrario que ella, mi corazón nunca podría dejar de airear a los cuatro vientos.

Atrayendo el desnudo cuerpo de Helena hacia mis reconfortantes brazos, me dormí junto a ella sin molestarme siquiera en desprenderme del resto de mis ropas, porque nada que no fuera Helena me importaba. Y ahora que al fin sabía dónde estaba ella, podía descansar y rendirme a un plácido sueño donde nada nos separaría nunca, ni siquiera las dudas que aún embargaban mi mente a causa de las respuestas que Helena me había negado esa noche.

* * *

Roan debió de sospechar de la bonita sonrisa con la que Helena lo despidió, y más después de ver lo molesta que estaba con las marcas que él había dejado sobre su cuerpo. Podía haber intentado disculparse con Helena y decirle que había sido un descuido fruto de la apasionada noche que habían vivido, pero él mentía muy mal y Helena siempre lo pillaba. Además, ambos sabían que no era verdad y que si Roan había dejado la blanca piel de Helena marcada con su deseo era solamente por el placer de reclamarla como suya ante cualquier otro que pudiera verlo.

La venganza de Helena ante su pecado fue silenciar el despertador, provocando que Roan tuviera que darse una acelerada ducha y vestirse precipitadamente por el camino. Como consecuencia, las asombradas miradas seguidas de rumores y cuchicheos lo perseguían por la oficina, sin duda criticando su tardanza. O eso era lo que él creía hasta que llegó a la reunión de

directivos de esa mañana y éstos comenzaron a acribillarle con preguntas bastante absurdas acerca de su vida privada, una cuestión que estaba decidido a mantener en la más estricta intimidad, y más aún al detectar la mirada reprobadora de su abuelo, que no dejaba de perseguirlo desde que entró en la sala.

Intentando avanzar algo en el trabajo, Roan suspiró de frustración ante una nueva y ridícula cuestión que nada tenía que ver con esa reunión. Y una vez más, trató de esquivar la pregunta mirando con frialdad a todos los hombres que lo rodeaban buscando centrarlos nuevamente en sus importantes tareas.

—Por última vez, señor Carter, no pienso decirle el nombre de la chica con la que pasé la noche —contestó Roan, tremendamente molesto. Y antes de que volviera a alzar las manos añadió—: ¡Y no, no pienso darle su número de teléfono! Y ahora, ¿hay alguna cuestión más que quieran hacerme? —expuso Roan. Tras ver una decena de manos levantadas, especificó—: Que esté relacionada con el proyecto que tenemos entre manos.

Tras su aclaración, sólo quedaron dos manos alzadas, lo suficiente como para comenzar con la reunión.

Al finalizar la exposición de su proyecto, los hombres salieron de la sala felicitándolo por su gran hazaña. Pero dado que la mayoría de ellos lucían una licenciosa sonrisa en sus rostros, Roan comenzó a sospechar que sus alabanzas iban dirigidas hacia otra cosa distinta a su trabajo.

—¿Se puede saber qué demonios les pasa hoy a todos? —protestó Roan, bastante molesto con el comportamiento que habían mostrado los directivos esa mañana, mientras se derrumbaba despreocupadamente en una de las sillas sin darse cuenta de que una de esas escrutadoras miradas aún seguía fija sobre él.

—Creo, Roan, que te pareces a tu padre más de lo que deberías... —opinó Herman Anderson Miller mientras lo reprendía desde su privilegiado sillón en la cabecera de la mesa.

—No, no lo creo, abuelo. Mi padre y yo somos muy distintos —aseguró

Roan, sabiendo que su padre y él buscaban cosas muy distintas en las mujeres.

—Las pruebas hablan por sí solas —se jactó Herman, señalándole a Roan la zona del cuello donde, sin que él se hubiera percatado, habían estado dirigidas todas las miradas.

—¿Qué? —preguntó Roan mientras se dirigía a uno de los espejos que adornaban esa sala. No tardó en encontrar en su reflejo la respuesta a todas esas impertinentes preguntas y groseras insinuaciones que le habían dirigido esa mañana—. ¡Mierda, Helena! —susurró, mientras observaba la enorme marca que se extendía por su cuello, algo que su estirada camisa y su regia corbata sólo habían podido tapar parcialmente.

—Yo que tú tendría cuidado con el tipo de compañía que frecuentas, Roan, sobre todo si en el futuro quieres llegar a ocupar esta silla —dijo Herman mientras se dirigía hacia la salida.

—¡Yo no soy mi padre! —exclamó Roan, furioso porque alguien comparara su dura vida de sacrificio y trabajo con la de ese vividor.

—Como tú digas, pero opino que alguna de las personas que te rodean es una mala influencia para ti. Y la pregunta apropiada en este momento es: ¿piensas deshacerte tú de ella o tendré que encargarme yo? —amenazó Herman, haciendo que Roan cerrara con impotencia los puños a ambos lados de su cuerpo, sabiendo que las amenazas de su abuelo nunca eran en vano.

—Esto es algo que nunca volverá a ocurrir —declaró firmemente Roan, intentando desviar la atención de su abuelo hacia otro lado que no fuera Helena, la única de la que no estaba decidido a deshacerse en su camino hacia el éxito.

—Eso espero —se despidió Herman con una engañosa sonrisa en su rostro que no hizo demasiado por tranquilizarlo.

Apenas dos horas después de esa reunión, sin que Roan sospechara cómo comenzaban a moverse los hilos de su destino, Herman tenía sobre su mesa toda la información relacionada con el nombre que le había oído susurrar a su

nieto. Y abriendo la carpeta que le permitiría conocer más a esa mujer, murmuró:

—Veamos quién es esa tal Helena Taylor...

Capítulo 12

—Elige a la que quieras y te concertaré una cita con ella —ordenó Herman Miller a su nieto mientras dejaba caer una decena de expedientes sobre la mesa de su despacho.

—¿Qué es esto, abuelo? ¿Algún asunto de negocios? —preguntó Roan a la vez que abría una de las carpetas para curiosear lo que había en su interior.

—Se podría decir que sí... Son mujeres de buenas familias con las que te convendría relacionarte para elegir entre ellas una con la que casarte y así lograr ascender en nuestros negocios. Cada una de ellas es hija o nieta de algunos de nuestros socios, y como puedes comprobar, todas ellas están altamente cualificadas para formar parte de nuestra familia.

—Gracias, pero no —fue la seca respuesta de Roan mientras cerraba de golpe la carpeta que había cogido y la colocaba en la mesa de su abuelo.

—¿Por qué no? Que yo sepa no tienes a nadie especial en tu vida, y si es así, lo ocultas muy bien. En cuyo caso, la duda que me surge es: ¿por qué la escondes? ¿Acaso tú mismo eres consciente de lo inadecuada que es esa muchacha y por eso la mantienes en el anonimato? —preguntó Herman, intentando intimidar a su nieto con la firme mirada que utilizaba para los negocios. Pero Roan lo sorprendió en esta ocasión y, al contrario que muchos de los competidores que habían caído ante sus tretas, él le hizo frente.

—Si tengo o no a alguien junto a mí no es de tu incumbencia, abuelo.

—Sí lo es cuando la presencia de una muchacha salvaje, sin estudios, sin metas, sin un trabajo estable y a la que tan sólo le gusta ensuciar las paredes, tiene toda tu atención —anunció despóticamente Herman, arrojando sobre la

mesa una nueva carpeta que esta vez contenía imágenes e información de una mujer que llamaba demasiado la atención de Roan.

Al comparar las imágenes que su abuelo le ponía delante de sus ojos, en donde se mostraban las elegantes hijas o nietas de acaudalados empresarios luciendo su mejor aspecto en cualquier momento frente a Helena, siempre perdiendo la compostura en cada una de ellas, Roan no pudo evitar sonreír.

—¿Te importa que me las quede? —inquirió burlescamente Roan, dirigiéndose a su abuelo. Y sin esperar su respuesta, recogió cada una de las fotografías de Helena que se esparcían por esa mesa con intención de guardárselas.

—Por lo que veo, esa mujer te tiene tan hechizado que ya ni siquiera ves sus defectos.

—Lo que para ti es un defecto, abuelo, para mí es una cualidad —replicó Roan mientras le mostraba algunas de las divertidas fotografías de Helena, en las que se la veía devorando una hamburguesa con saña, peleándose con un cliente o haciendo una pintada sobre una vieja pared.

—¿Qué es lo que tiene esa mujer para cegarte tanto, Roan?

—Ella siempre me da lo que yo necesito —se sinceró Roan, dejando a su abuelo confuso con sus palabras.

—Pero, al parecer, ella ahora también se lo está dando a otro, ¿no es cierto? —repuso maliciosamente Herman, y con una victoriosa sonrisa en su rostro dejó caer algunas fotografías más encima de la mesa.

La sonrisa que Roan había mantenido mientras observaba las imágenes de Helena se borró de su rostro en cuanto vio los secretos que Helena le guardaba.

—Ese tipo de mujeres no son nunca dignas de confianza y te traicionan a la más mínima oportunidad, hijo. Además, dudo de que esa alocada muchacha posea el temple adecuado para aguantar las exigencias de esta familia. Sin duda se derrumbaría ante el primer obstáculo que se interpusiera en su camino.

—Qué poco la conoces, abuelo —respondió Roan mientras recordaba por

todo lo que ambos habían pasado para estar juntos. Luego, reacio a que alguien más que no fuera él mismo conservara alguna foto de Helena, aunque éstas mostraran parte de una dolorosa traición, Roan recogió cada una de las fotografías que se esparcían sobre la mesa de su abuelo y se las llevó junto con la carpeta que contenía los datos de Helena.

—¿Es que vas a seguir confiando en ella? —preguntó Herman, molesto porque, por una vez, sus planes no salieran como él había previsto.

—Creo que esta imagen es algún tipo de malentendido, abuelo; pero si no es así, simplemente la ignoraré porque de los dos, yo siempre seré quien más la necesite.

—Nunca te creí un hombre tan débil, Roan, y todo por una simple mujer... ¿Qué es lo que te ha hecho así?

—Mi familia, ¿qué si no? —contestó Roan, mostrándole a su abuelo una irónica sonrisa para luego hacer una última declaración antes de dejarlo a solas con sus maquinaciones con las que, una vez más, pretendía manipularlo —. No te equivoques, no soy un hombre débil en absoluto. Es sólo que ella es mi único punto flaco. Pero ten cuidado, abuelo, de no intentar hacerle el menor daño a Helena, porque en ese caso dejaría de comportarme como el perrito faldero al que has amaestrado para ocupar tu lugar y tal vez decida mostrar mis verdaderos dientes —advirtió Roan a su abuelo antes de marcharse, decidido a averiguar la verdad que ocultaban esas fotografías en las que Helena aparecía riendo, jugando y divirtiéndose con otro hombre que no era él.

* * *

Desde que mi abuelo puso esas imágenes frente a mí no pude dejar de mirarlas una y otra vez sin saber qué pensar sobre esa supuesta traición. En ellas Helena se veía feliz junto a un hombre que, yendo vestido igual de

desenfadado que ella, se dedicaba a acompañarla realizando pintadas sobre una vieja pared.

Esa imagen no era tan perturbadora como podía ser una comprometedor escena de cama o una cena íntima, pero cada vez que veía esa sonrisa que no iba dirigida a mí, me sentía traicionado por completo y mi corazón se hacía trizas cuando pensaba que otro podía conseguir que Helena riera tan libremente como no hacía conmigo desde hacía mucho tiempo.

Repasando las fotografías que tenía entre mis manos, vi momentos que yo no había disfrutado con Helena y me sentí aún más lejos de ella. Cosas tan simples como una cena en una hamburguesería, una salida a una de esas alocadas discotecas a las que la llevaban sus amigas o tan sólo ir a ver una película al cine más cercano eran momentos que nosotros, a pesar de los años que hacía que nos conocíamos, nunca habíamos compartido.

La razón por la que no habíamos salido hasta la actualidad como la pareja que éramos era fácil de contestar. Por un lado, nuestra prolongada separación, y por otro, mi apellido, que siempre acarrearía innumerables responsabilidades que nos limitaban. Pero el que no hubiera pensado en ello ni un instante de cara a nuestro futuro hacía que comenzara a preocuparme por el tipo de hombre en el que me estaba convirtiendo, y me llevaba a cuestionarme si realmente era el más adecuado para Helena.

Las fotografías que mi abuelo me entregó con la intención de separarme de ella estaban consiguiendo su objetivo, pero no de la manera en la que él lo había previsto. Cuanto más las veía, más miedo tenía de enfrentarme a Helena, de preguntarle quién era ese hombre y que su respuesta fuera algo que no pudiera llegar a soportar.

Sabía que no era un amante porque Helena era una mujer demasiado sincera para la traición, y en el instante en el que ya no quisiera estar a mi lado simplemente me lo diría. Pero un amigo..., ésa era una palabra demasiado peligrosa para mí, porque era lo que yo había sido durante muchos años antes de llegar a convertirme en algo más. Tal vez no tenía verdaderas razones para

estar celoso, pero Helena todavía no me había dicho que me quería, y el caro anillo que le había regalado aún descansaba en su caja guardado en un cajón.

Siempre que llegaba a casa abría el cajón deseando que esa joya ya no estuviera allí, pero en cada ocasión ocurría lo mismo y el anillo permanecía en su estuche, burlándose de mí con sus quilates, porque mientras que otra mujer se habría apresurado a lucirlo, Helena solamente contestaba a mis quejas y requerimientos con una ladina sonrisa, asegurándome que todavía no era el momento de ponérselo.

Una de las cosas que más me molestaba de los secretos que Helena parecía guardarme era la intempestiva hora a la que habían sido realizadas esas fotografías en las que ese desconocido siempre la acompañaba a ella y a su pared, ya que éstos siempre eran momentos en los que yo me encontraba o bien trabajando o bien durmiendo.

¿Por qué quería Helena ocultarme la labor que realizaba en el muro? Fuera legal o no, me hacía hervir la sangre, y esas fotografías, que no dejaban de enseñarme lo mucho que se divertía a mis espaldas, sólo empeoraban mi mal humor.

Resuelto a enfrentarme a ella, me hice el dormido y esperé hasta escuchar cómo se escabullía, con la intención de seguirla. Tan sólo tuve que dejarle algo de ventaja para que se alejara de mí y seguirla a través del GPS de su móvil. En el instante en el que di con ella me mantuve alejado, escondido entre algunas personas que, pese a lo tarde que era, no podían evitar dedicar unos minutos a admirar la creación de esos artistas. Pero yo no observé extasiado la obra que todos parecían contemplar, sólo tenía ojos para la mujer cuyos actos hacían que mi corazón se rompiera.

Jugando despreocupadamente con la brocha, Helena plasmó sobre la pared la imagen que tenía en mente. Y cuando sus dubitativos trazos se volvieron imprecisos, las fuertes manos de su compañero la agarraron y la guiaron, pegándola a su cuerpo más de lo aconsejable. Helena no tardó en zafarse de los brazos de ese pintor, pero luego, en vez de alejarse de él, lo reprendió con

una sonrisa y se dedicó a utilizarlo como lienzo, haciendo que todos los reunidos se rieran a carcajadas cuando ella salió corriendo ante el intento de ese hombre de tomarse su revancha.

Verla jugar con otro, reír con otro, mostrarle a otro esa traviesa parte que sólo a mí me había mostrado me hizo mucho daño y no quise ni pude enfrentarla. A pesar de que en esos instantes algo en mi interior se rompiera en mil pedazos, quise seguir a su lado, por lo que me limité a marcharme. Y así, dándole la espalda a esos juegos de los que tal vez yo nunca más podría disfrutar con ella, continué mi camino en silencio.

* * *

—¿De verdad piensas regalarme este muro cuando lo terminemos?! —preguntó Helena, entusiasmada, sabiendo a quién quería entregarle ese presente.

—Sí, creo que tenías a alguien en mente cuando comenzaste a invadir mi pared y el dibujo ha ido tomando forma definiendo lo que sientes. Aunque estoy un poco molesto, ya que aún no has decidido cómo vas a dibujar esa maldita ventana de la que me has hablado, si abierta o cerrada, lo cual varía cada vez que te cambia el humor. Helena, me has estropeado esta pared con tus indecisos trazos, así que no pienso quedarme con ella. ¿Tienes pensado a quién quieres regalarle tu primera creación?

—¡Eh! ¡Que ésta no es mi primera pintura! —anunció Helena, ofendida.

—¿En serio? —preguntó irónicamente Daniel mientras alzaba una de sus cejas—. Bien, pues dime cómo de extenso es tu currículum...

Helena, sin amilanarse, comenzó a relatar orgullosamente cada uno de los trabajos que había hecho con sus pinturas. Para su desgracia, no muchos de ellos eran demasiado legales.

—Bueno, primero fue en la casa del profesor que me hizo ir a clases de verano; luego está la pared del tendero que quiso timarme, el negocio del

primer trabajo en el que me pagaron menos de lo que me merecía y...

—Mejor déjalo, no me impresiones más con tus innumerables delitos y pasa a demostrarme lo que vales con tus trazos, que son...

Y antes de que Daniel comenzara a explayarse con uno de sus discursos sobre el arte que tanto lo apasionaban y que tanto aburrían a Helena, ésta le mostró cuánto había mejorado con el dominio de la brocha. Eso sí, como siempre caracterizaba a su rebeldía, lo hizo en un lugar de lo más incorrecto.

—¿Ves como he mejorado mucho con la brocha? Los círculos son precisos y no me ha temblado el pulso en ningún momento.

—Sí, ya veo lo mucho que has mejorado... —respondió Daniel irónicamente ante la jugarreta de su aprendiz mientras miraba la diana que Helena le había pintado en su cuerpo, admirando su desvergüenza—. Pero... ¿se puede saber por qué has tenido que pintarme una diana en el paquete?

—¿No es obvio? He señalado los encantos de los que tanto presumes para que no pasaran desapercibidos.

—Créeme, ninguna mujer los pasa por alto —se vanaglorió Daniel. Y entrando en el juego de Helena, cogió una de las brochas que estaba a su alcance para comenzar a perseguirla. Mientras la veía correr para ponerse a salvo, Daniel no pudo evitar susurrar apenadamente—: Excepto tú...

Luego se dejó guiar por esa mujer y una vez más se adentró en una de esas divertidas travesuras que tanto le gustaban.

* * *

Últimamente notaba a Roan más distante y lejano y no sabía por qué. Mientras que antes, cada vez que finalizaba el día se quejaba mil veces de su trabajo para después ponerse manos a la obra con el que realmente le apasionaba, comentándome entre rápidos bocados sus triunfos y decepciones; ahora todo lo que hacía iba acompañado de un frío silencio que me molestaba.

Su mirada no era tan cálida como la de antes, sus ojos en ocasiones se

mostraban inexpresivos y, aunque lo tuviera a mi lado, sentía como si el Roan que conocía poco a poco se fuera alejando y ante mí sólo quedara un desconocido.

Había vivido momentos similares cada vez que nos separábamos y nos volvíamos a encontrar pasado el tiempo, instantes en los que tenía que recordarle que, para mí, él no era un Miller, sino ese niño molesto y adorable que siempre me perseguía para que lo amara.

Pero en esta ocasión todo parecía distinto. Cuando yo quería hablar, él me esquivaba. Apenas se atrevía a mirarme a los ojos. Algo nos estaba separando y yo no sabía el qué, y ante eso no podía hacer nada. Me sentía impotente y en ocasiones pensaba que únicamente seguía a su lado, luchando por él, porque por las noches, en la oscuridad de la habitación, notaba cómo me amaba. Volvía a sentir los cálidos brazos de Roan a mi alrededor, los amorosos besos del hombre que una vez me enamoró y que me dejaban sin aliento, así como las apasionadas caricias de un amante que nunca me permitiría marchar ni se alejaría de mí jamás.

Esa tarde, Roan había entrado apresuradamente en nuestro piso y tras informarme de que tenía una importante reunión en el restaurante de un caro hotel, se cambió de ropa con celeridad para marcharse precipitadamente hacia esa ineludible cita.

Yo, una vez más, me sentí tremendamente sola. Y mientras me preguntaba por qué continuaba a su lado si cada segundo que pasaba junto a él mi corazón se rompía, vi que se había dejado olvidado el maletín de ejecutivo que siempre llevaba con él. Convencida de que en su interior tendría importantes documentos que probablemente necesitaría en su reunión de negocios, corrí hacia la calle dispuesta a alcanzarlo, pero ya era demasiado tarde para dar con Roan, así que llamé a un taxi para que me llevara lo más rápido posible a la dirección que recordaba haberle oído decir.

Durante el trayecto llamé a Roan por teléfono una decena de veces, pero como no había forma de contactar con él, seguí mi camino y una vez más corrí

hacia él sin importarme nada, ni mis desaliñadas ropas ni mi desarreglado aspecto, porque siempre que intentaba llegar junto a él, Roan ya había hecho la mitad del camino para estar a mi lado.

Pero en esta ocasión, para mi sorpresa, no fue así. En cuanto llegué a ese elegante hotel, no me permitieron pasar de la puerta y tuve que insistir mucho hasta que al fin me comunicaron que Roan todavía no había llegado. Negándome rotundamente a entregarle ese maletín a otra persona que no fuera él mismo, esperé en la acera, el único lugar del que nadie podía echarme. Cuando comenzó a llover apenas me inmuté y seguí allí, bajo el agua, protegiendo esos papeles con mi abrigo, sin hacer ningún caso de los cuchicheos o las escrutadoras miradas de las elegantes personas que me desdeñaban mientras pasaban a mi alrededor, porque yo no estaba esperándolos a ellos y poco me importaba lo que éstos pudieran pensar de mí.

Cuando un lujoso coche paró cerca de mí, salpicándome de barro de arriba abajo, lo maldije una y mil veces. Y en el instante en el que vi quién salía de él no pude evitar dirigir todo mi odio hacia ella: la maldita bruja que siempre intentaba separarnos, toda vestida de blanco. Se bajó de su coche y me dirigió una maliciosa sonrisa, sin duda pensando que ésa era una merecida venganza por las veces que yo la había manchado de barro en el pasado.

Tal vez creyó que yo me avergonzaría por mi aspecto, pero no me conocía bien: me limpié el barro de las manos en los vaqueros y el de mi sucio rostro sobre la camiseta antes de devolverle la sonrisa, haciendo que su satisfacción por humillarme abandonara su rostro dando paso a un gesto de desdén, ya que, sin inmutarme, seguí esperando, porque yo no había hecho nada por lo que debiera sentirme avergonzada.

Pero unos segundos después, toda la fuerza y la decisión que tenía me abandonaron por completo cuando observé que del siguiente coche que había parado delante de mí se bajaba Roan. Pero no el Roan que yo conocía, el hombre que siempre me recibía con los brazos abiertos y una sonrisa, sino otro muy distinto que no había visto hasta ahora.

Él no se percató de mi presencia mientras ayudaba a una atractiva joven ataviada con un elegante vestido rojo a salir del vehículo, y por supuesto hizo gala de sus modales ofreciéndole diligentemente su mano para guiarla hacia el interior del hotel. Detrás de Roan, dos hombres mayores próximos a la edad de mi abuelo bajaron del mismo coche siguiendo de cerca los pasos de la pareja.

Ante la mirada de superioridad de la bruja y la sonrisa con la que me retaba a acercarme a su hijo, yo simplemente acepté su desafío y me dirigí hacia él. Vi cómo Roan desviaba su mirada de la mía cuando nuestros ojos se encontraron, y entre decepcionada y furiosa, me interpuse en su camino para que no pudiera ignorarme.

—¡Aquí tienes tus importantes papeles de negocios! —anuncié, sabiendo que esa cena estaba muy lejos de ser ese tipo de reuniones.

Él me miró fríamente, y sin disculparse ni alejarse de la mujer que lo acompañaba o de darme alguna explicación, recorrió mi aspecto con desaprobación y simplemente me dijo:

—Helena, vete a casa. No los necesito.

Cuando escuché esas palabras fue como si algo se quebrara en mi interior, las esperanzas que tenía hacia ese hombre poco a poco se fueron apagando.

—Roan, ¿quién es esta mujer? —preguntó la elegante chica que Roan tenía a su lado, con un tono claramente despectivo.

Y mientras decenas de miradas o cuchicheos no habían conseguido hacer mella en mí, las simples palabras del hombre que más me importaba lo hicieron en un instante.

—Nadie importante —respondió Roan, rompiéndome el corazón.

Luego, sin volverse, siguió su camino. Mis lágrimas quedaron disimuladas entre las gotas de agua que caían sobre mí, hasta que alguien se dignó a tenderme un pañuelo y un paraguas. Sorprendentemente, era la madre de Roan, de quien yo siempre había sospechado que sería la responsable de nuestra

separación, si es que ésta ocurría alguna vez. Pero al final, la realidad era que él mismo se había encargado de ello.

—¿Comprendes ahora por qué nunca podrás estar a su lado? Él se parece demasiado a su abuelo, un hombre al que quiere alcanzar a toda costa. Nunca tendrá suficiente, siempre deberá trabajar más y más para conseguir más: más dinero, más poder, más renombre... Después de todo, es un Miller.

—Es un camino muy solitario el que ha escogido, y a Roan nunca le ha gustado estar solo —le recordé a esa bruja, que sólo ahora parecía sentirse orgullosa de su hijo.

—Pero este Roan no es el mismo que tú conocías.

—No, pero aún tengo esperanzas de que ese chico vuelva a aparecer —dije. Y devolviéndole la traviesa sonrisa que siempre la había molestado, me alejé de allí hacia casa, sin saber si debería cerrar finalmente mi ventana al hombre que esa noche había ignorado mi corazón.

* * *

Tras llegar a una casa que nunca había sentido su hogar, Helena comenzó a guardar sus pertenencias en la vieja maleta que había llevado consigo. Cada vez que introducía algo en ella, las dudas sobre si lo que estaba haciendo era o no lo acertado la asaltaban. Pero ella no podía seguir junto a un hombre al que ya no reconocía. Ése no era el chico que siempre la había perseguido atosigándola con sus confesiones de amor, no era el joven que siempre la había protegido de todo mientras la reprendía por sus locuras. El hombre que convivía con ella en esa casa era un desconocido que no le gustaba.

Si se había quedado tanto tiempo era porque todavía albergaba esperanzas de que el Roan que una vez la había amado por encima de todo volviera a aparecer. Pero el perfecto hombre de negocios nunca dejaba salir a jugar a ese travieso chico que ella siempre amaría. Al parecer, aún seguía castigado, encerrado muy profundamente dentro de un hombre que había dejado de

intentar ser su chico malo para convertirse en el hombre adecuado que todos buscaban que fuera.

Acabar de hacer esa maleta le llevó mucho más tiempo que el que le dedicó cuando había decidido dejar su casa e ir a donde estaba Roan; entonces se había limitado a meter sus pertenencias despreocupadamente antes de ir en su búsqueda. Pero finalmente, sabiendo que esa relación con la que su corazón comenzaba a romperse en pedazos no podía continuar así, la terminó.

Cerrándola llena de dudas, la guardó en uno de los armarios de la entrada y esperó. Porque su corazón, a pesar de sentirse dolorido, le gritaba que debía intentarlo de nuevo, que debía de concederle una última oportunidad a Roan para que le demostrara que ese niño que siempre se colaba por su ventana reclamando su cariño aún persistía en su petición, tratando esta vez de hacerse con su corazón.

Sentada en el elegante sofá de diseño que nunca iría con ella, esperaba la llegada de Roan ataviada con un descuidado jersey, unos vaqueros y unas viejas deportivas. Entre sus manos mantenía un aburrido libro con el que Helena intentaba simular que estaba ocupada en algo, cuando la verdad era que no podía despegar sus ojos del reloj y del lento fluir de las horas hasta que Roan y ella volvieran a verse.

Cuando ya eran más de las doce, la puerta se abrió dando paso a un hombre cansado que no parecía querer ser cuestionado por ninguna de sus acciones, como si éstas no necesitaran ninguna explicación o, peor aún, como si ella no mereciera ninguna.

—¿Roan? ¿Has terminado ya tu cena de... negocios? —preguntó Helena con ironía a la vez que cerraba violentamente el libro al que no le había prestado atención en ningún momento.

—Sólo eran negocios, Helena —suspiró Roan, frustrado, mientras aflojaba la corbata de su estirado traje.

—Dime una cosa: en esta ocasión los negocios eran rubios. ¿Mañana serán pelirrojos? ¿O tal vez morenos? —le recriminó Helena mientras se levantaba

para enfrentarse a ese hombre y a cada una de sus mentiras.

—Esa chica era la hija de uno de los socios de mi abuelo, ¿es que no comprendes que necesitamos ese tipo de contactos si queremos seguir avanzando?

—¡Yo no necesito nada de eso! —gritó Helena, sin poder evitar sentir que Roan se alejaba cada vez más de ella.

—Claro, porque tú no tienes un camino que seguir, Helena.

—¡Sí lo tengo, Roan, pero no me importó desviarme de él para acompañarte! Ahora me pregunto si tú te atreverías a hacer lo mismo para estar conmigo...

—¡No digas tonterías, Helena! ¡Esto lo hago por el futuro de los dos! Yo...

—¡No! ¡Lo haces por ti, sólo por ti! ¡Yo nunca te he pedido esto! ¡Yo nunca he querido esto! —exclamó Helena mientras señalaba todo el lujo que los rodeaba—. Yo sólo he deseado una cosa desde que llegué, y es volver a ver a mi amigo de la infancia, alguien a quien todavía no he encontrado a pesar de que lo tenga delante...

—No he cambiado tanto, Helena. Solamente he madurado, algo que parece que tú no haces, con tus juegos, tus locuras, tus ridículos trabajos que nunca te tomas en serio... Eres, eres... —dijo Roan mientras mesaba sus cabellos con frustración.

—Ya. Soy tan inadecuada y tan salvaje como siempre ha dicho tu familia que era desde que nos conocimos. Al parecer, no he cambiado en absoluto. Pero ¿sabes qué, Roan? Me gusto así. Tú, por el contrario, has cambiado tanto que ni siquiera te reconozco —repuso Helena. Y ante el asombro de Roan, sacó su maleta del armario y se dirigió hacia la salida.

Cuando Roan se interpuso en su camino, Helena susurró a su oído una verdad que Roan había comenzado a olvidar.

—Roan, ¿sabes qué hubiera dicho que necesitaba mi amigo, ese impertinente niño que siempre se colaba en mi habitación, para seguir adelante?

—Sólo te necesito a ti... —contestó Roan, dejándose ver al fin mientras apoyaba su cabeza en el hombro de Helena, rogándole que no lo dejara solo cuando más la necesitaba. Y Helena, compadeciéndose de un hombre al que no podía evitar amar, soltó la maleta que sus manos agarraban con decisión solamente para abrazarlo.

* * *

En el instante en el que Helena me abrazó me sentí aliviado al comprender que no se alejaría de mí a pesar de lo idiota que había sido esa noche. Cuando la había visto junto al hotel con su rostro mojado y sus ropas manchadas de barro, tan orgullosa como siempre a pesar de su posición, me sentí orgulloso de ella, pero tuve miedo de que mis acompañantes la avergonzaran por su aspecto, o peor aún, que fijaran sus miras en ella tras conocer lo importante que era para mí. Finalmente, la alejé de mi lado con frialdad, y sin darle ninguna explicación; le hice yo mismo el daño que había querido evitar que los otros le infligieran.

Toda esa maldita reunión había sido un desastre. Sólo podía pensar en Helena, y en vez de aclarar las cosas en cuanto llegué a casa, me puse a contestar a sus reclamaciones con furiosas respuestas que sólo la dañaron más. Pero es que odié que Helena me pidiera explicaciones de la presencia de otra mujer cuando ella no me las daba sobre ese hombre que me ocultaba y que todavía no sabía lo que significaba en su vida.

Resuelto a averiguarlo, alcé mi rostro para buscar la verdad. Pero cuando mis ojos se encontraron con los suyos no pude evitar atraerla hacia mis brazos para que nuestros labios se unieran, recordándole una vez más lo que ambos sentíamos. Sin embargo, a pesar del amor que guardaba en mi corazón, había demasiadas preguntas sin contestar como para pretender ocultarlas detrás de un simple beso. Con desesperación, intenté atraer a Helena hacia mis brazos y alejarla de esa puerta que representaba para mí su abandono.

Mis besos no mostraban amor en esos instantes, sino mi decisión de no dejarla marchar y la desesperación por mantenerla a mi lado. Invadiendo su boca con mi avasalladora lengua, exigí una respuesta a mis avances, y cogiéndola en brazos, la alejé de esa puerta tan temida por mí para llevarla hasta mi cama y tumbarla en ella sin abandonar ni por un segundo el dulce sabor de sus labios.

Sin esperar a escuchar sus protestas contra mis impetuosas acciones, la despojé con celeridad de su burdo jersey. En el momento en el que Helena intentó apartarme de ella me sentí rechazado, y eso era algo que no estaba dispuesto a permitir, así que me deshice de mi corbata, até sus manos con ella, y de un solo tirón las alcé por encima de su cabeza para dirigir su pasión hacia donde yo quería. Tan manipulador como siempre, yo sabía dónde debía tocarla y qué hacer para que su cuerpo se rindiera a mí y estallara su deseo.

Mis besos acallaron sus protestas, y sus enojados forcejeos pronto fueron apaciguándose cuando comencé a acariciar su cálida piel exigiendo la pasión que siempre nos embargaba. Ella no tardó en responder a mi beso, y tan excitada como yo, su lengua reclamó la mía en esa danza de pasión.

Sin cesar en mis caricias, deslicé lentamente mi mano por su cuello, descendiendo por su escote, decidido a eliminar cualquier obstáculo que se interpusiera en mi camino. Así, me deshice con rapidez de su sujetador de encaje. Con un simple gesto desabroché el cierre delantero de esa prenda y pude mimar esos sugerentes pechos que para mí representaban toda una tentación. Con mi mano agasajé cada una de sus turgentes cumbres, e incitado por los gemidos que dejaba escapar de su boca, torturé sus enhiestos pezones con pequeños pellizcos, haciendo que su cuerpo se arqueara reclamando más de mis caricias.

Cuando sus pezones estuvieron lo suficientemente sensibles como para que un leve roce de mi lengua la hiciera gritar de deseo, mi mano continuó descendiendo para esta vez introducirse entre sus piernas, buscando la húmeda evidencia de su deseo.

Sin abandonar su boca ni permitir que me tocara, desabroché sus pantalones y deslicé mi mano atrevidamente por el interior de sus braguitas. Su húmeda feminidad me recibió, y mis dedos acariciaron con calma la zona más sensible de su cuerpo, haciéndola gritar.

Decidido a escuchar esos excitantes sonidos que mis labios acallaban, abandoné su boca solamente para deslizar mis besos por su cuello y seguir bajando mientras mi lengua probaba el dulce sabor de su desnuda piel.

En el instante en el que llegué a sus pechos, donde las erizadas cumbres de sus senos esperaban mis caricias, me dediqué a devorar con gran deleite cada uno de ellos a la vez que hundía profundamente uno de mis dedos en su interior, para hacerle gritar mi nombre.

Mientras mi lengua lamía lentamente sus sensibles pezones y mis dientes jugueteaban con ellos, otro más de mis dedos se adentró en ella, abriéndola más ante mí y mi deseo.

Mi otra mano, que aún sujetaba sus brazos lejos de mí otorgándome así todo el control de la situación, dejó de retenerla y descendió por su cuerpo uniéndose a la tortura y el placer con la que mi boca agasajaba sus senos. En cuanto Helena comenzó a marcar un ritmo propio sobre mi mano buscando su placer sin que nada más le importara, mi boca comenzó a descender por su cuerpo y mis manos dejaron de acariciarla para despojarla del resto de sus ropas.

Finalmente, desnuda frente a mí, Helena representaba un jugoso manjar al que no podía ni quería resistirme, así que abrí sus piernas y, sin piedad, hundí mi lengua en ella, haciendo que gritara mi nombre hasta el éxtasis. Sus manos atadas se agarraron a mi cabeza mientras yo, sin misericordia, la hacía llegar al orgasmo con mi lengua y con mis impetuosos dedos, que la penetraban una y otra vez.

Únicamente cuando sus manos comenzaron a tirar de mis cabellos para apartarme de su sensible cuerpo y ella reclamó un descanso, me alejé de Helena. Pero mi erguido miembro me exigía que me hundiera en su interior,

algo que estaba más que dispuesto a hacer para demostrarle que yo era el único hombre para ella. Así pues, sin molestarme siquiera en quitarme la ropa, simplemente desabroché mis pantalones y saqué mi erecto miembro de su encierro para hundirme en ella de una profunda embestida.

Helena emitió un grito, asombrada por mi agresiva respuesta, y cuando intentó alejarme de su lado una vez más, sólo tuve que alzar sus atadas manos por encima de su cabeza para acabar con sus protestas.

Hundiéndome en ella con decisión, la hice mía, imponiendo un ritmo al que ella no pudo negarse, unos besos que ella no rechazó, unas caricias ante las que su deseo nuevamente despertó. Cuando sus caderas se alzaron buscándome, yo incrementé el ritmo de mis profundas embestidas hasta que me dejé llevar hacia el clímax gritando su nombre.

Pero cuando la pasión nos abandonó y yo busqué sus ojos con una satisfecha sonrisa, lo único que hallé fueron unas silenciosas lágrimas y una pregunta que me rompió el corazón.

—¿Roan?

Negándome a mirarla, simplemente la abracé e intenté evitar tener que contestar a unas preguntas para las que en ese momento no tenía respuesta, susurrándole:

—Durmamos.

A la mañana siguiente, todo lo que había tratado de evitar, lo que había ignorado, lo que había apartado de mi mente por miedo, me golpeó de repente haciendo que me percatara de todos y cada uno de mis errores. No tuve que abrir los ojos siquiera para saber lo que mis vacíos brazos ya me anunciaban: que Helena se había ido de mi lado y que, esta vez, tal vez fuera para siempre.

* * *

No podía quedarme allí. No podía permanecer al lado de una persona que ya no conocía, de un hombre que reclamó mi cuerpo con una frialdad total, sin

amor; con pasión, pero sin ningún sentimiento que se interpusiera en su camino. Un amante que sólo quería de mí mi rendición incondicional y no mi cariño no era la persona de la que me enamoré. Ese frío hombre de negocios al que su familia había educado tan bien había acabado por desterrar por completo al chico que yo amaba, ese niño bueno con el que yo siempre había jugado ya no podría salir nunca más a divertirse conmigo, a intentar ser un chico malo sólo para mí, a perder la compostura para emularme... porque él y yo no perseguíamos las mismas metas.

Roan se había alejado de mí, no con la distancia, que ya hacía tiempo que habíamos solucionado viviendo juntos, sino de una manera muy distinta que por más que me empeñara, yo no podía superar.

Las cosas que nunca nos habían importado cuando éramos pequeños comenzaban a convertirse en una barrera entre nosotros: la familia, el dinero, la posición social o el poder. Ésas eran cosas que yo estaba dispuesta a desechar para estar junto a él, pero Roan no sentía lo mismo y ya estaba harta de ser la única que corriera hacia él y de esperarlo.

Ese «te quiero» que nunca había salido de mis labios, pero que albergaba en el fondo de mi corazón, me dolía más que nunca al no haber tenido la oportunidad de pronunciarlo en voz alta. Porque para Roan nunca había habido un momento indicado para que estuviéramos juntos, mientras que para mí ese momento adecuado para demostrarle mi amor había sido siempre. A pesar de que me negara a decirle que lo amaba, jamás me había reprimido a la hora de expresarle mi amor de decenas de formas distintas, y aún ahora que me marchaba, intentaba de nuevo que se diera cuenta de lo que sentía mientras acariciaba la pared en la que había plasmado, para todo aquel que quisiera verlo, mis sentimientos por un hombre cuyos ojos ya no me veían.

—¿Te marchas? —me preguntó Daniel, admirando la obra que habíamos creado juntos.

—Sí, ya no tengo nada que me retenga aquí, así que vuelvo a casa.

—¿Y ese hombre del que estabas enamorada? —me preguntó Daniel, algo

confundido.

—Ya no existe.

—¿Estás totalmente segura? —insistió Daniel, tan soñador como siempre, tratando de que mi historia de amor tuviera un final feliz a pesar de que siempre coqueteara conmigo.

—No lo sé, pero sinceramente, me he cansado de esperar —respondí. Y sin derramar ni una sola lágrima más por el hombre por quien ya había llorado demasiado, me despedí con una sonrisa de ese niño que siempre sería mi primer amor, para quien había creado ese mural donde quedarían grabados para siempre todos mis sentimientos.

—Adiós, mi chico malo... —me despedí, y sin mirar atrás, me marché decidida a seguir mi propio camino.

* * *

Alan Taylor esperaba el regreso de su hija. Todas las mañanas salía al porche de su casa del lago con una taza de café y disfrutaba de ella mientras miraba el camino, sabiendo que algún día Helena regresaría a su hogar tan precipitadamente como se había marchado.

Esa vivienda medio en ruinas que su suegro le había regalado en una ocasión muchos años atrás acabó siendo el lugar ideal para formar una familia, un hogar que él mismo había creado con sus propias manos sólo pensando en su Elisabeth. La hermosa construcción de dos plantas, con sus blancas paredes, sus tejas rojas y las artísticas ventanas embellecidas con vidrios de colores que conformaban intrincados dibujos era la creación de la que más orgulloso se sentía. Especialmente después de complementarla con los hermosos suelos de madera y los rústicos muebles fabricados con sus propias manos.

Cuando remodeló esa casa lo hizo con una única idea en mente: arreglar ese lugar para crear un hogar, algo cálido y acogedor adonde todos los

miembros de su familia pudieran regresar en todo momento pese a que un día sus caminos se separaran.

Saludar al nuevo día observando ese camino que la traería de vuelta a casa era un ritual para él desde que Helena se marchó a la ciudad en busca de Roan. Por un lado, deseaba enormemente volver a verla, pero por el otro, si su pequeña retornaba a Whiterlande sin duda sería para lamerse sus heridas, y a ningún padre le gustaba ver cómo habían dañado a su hija.

Alan deseaba de todo corazón que Roan no se hubiera vuelto a equivocarse con Helena como solía hacer cuando eran niños, porque los inocentes errores de la infancia eran fáciles de olvidar y perdonar, pero los que los adultos cometen son mucho más difíciles de excusar, especialmente cuando ponen en juego sus corazones.

Que Helena apenas hubiera llamado a casa no era una novedad. Cuando esa alocada niña corría en busca de sus metas olvidaba todo lo demás, pero que sus contestaciones ante las llamadas de su padre se caracterizaran por el silencio era preocupante, ya que la alegre y vivaracha Helena sólo callaba cuando algo la inquietaba. Y una cosa que siempre la preocuparía sería ese solitario niño que se había introducido en su vida reclamando su cariño. Al parecer, el infantil pero serio chaval que siempre le pedía consejo para conquistar a su hija ya no necesitaba su apoyo, o peor aún: ya no le importaba si hacía o no feliz a Helena.

Por el lamentable tono en la voz de Helena en su última conversación, Alan sospechaba que la segunda opción era la acertada, algo que lo entristecía ya que, a pesar de que siempre le agradó ese chaval, Roan se había perdido en el camino y Alan no estaba dispuesto a guiarlo para que volviera a dañar a su hija, porque que le hicieran daño a Helena era algo que nunca podría perdonar.

Mientras bebía su café lejos de su mujer y de las múltiples quejas que Elisabeth tenía sobre la situación de Helena, por la que se preocupaba tanto o más que él mismo, Alan divisó en la lejanía un conocido vehículo, lo que hizo

aumentar su inquietud. Unos minutos más tarde, el destartado coche de Helena se detuvo bruscamente en mitad del camino, como si ella hubiera necesitado volver lo más rápidamente posible a casa. Y sin molestarse en sacar su equipaje o cerrar su coche, Helena salió precipitadamente de él. Antes de que llegara a su lado, Alan sabía lo que su niña buscaba con tanta desesperación, y abriendo sus brazos para que ella corriera hacia ellos, esperó para poder cobijarla con el cariño que durante su ausencia tanto le había faltado.

—Papá, duele mucho... —confesó su pequeña mientras las lágrimas que seguramente no se había permitido derramar durante todo el camino manchaban su camisa.

—Lo sé —declaró Alan, recordando cuánto había sufrido él por amor.

—¿Y ahora qué? —preguntó Helena, totalmente desorientada en medio de su tristeza, sin saber cómo continuar su vida con su dañado corazón.

—Bueno, cariño, parece que tu abuelo al fin ha conseguido que tu abuela deje de confiscarle la escopeta, tu tío Josh conoce a unos matones muy fiables y el chiflado de tu tío Dan está más que dispuesto a castrarlo, aunque puede que te pida antes su cartilla de vacunación... —bromeó Alan, buscando obtener del lloroso rostro de Helena una sonrisa al tiempo que le recordaba que tenía una cariñosa y loca familia que jamás la dejaría sola—. Y siempre te quedo yo, que estoy dispuesto a todo por mi pequeña.

—No quiero hacerle daño, papá, él es...

—Bastante estúpido —terminó Alan por su hija, abrazándola con más fuerza cuando notó que sus lágrimas volvían a surgir al pensar en ese chico que tanto daño le había hecho—. ¿Sabes, Helena? Algunas personas son bastante necias cuando se enamoran y solamente se dan cuenta de lo que han perdido cuando ya es demasiado tarde para recuperarlo —declaró Alan. Y mientras lo hacía, sus ojos se cruzaron con los de su esposa, quien, recordando su propia historia, al fin se dio cuenta de que su hija en algunos aspectos

siempre se parecería más a su marido que a ella. Silenciosamente, Elisabeth se acercó a ellos, y uniéndose a ese abrazo, le susurró dulcemente a su hija:

—Ese hombre se arrepentirá toda la vida por lo que hoy ha perdido, aunque tal vez aún no se haya dado cuenta de ello.

—¿Tú crees, mamá? —preguntó Helena, confusa ante las firmes palabras de su madre mientras intentaba recomponerse y entrar en casa.

—No lo creo, cariño, lo sé, porque es lo que me habría ocurrido a mí si no hubiera corrido detrás de tu padre después de percatarme de lo idiota que había sido al negarme a amarlo —confesó Elisabeth mientras Alan acompañaba a su hija al interior con una sonrisa llena de satisfacción en su rostro.

Y mientras Elisabeth veía cómo se alejaban de ella padre e hija, tan iguales en el amor, pronunció en voz alta uno de sus mayores temores:

—Tan sólo espero que cuando lo haga, no sea demasiado tarde para vosotros...

Capítulo 13

Un año después

—¡Ese niñato me está cabreando! —exclamó Elisabeth, muy enfadada con la situación que estaba viviendo su hija, cuyo corazón todavía sufría por un amor que no había podido llegar a olvidar.

—¿Qué quieres que hagamos, Elisabeth? ¿Lo traigo a punta de pistola y hago que le pida perdón de rodillas? —dijo Alan irónicamente hasta que advirtió que Elisabeth comenzaba a tomar en serio su proposición e intentó hacerla desistir de esa alocada idea—. Por si acaso tu cabecita ha comenzado a maquinarse algo, te recuerdo que no debemos interferir en la vida de nuestros hijos, tan sólo mostrarles el camino y estar allí para cuando ellos tropiecen.

Bufando por su descontento, Elisabeth ignoró las sabias palabras de su marido para seguir urdiendo uno de sus planes que, con toda seguridad, sería él quien tendría que llevarlo a cabo, estuviera de acuerdo o no.

Repiqueteando nerviosamente con los dedos encima de la mesa de la cocina, Elisabeth expuso una vez más cada una de las razones por las que no le gustaba el hombre que había jugado con el corazón de su hija. No obstante, siempre insistía en la misma cuestión.

—No me gusta la persona de la que se ha acabado enamorando Helena; es egoísta, le hace daño y no la valora en absoluto. Sin embargo, quiero que traigas a Roan de vuelta para que Helena se reconcilie con ese hombre y le perdone todo lo que le ha hecho, o bien, para que lo aparte de su vida para siempre y siga adelante de una vez.

—Una idea fantástica, querida, pero ¿cómo lo hago?

—Tú mantenías conversaciones con ese chico desde que era un mocoso;

eras su confidente, así que ya se te ocurrirá algo —manifestó Elisabeth, dando un contundente golpe en la mesa mientras se levantaba zanjando la discusión y ofreciéndole una enorme sonrisa a su marido, dejándole claro que no había otra opción para él que hacer lo que ella le sugería.

—Me encanta cuando me pones las cosas tan fáciles, Elisabeth —ironizó Alan, derrumbándose sobre la mesa de la cocina.

—Alan, Helena no es la misma desde que volvió. Ese corazón roto con el que carga, desde que regresó a casa hace ya un año, no ha sanado y es más que evidente que entre ella y Roan quedaron muchas cosas por decir. Quiero que vuelvan a encontrarse para que todo quede aclarado entre ellos y para que ambos sigan adelante con sus vidas, ya sea juntos o separados.

—Sé que, aunque me pese, tienes razón una vez más, Elisabeth. Pero sé razonable: no puedo obligar a ese muchacho a volver a Whiterlande. El niño que yo conocía ha crecido y, por lo visto, ha cambiado bastante. —Alan intentó una vez más convencer a su irracional mujer, pero cuando se trataba de proteger a sus hijos, su esposa no era racional en absoluto.

—Lo sé. En ocasiones, las personas ignoramos los sueños que teníamos cuando éramos niños o, simplemente, éstos cambian con el tiempo. Por eso quiero que vayas a por Roan y le recuerdes lo que ha dejado escapar —dijo Elisabeth mientras depositaba sobre la mesa un viejo papel que había encontrado.

—Vale, me presento ante él, le pego una paliza, lo ato, lo amordazo y lo traigo en el maletero del coche, ¿no? Si lo consigo sin que me arreste la policía sin duda seré todo un héroe —apuntó Alan sarcásticamente mientras daba la vuelta al viejo papel que tenía delante para ver de qué se trataba.

—Querido, creo que tendrás que perfeccionar un poco ese plan tuyo —contestó Elisabeth, aún decidida a que su marido hiciera lo que ella le había pedido.

—Elisabeth, ¿qué es esto? —preguntó Alan, sorprendido al ver entre sus manos una lista escrita por su hija cuando era pequeña, con su letra infantil,

cuyo encabezado decía «Mi chico malo». A continuación, se podían leer algunos puntos escritos en ella sin demasiado orden e incompleta, seguramente porque Helena era tan alocada como él y, al contrario que a su madre, no le gustaba planificar nada, sino dejarse llevar.

—Aquí tienes tu excusa para traer de vuelta a Roan.

—Lo vas a hacer sufrir tanto como me hiciste sufrir a mí, ¿verdad? —preguntó Alan con una sonrisa al recordar lo que conllevaban las malditas listas de Elisabeth.

—Si ese chico no tiene lo que hay que tener para intentar ser el hombre que Helena desea, definitivamente no la merece. Y si es así, lo quiero fuera de su vida.

—No todos los hombres son perfectos —le dijo Alan, haciéndole ver que él nunca había llegado a cumplir todos los requisitos de la lista que ella misma le dio en cierta ocasión.

—No quiero un hombre perfecto para nuestra hija, Alan. Ahora sé que eso no existe. Pero sí quiero uno que haga todo lo posible por conseguir su amor, por merecer su amor... —contestó Elisabeth mientras le daba un cálido beso al hombre que una vez le mostró esa verdad.

—Ese chaval no puede ser como yo —anunció Alan jactanciosamente, devolviéndole el viejo papel a su mujer, sin saber si seguir adelante o no con el descabellado plan de Elisabeth.

—No, querido, la exigencia es muy alta para que él se convierta en un perfecto sapo..., pero tal vez llegue a chico malo —declaró una risueña Elisabeth mientras golpeaba pensativamente su boca con esa olvidada lista.

—Está bien, me lo pensaré —anunció Alan finalmente, recapacitando sobre cuál sería la mejor forma de ayudar a su hija.

Pero cuando Helena se adentró en la cocina con ojos llorosos, sus racionales ideas sobre ayudarla sin interferir demasiado volaron por los aires.

—¿Y esas lágrimas, cariño mío? —preguntó Alan mientras secaba el desolado rostro de su hija.

—Nada, papá... sólo es que algunos recuerdos duelen, pero ya se me pasará —repuso Helena, mostrando una falsa sonrisa con la que intentaba simular una vez más que no le ocurría nada.

Luego, sin apenas desayunar, Helena se marchó corriendo a su trabajo, en donde intentaría ocultar su tristeza como solía hacer habitualmente, aunque no le saliera demasiado bien.

Tras un gruñido desaprobador hacia esa situación que ya se había prolongado demasiado, tal y como decía Elisabeth, Alan acabó por rendirse a la evidencia y reclamó a su esposa:

—¡Dame esa maldita lista!

Llena de satisfacción por tener razón una vez más, Elisabeth la depositó en manos de su marido con una complacida sonrisa.

—Creo que necesitaré ayuda —confesó Alan después de negar con la cabeza al observar de nuevo las ridículas ideas infantiles de su hija acerca de cómo debía ser su hombre ideal.

—¡Ah! Y una cosa más, Alan: hazlo sufrir —exigió vengativamente Elisabeth, recordando las lágrimas que su hija había derramado por ese hombre, que no se las merecía.

—No te preocupes, Elisabeth; si no lo hago yo, definitivamente lo hará esta jodida lista.

* * *

Esa mañana me dirigía al centro de acogida donde tenía que recoger a algunos jóvenes gamberros para que recibieran su escarmiento eliminando las pintadas que habían realizado. ¡Y pensar que yo, la chica que tantas veces había huido de la autoridad justo por ese mismo motivo, me dedicaba ahora a representar esa autoridad para aleccionar a otros! Era pura ironía. Pero cuando mi tía Victoria me consiguió ese trabajo al volver de la ciudad, no

pude rechazar la oportunidad de crear algo y de mostrar a otros cómo podían convertir una simple pared en algo digno de admiración.

Mi tía había creado una institución para ayudar a personas que lo necesitaran. La sede era un amplio edificio lleno de oficinas en donde, en su mayoría, se informaba a mujeres maltratadas acerca de cómo mejorar su situación y se les ayudaba legalmente. También tenía aulas en las que se ofrecían cursillos de defensa y talleres con distintos tipos de actividades para que se sintieran realizadas, así como grupos de terapia donde compartían su dolor. Cuando mi tía me informó de que quería crear una zona especial en la que ayudar a adolescentes problemáticos antes de que cometieran crímenes peores que unas simples pintadas y me mostró las blancas paredes que podrían utilizar, no pude negarme.

De camino hacia un trabajo que en esta ocasión sí me gustaba, no podía dejar de pensar en la carta que había recibido ese día. Daniel, el joven pintor itinerante que conocí en la ciudad me había enviado los documentos de propiedad del terreno donde se encontraba nuestro muro, una obra que habíamos finalizado hacía un año y que yo ya había olvidado por completo. Una pintura que dejé atrás, como muchos de mis sueños, y que ahora me había hecho recordar todo lo que había perdido.

Junto a la nota de propiedad se me informaba de que algunas personas querían comprar esa vieja pared por una suma desorbitada, sin duda porque al lado de mi nombre estaba el de Daniel quien, a lo largo de los últimos meses, se había hecho bastante famoso con sus creaciones. Pero, aunque quisiera desprenderme de esa pintura no podía venderla porque no me pertenecía; yo había creado esa imagen en esa vieja pared para un hombre que, a pesar de vivir en una hermosa ciudad, nunca tenía tiempo para apreciar su belleza, y mucho menos, para contemplar el mensaje de despedida que yo le había dejado grabado en un muro.

Roan seguía sin preocuparse por nada que no fueran sus negocios y, sin saberlo, dejaba marchar todo lo demás que pasaba por su vida, fuera

importante o no. Estaba igual de solo que cuando lo conocí, pero con la diferencia de que ahora ya no le importaba demasiado.

Su ausencia durante todo un año demostraba que ya no me necesitaba a su lado, y esa carta que había recibido me hizo recordar las veces que había esperado junto a mi ventana a que regresara a mi lado, a que volviera a aparecer reclamándome que lo quisiera como siempre había hecho a la vez que me aseguraba que nunca dejaría de intentar hacerse con mi amor. Pero ese chico del que me enamoré, al parecer, ya no existía.

Acordarme de por qué había dejado a Roan me entristeció, y mis ojos lloraron una vez más por la pérdida de un hombre que había sido algo más que un amigo. Me fue imposible ocultar mi tristeza a mi familia, quienes siempre se percataban de todo y a los que la falsa sonrisa que lucía desde que regresé no los engañaba en absoluto.

Después de recoger a mis reticentes alumnos, para los cuales había preparado una pared en blanco con el objetivo de que practicasen sus gamberradas antes de que crearan algo que mereciera la pena, me distraje un poco. Mientras intentaba enseñarles a diferenciar el arte de la porquería que estaban haciendo, los pensamientos acerca de qué debería hacer con la obra que Daniel me había regalado todavía daban vueltas en mi cabeza.

—¡Eh, Helena! ¡Ya he terminado, mira! ¡Ésta es mi gran obra de arte! —dijo Eric, un chaval de catorce años con algunos problemas familiares bastante graves, mientras me mostraba un pene dibujado en la pared con ánimo de provocarme.

—Bien. Aquí tenemos un gran problema —manifesté después de examinar atentamente su «obra» como si fuera un importante cuadro—. Dos en realidad, si nos fijamos en el tamaño... —añadí atrevidamente, dirigiendo mi mirada desde el dibujo a su entrepierna, haciendo que se sonrojara y que mis otros alumnos se rieran de él—. Sinceramente, Eric, si lo que quieres representar es un desnudo debes practicar más, mucho más. Y, por favor, no te escojas a ti mismo como modelo; ya lo hemos visto todos y no es el más adecuado —

continué, burlona. Tras tachar su dibujo con mi spray, dibujé un pene bastante más realista junto al suyo, algo que no agradó demasiado a las cotillas que siempre nos observaban, ya que mientras pasaban a nuestro lado cuchicheaban entre ellas y no dejaban de señalar mi creación, escandalizadas.

—¡Y esto, señoras y señores, es un pene de verdad! —grité en voz alta, casi provocando que las viejas se desmayaran mientras los chavales se reían con mis locuras—. Bueno, ya vale de tonterías. Ahora, ¡a crear! —exclamé, instando a que todos se pusieran manos a la obra.

Cada uno de esos gamberros adolescentes tenía su encanto y alguna razón para querer dejar salir su ira, su furia y su frustración por medio de unos titubeantes trazos sobre una solitaria pared a la que creían que nadie prestaría atención.

Mientras veía cómo algunos de ellos comenzaban a tomarse esas clases en serio, que en parte eran un castigo y en parte una redención, contemplé a una chica de quince años dejando algo de su dolor expuesto en el muro. El corazón que sangraba rodeado de espinas sin duda era el suyo. Reconocer qué representaban esas espinas era lo más difícil de conseguir.

—¿Para quién lo dibujas, Carol? —pregunté, admirando lo que decía su dibujo y ella callaba.

—Para mi madre —respondió, tras lo que recordé lo que mi tía Victoria me había contado sobre la madre de esa chiquilla: se trataba de una mujer débil que caía una y otra vez en la bebida, despreocupándose de todo lo demás por completo.

—Cuando lo termines, deberías mostrárselo.

—¿Para qué? Si nunca le prestará atención... —repuso entristecida, dejando por unos instantes su trabajo.

—Porque lo has hecho para ella, y quiera verlo o no, tú ya has expresado en él todo lo que tenías que decirle, si bien no con palabras, sí con tu arte.

—Lo intentaré... —musitó Carol débilmente mientras a sus labios asomaba un amago de sonrisa, contenta de que alguien hubiera comprendido lo que

quería transmitir.

Tras un instante de vacilación, decidí que debía seguir el consejo que yo misma le había dado a Carol, por lo que tomé mi móvil y marqué el número de contacto que Daniel me había proporcionado para que realizara todos los trámites relacionados con la propiedad de esa pared que él me había regalado. Cuando me contestó el abogado que llevaba estos asuntos, le puse al corriente de mi decisión.

—Esa pared no es mía, así que no puedo venderla. Pero le agradecería mucho que hiciera llegar esa documentación a su verdadero propietario —le comenté, para a continuación darle el nombre del hombre que nunca había llegado a olvidar y a quien tal vez ya fuera hora de dejar atrás, porque entre nosotros ya estaba todo dicho.

* * *

En mi propio despacho, un elegante espacio provisto de una refinada mesa de cristal donde tenía mi ordenador personal de última generación, con las paredes adornadas con hermosas fotografías de lugares que no tenía tiempo de visitar o ni siquiera de contemplar, me encargaba de los negocios de mi familia dirigiéndolos con total dedicación, pareciéndome cada vez más a mi abuelo.

Mientras me preguntaba una vez más por qué no tenía tiempo ni ganas de volverme hacia las acristaladas paredes que tenía a mi espalda mostrándome todo lo que había conseguido, me hundí debajo de una montaña de trabajo, a la vez que notaba que me faltaba algo, que dejaba algo atrás, y no alcanzaba a determinar el qué. Mis metas habían cambiado mucho a lo largo de los meses, tanto como yo mismo lo había hecho, y no sabía por qué razón no estaba contento con todo lo que había logrado o por qué todo ello únicamente me hacía sentir más solo.

Tenía mucho dinero, había alcanzado un gran poder y una posición

privilegiada y envidiada por todos como el próximo sucesor de mi abuelo y, aun así, no era suficiente. Quería más, necesitaba más: más poder, más fama, más dinero, más mujeres que llenaran ese vacío que tenía mi corazón... Pero, para mi desgracia, ese vacío nunca se llenaba con nada.

Aflojando mi corbata, por un instante intenté dejar atrás al regio hombre de negocios que estaba destinado a ser, pero ya no podía. Las risas ya no me acompañaban cuando dejaba la oficina, los momentos de relax se me escapaban y yo simplemente abandonaba mi ostentoso y caro traje de negocios para ponerme otro en casa, donde seguía siendo el mismo serio y solitario hombre que vivía tan sólo para su trabajo.

Después de terminar de organizar otro nuevo proyecto financiero para mi abuelo, llegaría a casa para seguir con el de mi empresa secreta, que al fin podría comenzar a despegar. El nuevo software que habíamos diseñado para contribuir a la protección y encriptación de archivos sería muy útil, tanto para pequeños negocios que comenzaran a abrirse camino como para las grandes corporaciones que quisieran reforzar las medidas de seguridad en torno a su información más sensible.

Mis socios insistían en que ya podíamos salir al mercado, pero yo pensaba que todavía nos hacía falta un poco más de tiempo e influencias para conseguir despegar. A pesar de que ellos estaban seguros de que estábamos preparados para abrirnos paso en ese mundo tan competitivo y feroz, esperaban mi aprobación porque yo poseía mucha más experiencia que ellos. El fracaso no era una opción para nosotros, ya que nuestro capital inicial era escaso, y no podríamos recuperarnos si las cosas se torcían. Pero para ser sincero, la realidad de mi negativa era que en esos instantes no me importaba demasiado lo que pasara con mi empresa, ya que el impulso para crearla, la motivación para sacarla adelante, ya no estaba a mi lado.

Mientras revisaba las cartas de ese día, mis ojos se fijaron en el membrete de un caro bufete de abogados. Tras recordar que ninguna de las empresas del Grupo Miller trataba con él, la abrí y la leí. En la misiva me informaban de

que me habían hecho dueño de una inusual obra de arte que, según me informaban, tendría un valor incalculable para mí.

Confundido ante semejante información, me dispuse a averiguar de qué trataba el asunto y anoté la dirección en la que se hallaba expuesta esa pintura. Cuando mi secretaria me recordó a través de un mensaje en mi móvil la siguiente cena de negocios a la que tendría que acudir junto a mi abuelo, dejé de pensar en ese presente y supuse que mi pequeño respiro había finalizado, así que volví a ajustarme la corbata para reasumir mis obligaciones.

En el momento en que terminé de dar los últimos toques a mi informe ya era la hora de acudir a mi cita de negocios, así que me dirigí rápidamente a la dirección indicada.

Una vez llegué al caro restaurante de un elegante hotel, observé a mi abuelo esperando, solitario, a sus socios. Por primera vez percibí en su rostro algo extraño cuando nadie lo miraba, algo en lo que no había reparado con anterioridad: tristeza. También vi cómo enarbolaba una falsa sonrisa para saludar a los que se le acercaban hasta que éstos volvían a alejarse y él volvía a hundirse en su melancólico aislamiento.

—Demasiado solo... —susurré, recordando las palabras que siempre me decía una mujer a la que había comenzado a olvidar.

Sentándome junto a mi abuelo, intenté averiguar el motivo de su situación. Pero una vez más, él desvió el tema hacia una conversación de la que yo no quería saber nada, simple y llanamente porque aún no estaba preparado.

—La hija de los Allister acudirá a esta cena, Roan. Tal vez deberías conocerla un poco más a fondo: sus contactos nos vendrían muy bien y...

—Abuelo, ya hemos hablado de ese tema y no he cambiado de opinión: no pienso casarme con nadie para progresar en los negocios.

—¿Es que aún tienes la estúpida idea de hacerlo por amor? —me increpó, dirigiéndome una irónica sonrisa a la que yo no contesté—. Ahora que ya no tienes a esa molesta chica a tu lado podrías fijar tus metas en alguien un poco

mejor y más digna de ti. No creo que sea tan complicado, después de todo, ella no era gran cosa, y...

—¿Qué es lo que te molestaba de Helena, abuelo? —pregunté, intentando saber por qué todos la consideraban tan inadecuada cuando para mí había sido perfecta.

Tras unos segundos de pausa, mi abuelo me sorprendió contestándome de forma sincera, permitiendo que viera una parte de él que jamás había visto:

—Me recordaba a una mujer que conocí en el pasado... Adele... —comenzó mi abuelo—. Era una mujer a la que cualquiera podría llegar a querer: divertida, despreocupada, siempre con una sonrisa en su rostro, y que despreciaba el dinero —continuó, recordando a esa persona con una leve sonrisa en su viejo rostro, una expresión realmente poco frecuente en él—. Pero también era una mujer sin contactos y sin ninguna intención de hacer lo que se esperaba que hiciera la consorte de un hombre de negocios y, por lo tanto, era inadecuada para mí si quería ascender en este mundo. Cuando mi padre me recordó mi deber, yo no dudé ni un segundo en apartarla de mi camino.

—¿Te arrepientes de ello? —pregunté con preocupación, viendo que mi abuelo pretendía que yo repitiera sus mismos pasos, tanto en los negocios como en la vida, algo para lo que tal vez yo no fuera el más adecuado.

Creí que la respuesta del estricto empresario que siempre me exigía más de lo que podía dar sería una rotunda negativa, pero él me ignoró y se quedó en silencio. En cambio, al ver que sus socios se dirigían hacia nuestra mesa, esquivó mi pregunta.

—Atendamos a nuestros invitados.

Tras ver la verdad que mi abuelo intentaba esconder, recordé lo que había perdido, lo que no había podido retener por necio, por insensato..., algo que tal vez ya sería demasiado tarde para recuperar. Y como siempre, mi familia ahondó un poco más en mis heridas cuando, una vez acabada la cena, me

encontré con mi madre en ese suntuoso hotel, y mientras pasaba a mi lado, no pudo evitar regocijarse en una victoria que fue culpa mía.

—¡Y pensar que, después de todo lo que hice para separaros, serías tú quien acabaría alejándola de tu lado! Seguramente todo habría ocurrido más rápido si nunca me hubiera metido en vuestro camino; después de todo, hijo mío, tú siempre serás un Miller, y los Miller nunca tienen suficiente con lo que consiguen: siempre quieren más —dijo, mientras señalaba despectivamente a mi abuelo y a la decena de hombres que lo rodeaban, o a mi padre, que se hallaba en la barra del bar ocupado una vez más con sus coqueteos con una camarera.

Y mientras los observaba supe por qué nunca tenían bastante de nada y por qué yo comenzaba a ser igual que mis familiares: ellos no habían encontrado a la persona que los completara, o bien, la habían dejado marchar.

—No quiero ser como ellos... —manifesté, conociendo el solitario futuro que me esperaba si seguía sus pasos.

—¡No digas tonterías, Roan! ¿Quién no quiere el poder, el lujo o el dinero? —repuso mi madre con esa calculadora mirada que la caracterizaba. Y, acordándome de las miles de veces que había reclamado cuando niño algo que no tenía nada que ver con lo que mi familia siempre valoraría, pronuncié el nombre de la única persona que siempre me había entregado su cariño sin importarle nada más, sin exigirme nada a cambio.

—Helena —susurré, viendo al fin con claridad lo que faltaba en mi vida. Y saliendo precipitadamente de ese lujoso hotel, me marché más dispuesto que nunca a recuperarla.

Por el camino, decidí contactar con ese amigo que siempre me señalaba lo idiota que era y marqué su número, esperando impacientemente su contestación para pedirle ayuda.

—Nathan, te necesito —dije sin más en cuanto atendió mi llamada, algo que creo que le trajo algún que otro problema, ya que al teléfono contestó una mujer.

Después de un breve forcejeo y de una discusión, al fin escuché a mi amigo recriminándome mi idiotez.

—¿Qué? ¿Al fin has decidido dejar de hacer el gilipollas? —dijo Nathan, furioso.

—Quiero recuperarla —supliqué, sabiendo que si él me trataba así era simplemente porque Helena había sufrido mucho por mi culpa.

—No te será nada fácil... —anunció Nathan, haciéndose de rogar.

—Lo sé —contesté, recordando lo rencorosa que podía llegar a ser Helena. Pero las siguientes palabras que pronunció mi amigo antes de colgarme me dejaron algo confuso y bastante intranquilo.

—Vamos para allá.

—¿Qué...? ¿Quién...? —pregunté al teléfono sin recibir respuesta alguna.

Totalmente confundido por las palabras de Nathan, decidí dejar de lado esa cuestión por el momento para ocuparme de otro asunto que me inquietaba: la extraña carta que había llegado hasta mí esa mañana anunciándome un regalo sorprendente, por lo que fui a la dirección que especificaba la nota.

Cuando di la vuelta a la esquina, vi ante mí la respuesta que necesitaba para correr una vez más hacia Helena: en ese muro de la ciudad que siempre había intentado evitar, porque únicamente me traía malos recuerdos, contemplé la obra que Helena había finalizado antes de marcharse. En ella, un solitario oso de peluche descansaba sobre una cama. Al fondo de la habitación, a través de los cristales de una ventana, se veía a unos niños jugando en el jardín mientras eran observados con añoranza por el triste peluche, al que se le deslizaba una lágrima por el rostro.

Esa imagen me mostró el daño que le había hecho a Helena, pero también me dio esperanzas, porque la ventana de esa habitación, a pesar de no estar totalmente abierta, tampoco estaba cerrada del todo, señalándome que ella no había desistido aún de entregarme su amor, aunque yo ya no lo mereciera.

Capítulo 14

—Bueno, papá: ya he localizado a Roan. No seáis demasiado duros con él, por favor. Ahora mismo os doy la dirección y...

—Tú te vienes con nosotros —ordenó Josh a su hijo mientras abría la puerta del coche.

—¿Por qué siempre me toca a mí? —preguntó Nathan mientras emitía un suspiro resignado mientras se hacía sitio en el vehículo para sumarse a ese viaje en el que aún no tenía muy claro si ayudaría a su amigo o lo metería en más problemas.

—De acuerdo, ahora sólo falta Dan —apuntó Alan mientras terminaba de meter una vieja bolsa de viaje en el maletero.

—Ha ido a decirle a nuestro padre que nos vamos de viaje. Yo le pedí que no le contara el motivo de nuestra marcha, pero ya sabes lo bocaza que es mi hermano...

—¿Y el motivo de nuestro viaje es...? —intervino Nathan, intentando averiguar qué se traían entre manos su padre y sus tíos al ir en busca de Roan con tanta insistencia.

—¿No es obvio? Vamos a traer a Roan de vuelta.

—La verdad, no creo que hagan falta cuatro hombres para eso... —señaló Nathan a su tío Alan.

—No, Nathan. Pero Roan ha hecho llorar a mi niña y eso es algo que no podemos permitir, ¿no te parece? —respondió Alan, demostrándole a Nathan que lo que sospechaba era cierto: que se encontraba en medio de uno de los alocados planes de su familia, una vez más.

—Roan está muy arrepentido y quiere intentar recuperarla —dijo Nathan,

pretendiendo suavizar la situación de su amigo.

—Ya veremos si da la talla... —respondió Alan misteriosamente con una maliciosa sonrisa en su rostro mientras le tendía a Nathan un viejo papel.

—Te morías de ganas de hacer eso, ¿verdad? —le preguntó Josh, recordando la época en la que Alan había sufrido a manos de Elisabeth y de su penderciera lista cada vez que ella se la mostraba.

—¡Ajá! —confirmó Alan entre carcajadas—. ¡Y no sabes cuánto!

—No pensaréis hacerle cumplir todas estas estupideces, ¿verdad? —quiso saber Nathan después de haber leído el papel que su tío le había pasado.

—No, sólo quiero ver lo arrepentido que está por comportarse como un imbécil con Helena, y comprobar hasta dónde es capaz de llegar por ella.

—Seamos realistas, tío, ¿quién sería tan idiota como para intentar cumplir estos requisitos imposibles de una lista tan infantil sólo para llamar la atención de una mujer? —inquirió Nathan mientras le devolvía la lista a su tío, sin conocer parte de su historia.

—Sí, hijo, tienes razón... ¿Quién sería capaz de cometer semejante estupidez? —se burló Josh mientras golpeaba la espalda de su amigo y cuñado quien, furiosamente, le arrebató el ajado papel a su sobrino.

Las carcajadas de Josh habrían continuado sin descanso a pesar de que Alan lo fulminaba con su mirada si no hubieran visto cómo el alocado de Dan corría como si la vida le fuera en ello mientras gritaba, alarmantemente:

—¡Arrancad!

—Pero ¿qué pasa? —preguntaron los sorprendidos ocupantes del vehículo mientras tomaban sus asientos.

—¡Que papá ha encontrado su escopeta y quiere sitio en el coche para darle una lección a Roan! ¡O nos vamos o se lo carga!

—¡Nos vamos! —anunció Josh instantes antes de dejar una estela de polvo tras ellos y a un alocado anciano que corría a su encuentro armado con una escopeta.

—Creo que me voy a arrepentir de haberos dado la dirección de Roan... No

tengo muy claro si vais a ayudarlo o a torturarlo.

—A ayudarlo —contestó Dan.

—A torturarlo —declaró Josh a la vez que su hermano.

—Un poco de ambas —expuso Alan—. Pero, sobre todo, vamos a recordarle que lo que más valoramos en esta familia no se puede comprar.

—¿Y eso es...? —preguntó Nathan, confuso.

—El amor —contestaron los tres alocados personajes simultáneamente.

—En serio, no pienso enamorarme nunca y menos aún ser tan loco como vosotros —declaró Nathan, recibiendo como respuesta las carcajadas de sus parientes.

—Demasiado tarde para eso, Nathan —anunció Josh a su hijo, recordando las palabras con las que un día su padre lo aleccionó.

—¿Sí? ¿Y eso por qué?

—Porque tú eres un Lowell y, por lo tanto, serás un loco en el amor.

* * *

Varios días después de la llamada que le hice a Nathan todo estaba dispuesto para mi viaje. Había cerrado la mayoría de los negocios que estaba llevando a cabo en esos momentos, y los proyectos a largo plazo que debía revisar quedaron en manos de hombres de confianza. Mis maletas estaban hechas, mi piso cerrado, el anillo que quería colocar en la mano de Helena permanecía dentro de su estuche en mi bolsillo y mis ganas de recuperar a la mujer que amaba me animaban a seguir adelante en esa locura. El último obstáculo para emprender mi viaje sería indudablemente el más difícil de superar de todos. No obstante, no iba a permitir que nada más me impidiera conseguir lo que quería, porque tanto Helena como yo ya habíamos esperado demasiado tiempo para el amor.

—¿Me puedes explicar qué significa esto? —preguntó mi abuelo mientras observaba la carta que había dejado en su despacho, donde le informaba de

que me tomaba las vacaciones de las que no había disfrutado en años.

—He decidido tomarme el descanso que creo merecer —respondí sin tomar asiento, poniéndome a la par de mi abuelo en esa disputa que estaba decidido a ganar.

—¿Y por qué justamente ahora? —insistió mi abuelo, sospechando que tramaba algo.

—Necesito aclarar mis ideas sobre varias cuestiones, entre ellas, qué es lo que quiero hacer con mi vida de cara al futuro —anuncié con firmeza, a pesar de que mi abuelo no le concediera importancia alguna a mis palabras, tal vez porque para sus planes no le convenía escucharme en absoluto.

—Creía que tu futuro ya estaba bastante claro, Roan: el año que viene anunciaremos tu nuevo cargo como mi sucesor ejecutivo y tú te encargarás de dirigir esta empresa de la mejor forma posible, bajo mi supervisión, por supuesto —especificó mi abuelo, aclarándome que solamente sería un conveniente monigote al que pretendía manipular desde las sombras para seguir aferrado a su puesto en la empresa.

—Me pregunto por qué nunca nadie me ha preguntado lo que quiero y siempre dais por hecho lo que deseo... —repuse, haciendo que mi abuelo frunciera el ceño, disgustado ante mis palabras.

—Porque es evidente que cualquiera desearía este cargo y esta posición y, por supuesto, todas las ventajas que conlleva —declaró mi abuelo, levantándose del sillón mientras me lo ofrecía tentadoramente.

—¿Estás totalmente seguro de eso, abuelo? —le pregunté, haciéndolo dudar por unos instantes, ya que lo que me estaba ofreciendo no me tentaba en absoluto y él se dio cuenta.

—Creo que tienes razón, Roan. Necesitas desconectar un poco para aclarar tus ideas y restablecer tus prioridades. Te prepararé un viaje a una de nuestras villas en Europa y...

—No, abuelo. En esta ocasión necesito estar solo. Gracias por tu ofrecimiento, pero ya he planificado yo mismo mi viaje.

—Vayas a donde vayas tienes que disponer de las adecuadas medidas de seguridad, Roan. Ya sabes lo importante que es tu nombre y los enemigos que éste trae consigo... —me recordó mi abuelo, aunque no sabía si lo hacía porque estaba preocupado por mi protección o simplemente porque, como siempre, deseaba mantenerme vigilado.

Pero esta vez yo estaba preparado y no permitiría que nadie se interpusiera en mis planes de correr tras Helena para recuperarla.

—Ya me he encargado de eso también, abuelo: he llamado a la empresa que se encarga de nuestra seguridad y me han enviado un joven escolta que no destaque tanto como los rígidos hombres con los que solemos contar. Quiero descansar y no llamar demasiado la atención allí donde vaya, como hago usualmente.

—¿Y eso por qué?

—Porque antes de desaparecer por completo bajo ese pesado cargo que me ofreces quiero volver a ser Roan, no uno más de los poderosos Miller, sino yo mismo. Aunque sea durante un corto período de tiempo —dije, sabiendo que eso era algo que mi abuelo no podía negarme, ya que una vez él mismo estuvo en esa misma situación.

—De acuerdo, Roan. Te concederé ese descanso que al parecer tanto necesitas para tomar fuerzas y hacerte cargo de tus responsabilidades más tarde —cedió mi abuelo con un suspiro de resignación, sin dejar de demostrar su descontento—. Pero antes, haz pasar a ese muchacho que has contratado para que mantenga una conversación con él sobre lo que espero de su trabajo. Y espero que no sea pelirrojo... No sé por qué, pero tu madre tiene una manía especial a los escoltas que tienen el pelo de ese color —me advirtió mi abuelo que, por una vez, no era tan inteligente como presumía y al cual mi astuta madre había superado, pues ella sabía que los Peterson, esos llamativos pelirrojos que formaban parte de la familia de mi amigo Nathan siempre me ayudarían a llevar a cabo mis locuras, aunque sólo cuando estuviera bajo su protección.

—No te preocupes, éste no es pelirrojo —contesté antes de abrir la puerta para dejar pasar a mi nuevo escolta que, por su ceño fruncido y la amenazante mirada que me dirigió, no parecía estar muy de acuerdo con la idea de protegerme.

Un Nathan tremendamente serio, enfundado en un traje negro y llevando unas gafas de sol que escondían sus irónicos ojos azules, se adentró con paso firme en el despacho del poderoso Herman Anderson Miller, mi abuelo. Pero a él, como a todos los Lowell, el poder o el dinero no lo impresionó lo más mínimo.

—¿Tiene usted alguna experiencia previa como escolta? —preguntó mi abuelo sin preocuparse de preguntarle su nombre o de presentarse ante un nuevo empleado, ya que ésas eran cosas que a mi abuelo no le importaban.

—Sí, durante años he protegido a un hombre de negocios bastante importante —respondió Nathan con voz firme, para añadir en un susurro que sólo yo escuché—: A pesar de que éste sólo fuera un quejica llorón.

—¿No es usted algo joven para desempeñar este trabajo? —continuó mi abuelo, intentando amilanarlo, pero Nathan no era de los que se dejaran intimidar.

—Sí, pero estoy altamente cualificado. Empecé muy pronto en este trabajo. Se puede decir que llevo toda la vida protegiendo a alguien —dijo, volviendo su cabeza levemente hacia mí. Y cuando mi abuelo apartó un momento su mirada para observar un documento que tenía delante de él en su escritorio, me dirigió una recriminadora mirada culpándome de ello.

—¿No le parece algo repentina la asignación de este trabajo? No creo que haya usted dispuesto del tiempo necesario para conocer las rutinas de su protegido ni las normas que la familia Miller exigimos de nuestros empleados.

—En efecto, estaba a punto de tomarme unas vacaciones cuando alguien me ha reclamado para este trabajo y no he podido negarme. Es todo un reto que afrontaré con toda mi profesionalidad —declaró Nathan, dirigiéndome una de esas amables y falsas sonrisas suyas, lo que me hizo temer por la revancha que

se tomaría al haberse visto obligado a cambiar sus planes ante mi inoportuna petición.

—Como comprenderá, tengo que medir si es usted el hombre adecuado para la protección de mi futuro heredero. El salvaguardar a Roan de cualquier daño, incluidos los derivados de sus caprichos, es algo que deberá tener en cuenta en todo momento y por encima de todo.

—No se preocupe, señor Miller, estoy acostumbrado a tratar con personas muy caprichosas y de difícil trato —dijo Nathan con cierto retintín.

—Si no te importa, Roan... —me pidió mi abuelo mientras me señalaba la puerta mostrándome que quería cierta privacidad para tratar con Nathan antes de decidir si era el acertado para acompañarme en ese viaje.

Aunque más bien intentaría sobornarlo para que vigilara todos y cada uno de mis pasos, informándole de todo lo que hacía, algo que no me convenía en absoluto en mi regreso a Whiterlande.

Preocupado, miré la rígida postura de mi abuelo que, una vez más, tomaba asiento detrás de su enorme escritorio. Me pregunté si Nathan sería otra más de las personas que mi abuelo lograba mover a su antojo, pero mientras me dirigía hacia la salida, vi una sutil y socarrona sonrisa en el rostro de mi amigo y supe que él, al igual que todos los miembros de su alocada familia, era alguien que nunca se dejaría manejar.

Inquieto, me paseé delante de la puerta del despacho de mi abuelo varias decenas de veces antes de que finalmente ésta se abriera y mi amigo saliera de ella para dirigirme un semblante serio que no dejaba entrever nada de lo que había ocurrido en esa reunión.

—¿Qué ha pasado? ¿Has conseguido el trabajo? ¿Podemos salir ya de viaje? —pregunté, nervioso. Ante lo que Nathan se limitó a responderme con una pérfida sonrisa.

—Caminemos.

Después de ver los múltiples ojos curiosos que nos seguían por la oficina, supe por qué me pedía Nathan un poco de tiempo para responderme. No

obstante, la satisfecha sonrisa que mostraba mientras me hacía esperar me llevó a pensar que estaba disfrutando.

Tras salir del imponente edificio, sede del imperio de la familia Miller, seguí los pasos de mi amigo pese a que debería ser justo al revés, ya que se suponía que Nathan era mi guardaespaldas. Caminamos un buen trecho hasta quedar bastante alejados de la lujosa calle que rodeaba mis oficinas. Incluso el muy maldito tuvo la insolencia de pararse en un puesto de perritos calientes y de disfrutar de un rápido bocado antes de contestar. Y sólo cuando hubo terminado de comer, haciéndome pagar su almuerzo, se dignó a dirigirme la palabra y a relatarme lo que había ocurrido.

—Tu abuelo me ha sobornado para que te espíe en tu viaje.

—Me lo esperaba... Y dime, ¿qué ha hecho cuando lo has rechazado?

—No lo he rechazado —replicó, quedándose tan pancho ante mi boquiabierto rostro—. ¡Dios! ¡Por una vez me van a pagar por cuidarte! —exclamó, alzando los brazos al aire—. ¡Y no sabes cuánto! —dijo, mientras mantenía la vista desenfocada pensando en algo, probablemente en qué se gastaría el dinero.

—¡Pero creí que ibas a ayudarme! —exclamé, confuso y enfadado ante la traición de mi único amigo.

—Y lo estoy haciendo; si no hubiera aceptado el soborno, tu abuelo no habría tardado ni un segundo en deshacerse de mí. De este modo te concedo la libertad que quieres, me gano un buen dinerito extra y le cuento a tu abuelo lo que me dé la gana.

—¿Crees que tendremos algún problema con la seguridad? —pregunté, consciente de que mi abuelo podría mandar a alguien más detrás de mí si no estaba satisfecho con Nathan.

—No te preocupes, lo tengo todo controlado... —repuso, alzando su dedo pulgar a la vez que me dirigía una de sus maquiavélicas sonrisas, lo que me hizo sospechar que allí ocurría algo raro. Y antes de que pudiera indicarle lo intranquilo que me dejaban sus imprecisas palabras, un coche bastante

destartalado se detuvo junto a nosotros, tres tíos enmascarados salieron de su interior y me cogieron en volandas mientras me ataban de pies y manos. Cuando estaban a punto de amordazarme, dirigí la mirada hacia mi protector, que seguramente estaría luchando para salvarme, pero para mi asombro, el bastardo se estaba pidiendo otro perrito caliente.

—¡Nathan, que me secuestran! —exclamé, aterrorizado.

Y como siempre había hecho, él me protegió a su manera:

—Tú déjalos, así se cansarán antes. A su edad no creo que tengan demasiadas energías para hacer el tonto —declaró Nathan, haciéndome ver que conocía a esos desaprensivos sujetos que no tuvieron piedad alguna al meterme un calcetín sucio en la boca antes de amordazarme.

Y mientras me metían en el maletero del coche, reconocí sus voces y caí en la cuenta de quiénes eran esos alocados personajes que habían venido a por mí.

—Chaval, ¿acaso no te dije que no se hace llorar a las mujeres? Hemos venido a aleccionarte —notificó la voz de la persona en la que más había confiado durante mi niñez—. Ahora sólo depende de ti el que aprendas algo —concluyó Alan Taylor mientras pegaba en mi frente un viejo papel con la infantil letra de Helena, que acabé reconociendo como esa lista en la que ella me pedía lo imposible. Y mientras el maletero se cerraba, recordé cuando yo era ese niño que estaba dispuesto a todo por cumplir ese imposible. Tan sólo por ella.

* * *

—¿No creéis que deberíais soltarlo ya? Lleva una hora atado a esa silla y, sinceramente, la tortura con ese calcetín era innecesaria —intentaba hacer razonar Nathan a sus mayores, los cuales retenían a Roan en una silla, donde seguía atado y amordazado. Y como si ese castigo fuera insuficiente, se encontraba de cara a la pared con una nota pegada en la frente.

—¡No! Tiene que pensar en lo que ha hecho —declaró Alan, ante lo que sus alocados compinches asintieron con la cabeza.

—¡Venga ya! ¿Es que vosotros no habéis cometido ningún error en vuestras relaciones? Sé de buena tinta que en más de una ocasión habéis hecho llorar a una mujer —recordó Nathan, tratando de que alguno de ellos cediera ante esa locura—. Creo que si el abuelo se hubiera metido en vuestras relaciones como ahora estáis haciendo vosotros, ninguna de ellas habría acabado bien. Además, Roan esta tremendamente arrepentido de lo que ha hecho, ¿verdad? —preguntó Nathan al castigado sujeto que no dejaba de asentir con la cabeza mientras murmuraba su arrepentimiento.

—Vale, ¡pero más vale que haya aprendido la lección, o de lo contrario, le dejaré vía libre a tu abuelo! Y créeme: la última vez que vio llorar a su nieta no era un hombre racional en absoluto, y ahora menos todavía después de haber recuperado su vieja escopeta de perdigones.

Después de estas palabras, Dan y Josh dieron la vuelta a la silla donde estaba Roan, y Alan, de un implacable tirón, le arrancó la lista que tenía pegada en la frente para dejarla caer sobre su regazo.

—¿Estás dispuesto a todo por ella? —preguntó Alan a Roan mientras le quitaba la mordaza, midiendo la valía de ese sujeto.

—¡Esta lista es imposible de satisfacer! —se quejó Roan. Y antes de que Alan volviera a introducir el calcetín en su boca, añadió, apresurado—: ¡Pero por ella estoy dispuesto a intentarlo!

—No lo intentes, simplemente hazlo —replicó Alan mientras lo liberaba de sus ataduras. Y cuando Roan comenzaba a creer que su castigo había terminado, se dio cuenta de que tan sólo acababa de empezar al verse rodeado por esos tres implacables hombres que le anunciaron al unísono:

—¡No te preocupes, nosotros te ayudaremos!

—Ya te recomendé en una ocasión que no les pidieras ayuda... —le recordó Nathan a Roan, haciéndose a un lado sin entrometerse en la venganza de sus mayores.

—Bueno, vemos cuál es el primer punto de esta maldita lista... —comenzó a leer Roan. Y mientras se llevaba las manos a la cabeza ante lo que esa alocada mujer esperaba de su hombre ideal, los demás se rieron de su desgracia.

* * *

1. Que sea el mejor motorista del mundo y que tenga la mejor moto.

A pesar de haber escuchado cuando niño la historia de cómo acabaron juntos los padres de Helena en la que aparecía como protagonista fundamental una lista similar, pensé que yo no lo tendría tan difícil. Después de todo, según mi familia, yo me había convertido en el hombre perfecto.

Pero cuando comencé a leer las notas que Helena había realizado en su infancia, un discutible listado de cualidades que ni siquiera llegó a terminar, comencé a preocuparme. Sobre todo cuando recordé que lo que Helena veía como «su hombre perfecto» distaba mucho de lo que el resto del mundo consideraba como tal.

Aun así, estaba decidido a cumplir con todos los malditos requisitos que Helena me exigía por dos motivos: el primero, para demostrarme a mí mismo que podía convertirme en el hombre que Helena necesitaba, una meta que con el tiempo había comenzado a olvidar; y, en segundo lugar, porque si no intentaba con todas mis fuerzas cumplir con todos esos requerimientos plasmados en ese endemoniado papel, sus sobreprotectores familiares no me dejarían acercarme a Helena ni en un millón de años.

Tras leer el primer punto me dije que no lo tenía tan difícil como lo tuvo en su día el señor Taylor, así que sonriendo con satisfacción a mis forzosos acompañantes en ese viaje de vuelta a Whiterlande, anuncié:

—Esta misma tarde me acercaré al concesionario para adquirir la mejor moto que tengan, quizá una BMW, o una Triumph, o una Suzuki... o tal vez una Harley Davidson. ¿Cuál creéis que será la mejor? —pregunté con presunción.

Pero mi convicción de que ese primer punto sería tan fácil de cumplir con apenas sacar a pasear mi tarjeta de crédito pronto se vino abajo cuando recibí como respuesta la maliciosa sonrisa de esos tres tipos que me advertían de que yo no iba a ser la excepción a la regla y que tampoco lo tendría fácil en el amor.

Cuando comencé a abrir la boca para preguntarles qué inconveniente veían a mi plan, mi inestimable guardaespaldas se apresuró a mostrarme lo que yo aún no había apreciado en mis prisas por cumplir esa dichosa lista.

—Si haces ese tipo de compras con tu tarjeta de crédito, tu familia se preguntará la razón de semejantes gastos, con lo que no dudarán ni un instante en buscarte allá donde estés. Y como nosotros no queremos eso...

Sin esperar a mi respuesta, Nathan se dirigió hacia la mesa donde se hallaba la cartera que había perdido durante mi forcejeo con esos secuestradores chapuceros. Y cogiendo las tarjetas de crédito que tenía en su interior, las dobló una por una hasta partirlas, imposibilitándome el poder utilizarlas.

—Y ahora que no puedes usar el dinero de tu familia, ¿qué? Dime... ¿cómo piensas adquirir ese vehículo? —preguntó el señor Taylor mientras acariciaba su barbilla, complacido al detectar en mi rostro un gesto de desasosiego ante lo que me esperaba al tratar de hacer realidad cada uno de los sueños de Helena en su búsqueda de un hombre que nunca podría existir.

—No te preocupes, chaval, yo tengo la solución —anunció alegremente Dan Lowell, convirtiéndose en mi salvador.

—Muchas gracias —contesté aliviado, pero en el momento en el que la socarrona sonrisa de Alan Taylor se amplió, comencé a sospechar que tal vez la ayuda de ese alocado Lowell no era la mejor solución para resolver mis problemas, sino justo lo contrario.

* * *

—Bueno, chaval, ahora sólo tienes que acercarte a la barra y decir que vienes de parte de Mary. Luego será pan comido: sólo tendrás que cambiar alguno de tus caros juguetitos... —dijo Dan señalando el reloj de diseño y los gemelos de oro de Roan mientras proseguía con su explicación—... por una de sus motos, ¡y ya está! ¿A que es fácil? —acabó Dan alegremente mientras golpeaba la espalda del joven vestido de Armani, que escuchaba con espanto sus palabras de aliento sin tenerlas todas consigo al verse obligado a entrar en un garito de rudos motoristas.

—Esto... ¿y quién es Mary? —preguntó Roan, intentando aplazar al máximo posible el momento de adentrarse en ese local, en donde ya todas las miradas estaban fijadas en él, sin transmitirle demasiada confianza en su misión de buscar hacer algún trato.

—¡Y yo qué sé! Es la contraseña que mi padre me dijo que debías decirle al dueño del bar para que te concediera un trato especial —contestó despreocupadamente Dan, empujando a Roan un poquito más.

Y cuando los pasos de Roan comenzaron a resistirse de nuevo a continuar su camino hacia la barra para seguir con ese loco plan que cada vez le parecía menos adecuado para alcanzar sus fines, la profunda y resuelta voz de Alan detrás de él lo motivó a seguir adelante con esa locura.

—¿Quieres cumplir esta lista, sí o no? —dijo Alan sacando una vez más ese papel de su bolsillo para mostrársela.

—Sólo por ella... —susurró Roan una y otra vez mientras cogía aire y se mentalizaba antes de adentrarse entre la clientela de ese bar de moteros, decidido a seguir los consejos de esos hombres, aunque fueran un disparate. Después de todo, ¿qué podía pasar?

* * *

—Aclárame una cosa, Dan: ¿de qué humor estaba nuestro padre cuando te indicó esta dirección y te comentó que utilizásemos esa extraña contraseña? —

preguntó Josh, un tanto confuso con que el beligerante anciano que días antes sólo quería la sangre de Roan, ahora se decidiera a ayudarlo.

Pero antes de que Dan contestara a su hermano, las dudas de Josh fueron rápidamente resueltas cuando vio a Roan dando su mensaje y, de inmediato, al dueño de ese tugurio propinándole un puñetazo en toda la cara, empezando así una pelea.

—De muy mal humor —confirmó Dan con una maliciosa sonrisa a pesar de que ya no hiciera falta.

—¡Oye, papá! ¡Que se supone que tengo que protegerlo! —protestó Nathan cuando vio que su amigo recibía más de un golpe.

—No te preocupes Nathan: tu amigo está bien —repuso Josh despreocupado mientras buscaba a una de las atractivas camareras para hacerse con una cerveza.

—¿De veras? ¿Tú crees? —replicó Nathan a la vez que alzaba una de sus cejas.

—Sí, claro. ¡Mira! Ya se levanta... —señaló alegremente Josh, observando que el maltratado chaval al fin parecía comprender que tenía que defenderse.

—Para caer de nuevo... —dijo Dan mientras veía cómo Roan parecía estar algo oxidado en eso de pelear.

—¡Vaya! ¡Con lo bien que aprendió a defenderse cuando era un mocoso! En fin, al parecer ésa es otra de las cosas que ha olvidado con el paso del tiempo —comentó críticamente Alan mientras sus ojos no se apartaban del chico que había perdido el rumbo, muy dispuesto a mostrarle cuál era el camino adecuado para llegar hasta su hija, aunque las lecciones pudieran ser bastante dolorosas.

En cuanto Roan se cansó de que lo confundieran con un saco de boxeo y resolvió mostrar sus agallas poniéndose en pie para adoptar una pose defensiva con la idea de defenderse y plantar cara, unos cuantos sujetos más de ese local decidieron participar en la pelea. En ese momento, los individuos que observaban atentamente sus avances concluyeron que ya era hora de

intervenir, así que despidiéndose de sus cervezas cuando la camarera al fin se dirigía hacia su mesa, los tres amigos se dirigieron hacia Roan para ayudarlo en la pelea, igualando el número de contrincantes.

—Luego me tienes que decir quién narices es esa Mary... —exigió Josh a su hermano Dan, sin entender por qué la mera mención de ese nombre había provocado esa trifulca.

—¡Eso pregúntaselo a papá! ¡O mejor a mamá! —contestó Dan con una sonrisa mientras se enorgullecía de haber podido guardar un secreto por una vez en su vida.

—¡Bueno, muchachos, al lío! ¿Piedra, papel o tijeras? —exclamó Alan, poniendo fin a la conversación y proponiendo una manera de repartirse a sus oponentes, ya que el ganador de ese juego elegiría primero a su rival.

* * *

«Debí seguir las indicaciones que me solía ofrecer Nathan acerca de aceptar consejos o ayudas de parte de su familia», pensaba mientras me reprochaba a mí mismo mi estupidez al tiempo que mi culo acababa una vez más en el suelo. Pero es que, inocente de mí, me agarré a la alocada propuesta que Dan Lowell me propuso tan vehementemente como a un clavo ardiendo, sin recordar que ése era el más irreflexivo de los tres protectores de Helena.

En un principio no me pareció mal la idea de canjear alguno de mis caros bienes, que únicamente tenían un valor monetario para mí, pero ninguno sentimental. Excepto el anillo de Helena, que, gracias a Dios, mantenía a buen recaudo en el hotel. Por lo tanto, deshacerme de cualquiera de mis otras pertenencias no me suponía ningún problema si con ello lograba superar el primer punto de esa dichosa lista. Así pues, tras hacer acopio de valor, penetré en ese grasiento tugurio de sucios suelos, estruendosa música y tenues luces que iluminaban un lúgubre y maloliente ambiente. El bar de moteros poseía una deslucida barra que hacía juego con unos inestables taburetes, y varias

pequeñas mesas redondas de roble con sus desvencijadas sillas se repartían por el lugar. La sala estaba llena de juegos de azar, de tipos peligrosos de mirada torva y de chicas provocativas, y lo atendían unas llamativas camareras bajo las órdenes de un sujeto de unos cuarenta años, de aspecto siniestro. El tipo llevaba una larga melena negra que comenzaba a mostrar algún que otro mechón gris, una barba que ocultaba gran parte de su rostro, unas gafas de sol que no disminuían la intensidad de la intimidación de su mirada, e iba vestido con unos viejos y raídos vaqueros y un chaleco de cuero sobre una camiseta que rezaba «Muerte a los intrusos». No me inspiró mucha confianza la idea de hablar con ese hombre, aunque por su amenazante mensaje supuse que sería el propietario del local, la persona a la que tenía que dirigirme para conseguir algo. Pronto comencé a sospechar que, tal vez, ésa no era la mejor forma de adquirir un vehículo y empecé a dudar si sería capaz de conseguir la moto que necesitaba.

Empujado por las instigadoras palabras de un hombre que aún no me perdonaba que hubiera dañado a su hija, me dejé guiar hacia la peor idea del mundo, y cuando entregué el mensaje con el que Dan me había asegurado que «recibiría un trato especial», el peligroso tipo que había detrás de la barra me mostró como de especial era mi trato con un par de puñetazos.

Después de susurrar una docena de maldiciones contra la tal Mary, el tipo cayó sobre mí con furiosos golpes que yo apenas recordaba cómo evitar. Por unos instantes, fui otra vez aquel atemorizado niño que apenas sabía defenderse e, inocentemente, me quedé quieto, esperando que alguien viniera en mi auxilio, en especial ese amigo que pretendía ser mi guardaespaldas, o incluso los individuos que hasta entonces siempre me habían brindado su ayuda. Hasta que comprendí que esa familia me estaba dando una lección.

Entre golpe y golpe, recordé las lecciones aprendidas en el pasado, lecciones que tomé en su día únicamente para proteger a Helena de los abusos. Por fin, con la misma decisión de cuando era apenas un niño,

comencé a devolver cada uno de los puñetazos de ese tozudo energúmeno que se empeñaba en pagar conmigo el enfado que sin duda tenía con otra persona.

Ya comenzaba a apañármelas en esa pelea cuando unos cuantos amigos del dueño del local decidieron tomar parte, todos contra mí. Comencé a temerme lo peor hasta que, por el rabillo del ojo, pude ver que la ayuda que había esperado de parte de mis torturadores al fin llegaría, pues se estaban levantando de la mesa para dirigirse hacia mí. Aunque, a mitad del camino se detuvieron... ¿para jugar a «piedra, papel o tijeras»?

—Pero ¿qué cojones están haciendo? —murmuré furioso, incapaz de comprender a esa alocada familia y cada una de sus acciones.

Más irritado que nunca con cada uno de ellos, descargué toda la furia que me invadía en esos instantes con los impresentables que tenía ante mí. Golpeando sin cesar con mis puños, y propinando alguna efectiva patada, aprendida de mis clases de defensa personal, acabé derribando a varios de esos tipos. Luego volvieron a levantarse, pero volví a derribarlos con algunos potentes y certeros puñetazos.

Finalmente, la ayuda acudió junto a mí. Aunque yo ya no la necesitaba.

Sin saber cómo era capaz de seguir en pie después de esa trifulca, miré asombrado a mi alrededor: todos los tipos que me rodeaban momentos antes con intención de darme una paliza estaban inconscientes en el suelo. El único que quedaba en pie era el furioso tabernero que aún maldecía el nombre de Mary.

Josh Lowell deslizó una silla por el suelo hacia mí y Alan Taylor me obligó a sentarme. Entonces fue cuando recibí la ayuda de esos sujetos: Dan se dirigió hacia el tipo que todavía intentaba abalanzarse sobre mí, pese a la oposición de Josh. Aunque la ayuda que Dan iba a proporcionarme fue bastante inesperada:

—¡Buenas! Parece que ha habido algún malentendido, caballero. Mary nos ha enviado con la intención de pagarte ese dinero que tú crees que le estafó a tu padre, aunque también me ha pedido que te asegure que nunca hizo trampas

en aquella partida de póker —dijo Dan, aclarando el motivo del enfado del tabernero, aunque no revelaba quién era la maldita Mary—. Este chaval es quien te pagará toda su deuda y, además, quiere comprarte una moto.

El árido humor de ese hombre cambió rápidamente ante la perspectiva del dinero, transformando su fruncido ceño en una sonrisa torcida que me llevó a preguntarme cuán elevada sería esa deuda.

Salí de dudas al final de la noche, una vez vi «mi adquisición». Delante de mí tenía una moto terriblemente vieja y sucia, que no me atrevía a tocar por miedo a que se cayese desmontada, una moto en la que ninguna chica querría montarse, ya que estaba muy lejos de ser un vehículo aceptable y, por supuesto, que de ningún modo podía catalogarse como «la mejor moto del mundo». Para colmo de males, me habían desplumado de todas mis pertenencias para saldar la deuda, incluyendo mi caro traje de Armani.

—Bueno, por lo menos ya tienes la moto —me dijo Alan con una burlona sonrisa en la cara, riéndose una vez más de mi presunción de cumplir con facilidad los malditos puntos de esa dichosa lista.

—¿Usted cree? —gruñí un tanto molesto al observar el desastroso vehículo que tenía delante de mí.

—Bueno, chaval: creo que debemos regresar al hotel —señaló el señor Taylor, riéndose de mí al observar el lamentable aspecto que presentaba en esos momentos, vestido tan sólo con mis calzoncillos tipo bóxer y mis caros zapatos.

—Sí, creo que será lo mejor... ¿Podría llevarme la moto a la dirección que le proporcione? —comencé a pedir amablemente al antiguo dueño de la moto, que me contestó riéndose en mi cara a la vez que me mostraba su negativa con un gesto tan claro como maleducado con uno de sus dedos—. Bueno, entonces tal vez lo mejor será que volvamos al hotel y que mañana pasemos a recogerla —dije, rogando en silencio porque a la mañana siguiente me hubieran robado ese trasto inútil que solamente me serviría para dar una imagen aún más penosa de la que Helena ya tendría de mí.

—Tú mismo... —dijo Josh mientras abría el maletero del coche en el que habíamos circulado, recordándome cuál era mi lugar asignado en ese viaje desde el principio.

Decidido a no volver a verme encerrado en ese agobiante lugar, me subí a mi nuevo montón de chatarra con ruedas y la arranqué, causando un ruido ensordecedor acompañado de una espesa nube de humo negro que me llevó a pensar que, si salía vivo después de conducir ese trasto, sin duda cumpliría con el primero de los puntos de esa maldita lista, ya que indudablemente me convertiría en el mejor motorista del mundo...

Capítulo 15

2. Que sepa defenderse y siempre gane todas sus peleas.

—Bueno, chaval, creo que podemos tachar este punto de la lista —anunció Alan mientras se compadecía del maltratado muchacho que descansaba en una de las sillas de la pequeña habitación de hotel que compartían, ya que Roan, después de adquirir su nueva moto, se había quedado sin dinero, sin sus caras pertenencias e incluso sin su orgullo después de salir en paños menores de ese establecimiento de moteros.

Aun así, Alan se preguntaba si para Elisabeth sería suficiente la tortuosa experiencia por la que había pasado Roan para calmar su genio, o si, como sospechaba, su vengativa mujer exigiría más de la sangre de ese chico. Tras recordar lo difícil que lo tuvo él mismo en el pasado con una lista similar, Alan dedujo que no, y cuando recordó las lágrimas que su pequeña Helena había derramado en más de una ocasión a causa de Roan, llegó a la conclusión de que él tampoco estaba satisfecho todavía con su pequeña venganza contra ese chaval.

—No sé yo qué decirte —intervino maliciosamente Josh mientras acariciaba su barbilla, intentando aparentar que estaba pensando en algo más profundo que no fuera el joder un poco a ese chaval por todos los errores que había cometido. Pero como lo conocía desde la infancia, Alan no albergaba ninguna duda de que su amigo y cuñado quería tener su parte en esa revancha, ya que a él también le disgustaba que alguien hubiera hecho llorar a su sobrina.

Roan levantó la fría lata de cerveza que apoyaba en uno de sus ojos, que comenzaba a tornarse de un intenso tono morado, y sin poder evitarlo, los

fulminó con su mirada mientras comenzaba a maldecir a esa colección de barbaridades que lo traía de cabeza.

—Dame eso, tío Alan —pidió Nathan, sin duda el más blando de todos los Lowell y el único que se compadecía realmente de Roan. Y mientras le arrebatava la lista a su tío Alan y reprendía a su padre con una de sus más severas miradas, no dudó en tachar ese maldito punto, fuera cierto o no que Roan lo hubiera conseguido. Luego, sin más se la devolvió a Alan.

Éste sonrió ante el atrevimiento de su sobrino, y después de ver a Roan suspirando de alivio decidió continuar con el castigo que Elisabeth se había empeñado en que le diera a ese muchacho y, de paso, disfrutar un poquito con esa tortura hacia el hombre que había hecho sufrir a su niña.

—Veamos el tercer punto. Alan leyó:

3. Que tenga el aspecto de un chico malo.

—¿Y cuál se supone que es el aspecto de un chico malo? —preguntó Roan, confuso, mientras intentaba ver a través de su inflamado ojo al hombre que se burlaba de nuevo de él al esgrimir esa inalcanzable lista delante de su cara.

Todos los hombres que se encontraban en esa habitación se miraron unos a otros buscando una respuesta, y poniendo palabras a lo que todos pensaban acerca de las atolondradas ideas que algunas veces tenían las mujeres, Alan comentó con ironía, sin contestar a la pregunta de Roan:

—Me encanta la lógica femenina, ¿a ti no?

Roan suspiró, y desplomándose en la silla, abandonó sus esperanzas de encontrarse más cerca de satisfacer las exigencias de esa mujer.

—¡No te preocupes, chaval, nosotros te ayudaremos! —anunció alegremente Dan. Y mientras esas palabras lo habían animado cuando era pequeño, en esos momentos lo único que lograron fue que Roan comenzara a temer por el nuevo lío en el que, con toda seguridad, lo meterían esos irresponsables individuos que aún estaban furiosos con él. Muestra de ello eran las malévolas sonrisas que lucían mientras planeaban cómo «ayudarlo» a

superar un nuevo obstáculo que tal vez no sería tal si ellos decidiesen no otorgarle su auxilio.

—No te inquietes, para esta ocasión tengo a la persona adecuada para averiguar cómo podemos cumplir con este difícil requisito; no obstante, no sé cuánto te costará —anunció Alan mientras llamaba a alguien por teléfono. Y antes de que comenzara la conversación telefónica, Roan se imaginó qué miembro de la familia Lowell lo «socorrería» en esa ocasión, algo que lo llevó a temerse lo peor.

* * *

—¡Raymond, por milésima vez, ¿quieres dejar de perseguirme por la casa haciéndome preguntas absurdas?! —grité una vez más a mi hermano, que no dejaba de atosigarme como nunca antes lo había hecho.

Sospechaba que su acoso tal vez se debiera a que cuando volví a casa le estropeé su idea de hacerse con mi antigua habitación, volviendo a ocuparla después de abandonar a Roan, por lo que ahora solamente buscaba la forma de lograr que me marchase otra vez de casa de mis padres. O eso al menos era lo que me mostraban sus insistentes preguntas sobre un único tema muy concreto, uno que, por el momento, yo sólo quería olvidar.

—¡Venga, que no es para tanto! ¡Sólo tienes que decirme el tipo de chico que te gusta y ya está!

—¡Te lo advierto, Raymond, no intentes emparejarme con el hermano mayor de alguno de tus amigos! —lo amenacé mientras lo señalaba con uno de mis dedos, resuelta a dejarle claro que no quería que nadie se metiera en mi vida amorosa, y mucho menos, que mi hermano pequeño hiciera de celestina para mí.

—¿Y el padre de alguno de mis amigos? —preguntó con descaro mientras me seguía con una libreta en la mano, donde anotaba todas mis respuestas.

—¡Que nooo! —grité, intentando dejarle claro mi descontento.

Algo que no funcionaba con el persistente Raymond una vez que se le metía algo en la cabeza.

—«No le gustan los hombres mayores...» —comentaba Raymond mientras lo apuntaba en su libreta para continuar con su acoso.

Después de un día en el que no tuve descanso alguno, ni tampoco intimidación cuando Raymond me perseguía incluso hasta el baño para obtener de mí unas respuestas que no quería darle, me rendí a su insistente acoso. Especialmente cuando se hizo con el papel higiénico que yo necesitaba.

Tras salir del cuarto de baño, le arrebaté de las manos el papel higiénico y me encerré de nuevo en él, decidida a poner fin a su estúpido juego contestando a cada una de sus necias preguntas. Aunque nunca le aclaré que lo haría de buena gana o con la verdad.

—¡Está bien, pesado! ¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Qué tipo de persona te gusta? —preguntó mi hermano a través de la puerta.

—Hombres, en su mayoría —respondí sarcásticamente para ver si así lo escandalizaba, pero había olvidado por un momento que Raymond no se perturbaba con facilidad.

—«No les hace ascos a las mujeres...» —musitó mi hermano burlescamente mientras lo apuntaba en su cuaderno. Sentada en el inodoro, reflexioné sobre la extraña actitud de mi hermano, preguntándome para quién estaría elaborando esas absurdas anotaciones. Y más importante aún: cuánto le pagarían—. Creo recordar que te gustan los chicos malos, ya que has abandonado a uno de los buenos —dejó caer Raymond acusadoramente, ya que siempre había tenido predilección por Roan. Lo que él no sabía era que Roan había cambiado mucho desde que él lo conoció.

—Los buenos en ocasiones son gilipollas —repliqué bruscamente, negándome a explicarle a mi hermano pequeño más de la historia de cómo Roan me había roto el corazón.

—Te creo —dijo Raymond después de una pequeña pausa, como si

reflexionara sobre mis palabras, algo que me sorprendió—. Bueno, pues nada. Dime cómo sería para ti el aspecto ideal de un chico malo —volvió a insistir Raymond, y en ese momento dejé volar mi imaginación y le dije todas las cosas absurdas que pasaban por mi cabeza, sólo para que me dejara en paz. Después de todo, ¿qué podía hacer el idiota de mi hermano con mis absurdas exigencias, salvo buscar a un tipo que nunca llegaría a encontrar?

* * *

No me tranquilizó en absoluto que, tras colgar el teléfono, el señor Taylor me dirigiera una amable sonrisa y que a continuación anotara algo más en esa maldita lista. Eso me hizo temblar de miedo ante la nueva tortura que me esperaba.

Atormentándome con la espera, esos tres sujetos se arremolinaron alrededor de ese trozo de papel que tantos problemas me estaba trayendo. El único que permaneció a mi lado fue Nathan, más o menos, ya que en realidad se hallaba despreocupadamente tumbado en una cama junto a la mía mientras continuaba leyendo uno de sus libros y no parecía tener ningunas ganas de levantarse.

Después de evaluar las nuevas exigencias que habían sido añadidas a ese papel, los tres hombres negaron con la cabeza, y con una burlona sonrisa que ya comenzaba a detestar, Alan me anunció con sorna:

—Lo tienes crudo, chaval.

Mi amigo Nathan, que, por supuesto, siempre estaría allí para mí, se levantó de su lugar de reposo, sin duda para darme su apoyo en esos momentos, y con paso tranquilo llegó junto a sus familiares. Después de arrebatarme la lista a su padre, la ojeó con decisión y se acercó a mí con ella en la mano, para dejarla caer sobre mi regazo mientras me ofrecía sus inestimables palabras de apoyo que me ayudarían a seguir adelante.

—Sip, lo tienes muy crudo, Roan —dijo. Y pasando por mi lado, volvió a

tumbarse en la cama con toda tranquilidad para seguir disfrutando de su lectura.

Ante la mirada de indignación que le dirigí por su traicionero comportamiento, Nathan abandonó su libro por un instante para añadir:

—Sobre todo porque eres tú...

—¿Qué cojones significa eso? —pregunté al ver que todos los presentes estuvieron de acuerdo con esa afirmación. La respuesta la obtuve en cuanto bajé mi mirada hacia la estúpida lista de Helena, donde se detallaban las características que debía poseer alguien para ser considerado «un chico malo» por ella. A medida que leía, maldije una y otra vez esa absurda colección de estupideces porque ese individuo ideal era todo lo contrario que yo, algo que mis joviales acompañantes estaban más que dispuestos a ayudarme a solucionar, aunque a esas alturas tenía la certeza de que más bien se debía a su deseo de deleitarse un poco más con mi tortura antes que para ayudarme realmente a acercarme a Helena.

Sin saber por dónde empezar, contemplé con espanto ese papel hasta que Alan lo recuperó de mis manos. Tras suspirar con resignación ante las locuras de su hija, anunció tranquilamente:

—Pues vamos allá. Comencemos por el principio.

En un primer momento estuve de acuerdo con él, hasta que recordé que la primera condición que debía tener todo chico malo era la que más me espantaba, algo que Helena conocía perfectamente antes de decidirse a ponerlo en esa maldita lista.

—Odio las agujas... —susurré en voz baja, rogando porque esos sujetos no me escucharan. Y cuando oí una vez más cómo me ofrecían su ayuda mis torturadores particulares, supe que mis ruegos no habían servido de nada y que, de nuevo, acabaría metido en un millar de problemas.

* * *

Alan, viendo como ese chaval se esforzaba con tal de satisfacer las exigencias de la lista de su hija, le concedió un respiro y lo llevó a un sitio en el que pudiera emborracharse para desahogarse y olvidarse momentáneamente de todos los problemas que le acarreaba la penitencia que estaba cumpliendo.

Al principio se limitó a quejarse como un llorón por haber perdido a Helena y tener que recuperarla a base de cumplir los deseos de una lista tan imposible como aquélla, pero con la cuarta cerveza empezó a soltar su lengua sobre lo que pensaba verdaderamente.

—Ella sabe que detesto las agujas desde niño, y que hacerme un tatuaje sería algo imposible para mí. ¡Sólo por eso lo ha incluido en esa maldita lista! —gritó Roan, indignado, haciéndole recordar a Alan los fastidiosos requisitos que su mujer le había exigido años atrás en la suya, con la intención de hacerle desistir de sus intenciones para señalarle que él no era el adecuado para ella.

—Solamente tienes que hacerle ver lo equivocada que está contigo intentando cumplir con cada una de sus exigencias. Así, cuando intente alejarse de ti no podrá ponerte la excusa de que no eres lo que buscaba —dijo Alan, sumido en sus recuerdos.

—¡Pero Helena nunca había huido de mí hasta ahora! —dijo Roan apenado, recordando cómo lo había abandonado la mujer que amaba.

—Demuéstrale que te has esforzado al máximo por recuperarla, tal vez así te perdone —aconsejó Alan, cada vez más identificado con ese hombre que, aunque no era demasiado rápido reconociendo sus errores, sin duda estaba arrepentido de cada uno de ellos—. Además, algunos puntos de esa lista son del todo imposibles de cumplir para cualquier hombre —señaló Alan con una sonrisa, haciendo que Roan se fijara en el cuarto punto anotado en ese maldito papel.

—«Que no le tenga miedo a nada...» —leyó Roan con una irónica sonrisa en su rostro.

—Yo le tengo un miedo terrible a mi mujer cuando se enfada —dijo burlonamente Alan.

—A mí me aterra el yorkshire de la señora Wilkins. Cada vez que me acerco a él parece endemoniado, y aun con el bozal, esa pequeña masa de pelos puede llegar a ser acojonante —comentó Dan tras alzar su mano para intervenir en esa necia conversación, donde los reunidos mostraban cada una de sus imperfecciones, estuvieran o no en esa lista.

—La repostería de mi mujer.

—La repostería de mamá.

Anunciaron Josh y Nathan al unísono, ambos de acuerdo en cuál era su mayor miedo.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu temor más grande, Roan? —preguntó Alan, pensando que ese chaval le contestaría con alguna broma como habían hecho ellos, pero Roan se lo tomó en serio, y mirando el fondo de su copa, reveló su mayor temor, que hasta entonces sólo Helena conocía:

—Quedarme solo...

Convirtiéndose de nuevo por unos instantes en aquel solitario niño que siempre solicitaba sus consejos, esos hombres hechos y derechos sintieron un nudo en sus gargantas, y antes de que las cosas se pusieran más tristes, decidieron cometer una nueva locura con la idea de poder borrar un nuevo punto de esa lista, quisiera o no Roan.

—Conozco un lugar donde hacen tatuajes no permanentes, de esos que se borran después de dos semanas más o menos. Tal vez eso te valga para parecer un tipo peligroso —propuso Dan.

—¿Usted cree, señor Lowell? —preguntó Roan, emocionado ante la perspectiva de esquivar las peligrosas agujas que tanto lo aterraban, e ilusionado, terminó rápidamente con su cerveza para apresurarse a seguir a Dan en su búsqueda de ese lugar.

—No te preocupes, chaval, ¡déjalo todo en mis manos! —declaró Dan mientras golpeaba alegremente la espalda de Roan, dirigiéndolo hacia la salida.

—No aprende, ¿verdad? —dijo Nathan mientras negaba con la cabeza al

ver cómo se dejaba guiar una vez más su ilusionado amigo por uno de los alocados miembros de su familia.

—No —respondieron Alan y Josh al mismo tiempo sin dejar de seguir a Roan con la mirada, decididos a terminarse rápidamente sus cervezas para ver en qué nuevo jaleo era capaz Dan de meter al muchacho.

* * *

—Qué preferís, ¿una mariposa en el culo, un corazón en el pecho o una cadena en el bíceps? —preguntó Dan a sus amigos mientras contemplaba a Roan desmayado sobre uno de los sillones del salón de tatuajes, llegando a la conclusión de que ese chico no era bueno aguantando el alcohol.

—Tío Dan, estos tatuajes no son de los que se van en dos semanas... —indicó Nathan, señalando el equipo del profesional que esperaba a que le dijeran qué diseño elegían para su cliente mientras sujetaba su máquina de tatuar en una mano.

—Sí, es cierto, Nathan. Pero, como no recuerdo dónde estaba ese local, creo que este mismo nos servirá —repuso Dan despreocupadamente sin dejar de observar los dibujos expuestos ante él, tal vez para elegir el más vergonzoso.

—¡Papá, dile algo! —exigió Nathan a su padre, intentando salvar a su amigo quien, una vez más, había desoído sus consejos para seguir las desacertadas recomendaciones de uno de los miembros de su familia.

—Ese diablillo no está mal para el trasero... —apuntó Josh, ganándose una desaprobadora mirada de su hijo.

—¡De eso nada! A mí me gusta más esa brújula, y que la lleve grabada en el pecho para que no vuelva a perderse nunca más —objetó Alan, decidido a hacer de esa visita una nueva lección para ese hombre que todavía tenía mucho que aprender de la vida y, sobre todo, de las mujeres.

—¿Estáis locos? Qué pensáis hacerle a Roan, ¿tatuarlo mientras está

inconsciente? —inquirió Nathan, tratando de meter algo de lógica en las cabezas de esos incoherentes sujetos—. ¿Sabéis siquiera lo que dirá cuando despierte y se encuentre uno de esos ridículos dibujos grabado en su cuerpo?

Pero las palabras de Nathan no hicieron que esos obtusos individuos recapacitaran y se retractaran de sus acciones, sino que más bien los espoleó a cometer otro más de sus disparates cuando comenzaron a pelearse por ver cuál de los diseños que cada uno había elegido sería el más adecuado para Roan. El resultado fue el de siempre: como esos tres no se ponían de acuerdo, tomaron una decisión y Roan acabó con varios tatuajes. Ello demostraba que, aunque tal vez no llegara a ser un chico malo, realmente sí que era un idiota total cuando se emborrachaba.

* * *

Bueno, el primer paso para aparentar ser un chico malo fue resuelto con celeridad la noche anterior, algo que comprobé después de levantarme con una gran resaca y la mente un tanto borrosa y noté que me quemaba la piel en el pecho y en el brazo. Tras alzar mi camiseta descubrí sendos tatuajes: una brújula sobre mi pecho, a la altura del corazón, y una cadena en el brazo izquierdo, que me daba un aspecto bastante intimidante. Al parecer, el señor Lowell había hallado ese local de tatuajes de henna al que quería llevarme, aunque no le había importado demasiado entretenerse una y otra vez por el camino mientras hacía memoria para localizarlo al tiempo que degustábamos los diversos fuertes licores que encontrábamos a nuestro paso. Y para mi desgracia, en nuestro camino había muchos bares, así que seguramente caí inconsciente antes de llegar al lugar.

Por suerte, mis acompañantes se habían comportado decidiendo no burlarse de mí ordenando que me hicieran algún diseño vergonzoso. O eso pensaba hasta que entré a darme una ducha y vi el reflejo de mi trasero en la mampara de cristal, donde una llamativa mariposa tatuada se reía de mí.

Tras pasar una hora restregando la esponja a lo largo de mi glúteo, que me dolió como mil demonios cada vez que lo frotaba, decidí dejar por imposible el borrar ese denigrante tatuaje mientras rogaba que se borrara antes de que volviera a encontrarme con Helena y ésta pudiera burlarse de mí, ya que yo tenía serias dudas de que un «chico malo» tuviera una mariposa adornándole el culo.

Con la toalla enrollada en torno a mi cintura y miles de preguntas agolpándose en mi mente, salí del baño dispuesto a encontrar a alguien que me explicara lo que había ocurrido la noche anterior.

—¿Me puede decir alguien por qué me duelen tanto estos tatuajes de pega, si no están hechos con aguja y tinta? —increpé a los sujetos con los que compartía la estancia. Y cuando cada uno de ellos comenzó a abandonar lentamente la habitación intentando disimular que no estaban huyendo de mí, comencé a sospechar—. ¿Sabéis cuánto tardará en irse el dibujo que algún gracioso ha encargado que me hicieran en el culo? Porque por más que frote no se borra... —insistí.

Y cuando todos esos adultos y responsables individuos abandonaron la habitación empujando a Nathan hacia mí para que me dijera lo que quería saber, comencé a temerme lo peor.

Por supuesto mi gran amigo, que no era de los que huían, fulminó con su mirada la puerta tras las que probablemente se encontrarían apilados esos cotillas, y tras emitir un gran suspiro de resignación, me repitió lo que solía decirme:

—Roan, ¿cuántas veces tengo que decirte que no sigas ninguno de sus consejos?

—Entonces, los tatuajes... —balbuceé, aterrado.

—Son de verdad —confirmó mi amigo, provocando que me precipitara rápidamente hacia el cuarto de baño para intentar ver con más detenimiento lo que tenía en mi trasero mientras me acordaba en términos no muy elogiosos de cada uno de los tipos que habían decidido prestarme su ayuda para tratar de

recuperar a Helena, algo que cada día que pasaba estaba más lejos de lograr, sobre todo si esos tres seguían concediéndome su inestimable asistencia.

—¡Mierda, Helena! ¿Por qué tenías que elegir esto...? —me quejé mientras leía una vez más ese maldito trozo de papel que arrugaba entre mis manos. Pero a pesar de odiarlo con toda mi alma, no podía tirarlo ni destruirlo porque entonces sería como renunciar a ella. Y eso era algo que nunca me podría permitir.

Capítulo 16

—Bueno, como creo que aún no hemos terminado con este punto de la lista, he traído algunas cosillas para ayudarte a superarlo —manifestó Dan, ilusionado, mientras mostraba las compras que había hecho de última hora antes de que reemprendieran su viaje: un tinte del pelo de marca desconocida con instrucciones en chino, un pequeño pendiente con forma de calavera, una pieza de jabón perfumado, un paquete de hielo, una botella de alcohol de 70 grados, gasas, algodones y, lo más preocupante para Roan, una gran aguja que Dan exhibió con gran satisfacción.

—De verdad que agradezco mucho vuestra ayuda, pero creo que con los tatuajes ya he cumplido suficientemente con esa exigencia —intervino Roan, que ya había aprendido la lección.

Pero para su desgracia, esos decididos sujetos no le permitieron rechazar su ayuda.

—¿Tú qué crees, Alan? ¿Ha cumplido Roan con ese punto de la lista? —preguntó Josh maliciosamente mientras se dirigía a su amigo con la lista en una mano y un bolígrafo en la otra para tachar, o no, la opción en cuestión.

Alan, tumbado en la cama de esa habitación que estaban a punto de abandonar, tomó la lista y el bolígrafo. Y mientras revisaba detenidamente el documento, jugó con las esperanzas de Roan cuando retiró el tapón del bolígrafo, como si se dispusiera a utilizarlo, pero volvió a colocarlo en su lugar para afirmar:

—No, aún no...

Roan miró alarmado a su amigo, pidiéndole consejo en silencio acerca de lo que debía hacer a continuación ya que, a pesar de negarse a seguir a esos

hombres en sus disparatadas acciones, una vez más se veía arrastrado a una de ellas.

—Tú mismo, chaval —dijo Alan, dejando el papel a un lado mientras se enfrentaba a un hombre que aún no sabía si era merecedor de su hija—. Por mí dejamos la lista así, tú te vuelves a tu casa y yo a Whiterlande, pero eso sí: no te vuelvas a acercar a mi hija en lo que te queda de vida.

La firme mirada de Roan, decidido a no abandonar por más difícil que se le pusieran, le dio a Alan una silenciosa respuesta sobre lo que pretendía hacer el muchacho. No obstante, Roan desvió la mirada hacia su amigo, reclamando su ayuda.

—Tú déjate hacer —aconsejó finalmente Nathan, resignado al hecho de que sus familiares no se calmarían hasta que vieran sufrir a Roan un poco más, ya que todos ellos eran muy débiles ante las lágrimas de una mujer, incluido él.

Finalmente, Roan, bastante molesto, tomó la maldita lista entre sus manos y siguió al impetuoso Dan hacia el baño. Por el camino, el tío de Helena le dedicó unas palabras destinadas a tranquilizarlo, aunque éstas no consiguieron su objetivo, sino más bien todo lo contrario:

—No te preocupes, chico: ¡soy veterinario y sé lo que me hago!

* * *

Después de mirarme una vez más en el espejo de la habitación y no reconocermé en absoluto, me volví hacia las maliciosas risitas que me contemplaban para dejarles claro que, estuvieran de acuerdo o no, ese maldito punto de la lista quedaría tachado.

—¡Qué! ¿Ya estáis satisfechos? —me encaré con cada uno de ellos, cada vez más molesto a causa de la ridícula manera en la que había cambiado mi aspecto solamente para intentar cumplir con unas absurdas expectativas.

—No sé yo... —susurró maliciosamente Josh Lowell mientras daba vueltas a mi alrededor—. El pendiente en la oreja no está mal, a pesar de que lloraras

como un bebé. Te queda bien, pero esos pelos no me acaban de convencer... ¿Se supone que tu pelo debe ser... verde? —preguntó socarronamente para tocarme las narices.

—¡Es rubio, rubio platino! ¡Lo dice aquí claramente! —exclamó Dan, ofendido, aclarándolo todo al mostrar las instrucciones que había seguido al pie de la letra. Instrucciones en chino.

—¿Desde cuándo sabes chino? —interrogó Josh, alzando una de sus cejas en dirección a su hermano.

—No hace falta, sólo hay que seguir los dibujitos, ¿los ves? Esto se mezcla con esto y... ¿o era con esto otro? Bueno, da igual. Se remueve todo y se echa en el pelo y ya está.

—Ahora me explico por qué es verde —repuso Josh entre carcajadas mientras palmeaba amigablemente mi espalda a pesar de que lo estuviera fulminando con la mirada.

—¿No creéis que ya he sufrido bastante por mis errores? —exploté, enfrentándome al más despiadado de todos ellos, el hombre que había venido a buscarme para darme una lección.

—Creo que, a pesar de haber tachado todas las exigencias de esta lista, aún no has terminado con ella —y tendiéndome ese ajado papel, Alan Taylor me exigió—: Añade lo que, en tu opinión, le falta a esta estúpida lista, y ten en cuenta que sólo si me satisface tu respuesta podremos comenzar con nuestro viaje de vuelta a Whiterlande.

Furioso, le arrebaté al señor Taylor la hoja donde Helena había apuntado cada una de las chifladuras que se le pasaban por la cabeza durante su niñez, cuando quería tener junto a ella al chico más malo de todos. Después recordé cómo había renunciado finalmente a cada una de esas estúpidas exigencias y se había quedado conmigo. Y tras reflexionar brevemente, agregué el único punto de la lista que ella merecía que se cumpliera y que yo, con mi egoísmo, aún no le había concedido.

Tendiéndoselo al señor Taylor de vuelta, esperé su veredicto y, tal vez,

algunas palabras de reproche que me recriminaran que yo no era el más adecuado para cumplir ese requisito, ya que había errado con anterioridad. Pero él solamente se levantó de su lugar, y después de anunciarles a los demás que ya estábamos listos para volver a casa, colocó nuevamente ese papel entre mis manos.

—En verdad, espero que éste lo cumplas... —dijo, depositando nuevamente en mí la confianza que me concedió cuando era niño.

—Yo también... —susurré, comenzando mi viaje sin poder dejar de leer ese punto una y otra vez. Una condición que, aunque fuera la más complicada de todas, era yo quien había decidido añadirla, ya que Helena no merecía menos de mí.

—«Que te ame por encima de todo y no te abandone nunca» —leí en voz baja, dispuesto a concederle en esta ocasión lo que siempre me había reclamado y que yo, necio de mí, había pospuesto una y otra vez. Hasta ahora.

* * *

Ese fin de semana, decidida a escaparme de todos los malos recuerdos que me perseguían, hui hacia el único lugar que siempre me reconfortaría: el hogar de mis abuelos. Esa entrañable casa blanca de dos plantas, con un bonito porche y su amplio jardín, era el recóndito lugar adonde yo me escabullía para lamer mis heridas. Cuando niña, todos los fines de semana deseaba ir a esa casa para reunirme con mis primos y para jugar con ese molesto niño que tanto me necesitaba. Pero ahora que Roan no estaba allí, me preguntaba si no habría sido un error el regresar de nuevo a una habitación que me evocaba tantos momentos que pretendía olvidar.

No recibí ninguna contestación a la carta que había mandado a Roan, así que supuse que seguramente estaría demasiado ocupado como para dedicarme uno solo de los preciados segundos de su tiempo, que únicamente usaba para los negocios. Sin duda ese muro seguiría allí, esperando que el hombre para el

que había sido creado pasara junto a él y lo contemplara, pero eso tal vez era algo que nunca llegaría a ocurrir, porque el Roan que había abandonado distaba mucho de ser ese loco niño que sólo tenía ojos para mí.

Paseando por la habitación que mis abuelos habían mantenido prácticamente intacta desde mi niñez, acaricié lentamente con mis dedos los infantiles recuerdos que permanecían en ella: alguna olvidada revista de mi juventud, una maltratada muñeca que odiaba cuando niña y un ajado oso de peluche que me hizo recordar al chico bueno que ya nunca volvería a estar a mi lado.

Su ausencia a lo largo de todo un año era una respuesta bastante contundente y definitiva sobre lo que Roan sentía por mí. Si de verdad me hubiera seguido amando, no habría dudado en correr detrás de mí del mismo modo que yo había hecho en más de una ocasión por él. Pero el hombre que había dejado atrás sólo era un desconocido que nunca estropearía su caro y elegante traje corriendo detrás de nadie.

Esa noche mis abuelos me habían dejado sola en su casa, tal vez sabiendo lo mucho que necesitaba lamer mis heridas. Me habían dado como excusa que irían a cuidar a mi abuela Penélope, que no había dudado en fingir un resfriado de un modo bastante cómico, concediéndome así la soledad y tranquilidad que necesitaba para reflexionar sobre lo que debía hacer a partir de ahora con mi vida.

Sin duda, ya era hora de olvidar a mi amigo de juegos de la infancia, a mi apasionado amante, al hombre que hacía que mi corazón se acelerara y, sobre todo, al chico del que me había enamorado. Era el momento de olvidar a Roan.

Decidida, busqué un acto simbólico con el que mi dolorido corazón comprendiera definitivamente que debía dejar de sufrir y, sin apenas percatarme de ello, lo hallé ante mí: yo, sin apenas darme cuenta, todavía dejaba la ventana de esa habitación abierta, como si lo estuviera esperando,

así que me dirigí hacia ella, la cerré y con este acto desterré todas las esperanzas de que Roan volviera a mi lado.

* * *

—¿Qué? ¿Veis algo? —preguntó John a esas dos curiosas y chismosas mujeres que, ocupando toda la ventana que daba al patio trasero, no lo dejaban espiar nada de lo que estaba ocurriendo en su casa.

—No, aún no ha pasado nada. Pero espero sinceramente que ese muchacho no regrese. Por más que mi hijo se empeñe en traer de vuelta a ese joven, no debería obligarlo a estar junto a Helena. Eso solamente será peor para ella —dijo Penélope, intentando que su nieta no cometiera los mismos errores que un día cometió ella misma al enamorarse de un hombre que no la merecía.

—Yo sí espero que regrese —replicó John con un tono bastante malicioso mientras limpiaba cuidadosamente su escopeta de perdigones en el sofá que se había apropiado, ya que esas dos no le dejaban sitio junto a la ventana.

—¡Tú a callar! —exclamó Sarah, tras lo que añadió—: Y te recuerdo que esa escopeta está confiscada.

—No creo que ese chico venga ya a estas horas.

—Parece que no conoces a tu hijo, Penélope; si Alan dijo que Roan llegaría hoy, es que Roan llegará hoy al pueblo. Y ten por seguro que si lo trae de vuelta es porque ha visto en él algo que lo hace merecedor de Helena, de lo contrario Alan sería perfectamente capaz de dejarlo tirado en la cuneta —manifestó Sarah, acordándose del persistente niño que había perseguido a su Elisabeth.

—Sí, Sarah, conozco a Alan muy bien. Y también conozco su forma de sobreproteger a las personas que quiere. Por eso me preocupa que traiga de vuelta a ese muchacho. Alan es capaz de hacer cualquier cosa con tal de no ver las lágrimas de su pequeña. Y si la tristeza de Helena se debe a la

ausencia de ese joven, mi hijo es muy capaz de arrastrarlo hasta aquí sólo para que Helena recupere su sonrisa. Y eso no está bien.

—No creo que Alan llegue a esos extremos, ya es un hombre hecho y derecho...

Antes de que Sarah terminara de alabar al maduro hombre que era su yerno, un coche algo envejecido que reconoció de inmediato hizo su aparición frente a la casa de los Lowell. Y tras una breve y rápida parada, abandonó en la puerta una carga que otros dos irresponsables individuos sacaron apresuradamente del maletero.

—¿Decías? —preguntó irónicamente Penélope viendo cómo el joven era arrojado hacia la puerta de la casa con total despreocupación para luego ser abandonado a toda prisa por las personas que lo habían acompañado en su viaje de regreso a Whiterlande, un viaje que ninguno de los presentes supo reconocer si habría hecho de buena gana.

—Bueno, tengo que reconocer que tu hijo no ha madurado demasiado. Pero, al parecer, los míos tampoco —comentó Sarah.

—Bien, ¡listo! Así pues, ¿ha vuelto ese chico o no? —preguntó John, sujetando fuertemente su escopeta por si Sarah intentaba volver a escondérsela antes de que tuviera la oportunidad de aleccionar a ese muchacho.

—Pues la verdad, John, no sé qué decirte... —contestó Sarah mientras contemplaba detenidamente a ese chico para asegurarse de que su yerno y sus hijos habían traído finalmente al hombre indicado.

—Yo diría que ése es Roan Miller, pero la verdad es que tengo mis dudas... —declaró Penélope mientras observaba a ese raro muchacho y su extraña apariencia, mostrando las mismas dudas que su amiga.

—¡Quitaos de en medio, que ya me he puesto las gafas! —dijo John, exhibiendo una de las debilidades que le acarreaba la edad y que no le agradaba mostrar.

Y cuando al fin John Lowell se hizo un hueco en esa ventana y pudo contemplar detenidamente la apariencia de ese hombre, no pudo evitar

compadecerse de él.

—Pero ¿qué te han hecho, chaval? —exclamó asombrado al tiempo que observaba lo retorcidos que podían ser su yerno y sus hijos a la hora de vengarse—. Esos pelos verdes... —John negó con la cabeza mientras decidía volver a guardar la escopeta, ya que con lo que ese muchacho llevaba encima ya tenía bastante. Pero eso fue hasta que Roan, en vez de tocar a la puerta, tuvo la ocurrencia de subir por el árbol hasta la habitación de su nieta y, al encontrar la ventana cerrada, romperla en mil pedazos.

—¡Mi ventana nueva! ¡Yo lo mato! —gritó John, furioso al ver la acción de Roan. Sarah y Penélope tuvieron que retenerlo con firmeza para que John no hiciera uso de su escopeta y le diera a Roan la bienvenida de la manera en la que algunos lo creían merecedor.

* * *

Después de todo lo que había hecho por alcanzarla no podía creermelo que llegase tarde otra vez. «Y puede que esta vez sea demasiado tarde para nosotros», pensé con el corazón en un puño al ver cerrada esa ventana que siempre permanecía abierta para mí.

Hacía tan sólo una semana que me había percatado del gran error que había cometido, momento en que decidí correr tras Helena para recuperarla. Pero entonces me topé con un gran obstáculo en mi camino: algunos miembros de esa sobreprotectora familia que venían dispuestos a darme una lección. Una alocada familia que en algún momento del pasado llegué a envidiarle a Helena, pero que en esos instantes solamente me molestaba, porque mientras que yo quería llegar lo más rápidamente posible a su lado, ellos sólo retrasaban mi viaje mientras me exigían que les demostrara todo lo que estaba dispuesto a hacer por la mujer que amaba. Y por supuesto, ninguno tuvo piedad conmigo, ya que cada uno de ellos lo había dado todo para perseguir el

amor y opinaban que yo no debía ser menos, y especialmente si lo que perseguía era el corazón de uno de los suyos.

Yo supe desde el principio que esa estúpida lista con la que me torturaban esos tres individuos era únicamente una excusa para vengarse de mí, pero la mirada que el padre de Helena me dirigía cada vez que señalaba un nuevo punto de ese papel me retaba a comportarme como un hombre, igual que él hizo en su día. Alan Taylor en ocasiones me miraba con enfado, y en otras con camaradería, como si solamente estuviera mostrándome el camino para llegar a Helena que, cuando era niño, en tantas ocasiones le había pedido que me señalara.

Y yo, como ese niño confiado que en el pasado siempre había hecho caso de sus consejos, por más absurdos que éstos fueran, volvía a seguirlos con la esperanza de poder alcanzar lo único que siempre había querido: a Helena.

El resultado de seguir las recomendaciones de los miembros de esa familia fue acabar convertido en un joven impresentable al que ni yo mismo le daría la hora, y que, encima, tiraba de un desastroso vehículo que los Lowell se habían empeñado en que llevara conmigo para, según musitaron ellos entre risitas, «impresionar a Helena».

Por el camino de vuelta a Whiterlande recé para que ese trasto se rompiera del todo o para que me lo robaran, pero ellos, muy previsores, habían hecho que Nathan alquilara una furgoneta para transportarla hasta el pueblo para luego señalarme que, aunque hubiera sitio de sobra en el coche, mi lugar de viaje seguía siendo el maletero.

Cuando al fin llegamos al pueblo, iluso, creí que me permitirían descansar en alguna cómoda habitación, pero no; los idiotas me arrojaron delante de la puerta de la casa de los Lowell antes de anunciarme, con toda la desfachatez del mundo, que ya habíamos llegado a nuestro destino. Así pues, se deshicieron de mí abandonándome delante de esa casa que yo conocía tan bien.

El hogar de los Lowell.

Esa casa siempre había sido mi pequeño refugio para huir de mi insoportable vida, una vía de escape de todos mis problemas que acababa entre los acogedores brazos de Helena.

Con la intención de descubrir si esos brazos que siempre me habían acogido por más idiota que fuese continuaban esperándome, trepé por ese árbol que me había acostumbrado a escalar en mi niñez y, cuando llegué arriba, mi corazón se encogió: la ventana que siempre había permanecido abierta para mí estaba cerrada a cal y canto.

Intentando calmar a mi irracional mente, que me gritaba que rompiera esa ventana, traté de considerar algunas alternativas lógicas que explicasen por qué estaba cerrada y que no tuvieran que ver con que Helena me hubiera expulsado definitivamente de su vida y de su corazón. Pensé que tal vez Helena no se hallaba en esa casa, a la que sólo acudía a veces. Pero tras observar con mayor atención descubrí la tenue luz de una lámpara junto a la cama y observé cómo ella dormía plácidamente junto a un libro. De este modo supe que la única razón lógica era la más simple y dolorosa: Helena se había olvidado de mí.

Con un gran dolor en el pecho y lágrimas de ira contra mí mismo, porque lo único que había deseado en la vida se me hubiera negado a causa de mi estupidez, golpeé furiosamente ese cristal una y otra vez, sin saber qué decir si Helena despertaba o qué hacer cuando me adentrara en esa habitación.

No actuaba de forma racional, sólo aporreaba con furia ese frío cristal que se interponía como una nueva barrera entre nosotros. Finalmente acabé haciendo pedazos la ventana y me introduje en la habitación. En cuanto alcé mis ojos hacia Helena desde mi precaria posición en el suelo, ella no me decepcionó, ya que me estaba esperando. Aunque no de la amorosa manera que yo pensaba.

* * *

—¿Quién coño eres y qué haces aquí?! —gritaba Helena una y otra vez al intruso que se había adentrado violentamente en su habitación sin dejar de golpearlo con el bate de béisbol que siempre descansaba junto a su cama por expresa recomendación de su abuelo.

—Yo... eh... ¡Ay! —dijo una titubeante voz que, por unos instantes, le sonó familiar a Helena, haciendo que sus golpes vacilaran, pero sólo hasta que el intruso volvió a hablar—. Creí que no había nadie... —respondió absurdamente, ganándose unos cuantos contundentes golpes del robusto bate de madera.

—¿Cuándo termine contigo vas a aprender a no allanar las propiedades ajenas! ¡Y si lo que pretendías era robarme, te has equivocado de persona! —exclamó Helena mientras encendía la luz de su cuarto y se hacía con su móvil para, a continuación, añadir una nueva amenaza mientras marcaba un número de teléfono—. ¡Y ahora te vas a enterar de lo que es bueno!

—¿A quién llamas? ¿A la policía? —susurró el intruso, confuso y atemorizado.

—¡No! ¡A mi abuelo, que tiene la escopeta cargada desde hace algún tiempo! —gritó Helena sin dejar de amenazar con su contundente bate al hombre que, ahora que lo observaba con más atención, ya no le resultaba tan desconocido.

—¡No me jodas! —musitó el individuo, arrastrándose hacia atrás para llegar lo antes posible a la ventana.

Y dado que sólo una persona que conociera suficientemente bien a los Lowell podría temerlos de esa manera, Helena no tuvo ya ninguna duda de que ese hombre de desaliñado aspecto era Roan. Las preguntas que se hacía Helena mientras observaba con extrañeza sus estrafalarios cabellos verdes, su pendiente en la oreja, su peligroso tatuaje, sus raídos vaqueros y esa vieja camiseta se resumían en por qué se había decidido a volver justo en el preciso momento en el que ella estaba dispuesta a olvidarlo, y en por qué iba ataviado de esa manera tan absurda que no iba con Roan en absoluto.

—¿Quién eres? —preguntó Helena, queriendo averiguar si Roan revelaría ante ella la identidad que ocultaba su nefasto disfraz o si, por el contrario, intentaría jugar con ella haciéndose pasar por un personaje en el que nunca encajaría.

—Tú no me conoces —dijo tristemente Roan, como si por un momento recordara las palabras con las que ella se había despedido.

—¡Ni quiero hacerlo! —exclamó Helena, enfadada al ver que Roan no confiaba en ella. Y evocando todo lo que había sufrido por su culpa, le gritó mientras le señalaba la ventana—: ¡Fuera de aquí!

Los ojos de Roan la miraban decididos a no permitir que lo expulsara de su lado, pero comenzaron a vacilar cuando se escucharon a través del teléfono las furiosas palabras de un anciano que reclamaba su pellejo. Y en cuanto oyó un disparo cercano, no tuvo dudas de que lo mejor sería huir para salvar el trasero.

Con gran celeridad, Roan se marchó de la habitación de la misma forma que había entrado en ella: tropezando con todo lo que encontraba a su paso mientras advertía a Helena con su mirada que las cosas entre ellos aún no habían terminado.

Mientras él descendía por el árbol lo más rápidamente que podía, Helena negaba con la cabeza ante las estúpidas acciones de ese hombre que, por unos momentos, le había recordado al niño que siempre la perseguía.

—¿Por qué has vuelto, Roan? —susurró en la silenciosa noche sin esperar una respuesta a su pregunta, pero una vieja nota que Helena encontró en el suelo, en medio de los cristales rotos, le contestó.

Tras leer esa olvidada lista que un día comenzó a escribir para abandonarla casi de inmediato, y que probablemente Roan habría obtenido de manos de su primo Nathan, observó detenidamente que alguien había añadido un nuevo punto con una letra firme en la que reconoció la mano de Roan. Tras contemplar el papel, Helena no pudo evitar convertirse una vez más en esa ilusa mujer que confiaba en el hombre que amaba. Así que, sonriendo como no

lo había hecho en mucho tiempo, la dobló y la guardó debajo de su almohada mientras se decidía a seguir el juego que Roan había comenzado, concediéndole una nueva oportunidad a su amor.

—Veamos si es verdad que eres capaz de cumplir con todos los requisitos de mi lista —susurró Helena antes de dormirse luciendo una expresión bastante maliciosa en su pícaro rostro, ya que no le pondría las cosas fáciles a ese hombre que tanto daño le había hecho.

* * *

Tras bajar precipitadamente por el árbol que había escalado un millón de veces para llegar hasta Helena, mis pasos trastabillaron a causa de mi temor a que el más peligroso de los Lowell y su escopeta hiciera su aparición. Finalmente, acabé llegando al firme suelo con mi trasero antes que con los pies, y mientras intentaba levantarme, el cañón de una escopeta acabó debajo de mi garganta, anunciándome que era demasiado tarde para evitar a John Lowell.

—Por fin has llegado... —dijo, fulminándome con sus fríos ojos azules, demostrándome que mi lamentable disfraz no lo había engañado. Y mientras apartaba poco a poco su arma de mí, añadió—: Pero llegas tarde, muy tarde para mi gusto.

—Yo... lo siento... —me disculpé, sin saber qué debería decir para que ese hombre bajara su arma por completo.

—No hay excusa para hacer llorar a una mujer. Todavía no sé si has aprendido esa lección —dijo, señalándome la ventana desde la que había sido expulsado por Helena, para luego pasar a dirigir su escopeta hacia una parte aún más alarmante de mi persona, que me hizo temer por mi descendencia—. Dime muchacho, ¿a qué has venido? —exigió John Lowell, sin que sus viejas manos temblaran lo más mínimo ante la idea de dispararme.

—A recuperarla —respondí con sinceridad, enfrentándome con valor a esa

firme mirada que me exigía una respuesta.

—Sabes que no te va a ser nada fácil, ¿verdad?

—Créame, ya lo sé —contesté mientras señalaba el ridículo cambio de aspecto al que me había sometido sólo por ella—. Además, ahora ni siquiera me reconoce. Y la verdad, tengo miedo de decirle quién soy porque, o acaba dándome otra paliza, o se reirá de mí, y ninguna de las dos opciones es demasiado favorecedora para un reencuentro.

Después de mirar con detenimiento mi apariencia, John Lowell dejó de apuntarme con la escopeta y me preguntó maliciosamente antes de decidirse a bajarla del todo:

—Dime, ¿conociste a los amigos de Mary?

—Sí, unos tipos bastante peligrosos que me hicieron pagar todas las deudas de esa tal Mary. Y aunque les señalé una y otra vez que no estaba relacionado con esa persona, me mostraron unos argumentos muy contundentes que no pude rebatir —le contesté, señalándole el moretón que persistía en mi ojo, además de algún que otro rasguño—. Tras conocer a esas cuestionables compañías me quedé sin dinero y en propiedad de un vehículo horrendo que me hace desear que me lo roben —continué, quejándome una vez más de esa desastrosa motocicleta.

Finalmente, el abuelo de Helena pareció quedar complacido con mi sufrimiento y bajó su arma para tenderme su mano y ayudarme a levantarme del suelo. A continuación me preguntó, como si nada hubiera pasado.

—¿Dónde te quedarás, chaval?

—No lo sé. Pensé quedarme en casa de Nathan, pero parece que mi protector ha desaparecido una vez más.

—No te preocupes, chaval, yo te ayudaré —dijo John Lowell, golpeando alegremente mi espalda. Y no pude evitar que un estremecimiento de temor recorriera mi cuerpo al volver a oír esas palabras procedentes de un Lowell.

Capítulo 17

—En serio, sé sincero: has cabreado mucho a mi abuelo, ¿verdad? —preguntó Nathan cuando recorrió el lugar que uno de los irritantes miembros de su familia le había encontrado para que su amigo se hospedara, que no era otra cosa que una casa abandonada que se caía a pedazos en medio de la nada, muy alejada del resto del pueblo.

—Me dijo que, como Helena aún no me había reconocido, lo mejor para volver a recuperarla sería enamorarla de nuevo haciéndome pasar por otro. Luego me convenció para que adquiriese una vivienda adecuada para no destapar mi disfraz, y finalmente me pidió una suma descomunal que deberé pagar más adelante. Tras hacer que firmara confiadamente el contrato, me entregó las llaves de *esto*. Y realmente, Nathan, comienzo a pensar que tu abuelo me ha estafado —dijo Roan incorporándose en el desvencijado sofá que había sido su cama esa noche.

—No te quepa la menor duda, amigo mío... Ahí donde lo ves, mi abuelo siempre ha sido un embaucador capaz incluso de venderle arena del desierto a un beduino —comentó Nathan mientras dejaba junto a su amigo una bolsa con unas toallas y algo de ropa. Aunque tras contemplar la habitación dedujo que le haría falta algo más que eso para poder acomodarse en ese lugar. A continuación, tras apartar una de las sucias y polvorientas sábanas que cubrían los viejos muebles del salón, tomó asiento sobre un feo sillón y preguntó—: Oye, ¿cómo es eso de que Helena no te ha reconocido? ¿Acaso tus primeras palabras al volver a encontrarte con ella no fueron «Ya estoy aquí»?

—No, más bien fue «¡Ay!», ya que en cuanto llegué a su lado comenzó a golpearme con un bate de béisbol.

—Bueno, ya sabes cómo es Helena. Y le has hecho daño. Sin embargo, ¿golpearte con un bate?

—Como ya te he dicho, no me reconoció. Y que entrara en su habitación rompiendo su ventana no fue buena idea.

—¿En serio? ¿Qué te llevó a cometer esa estupidez? —quiso saber Nathan mientras ponía los ojos en blanco ante la insensatez de su amigo.

—Que Helena cerró su ventana —y como si eso lo explicara todo, no amplió su explicación.

Sabiendo que su amigo no añadiría nada más para hacerle entender cómo ese simple gesto podía haberle hecho perder la cordura, Nathan continuó con su interrogatorio intentando averiguar qué es lo que haría Roan a continuación para acercarse a Helena, una mujer que cada vez estaba más lejos de conseguir.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Acercarme a Helena —contestó Roan, provocando que Nathan suspirara lleno de frustración ante otra incompleta respuesta de su amigo.

—Muy bien, lumbreras, pero ¿cómo te vas a acercar a ella si no quieres decirle quién eres?

—No lo sé —dijo, paseándose de un lado a otro de esa polvorienta estancia y, como siempre hacía desde su niñez, se detuvo en seco y dirigió a su blando amigo una mirada suplicante mientras rogaba una vez más.

—Nathan, ¿podrías ayu...?

—¡Ni lo pienses! ¡No, no y no!

* * *

—Y aquí te presento a tu nuevo asistente en prácticas, Helena. Es licenciado en Bellas Artes y se llama... Humm... —En este punto de mi presentación, mi querido y estimado amigo se detuvo, para proseguir con ella tras uno de mis contundentes codazos.

Sabiendo que a Nathan se le ocurriría algún nombre mucho más adecuado para mi imagen de tipo duro que a mí, le dejé que se inventara mi nueva identidad. Luego me maldije por ello cuando lo escuché anunciar, delante de toda una clase llena de chicos problemáticos y con algo de malicia, mi nuevo nombre:

—Poppy, que ha decidido que quiere ayudar a jóvenes como vosotros, ya que él, a lo largo de su vida, también ha tenido algún que otro problema como los vuestros. Y con su duro esfuerzo y trabajo, ha logrado salir adelante — finalizó Nathan ante esa escandalosa clase, insinuando que entre esos chicos y yo había algún parecido, cosa que yo no aprecié en absoluto al contemplar sus iracundos semblantes, todos ellos dirigidos hacia mí, hacia el intruso que en esos momentos los molestaba.

—No creo necesitar ninguna ayuda con mi trabajo —replicó Helena, intentando deshacerse de mi presencia en ese lugar mientras me acribillaba con una de sus miradas. Pero mi cortante representante no dudó a la hora de rebatir con contundencia sus quejas, seguramente porque sabía que, si no se deshacía de mí, lo perseguiría constantemente con mis lloros—. Helena, llevar este trabajo y conseguir el título de profesora de arte es una tarea muy complicada, y aunque lo curses a distancia no significa que los exámenes sean más fáciles. Creo que no te vendrá mal algo de ayuda.

—¡Está bien! —concedió Helena a regañadientes—. Veamos qué sabe hacer este novato —comentó a continuación mientras recorría mi peligroso aspecto con una de sus miradas, sin duda interesada en mi apariencia de chico malo que ahora lucía. O eso pensaba hasta que me indicó que la siguiera con una maliciosa sonrisa y unos insinuantes andares. Y yo, como siempre, no pude negarme a una de sus peticiones, y menos cuando el camino me era señalado por un bonito trasero que tantos buenos recuerdos me traía.

—Ahí tienes tu lienzo —anunció Helena, mostrándome un gran muro blanco del exterior del edificio donde los chavales habían comenzado a practicar sus dibujos.

Convencido de que no podría ser tan malo dibujando, ya que siempre había sido un alumno sobresaliente en todas las materias, reclamé con decisión, resuelto a superarlos a todos:

—Mi brocha, por favor...

—Aquí tienes, *maestro* —dijo Helena en tono burlón, acompañada por multitud de risitas de esos impresentables alumnos que no habían podido resistir la curiosidad de seguirme para reírse de mí.

Cuando noté que Helena depositaba en mi mano un espray de pintura en vez de una brocha, comencé a dudar de que pudiera salir airoso de esa misión. Y en cuanto me volví hacia ella preguntándome qué narices debía hacer con eso, Helena me esperaba con una de sus retadoras miradas acompañada de una pícaro sonrisa, haciéndome ver que ésa tan sólo sería una de las estúpidas pruebas que tendría que superar para poder estar junto a ella. Pero como no tenía la menor intención de rendirme, destapé el bote y comencé a crear mi arte, decidido a obtener la aprobación de esa estricta profesora que, una vez más, se burlaba de mí al declarar:

—He pensado que como yo tengo mucho que estudiar, estos jóvenes serán los jueces de tu trabajo. Cuando hayas concluido, me notificarán su veredicto sobre si eres apto o no para quedarte en esta clase —concluyó Helena mientras pasaba despreocupada junto a mí hacia el interior del edificio. Pero antes de marcharse, no pudo resistirse a lanzarme una advertencia mientras golpeaba con sorna mi espalda—: Más te vale dibujar algo que ellos puedan apreciar.

Después de dejarme solo, me concentré en dibujar algo que plasmara mis sentimientos en esos momentos. Pero, para mi desgracia, yo nunca sería tan bueno como Helena en ese aspecto.

—Eso es un mojón —opinó despectivamente uno de los chavales mientras casi se descoyuntaba moviendo el cuello de una postura a otra al tratar de averiguar qué demonios era lo que estaba dibujando en la pared, algo difícil de discernir, ya que ni yo mismo sabía lo que estaba haciendo.

—No: es un pene —concluyó otro mientras negaba con la cabeza.

—¿Estás totalmente seguro de que eres profesor de arte? —preguntó una impertinente chica que me recordó bastante a Helena.

—¡Es abstracto! ¿Vale? —grité irritado mientras intentaba proseguir con mi dibujo.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —apuntó otro mientras me señalaba un intrincado diseño que había hecho en un lado de la pared, dejándome avergonzado.

—¿Por qué te vistes así? Esa ropa no te pega para nada —intervino otro desaliñado joven cuyos pantalones bajos mostraban demasiado de su ropa interior.

—¿Por qué no? —le pregunté, cuestionándome qué fallaba en mi disfraz y dudando sobre si habría conseguido engañar a Helena o, una vez más, sólo se estaría burlando de mí y de mis intentos por llegar hasta ella.

—Tienes un aspecto demasiado estirado. Se te nota incómodo, como si lo tuyo fuera más bien vestir de traje...

—Sí, como un niño bueno haciéndose pasar por quien no es... —se burló otro, haciéndome ver que Helena no era la única que opinaba así de mí. Aunque lo cierto era que después de todo el daño que le había causado, ese calificativo no se podía aplicar conmigo.

Mi respuesta ante esa burla fue una simple sonrisa, pero ésta se borró de mi rostro ante la siguiente pregunta que me lanzó uno de esos chicos:

—¿Qué dificultades puedes haber tenido tú en la vida, si a los niños buenos nunca les pasa nada malo? —ironizó una triste chica que me miró a los ojos, llegándome tan profundamente como sólo Helena sabía hacer. Y por primera vez, me sinceré y comencé a hablar de mi pasado y de las cosas que, aunque me hubiera convertido en adulto, aún dolían.

—¿Nada malo, dices? Debes saber que nunca fui un niño deseado, pero cuando mis padres se vieron obligados a soportar la carga que yo era para ellos, decidieron que podría ser una buena moneda de cambio para extorsionar

a mi abuelo: «¡Tienes que ser siempre el mejor para convertirte en el heredero de tu abuelo!», «¡El primero!», «¡El número uno en todo!»... Ésas eran las palabras más cariñosas que me dirigían mis padres. Una y otra vez —recordé, mientras desahogaba la furia que guardaba en mi interior—. Yo cumplía sus órdenes sin cuestionarme nada más, tal vez porque siempre esperé alguna mínima muestra de cariño que nunca llegó. Por eso, cuando encontré a una persona que me concedió su cariño incondicionalmente, sin importarle cómo fuera o lo que pudiera ser en el futuro, me enamoré de ella.

»Estar a su lado era lo único que me ayudó a seguir adelante, a no huir, a no saltar a través de esa ventana detrás de la que mis padres me enjaulaban. Pero ellos pensaron que no era adecuada para mí, así que los castigos subieron de intensidad: me daban palizas procurando que sus golpes no dejaran marcas, me encerraban en mi habitación a oscuras, me hacían pasar hambre cuando no me doblegaba a sus deseos... Hay una cosa en la que no estoy de acuerdo con vosotros: los niños buenos no es que no sufran, simplemente lo ocultan mejor. Y creedme: cuando hay dinero de por medio, todo se puede ocultar muy bien —finalicé, recordando todo lo que había sufrido durante mi infancia. Cuando me volví hacia esos chavales esperando alguna nueva burla, vi en sus ojos el mismo dolor que en los míos, y entonces comprendí por qué Helena hacía ese trabajo: quería salvarlos como un día hizo conmigo.

—Bueno, ¿qué pensáis de mi obra de arte? —bromeé, señalando el churro que había creado.

—Definitivamente, es un mojón —fue el veredicto unánime, aunque varios de los chicos me dirigieron una sonrisa de aceptación.

—¿Y cómo terminó tu historia? ¿Te quedaste con la chica? —preguntó con curiosidad uno de los chavales, bastante interesado.

—No lo sé, porque mi historia aún no ha finalizado —respondí a ese cotilla. Y negándome a contestar a más de sus insistentes preguntas, continué dándole los últimos retoques a mi obra de arte.

* * *

Sin poder evitarlo, mis lágrimas rodaban por mis mejillas al comprender todo lo que Roan había sufrido por estar junto a mí. Yo sabía de sus encierros, y había visto a su madre darle alguna cachetada, pero nunca creí que sus padres fueran tan crueles como para tratarlo de esa manera. Ahora que pensaba en ello, podía recordar algunas de las extrañas lesiones que sufría Roan, que él me explicaba que se producían al caerse de su bicicleta nueva; o cuando se negaba a desprenderse de alguna prenda demasiado abrigada, y que yo creía que era para lucir que era de marca... Ahora me daba cuenta de todo lo que había ignorado en mi inocencia.

Quise correr junto a él para abrazarlo, sabiendo que ese niño que tanto me necesitaba todavía estaba allí. Pero en esta ocasión tuve miedo de hacerlo, por si cuando llegara junto a él me topaba nuevamente con ese frío desconocido en el que había acabado convertido bajo la estricta guía de su familia, ese hombre al que abandoné en su momento, que no era mi Roan, sino el perfecto chico que sus padres siempre habían deseado, mientras que mi Roan siempre sería un imperfecto chico malo con el defecto de tener un gran corazón.

Después de recomponer mi aspecto y tomar aire, me enfrenté de nuevo al hombre que intentaba hacerse pasar por otro, sin duda para volver a conquistarme. Pero yo nunca podría dejar de reconocer bajo cualquier disfraz a la persona de la que me había enamorado.

Sonriendo con malicia, me dirigí hacia el muro para conocer cuál era el veredicto de mis alumnos, unos chavales a los que posiblemente se habría ganado con sus palabras, ya que, aunque Roan no lo viera, tenía mucho en común con todos ellos. En algún momento, mi amigo había estado tan perdido como esos jóvenes ahora, y tan solo como ninguno de ellos podía imaginar.

—¿Qué... es... eso?! —exclamé, quedándome sin palabras al ver el desastre que había hecho ese hombre en mi pared.

—Arte abstracto —respondió Roan seriamente, pretendiendo convencerme

de que esa cosa que había pintado en mi muro no era un garabato en forma de caca.

—¿En serio? ¿Y en qué artista vanguardista te inspiraste para crear esa cosa? —pregunté mientras negaba con la cabeza ante esa nefasta creación.

Y como a Roan nunca le había gustado perder ante mí y siempre trataba de demostrar que era el mejor en todo, no pudo evitar intentar impresionarme con el talento del que simplemente carecía con un espray.

—He utilizado influencias de Miró, Picasso, Dalí y Jackson Pollock —respondió, haciéndose el listillo, sin darse cuenta de que con esa actitud condescendiente destapaba su disfraz.

Decidida a acabar con la satisfecha sonrisa que lucía su rostro como siempre hacía cuando su prepotencia me alteraba, dije en voz alta delante de todos, mientras tachaba su dibujo con el espray después de arrebatárselo de las manos:

—Ellos eran artistas... Tú ni siquiera llegas a aficionado.

Tras acabar con todas las esperanzas de Roan al descartarlo como mi ayudante, me volví hacia mis jóvenes estudiantes, a los que había llegado a conocer bastante bien con el paso del tiempo, y les pregunté, sabiendo que a pesar de su aspecto siempre tendrían un blando corazón.

—¿Cuál es vuestro veredicto?

—Hombre, no es tan malo —opinó uno, mirando sus pies para no mentirme a los ojos con descaro mientras varios más afirmaban con la cabeza en señal de acuerdo.

—¿En serio? —pregunté, mirando nuevamente esa cosa que tenía tras de mí, para luego dirigir una escrutadora mirada a esos embusteros.

Esperé una respuesta de parte de ellos que me permitiera deshacerme de la presencia de Roan en mis clases y hacerlo sufrir un poco más, pero jamás esperé que el propio Roan me respondiera, saliendo en defensa de esos muchachos.

—No les presiones tanto, que apenas están aprendiendo. ¿Acaso no eres tú

la profesora? ¡Pues enseñame! —dijo descaradamente, retándome igual que hacía cuando éramos niños. Y yo, como se trataba de Roan, no pude evitar salir a jugar con él, como cada vez que me llamaba.

—Aún no tengo el título de profesora, listillo... Y para que lo sepas: sólo trabajo como voluntaria con chavales que han dañado alguna propiedad privada, para que enmienden su error y cumplan sus condenas al servicio de la comunidad, requisito que tú no cumples porque no has...

Y antes de que terminara de hablar, el muy condenado me quitó el spray y, para mi asombro y el de los alumnos que me acompañaban, se dirigió al local que había junto a nuestro centro y, antes de que pudiera detenerlo, comenzó a pintar sus blancas paredes sin importarle nada que el airado propietario saliera de su establecimiento a recriminarle sus acciones.

Tras una rápida carrera seguida de cerca por las risitas de mis alumnos, le arrebaté el spray a ese inconsciente sin talento antes de que malograra aún más esa fachada. Y ante las maldiciones, amenazas y protestas del propietario, tuve que prometerle que decoraría su local con alguna de mis creaciones, totalmente gratis, para resarcirlo de los daños.

—¿Y ahora? ¿Me enseñarás? —preguntó burlonamente Roan, dirigiéndome una ladina sonrisa mientras me seguía hacia donde me esperaban mis alumnos, que contemplaban atentamente nuestra disputa.

—Puede ser... —repuse, sonriendo ante el recuerdo de ese provocador que siempre me había hecho imposible que lo ignorara—. Pero te advierto una cosa, Poppy: yo únicamente enseño a los chicos malos —susurré sensual a su oído mientras pasaba junto a él, pronunciando su nombre falso con toda intención, para ver si se decidía a deshacerse de su nefasto disfraz. Pero como si éste fuera algo esencial para continuar con nuestro juego, él se negó a revelarme la verdad y yo guardé silencio, dispuesta a averiguar cuánto podría aguantar Roan tratando de ser ese chico malo que tanto detestaba y que sólo representaba para mí.

Cuando llegué junto a mis alterados alumnos, que ya alababan la osadía de

mi nuevo ayudante, anuncié ante todos el nuevo cargo de Roan:

—Te encargarás de la limpieza, Poppy. Puedes empezar ahora —dije, mientras daba por finalizada la clase de ese día y depositaba en las manos de Roan un cepillo y un cubo con agua y jabón, dando así comienzo a su merecido castigo por hacer una pintada en una propiedad privada. Y por hacerla tan mal, además.

* * *

—Creía que después de frotar esa pared durante más de una hora te percatarías de que ese tipo de pintura no se quita tan sólo con agua y jabón — anunció Helena a la espalda del atareado hombre que seguía frotando persistentemente esa pared.

—Entonces, ¿me puedes decir para qué mierdas estoy haciendo esto? — exclamó Roan, sulfurado, a la vez que dejaba caer el cepillo al suelo.

—Es tu castigo por hacer un grafiti lamentable en el local del señor Sanders. Además, hay que limpiar la pared antes de pintarla mañana, así me ahorras esa tarea.

—¡Fantástico! ¡Otro castigo irracional! Pero éste al menos no viene en la maldita lista... —murmuró Roan para sí, harto de las torturas a las que lo sometía esa familia.

Y cuando Roan se volvió hacia Helena, decidido a renunciar a su disfraz, se quedó sin habla al observar cómo esa rebelde boquita saboreaba un polo de limón. Sin poder evitar recordar cómo eran las caricias que esa castigadora lengua podía proporcionarle, Roan trató de mirar hacia otro lado. Pero entonces sus ojos toparon con la camiseta que Helena, debido al calor, o simplemente porque quería torturarlo, se había anudado a la altura de su ombligo, provocando que su escote fuera más prominente y que su liso estómago se mostrara mejor.

—Y cuéntame, Poppy, ¿qué haces en Whiterlande? Y lo más importante,

¿cómo de malo puedes ser? —preguntó Helena sensualmente mientras se sentaba en un pequeño banco cercano y estiraba sus largas y sugerentes piernas que, enfundadas en unos pantalones muy cortos, suponían toda una tentación.

—He venido para encontrarme con alguien —dejó caer Roan. E intentando evitar el tema, se acercó a Helena y se agachó junto a ella, poniendo su boca muy cerca de los labios de Helena para añadir provocativamente—: En cuanto a cómo de malo puedo ser, sólo tienes que decirme cuánto de malo quieres que sea...

Y cuando Roan avanzó hacia ella dispuesto a conseguir su rendición con uno de sus besos como siempre había hecho en el pasado, topó en su camino con un impertinente polo de limón que Helena colocó en su boca para detener su avance.

—No quiero que me traigas ningún problema, así que podríamos decir que no quiero que seas un chico malo.

—¡No me jodas, Helena! —exclamó Roan, enfadado porque todo lo que había hecho no hubiera servido para nada. Y furioso, le dio un rudo mordisco al polo de limón para calmarse y evitar dejar salir su ira hacia la persona inadecuada.

—Ésa es una intimidad que tú y yo nunca tendremos, porque no nos conocemos en absoluto, ¿verdad, Poppy? —repuso burlonamente Helena, moviendo tentadoramente el polo de un lado a otro, provocando a Roan para que confesara la verdad.

—Bueno, en verdad yo..., tú... —dudó Roan, sin saber si debía explicar quién era. Pero como si Helena ya supiera la verdad y quisiera seguir un poco más con ese juego, acalló su boca nuevamente con el helado.

—Sé que eres el hombre que rompió la ventana de mi habitación la otra noche, y aunque todavía no he recibido ninguna explicación ni disculpa por ello, te perdonaré si me dices que has aprendido la lección y no volverás a hacerlo —dijo Helena, mirando fijamente los profundos ojos negros de ese

desconocido. Y ante sus ojos volvió a aparecer una vez más la persona que amaba.

—No puedo prometerte eso porque volvería a hacerlo, ya que no tengo ningún lugar a donde ir...

Helena se sintió tentada de abrazar de nuevo a ese hombre que tanto la necesitaba, pero recordando sus frías palabras y su distante actitud del pasado, apretó fuertemente sus puños y se resistió a ello.

—Pues entonces tendrás que arreglar la ventana de mi abuelo y pedirle disculpas a él —sentenció Helena, retándolo con la mirada a continuar con su ridícula tapadera, esta vez simulando delante de alguno de sus parientes. Aunque después de ver «la ayuda» que su primo Nathan le había prestado, Helena no dudaba de que alguno de los Lowell tenía algo que ver con la nefasta apariencia actual de Roan—. Te veo este domingo en casa de mis abuelos —concluyó Helena, intentando dejarlo a solas con la pared. Pero antes de que ella se alejara, Roan le preguntó a gritos, tratando de ganar algo más de tiempo junto a ella:

—¿Quieres que te lleve a tu casa en mi moto?

* * *

Mientras utilizaba mi última baza para retenerla a mi lado, una excusa estúpida que había usado a la desesperada sabiendo lo mucho que a Helena le gustaba montar en moto, no me percaté de mi error hasta más tarde, cuando nos dirigimos hacia mi vehículo. Entonces recordé lo lamentable que era y rogué en silencio que me la hubieran robado, porque sin ninguna duda, con esa lata con ruedas, más que impresionarla o retenerla a mi lado, conseguiría que saliera huyendo.

Cuando llegamos junto a ese trasto, Helena siguió buscando mi moto hasta que yo acabé de lleno con su ilusión cuando anuncié, señalando esa reliquia:

—Ésta es mi moto.

—¿En serio? —preguntó Helena a la vez que ponía sus brazos en jarra y alzaba una de sus despectivas cejas.

—Sí. Ahí donde lo ves, es un vehículo muy cotizado —mentí descaradamente, algo que tal vez hubiera funcionado si no fuera porque algún gracioso dejó una nota junto al candado de la cadena, nota que Helena vio primero y me refregó por las narices para rebatir mi mentira.

—«¿Para qué pones candado? Nadie va a querer robarte este trasto.» Ya veo cómo se la rifan, ya —se mofó Helena tras leerme la nota de algún gamberro con mucho sentido del humor—. ¡Ah, mira! ¡Qué detalle! ¡Te han dejado una tarjeta del bus! —rio Helena mientras me la mostraba.

—No es lo que parece... ¡Ya verás cómo te sorprende! —dije, tendiéndole mi casco—. En velocidad es única —señalé, sin precisar que ese trasto era el único vehículo capaz de ir más lento que una tortuga.

—Bueno, de acuerdo, veamos que es capaz de hacer esta chatarra —cedió finalmente Helena con una sonrisa, y sorprendiéndome gratamente, aceptó mi casco y se sentó detrás de mí, abrazándose a mi espalda de manera tan cariñosa como una vez hizo en el pasado.

Yo cerré mis ojos y disfruté del momento dirigiendo sus manos hacia mi pecho. Hice que sus brazos me acogieran tan calurosamente como solían hacer antes y me deleité en el hecho de tenerla junto a mí y sentir de nuevo su abrazo, que tanto había echado de menos y que tantas veces había necesitado.

* * *

Cuando Roan me habló de su moto creí que sería un vehículo caro y exclusivo digno de él, uno de esos típicos juguetes para ricos. Pero para mi sorpresa, me encontré con un montón de chatarra que parecía recién salida de algún desguace. Sin embargo, no me importó, porque lo que me atraía de la situación era poder abrazar, aunque sólo fuera por poco tiempo, al hombre que amaba. Cuando vi el trasto que Roan identificó como «su moto» no supe si

reírme de él o apiadarme y darle algo de dinero para el autobús, pero después de leer la nota que alguno de mis descarriados alumnos le había dejado, la opción a elegir fue fácil: me reí abiertamente de él mientras Roan intentaba alabar un vehículo que no tenía virtud alguna por más que tratara de convencerme de lo contrario.

No obstante, quería volver a abrazar a Roan, y mientras él insistiera en mantener su estúpido disfraz, subirme en ese viejo trasto era la excusa perfecta. Tras dejarlo asombrado al aceptar montar en esa cosa, cogí su casco y antes de que el perfecto Roan saliera a relucir, recordándome que lo primero siempre era la seguridad, me subí detrás de él y lo abracé con fuerza para que no pudiera pensar en otra cosa salvo en mí, y que así siguiera adelante con ese descabellado plan suyo para llevarme a casa porque, la verdad, no sabía cuánto podríamos tardar en llegar.

Primero, la moto tardó una eternidad en arrancar; lo hizo al quinto intento, y sólo después de expulsar una espesa e inquietante humareda negra. Luego, aunque Roan intentaba ir al máximo de su velocidad, el trasto no pasaba de treinta kilómetros por hora, y si lo hacía, comenzaba a vibrar alarmantemente, por lo que Roan siguió circulando con lentitud por la carretera, concentrado en conducir mientras los vehículos que pasaban por nuestro lado nos maldecían y nos dedicaban algún que otro gesto bastante obsceno.

Yo trataba de ocultar mi sonrisa ante esa situación escondiendo mi rostro en su espalda, pero cuando Roan se detuvo en un semáforo y la anciana señora Wisman desafió a Roan desde la acera con su carrito eléctrico, un vehículo para personas minusválidas o levemente impedidas con mucho más encanto que la penosa tartana sobre la que íbamos sentados, no pude aguantarme más y comencé a reír a carcajadas.

Roan, ignorándome, miró serio a la anciana y se ajustó sus gafas de sol, esperando impacientemente a que cambiara el semáforo. La vieja chismosa, a pesar de tener el camino abierto para proseguir su camino, siguió provocándole, y cuando el semáforo cambió, comenzaron su carrera.

El vehículo de la anciana, que normalmente no debería ir a más de quince kilómetros por hora, tenía el motor manipulado como yo sospechaba y no tardó en alcanzar los treinta. Y, por el contrario, el destartado cacho de metal que dirigía Roan comenzó a ralentizarse y a petardear mientras expulsaba otra espesa humareda negra hasta que finalmente se paró en seco haciendo que la vieja nos dejara atrás y nos vacilara con su claxon.

En ese momento arreciaron mis carcajadas hasta que se me saltaron las lágrimas, mientras un Roan muy molesto intentaba poner en marcha el inservible trasto. Al ver que era imposible, él, en vez de molestarse, me miró y comenzó a reírse junto a mí por lo ridículo de la situación.

Finalmente fui yo la que terminó acompañando a Roan a su casa para ayudarlo a empujar su moto. Y mientras recorríamos el camino, no pude evitar mirarlo con añoranza y darme cuenta de que ese chico que me acompañaba era de nuevo el amigo de juegos que siempre me había perseguido, tratando de ser el único para mí. Ese chico al que, aunque nada le saliera bien, siempre insistía en ello, porque como me aseguraba en otro tiempo, él sólo quería ser mi chico malo para estar a mi lado.

Capítulo 18

Cuando los jóvenes llegaron a la vieja y aislada casa que Roan había comprado, después de dejar la moto a un lado del camino, ya se había hecho de noche. Tras observar con asombrosa atención la vieja casa de dos plantas y deslucido porche cuya pintura se caía a pedazos, así como las rotas y polvorientas ventanas, las carcomidas maderas, las tejas desprendidas, las telarañas que se extendían por todas partes y la fachada desconchada, a la vez que recordaba el lujo que siempre había rodeado a Roan, Helena no pudo evitar gritar mientras observaba la desvencijada vivienda que prácticamente se caía a trozos:

—¿Ésta es tu casa?!

—Sí, ¿a que es acogedora? El vendedor me dijo que una vez arreglada tendría mucho encanto.

—Sabes que te estaba timando descaradamente, ¿verdad? —dijo Helena, pensando que su familia se había pasado maltratando a Roan. Pero tras recordar las lágrimas que derramó por su culpa, no le pesó demasiado que su amigo viviera durante un tiempo de esa manera. Además, tal vez estar alejado del opulento ambiente en el que siempre había vivido le vendría bien para volver a ser él mismo en lugar de ese rígido y ocupado hombre de negocios que nunca tenía tiempo para disfrutar de la vida.

—Lo sé... —murmuró Roan entre dientes, creyéndose que ella no escucharía sus maldiciones.

Pero Helena sonrió con picardía mostrándole que se equivocaba. Luego, sin poder evitar burlarse un poco más de él, le dijo con descaro:

—Bien, pues veamos el encanto que guarda tu hogar. ¿O es que no me vas a

invitar a pasar?

Roan, emocionado ante la posibilidad de pasar un poco más de tiempo con Helena, introdujo las llaves en la cerradura. Al ver que ésta no cedía, empujó varias veces la puerta con todas sus fuerzas mientras intentaba excusarse.

—No te preocupes, con unos cuantos empujones la puerta se abre. Tengo que arreglar la cerradura, pero...

Y antes de que terminara de hablar, la puerta se abrió... aunque no de la forma que él esperaba, ya que se desplomó hacia el interior de la casa haciendo que Roan se quedara con unas ya inservibles llaves en su mano y una anonadada expresión en su rostro.

—Creo que lo mejor sería que arreglaras primero la puerta entera —se burló Helena mientras pasaba al interior despreocupadamente, pisando firmemente la desvencijada puerta que quedaba a sus pies.

Helena observó los escasos muebles de esa habitación, que en esta ocasión no tenían nada que ver con el diseño minimalista y exclusivo en medio del cual Roan había vivido en el pasado. En el amplio salón, que Roan había intentado limpiar un poco, se encontraban un viejo sofá junto a un sillón, y en un rincón alejado, una vieja mesa redonda junto a una silla aún más vieja.

La cocina quedaba fuera de su vista, pero supuso que por la antigüedad de la casa dispondría sólo de lo imprescindible y al observar la escalera que llevaba a la planta superior, supuso que allí se encontrarían las habitaciones y el baño, algo que Helena aún no sabía si deseaba investigar, aunque ella siempre estaba dispuesta para una nueva aventura.

Tras unas cuantas maldiciones, Roan se adentró en su casa detrás de Helena. Y después de recoger la puerta del suelo, la apoyó contra el marco de la entrada, simulando que estaba bien cerrada.

—Como puedes ver, aún no me ha dado tiempo a instalarme. Aunque el hombre que me la vendió me dijo que ya tenía todo lo necesario para comenzar a vivir en ella —indicó Roan, mostrándole una pequeña nevera portátil con una nota de bienvenida y unas cuantas cervezas en su interior.

—Las personas con las que te juntas son algo cuestionables, Poppy — repuso burlonamente Helena mientras se apropiaba de una cerveza y le repetía las mismas palabras que Roan usaba en su infancia con mucha frecuencia para referirse a los miembros de la familia de Helena.

—Sí, pero si algo puedo asegurarte es que con ellas nunca te aburrirás — respondió Roan con una gran sonrisa mientras se hacía él también con una refrescante bebida—. Además, en ocasiones debo acercarme a esa «gente cuestionable» para obtener lo que deseo —dijo Roan, devorando con su mirada el cuerpo de Helena, cuya tentadora camiseta de tirantes y rotos vaqueros se pegaban lujuriosamente a su piel debido al calor que hacía, convirtiéndola en toda una tentación.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que más deseas? —preguntó Helena provocativamente, acercándose a él y aproximando los labios a los suyos para tentarlo.

—A...

—¡Yo, una ducha! —exclamó Helena apresuradamente impidiendo a Roan expresar sus mayores deseos para evitar volver a caer en la tentación de ceder de nuevo ante un hombre que tal vez no la amara lo suficiente—. Así que mi pregunta es: ¿tu ducha funciona?

—Sí —respondió Roan tras suspirar frustrado—, está en el piso de arriba, tercera puerta a la derecha.

—Bien. Con esto me bastará... —anunció Helena mientras cogía una minúscula toalla que encontró en un montón de ropa apilada en el sofá. A continuación, se la echó despreocupadamente al hombro, se dio la vuelta tan desafiante como siempre y lo retó una vez más a seguirla en su juego.

* * *

Mientras observaba cómo Helena se marchaba, provocándome como hacía desde siempre para que la siguiera en sus locuras, pero con un aire más adulto

que me deslumbraba por completo, no pude evitar quedarme embozado admirándola.

El vaivén de sus caderas me hizo desear cogerla en brazos para adentrarme en la ducha con ella y que ambos enfriáramos el calor de nuestros cuerpos con el agua fresca, o de otra manera más indecente y satisfactoria. Intentando seguir a mi conciencia, que me aconsejaba aclararlo todo con Helena antes de volver a estar con ella y quizá arrastrarme un poco más para obtener su perdón, me resistí a ir a su encuentro.

Pero como si ella supiera cuánto me tentaba y lo mucho que me costaba no ceder a mis deseos cuando llegó a lo alto de la escalera se volvió hacia mí, y luciendo una pícaro sonrisa, me guiñó un ojo antes de seguir su camino.

—¡Mierda, Helena! —gruñí entre dientes mientras apretaba los puños con fuerza resistiéndome a dejarme llevar, sabiendo que si la seguía ya no habría vuelta atrás y que los dos disfrutaríamos de lujurioso y salvaje sexo bajo esa ducha, en la destantalada cama que había adecentado, en el sofá y tal vez en el pasillo si ella me dejaba.

Pero después de pasar tanto tiempo separados, de cometer tantos errores y de perderla, yo no pretendía conseguir una sola noche con ella: yo quería conquistar nuevamente a Helena y poder disfrutar de toda una vida a su lado, y no de un mero rato de pasión que ella pudiera llegar a olvidar.

—¿Qué se supone que debo hacer ahora? —me pregunté mientras permanecía solo en medio del salón, esperando como un idiota alguna señal que nunca llegaría, porque quien decidiría qué hacer con mi vida, me equivocara o acertara, únicamente sería yo.

En cuanto escuché el sonido del agua cayendo, ya no pude más. Y recordando que el papel que interpretaba por ahora frente a ella era el de un chico malo que nunca dejaría de aprovechar una oportunidad como ésa, cogí una toalla del montón de ropa del sofá y corrí junto a Helena sin saber si utilizaría esa prenda como excusa cuando llegara junto a ella o, tal vez, simplemente la usaría más tarde para secar nuestros cuerpos cuando la

sedujera. Porque Helena sería algo a lo que simplemente nunca me podría resistir.

* * *

—¡Mierda, Roan! Qué tengo que hacer, ¿correr en pelotas por la casa para que cojas las indirectas? —murmuré furiosa después de entrar en ese viejo cuarto de baño, que estaba más limpio de lo que me esperaba—. ¿Es que nunca vas a dejar de ser un chico bueno? —susurré nuevamente, furiosa, imaginando que el muy idiota estaría parado en medio del salón teniendo una discusión con su conciencia, cuando lo único que tenía que hacer para estar conmigo era subir la escalera hacia el baño.

Enfadada con ese hombre que me había hecho tanto daño, pero que siempre me querría como ningún otro, comencé a desnudarme sin dejar de pensar en él y en el motivo por el que había vuelto a Whiterlande.

Era evidente, por cada uno de sus estúpidos gestos, que Roan quería volver conmigo. Tal vez se habría dado cuenta de lo que había perdido cuando me fui de su lado, pero lo que no tenía tan claro era cuánto duraría ese arrepentimiento y si volvería a convertirse en ese extraño que tantas veces me había apartado de su lado, sin apenas darse cuenta de ello, si lograba su objetivo.

Tenía mucho miedo de enfrentarme a Roan, de descubrir ese estúpido disfraz con el que los dos fingíamos que era otro, porque si lo hacía, tendría que hacer frente a la verdad y, o bien perdonarlo por todo lo que me había hecho y seguir adelante con nuestra relación, o bien olvidar para siempre a ese hombre que tanto había significado para mí.

El primer amor podía llegar a doler mucho, pero como en una ocasión me dijo mi tía Victoria, sólo el último es el que queda grabado en tu corazón y el que realmente vale la pena. Pero a pesar de todo lo que Roan y yo habíamos pasado, no sabía si ese hombre sería para mí mi primer amor, mi último amor

o, simplemente, el único amor de mi vida. Después de todo lo que había luchado por él, no estaba segura de si valía la pena seguir peleando. Lo único que tenía claro era que durante el tiempo que había estado alejada de Roan solamente había podido pensar en él, y ahora que volvía a encontrarlo, todo lo que deseaba era encontrarme de nuevo entre sus brazos, que me estrechase junto a su cálido cuerpo y que nos uniéramos tan profundamente como siempre, haciendo que las palabras entre nosotros sobraran y que tan sólo hablaran nuestros cuerpos.

—¡Joder, Roan! ¿Cuánto tiempo tengo que estar bajo la ducha hasta que te decidas a venir? —suspiré, sumergiendo mi cabeza bajo el agua para tratar de aclarar mis ideas, pensando que mi chico bueno nunca haría algo tan atrevido como meterse en esa ducha conmigo simulando ser otro hombre.

Pero como en algunas ocasiones hacía, Roan me sorprendió gratamente cuando unos indecisos toques en la puerta anunciaron que se encontraba allí intentando alcanzarme en una de mis aventuras.

—Tal vez sólo necesites un pequeño empujoncito... —susurré. Y sonriendo maliciosamente recorrí con mis manos mi húmedo cuerpo, y como tantas noches había hecho, pensé sólo en él.

* * *

Cuando Roan llegó frente a la puerta que lo separaba de la mujer que más deseaba abrazar, que en esos instantes estaría totalmente desnuda y mojada, apoyó su cabeza contra ella sin saber todavía qué excusa ofrecerle para poder introducirse en esa habitación. La toalla que llevaba en su mano parecía un pretexto demasiado absurdo y poco sutil, mientras que su conciencia le gritaba que hiciera las cosas bien para no perder a la mujer que amaba. Eso lo frenaba a la hora de seguir adelante. No obstante, recordando el provocador guiño de Helena y viendo lo que estaba tardando en ducharse, Roan se preguntó si no lo estaría tentando como le gustaba hacer en el pasado.

Al final se decidió a dar unos suaves e indecisos toques a la puerta esperando una respuesta negativa:

—¿Necesitas otra toa...

La estúpida excusa que iba a usar para aproximarse a ella murió en sus labios cuando escuchó unos apasionados gemidos que nunca había podido olvidar. Sus manos apretaron con fuerza la toalla que llevaba, tratando de contener las ganas de abrir esa puerta para entrar en el cuarto de baño, con la intención de probar otra vez el dulce y húmedo cuerpo de esa mujer que nunca podría borrar de su mente. Roan no se decidía a avanzar hacia Helena, pero tampoco a retroceder, y ahí se quedó, de pie, inmerso en una tortura mientras se preguntaba en quién estaría ella pensando para mitigar el deseo de su acalorado cuerpo.

—Hummm, Roan... —gimió Helena tras esa puerta, haciéndole imposible resistirse más.

Sin importarle que la excusa de la toalla resultara pésima, que él siguiera actuando como un desconocido para ella o que todavía existieran numerosos malentendidos que tenían que aclarar o muchas frases de perdón que tenía que pronunciar, Roan abrió violentamente la puerta mientras gritaba:

—¡¿Necesitas una toalla?!

Pero Roan nunca entregaría esa prenda, que inconscientemente dejó caer al suelo mientras su ávida mirada recorría el cuerpo húmedo y desnudo de Helena. Ella no se ocultó de él, sino al contrario: pisando el frío suelo, se acercó poco a poco a Roan. Cuando llegó junto a él, lo abrazó íntimamente. Y acercando los labios a su oído, le susurró:

—Te necesito a ti.

Y, como siempre, las palabras de Helena le hicieron perder la compostura y olvidarse de todo.

Estrechándola fuertemente contra él, Roan agarró con brusquedad su trasero para alzarla sobre su cuerpo y que las largas piernas de Helena lo rodearan. Sin preocuparse por encontrarse aún vestido, se metió con ella bajo la ducha

para disfrutar de ese pecaminoso bocado bajo el agua fresca, que tal vez calmaría un poco su deseo, o tal vez lo avivase más después de ver las gotas de agua corriendo sobre la piel de la mujer que deseaba con imperiosa necesidad.

Las impacientes manos de Helena arañaron la espalda de Roan cuando él, bajo el frío chorro de agua, saboreó uno de sus erguidos pezones metiéndolo impacientemente en su boca. Ella se arqueó, concediéndole más acceso a su cuerpo, haciendo que Roan la apoyase contra la fría pared y se decidiera a cerrar el grifo a la vez que le lanzaba una provocativa proposición.

—Creo que tendré que secar tu cuerpo de otra manera, ya que la toalla que he traído ahora no sirve para nada —dijo Roan mientras señalaba la toalla que había caído al suelo mojado, haciendo imposible utilizarla al haber quedado empapada—. Pero no te preocupes: puedo ser bastante imaginativo a la hora de secarte —añadió antes de comenzar a lamer las gotas de agua que caían por su cuello y se deslizaban entre sus desnudos pechos sin importarle nada seguirlas con su lengua.

Las manos de Roan, tan impacientes como su lengua, no pudieron evitar la tentación de acariciar de nuevo la piel de Helena. Cogiendo tentativamente un seno, pellizcó su erecto pezón a la vez que su boca seguía jugando con el otro, haciéndola gemir de placer a la vez que movía sus caderas en busca de más satisfacción.

Su húmeda feminidad se rozaba contra la dura erección de Roan, que todavía permanecía encerrada dentro de sus pantalones, mientras la mano que Roan mantenía en su trasero solamente la empujaba a probar ese goce que buscaba su cuerpo con más impaciencia que nunca.

Decidido a volver a grabar en Helena el recuerdo del éxtasis que sólo él podía darle, la colocó de pie en la ducha. Y cuando ella lo miró confusa, él se limitó a introducir una pierna entre las suyas haciendo que la parte más sensible de su cuerpo quedara sobre su rodilla. A continuación, Roan la incitó

a moverse sobre ella mientras se quitaba su húmeda camiseta para arrojársela a un lado y comenzar con su placentera tortura.

Una de sus manos cogió las muñecas de Helena, aprisionándolas sobre su cabeza para que ella no pudiera tocarlo y que acabara así antes de tiempo, dado que tenía muchas cosas planeadas para ella.

Mientras tanto, su otra mano masajeaba sugerentemente sus senos con leves caricias que en ocasiones se volvían más atrevidas mientras acallaba cada uno de sus gemidos con su boca.

Tan implacable como siempre, Roan hizo que se abandonara al deseo sin pedir nada a cambio.

Cuando ella se resistió a seguir moviéndose hasta que soltara sus manos, que estaban impacientes por devolverle las caricias que él le ofrecía, Roan abandonó sus labios y, enfrentándose a los desafiantes ojos de Helena con una maliciosa sonrisa, movió su rodilla hasta rozar su clítoris. Decidido a ganar en ese juego, Roan le dedicó un mordisquito castigador a cada uno de sus senos hasta conseguir que ella, extasiada, volviera a buscarlo sólo a él.

Pero Helena, tan mala perdedora como siempre, intentó resistirse a Roan, intentó evitar que sus gemidos de placer salieran de su boca mordiendo los labios. Y solamente cuando ya no pudo más, decidida a fastidiar a Roan, gimió el falso nombre que otro le había dado a la persona que tenía delante y que, por más que tratara de ocultarlo, siempre sería el hombre al que ella amaba.

—¡Oh, Poppyyyy...!

—¡No me llames así! —dijo Roan, enfadado, insistiendo en sus atrevidas caricias que la aproximaban cada vez más al éxtasis.

—¿Por... qué... no? —preguntó Helena entrecortadamente, cada vez más cercana al orgasmo.

—Porque entre nosotros los nombres sobran. Contigo tan sólo soy un hombre... —respondió Roan, liberando sus manos y recordándole a Helena lo perdido que siempre estaba cuando no se encontraba a su lado.

Helena se rindió al placer mientras sus manos se agarraban a la espalda del

hombre que amaba, dejando las uñas señaladas en su piel mientras llegaba al clímax.

Cuando Roan terminó de jugar con Helena, se deshizo del resto de sus ropas. Y alzando su lánguido cuerpo para que sus piernas lo rodearan, se adentró en ella de una profunda embestida que la reclamó por completo. Helena lo atrajo más hacia ella, y abandonándose al nuevo placer que la embargaba, lo acogió en su cuerpo abrazándolo con sus piernas y sus brazos. Y sin poder resistirse a revelar una verdad que siempre habría entre ellos, le susurró al oído mientras unas lágrimas de tristeza por todo lo vivido recorrían su rostro.

—Conmigo simplemente eres Roan. Con tus defectos y tus virtudes, siempre serás el hombre al que am...

Y antes de que Helena terminara de confesar su amor, un amor que Roan había esperado tanto tiempo que confirmara con sus palabras, él acalló sus labios con un beso, como si esas palabras fueran algo que no se mereciera en esos momentos.

—No vuelvas a dejarme solo, sin ti no soy yo —reclamó Roan cuando sus labios se separaron.

Unas lágrimas que marcaban su rostro le mostraron a Helena cuán sinceras eran sus palabras, y ese perdón que, aunque aún no hubiera pedido, le rogaba con cada una de sus acciones.

—Mi Roan... —declaró Helena, encontrando de nuevo ante ella al hombre del que se enamoró.

Y agarrándose con fuerza a sus hombros, Helena se movió sobre el cuerpo del hombre que amaba, exigiendo su pasión.

Marcando un suave ritmo con el que reclamarla, Roan se adentró en ella una y otra vez, dándole lo que deseaba, cediendo a la ambición de hacer nuevamente suya a la mujer que tanto había necesitado. Cuando las uñas de Helena marcaron una vez más su espalda, requiriendo más de él, Roan profundizó sus envites mientras aceleraba el ritmo de sus acometidas. Y por

fin, ambos se entregaron al éxtasis que invadió sus cuerpos mientras gritaban el nombre del otro.

Unos momentos después, sin salirse de su cuerpo y aún abrazados, Roan la cargó entre sus brazos para llevarla a su cama. Y mientras Helena se dejaba guiar por esos fuertes brazos que siempre la protegerían, susurró al oído de Roan:

—¿Y ahora qué hacemos?

La respuesta de Roan fue simple: acalló sus palabras con un apasionado beso que le dio a entender a Helena cómo terminaría el resto de la noche, aunque no cómo finalizarían su historia de amor.

* * *

Después de esa noche me deshice de mi disfraz ante Helena, porque mis sentimientos no me permitían continuar con esa farsa, un disfraz que no tuve duda de que Helena descubrió desde el principio, ya que cuando le pregunté desde cuándo sabía mi verdadera identidad solamente recibí una misteriosa sonrisa de su parte.

Luego me dediqué a hacer con ella todo lo que había dejado para otro momento: cosas tan simples como ir al cine, comer en un grasiento restaurante de dudosa reputación, hacer un pícnic en el parque, jugar a los bolos —en lo que resulté ser realmente pésimo—, ir a un parque de atracciones, dormir bajo las estrellas o hacer el amor en el lago fueron momentos divertidos y entrañables que experimenté por primera vez de la mano de esa imprudente amiga que siempre me animaba a seguirla en sus travesuras.

Las palabras que debíamos decirnos las dejamos a un lado, y olvidando todos los malos momentos que una vez vivimos y todas las cosas que no nos habíamos dicho, volvimos a ser esos inseparables amigos cuyos sentimientos siempre irían más allá de una mera amistad.

Pero a pesar de que quisiéramos dejar a un lado nuestro pasado, éste seguía

allí, y era indudable que en un momento u otro tendríamos que afrontarlo y decidir cómo seguir adelante. Por supuesto, también estaban esas molestas personas que nos rodeaban y que, ya fuese por nuestro bien o para su propio beneficio, nos recordarían que no podríamos escondernos para siempre y que, por más que lo deseáramos, no lograríamos volver atrás en el tiempo, sino tan sólo avanzar, comprendiendo y aceptando quiénes éramos ahora.

Aunque tenía todo eso muy presente en mi mente, por ahora me limitaba a disfrutar de todo aquello para lo que nunca había tenido tiempo, consiguiendo que al rostro de Helena asomaran más de esas resplandecientes sonrisas que yo siempre había deseado contemplar cuando estábamos juntos en la ciudad.

* * *

Tras salir de la ducha de esa destartada casa en la que ambos nos habíamos escondido de todo, convirtiéndola en nuestro pequeño nidito de amor, me encontré con que mi ropa había desaparecido y que mi toalla la tenía Helena, que la agitaba juguetonamente frente a mí con picardía, animándome a participar en unos juegos un poco más adultos que, no tenía ninguna duda, nos satisfarían por completo.

—¿Es que quieres secarme tú? —pregunté, separando mis brazos mientras le mostraba mi húmedo cuerpo, esperando con impaciencia a que ella se uniera a mí o a que se acercara lo suficientemente como para arrastrarla conmigo.

—No, pero me encanta admirar tus tatuajes. Sobre todo el de tu trasero... —se rio ella con descaro mientras admiraba mi cuerpo.

—Sabes que tú eres la culpable de cada uno de ellos, ¿verdad?

—¿Cómo te dejaste hacer eso?

—Cometí el error de confiar en esos cuestionables individuos que nos rodean y me dejé llevar por todas las barbaridades que me propusieran con tal de recuperarte.

—¿Y lo has hecho? —preguntó, negándose a darme una respuesta que yo buscaba desde que volví a su lado.

—No lo sé, dímelo tu —le pedí, intentando volver a escuchar esas palabras de amor que todavía no habían salido de su boca y que yo añoraba oír.

Pero por lo visto, todavía no era el momento adecuado ya que, distrayéndome con su audaz sonrisa, me hizo una provocadora proposición mientras se alejaba un poco más de mí.

—Juguemos al escondite, Roan...

Me sentí tentado a rechazar un juego tan infantil que ya no tenía cabida entre adultos, pero cuando vi su perversa sonrisa supe que ella tenía alguna indecente proposición en mente que hacerme, algo que, como siempre, yo no dudaría en aceptar, me conviniese o no.

—¿Y tiene que ser en bolas? —me quejé algo molesto, pensando en lo incómodo que sería correr desnudo por toda la casa. Y más aún cuando una parte de mí comenzaba a alzarse ante la idea de lo que podría hacer cuando la alcanzara.

—He lavado toda tu ropa, así que sí... Y mientras se seca, he pensado en una forma divertida de pasar el tiempo.

—No creo que me divierta demasiado correr desnudo por toda la casa. Si por lo menos tú también lo estuvieras, eso cambiaría algo...—dije provocativamente mientras alzaba una de mis cejas a la vez que recorría su cuerpo con una ladina mirada, imaginando cuánto me deleitaría al perseguir ese desnudo cuerpo por toda la casa.

—No voy a desvestirme, Roan —anunció Helena mientras se dirigía hacia la puerta con mi toalla—. Pero puedes hacerlo tú cuando me encuentres... —declaró antes de guiñarme un ojo y desaparecer. En ese momento hice lo único que podía hacer un hombre en esas circunstancias ante ese tipo de proposición:

—¡Uno!, ¡dos!, ¡tres!... ¡Diez! ¡Voy a por ti!

—¡Haces trampa, Roan! —oí a Helena replicando algo molesta en la

lejanía. Y dispuesto a ganar, la seguí hacia el exterior de la casa.

—¡Tú también! —contesté, mientras sonreía al recordar los despreocupados momentos de nuestra infancia en los que nadie podía separarnos.

Corrí persiguiéndola alrededor de mi destartada casa, y cuando estaba a punto de alcanzarla se metió en ella por la puerta trasera, que se apresuró a cerrar ante mis narices para luego echar el pestillo, al parecer, el único que funcionaba en esa maldita casa. Cuando me dirigía hacia la entrada principal siguiendo esa dulce voz que desde el interior de la casa me tentaba a perseguirla, me topé de lleno con uno de esos obstáculos que, para bien o para mal, siempre estaban entre nosotros, vigilando muy de cerca cada uno de los movimientos que yo hacía alrededor de Helena. Y que los realizara desnudo era algo que no le gustó demasiado.

—He venido a ver lo que has estado haciendo con mi hija, aunque a juzgar por tu escasa vestimenta, puedo imaginármelo —comentó bastante molesto el señor Taylor, dirigiéndome una de sus furiosas miradas. Y por supuesto, cuando uno de los intimidantes hombres de esa familia hacía su aparición, nunca lo hacía solo: los tíos de Helena lo acompañaban. Por suerte, el atemorizante abuelo de Helena y su escopeta se habían quedado en casa, de lo contrario no dudaba de que intentaría abrir un nuevo agujero en mi trasero.

—Y en cuanto a ti, Dan, ¡como no dejes de hacer eso te daré una paliza! —advirtió el señor Taylor sin volverse hacia el bromista tío de Helena quien, con un grosero gesto de sus manos, le recordaba impertinentemente lo que Helena y yo habíamos estado haciendo durante toda esa semana, algo que solamente logró aumentar su enfado y que me fulminara con su mirada con más determinación.

Tapando mis vergüenzas mientras trataba de aparentar ser totalmente inocente, caminé hacia atrás buscando la puerta y tal vez mi salvación. Para mi fortuna, o tal vez para mi desgracia, allí estaba Helena para ayudarme. Asomándose desde la ventana del segundo piso, dio la bienvenida a su padre

con una sonrisa, lo que hizo que el duro gesto del señor Taylor se ablandara un poco, aunque no logró que dejara de acribillarme con su mirada.

—¡Hola, papá! ¿Qué haces aquí?

—He venido a saber qué es lo que tenía tan ocupada a mi hija para que ésta ni siquiera se dignase a llamarme para decir que no iría a su casa en toda una semana —reprendió el señor Taylor a Helena, para luego murmurar amenazadoramente hacia mí—, algo que finalmente he acabado deduciendo con una simple mirada...

—Lo siento, papá: se me olvidó llamar.

—¿Sabes que, si no fuera por los cotillas del pueblo, entre los que incluyo a tu abuelo, ni siquiera sabríamos dónde estabas, y tu madre y yo nos encontraríamos terriblemente preocupados? —inquirió, dirigiéndose a su hija; para luego susurrar una advertencia hacia mí—: Más de lo que ya lo estamos ahora...

—No volveré a olvidarme de llamar, papá, pero es que estaba demasiado distraída porque Roan ha vuelto a Whiterlande —respondió Helena emocionada, concediéndome más crédito del que merecía, ya que debería de haber corrido en su busca mucho antes.

—Sí, ya lo sé —dijo el señor Taylor, sin aclarar su participación en los acontecimientos que me llevaron de vuelta al pueblo, tal vez para no decepcionarla—. Lo que no me explico es qué demonios hace corriendo en pelotas alrededor de la casa... —se cuestionó el señor Taylor mientras me exigía una respuesta con su apabullante mirada.

En ese momento me quedé mudo y sin saber qué hacer o decir. Afortunadamente, Helena acudió en mi ayuda, aunque a su manera: tras lanzarme un delantal rosa lleno de volantes para que me cubriera un poco ante nuestras visitas, anunció ante su padre:

—No lo sé, papá. Debe de ser una mala costumbre que ha cogido en la ciudad. ¡Mira que he intentado hacerle desistir de ello, pero por más que insisto, Roan sigue empeñándose en correr desnudo alrededor de la casa!

Después de denunciar a viva voz lo pervertido que era, Helena me abandonó bajo la escrutadora mirada de esos tres hombres mientras se adentraba en la habitación para reírse a gusto de una terriblemente incómoda situación que había provocado ella.

Alan Taylor se limitó a sonreírme con malicia al ver mi nueva indumentaria, o eso es lo que creí cuando terminé de colocarme el delantal, hasta que Josh Lowell le lanzó una bolsa que el señor Taylor soltó violentamente en mis manos antes de anunciarme una mala noticia:

—Mi suegro quiere verte. Y te reclama el pago o la reparación de una ventana.

No me aclaró si le habían confiscado la amenazante escopeta a ese anciano estafador que me había vendido una destartalada casa con una sonrisa mientras mantenía su arma no muy lejos de él.

—¿Qué es esto? —pregunté con cierta preocupación ante lo que podía contener esa bolsa.

—Ropa limpia, para que no corras más en pelotas —replicó el señor Taylor entre gruñidos, como si se lamentara por haberse preocupado por mí.

Y un poco harto de las intervenciones de esa familia y de esa visita en concreto que había interrumpido un espléndido y excitante juego, dejé de lado a esa educada persona en la que me había convertido para pasar a ser tan malicioso como en ocasiones me pedía Helena.

—Bueno, ya que están aquí, ¿por qué no les muestro la maravillosa casa que John Lowell me ha vendido? —dije con irónica amabilidad. Y mientras me disponía a guiarlos por mi nuevo hogar, no me importó mostrarles descaradamente mi trasero. Hasta que oí detrás de mí:

—¿Veis? ¡Os dije que la mariposa era la mejor elección!

Volviéndome hacia mis torturadores, muy molesto, observé en ellos una maliciosa sonrisa con la que me aseguraban que, por más que intentara devolverles la jugada, ellos siempre irían un paso por delante. Después de todo, éstos eran los hombres que me habían enseñado todo lo que sabía. Y

aunque por el camino había olvidado muchos de sus consejos, ahora no dudarían en volver a recordármelos.

Capítulo 19

—Eres realmente nefasto con el bricolaje... y eso que sólo te pedí que colocaras unos malditos tornillos —dijo Alan a Roan mientras revisaba el trabajo que había hecho en la ventana.

—Las reparaciones no son lo mío, yo sólo me limito a pagar a las personas adecuadas para que realicen las reconstrucciones necesarias —respondió Roan, haciendo que Alan alzara con ironía una de sus cejas mientras se decidía a bajarle los humos a ese niño mimado que en ocasiones volvía a dar señales de vida.

—Claro, pero como olvidaste que no tenías ni un duro antes de romper la ventana de mi suegro y ahora no tienes bastante para pagar esta reparación, límitate a hacer lo que te digo.

—La verdad es que parece muy sencillo, pero es bastante difícil y... —comenzó a quejarse Roan, intentando excusar su torpeza.

—¡Helena! —gritó Alan, haciendo que su hija dejara por unos instantes de ayudar a su madre a preparar la gran mesa que estaban colocando en el jardín para correr a su lado.

Las protestas de Roan dejaron de salir de su boca en cuanto vio a la mujer de sus sueños correr a su lado, para pasar a mostrar una sonrisa bobalicona que solamente un hombre enamorado podía desplegar.

—¿Sí, papá? —preguntó Helena cuando llegó al lado de Alan.

—Ya sabes lo que toca —dijo Alan, tras lo que le tendió el destornillador.

Y en unos pocos minutos Helena deshizo y rehizo con total precisión el trabajo que le había llevado a Roan casi media hora.

—¡Eso es trampa, ella ha aprendido desde pequeña! —repuso Roan, tan

infantil como siempre, mientras señalaba molesto la satisfecha sonrisa con la que Helena lo miraba, vanagloriándose en su victoria.

—Siempre has sido un mal perdedor, Roan —respondió Helena, y tras devolverle el destornillador a su padre, se marchó a colaborar con su familia para terminar con los preparativos de esa escandalosa reunión con la que le daban la bienvenida a Roan, no sin antes olvidarse de volver su rostro y sacarle la lengua al hombre al que siempre le gustaba fastidiar.

—Tú también eres una mala perdedora, Helena —murmuró Roan, intentando ponerse de pie para seguirla en su juego. Pero un fuerte carraspeo y una profunda voz le recordó que aún no podía jugar con ella como él ansiaba, algo que tal vez haría mucho más tarde en la intimidad.

—Esa ventana no se va a arreglar sola —recordó Alan, señalando la reparación que todavía tenían que realizar.

Tras un suspiro, Roan se resignó a posponer sus mayores deseos para más tarde y volvió a obedecer las órdenes de una persona a la que siempre había admirado, tal vez porque tenía lo que Roan tanto ambicionaba, pensó, mientras observaba con anhelo las risas y los cuchicheos de las mujeres o el compañerismo y las bromas de los hombres con los más jóvenes, que mostraban la felicidad de esa familia.

—Todo lo que aprendemos a lo largo de la vida nos sirve para perseguir y alcanzar esas metas que a veces nos pueden llegar a parecer tan lejanas —aleccionó Alan a Roan, recordando al niño que siempre miraba con extrañeza el comportamiento de su irreflexiva familia, tal vez porque no comprendía ese cariño incondicional que todos ellos se profesaban, o quizá porque, muy en el fondo, querría formar parte de esas locuras.

—Mis metas, a pesar de los años transcurridos, aún parecen muy lejanas para mí —confesó Roan con seriedad, mientras recordaba las palabras que Helena y él no se habían dicho todavía o los obstáculos que le esperaban cuando volviera, algo que sólo había evitado por un tiempo.

—Algo que aprendí en el campo de juego era que, cuando quieres algo,

sólo tienes que correr hacia ello hasta obtenerlo...

—¿Y qué hay de los obstáculos que aparecen en el camino? —preguntó Roan, confuso porque Alan comparara la vida con un simple partido de fútbol americano.

—Simplemente esquiválos o derríbalos.

—No es fácil —negó Roan con la cabeza, rememorando todos los problemas que había dejado atrás sin resolver por perseguir a Helena.

—Nunca dije que lo fuera, pero si el premio merece la pena, tienes que arriesgarte —dijo Alan, señalando la maravillosa sonrisa que lucía su hija junto a los suyos, una que Roan se había perdido durante mucho tiempo—. Ahora, si me lo permites, chaval, voy a reclamar una vez más el premio que me he ganado. Me pregunto cuándo tendrás tú el valor suficiente para ganarte el poder reclamar el tuyo —manifestó Alan, con una expresión risueña en el rostro mientras se dirigía hacia su desprevenida esposa para, sin explicación alguna, volverla hacia él para darle un beso arrollador tras el que simplemente se limitó a cargarla sobre uno de sus hombros a pesar de sus protestas.

—Luego le dolerá la espalda —señaló el anciano John Lowell, observando complacido la felicidad de su familia, para luego volver a adoptar un gesto serio mientras reprendía una vez más a ese hombre que para él siempre sería un niño bastante perdido—. ¿Qué estás haciendo, chico?

—Trato de arreglar la ventana que le rompí, aunque la verdad es que no se me da demasiado bien... —comenzó a explicarse Roan antes de ser abruptamente interrumpido por un enojado Lowell.

—¡Me importa una mierda esa ventana, muchacho, aunque me la tendrás que arreglar! Te pregunto por qué razón, ahora que has crecido y eres un adulto con capacidad de decisión, pretendes todavía complacer a todos los que te rodean, si lo único que tienes que hacer es lo que tú más deseas. La vida es demasiado corta para desperdiciarla intentando satisfacer las expectativas que otros tienen para ti, Roan. Dedícate tan sólo a cumplir las que tú tienes para ti mismo y olvida a los demás.

—Creo que inconscientemente todavía espero de ellos esa muestra de afecto que quizá nunca llegarán a darme... —confesó Roan, dejando salir la dolorosa verdad que guardaba en su corazón.

—Y mientras intentas conseguir el cariño de alguien que no se lo merece, desperdicias el que otros te ofrecen —dijo John, señalando a su nieta, recordándole todo el daño que le había hecho a lo largo de su difícil relación.

—Lo he decepcionado, ¿verdad, señor Lowell? —preguntó Roan, abatido por cada uno de sus errores.

—No, hijo, te has decepcionado a ti mismo, por eso quieres cambiar —contestó John, señalándole su ridículo aspecto—. Pero donde tienes que cambiar es por dentro, no por fuera, chaval. No cometas de nuevo los mismos errores o tal vez no tengas una nueva oportunidad —declaró con contundencia John mientras se alejaba, recordándole que, aunque su familia nunca le demostrara su cariño o se sintiera orgullosa de él, existiría una persona que siempre lo amaría sin que le importara nada. Y a pesar de que él no hubiera hecho nada para merecerse ese cariño, Helena lo seguiría amando y esperándolo junto a esa ventana que, de una u otra manera, siempre permanecería abierta para él.

—Es hora de que arreglemos esta ventana para que no vuelva a cerrarse nunca más —susurró Roan para sí, decidido a hacer todo lo posible por cumplir todas las promesas que le había hecho a Helena y que tan fácilmente había olvidado con la distancia.

* * *

Dirigiéndome con decisión a casa de los Lowell, cogí el teléfono y marqué un número para afrontar una conversación que sellaría mi separación de mi familia y el comienzo de un mundo desconocido para mí. No sabía si mis planes saldrían bien, si podría realmente independizarme e igualar la fortuna de mi abuelo para enfrentarme a él como siempre había querido,

demostrándole así que no lo necesitaba para alcanzar el éxito o si, por el contrario, caería hacia el fracaso perdiéndolo todo. Lo único de lo que estaba totalmente seguro era de que tenía que arriesgarme para no perder lo más importante de mi vida y que, por necio, casi había perdido en una ocasión.

Las duras palabras de John Lowell me hicieron abrir los ojos ante una verdad que siempre había tenido delante pero que me había negado a ver con claridad hasta ahora: mis familiares nunca me querrían, y por más que cumpliera sus expectativas, éstas serían cada vez más altas hasta que fueran imposibles de alcanzar. Y entonces yo mismo les proporcionaría una muy conveniente excusa para justificar su actitud hacia mí a lo largo de todos esos años, cuando la verdad era más sencilla: ellos nunca me habían amado. En cambio, una rebelde niña de revueltos rizos negros e intensos ojos azules que hoy ya era toda una mujer, jamás me había puesto excusas para entregarme su cariño y siempre me había demostrado cuánto me amaba.

Eso, definitivamente, era algo que yo no podía volver a perder. Porque mientras que ese niño falto de amor se había dado cuenta de que Helena era todo lo que necesitaba, el adulto en el que se había convertido se olvidó de ello con el paso del tiempo y dejó de lado ese amor, causándole en el proceso mucho daño a una persona que nunca se lo mereció.

Ahora, arrepentido por mis errores y decidido a luchar como nunca había hecho, esperé a que mi socio contestara al teléfono, y cuando lo hizo le di una simple orden con la que di comienzo de forma oficial a mi rebelión contra ese apellido que nunca había encajado conmigo.

—Salimos al mercado —dije a mi socio, haciéndolo el hombre más feliz del mundo.

—Roan, ¿estás seguro? —preguntó, para asegurarse de que no me volvería a echar atrás en el último momento.

—Sí, ya hemos esperado demasiado —contesté. Y mientras lo hacía, mi mirada se centró en la alegre imagen de Helena que veía a través de la ventana. Sin ser capaz de decidir si mis palabras iban dirigidas a mi

interlocutor o hacia ella, seguí adelante con mi plan, decidido a hacer lo que Alan Taylor me aconsejó antes: acabar de una vez por todas con todos los obstáculos que se interponían en mi camino.

* * *

—Pobre chico... No me puedo creer lo que le han hecho —murmuró mi tía Victoria mientras observaba a Roan intentando ayudar a mi padre con la ventana.

—¡Se lo merecía! —dijo rencorosamente mi madre después de soltar con violencia un inmenso bol de puré de patatas sobre la mesa que habíamos colocado en el jardín.

—¡Pero esas pintas! —volvió a negar mi elegante tía, mientras señalaba los verdes cabellos de Roan. «Y eso que no sabe lo que tiene en el culo», pensé maliciosamente mientras seguía su conversación desde un rincón disfrutando de mi refrescante limonada a la vez que intentaba escaquearme del trabajo.

—Eran parte de la lista de Helena —declaró con contundencia mi madre, que mostró una satisfecha sonrisa después de volver a admirar los llamativos cabellos de Roan.

—¿Estás segura de que Helena especificaba que su chico ideal debía tener el pelo verde?

—No, pero yo sí especificué a Alan que lo hiciera sufrir antes de arrastrarlo de vuelta a Whiterlande.

La sonrisa que había mantenido en mi rostro hasta entonces a causa de sus bromas se borró en un instante después de escuchar esas palabras: si lo que decía mi madre era cierto, Roan no había venido hacia mí por su propia iniciativa, sino obligado por mi protector padre. Eso me llevaba a pensar que Roan no era el hombre que yo creía.

Me había alegrado muchísimo al volver a verlo, al encontrar nuevamente en él a ese chico del que me enamoré, pero con mi alegría olvidé lo más

importante: preguntarle por qué había vuelto a mi lado, y ahora que sabía la respuesta no me gustaba en absoluto. En un principio creí que mi padre o algún otro de los entrometidos miembros de mi familia le habría hecho llegar esa lista a Roan, y él, como siempre, habría tratado neciamente de convertirse en ese tipo de chico que yo siempre le recordaba que no podría alcanzar jamás. Pero después de conocer que esa lista solamente había servido para torturar a un hombre que nunca tuvo la intención de volver junto a mí me enfadé mucho. Y no sólo con la persona que no había tenido las pelotas necesarias para venir a buscarme, sino también con mis padres por meterse en algo que no les concernía.

Mientras mi tía Molly se adentraba alegremente en el jardín transportando un postre que mi tía Victoria intentó apartar a un lado con disimulo, yo dirigí una fría mirada a mi madre y ella, tan perspicaz como siempre, se percató de que algo ocurría y se acercó a mí.

—¿Qué te ocurre, Helena? —preguntó mi madre.

—Papá y tú me habéis hecho mucho daño..., tanto o más que el que me haya podido hacer ese hombre —dije, señalando al cobarde que nunca se merecería mi amor.

—Pero hija, ¿de qué estás hablando? ¿Qué pasa, Helena? —preguntó mi madre con preocupación, tratando de abrazarme para consolarme al ver las lágrimas que comenzaban a derramarse por mi rostro a pesar de que yo no quisiera mostrarlas.

—¿Por qué te entrometiste, mamá? ¿Por qué tuviste que obligar a papá a que fuese a traerlo de vuelta? ¿Por qué no dejaste que fuese Roan quien decidiera volver por su propio pie, o que no lo hiciera nunca?

—Porque entonces no sé cuánto hubiéramos tenido que esperar, cariño, y no estaba dispuesta a verte sufrir más... Ahora todo está bien y...

—¡No, mamá, no lo está! Aún no lo comprendes, ¿verdad? Mi padre hizo mil locuras por ti y nadie lo obligó a ello, te demostró con cada una de sus acciones que te amaba por encima de todo y de todos... pero ¿qué me ha

demostrado Roan, si cada uno de sus gestos ha sido por obligación o incluso por miedo a mi familia?

—Helena, no creo que ningún hombre se deje hacer lo que tu padre y tus tíos le han hecho si no te amara.

—¡Pero eso es algo que nunca sabré, mamá! Y todo gracias a ti, ¿verdad? —pregunté mientras me alejaba de ella sin importarme hacerla llorar, porque en esta ocasión me dolía demasiado para escuchar sus excusas—. Gracias por todo, madre —finalicé fríamente.

Y sin piedad alguna, le di la espalda y me dirigí hacia el hombre que, aunque hubiera cumplido con todos los requisitos de mi lista, nunca sería el que yo necesitaba porque en ningún momento lo había hecho por mí.

Cuando lo hallé se encontraba junto al teléfono del salón con una enorme sonrisa de satisfacción, como si todos sus sueños se hubieran hecho realidad y no necesitara nada más, cosa que me jodió bastante, ya que todos los míos se habían roto en un solo instante.

—Helena, ¿qué te ocurre? —me preguntó con preocupación después de percatarse de mi expresión. Por un momento me recordó a aquel protector chico que siempre me perseguía, pero apartando mis recuerdos, me enfrenté a la realidad.

—¿Viniste tú solo a Whiterlande o te arrastró mi padre hasta aquí? —le pregunté sin más preámbulos, a la espera de la confirmación que volvería a romper mi corazón en mil pedazos.

—Bueno, tu familia tuvo que ver, pero...

—¿Te obligaron mis familiares a cumplir con todos los requisitos de esta estúpida lista? —interrogué, mostrándole la vieja nota que había guardado en el bolsillo de mis vaqueros, tal vez para darme esperanzas cada vez que estaba con él, unas esperanzas que ahora había perdido por completo.

—No de la forma en que tú crees. Si me dejas que te explique... —pidió Roan, rogándome ser escuchado. Pero al igual que él nunca había tenido tiempo para mí, ahora era yo quien no lo tenía para sus excusas.

—¡Cuando esta estúpida lista desaparezca ya no habrá nada entre nosotros y podrás volver a tu casa, a tus negocios, a tus rígidos trajes y a tu fría familia! —dije, decidida a romperla ante sus ojos. Pero unas fuertes manos detuvieron firmemente las mías cuando intenté partir ese papel para arrebatármelo, mientras unos decididos ojos negros que nunca había podido olvidar me reclamaron a la vez que sus brazos me rodeaban.

Desesperada por deshacerme de esos engañosos brazos, forcejeé con él, algo que Roan aprovechó para abrazarme más fuerte contra su cuerpo a la vez que me decía:

—Helena, entre tú y yo siempre habrá algo más que esa lista, porque, aunque en ocasiones me haya equivocado contigo, yo nunca he dejado de amarte desde el primer día que te conocí.

—Te odio... —susurré como única respuesta a sus palabras. Y aunque cuando era pequeño, estas palabras apenas le habían afectado, el Roan adulto se puso rígido y me dejó marchar mientras sus apenados ojos me mostraban cuánto daño le había hecho.

—Yo también te quiero, Helena —repitió, como siempre hacía.

Mientras yo intentaba alejarme de él y de cada una de sus mentiras, sus palabras me hicieron vacilar.

—Si tan sólo me dejaras explicarte... —suplicó, haciendo que no pudiera resistirme a mirar una vez más el rostro del hombre al que amaba.

Y cuando vi ante mí a ese hombre que me miraba más anhelante que nunca mientras rogaba por una oportunidad, corrí para alejarme de Roan, ya que si me quedaba a su lado cedería ante él una vez más sin importarme si sus palabras eran mentira o no. Y ése era un error en el que no podía permitirme volver a caer otra vez.

* * *

Dispuesto a aclararlo todo, Roan corrió tras Helena hacia el jardín, pero

ella siempre había sido más rápida que él, y el destino, como tantas otras veces había hecho en el pasado, parecía decidido a separarlos de nuevo, pues Nathan se interpuso en su camino con su teléfono en la mano:

—¡Roan, tu abuelo ha sufrido un ataque y se encuentra en el hospital!

Roan, tal y como le habían enseñado, contestó fríamente al ejecutivo que tenía al otro lado del teléfono, quien no le dio demasiadas explicaciones acerca de la enfermedad de su abuelo, pero le exigió en su lugar que regresase de inmediato a la empresa para tomar su lugar.

En tan sólo unos segundos Roan tomó las riendas del negocio que le habían enseñado a manejar desde pequeño y se convirtió en ese hombre impassible, frío y analítico que su abuelo había adiestrado y que Helena detestaba. Dio órdenes sobre cómo debían atenderse los negocios más urgentes, y pese a que no tenía ningún documento o archivo consigo, recordó a la perfección cada uno de esos registros que, desde que Helena lo hubo abandonado, fueron el único refugio para él. Roan hizo todo lo posible por ganar un poco más de tiempo para permanecer junto a Helena con la intención de aclarar los malentendidos que se interponían entre ellos, pero tal y como había temido desde que comenzó ese viaje, su tiempo junto a ella se acababa.

Esa alocada familia que siempre lo había acogido quedó muy sorprendida ante el serio y desconocido personaje que se encontraba ante ellos, comprendiendo entonces la razón por la que Helena y él finalmente se habían separado. Y mientras miraban preocupados al hombre que no sabían si volvería a conquistar el corazón de Helena, Roan finalizó su conversación y se derrumbó sobre una de las sillas del jardín, volviendo a ser ese niño perdido y solitario que sólo buscaba la calidez de una familia que siempre le negaba su cariño.

—El tiempo se me acaba, Helena no quiere escucharme y nadie me dice qué es lo que le ocurre al viejo... —anunció Roan, devolviéndole el teléfono móvil a Nathan, intentando ocultar el temblor de sus nerviosas manos que

mostraban más preocupación por el estado de su anciano abuelo de lo que quería aparentar.

—No te preocupes, Roan, nosotros te ayudaremos —dijo Nathan, decidido a apoyar a su amigo como siempre había hecho.

—¿Cómo? —sonrió irónicamente, sintiéndose aplastado ante los impedimentos que la vida ponía en su camino.

—Contactaré con el hospital para averiguar cómo está tu abuelo. Tengo algunos conocidos en la ciudad —se ofreció Josh, el director del pequeño hospital de Whiterlande.

—Te compraré un traje, ese atuendo no va contigo en absoluto —se ofreció Victoria, la adinerada esposa de Dan, que tanto lo había torturado.

—¡Vale! Yo te teñiré el pelo. Prometo que en esta ocasión no será verde —intervino jocosamente Dan Lowell, haciéndolo reír.

—Y yo haré unas cuantas galletas para levantarte el ánimo —sugirió Molly.

—¡NOOOO! —gritaron todos a la vez en dirección a Molly, la bondadosa y tímida pelirroja cuya cocina podía llegar a ser todo un peligro.

—Bueno, no hay que ponerse así, ¡qué exagerados sois! —replicó Molly, molesta con su familia. Tras ello, apuntó—: Pues entonces contactaré con mis hermanos. Tal vez alguno esté implicado en la seguridad personal de tu abuelo y sepa cuál es su estado en estos momentos.

—Yo, por ahora, guardaré mi escopeta —anunció resignado el viejo John Lowell mientras su mujer le confiscaba alegremente su escopeta para guardarla en algún apartado lugar.

—Y yo te ayudaré a que mi hija te escuche, chaval. Sólo Dios sabe que algunas mujeres pueden ser muy cabezotas a la hora de oír las palabras de un hombre, y más aún cuando éste puede tener razón... —anunció Alan mientras miraba reprobadoramente a su esposa, recordándole su cabezonería.

Elisabeth se acercó llena de dudas a Roan, el hombre al que había censurado por haberle hecho daño a su pequeña, y admitió ante todos que, aunque en ocasiones Roan se hubiera equivocado con Helena, sin duda

merecía una segunda oportunidad, porque no habría otra persona que quisiera a su hija tanto como él la quería.

—Es posible que seas el adecuado para estar con mi niña, pero eso sí: debes asegurarte de cumplir con todos los requisitos de esa lista, especialmente con el último —exigió Elisabeth, recordándole las palabras que él mismo había escrito como una promesa que estaba seguro de no volver a romper.

—Gracias... —dijo Roan, desbordado por el apoyo que le mostraban los Lowell en esos momentos.

Entre risas, palabras de ánimo y bromas, cada uno de los miembros de esa familia le demostró su cariño a su manera, ya fuera con alegres palmaditas en la espalda de parte de los hombres, tiernos abrazos de las maternas mujeres, tan desconocidos para él, o bromas de los más jóvenes. Roan sintió por primera vez lo que era formar parte de esa familia que tanto había anhelado, pero, aun así, le faltaba algo.

—No te preocupes, chaval, esta noche atraparemos a Helena. Eso sí, te espera por delante un arduo trabajo —le dijo Alan mientras le entregaba un destornillador, sorprendiendo a Roan que, aunque no sabía mucho de la vida, sin duda iba aprendiendo cómo debía tratar a cierta mujer muy testaruda.

Capítulo 20

Siguiendo una vez más los consejos de los alocados personajes que formaban esa familia, me dejé guiar esperando poder acercarme a Helena y conseguir que ella me escuchara en esta ocasión.

Sabía que, si me alejaba de ella sin aclarar todos los malentendidos que había entre nosotros, si no gritaba esas palabras que guardaba mi corazón lo suficientemente alto como para que Helena las escuchara, lo nuestro habría terminado. Y ella era algo que no estaba dispuesto a perder.

El vacío que me embargó cuando Helena me abandonó, la frialdad y la soledad que sentía, aun estando rodeado de gente, eran experiencias que no quería volver a sufrir, y ese insensible individuo en el que me convertía cuando no estaba a su lado era tan odioso para ella como para mí. «Y, aun así, me veo obligado a volver a serlo durante un tiempo para ayudar al viejo», pensé mientras admiraba el elegante traje que Victoria Lowell me había conseguido, que descansaba sobre una silla dentro de su funda protectora, y el tinte para el pelo que había sobre la arcaica mesa junto a ésta, algo que, gracias a Dios, Sarah Lowell me había comprado después de rogarle que no permitiera que lo adquiriese su hijo Dan.

Mi abuelo era la única persona de mi familia a la que todavía intentaba contentar, a pesar de las escasas muestras de cariño que había recibido de su parte. Pero le estaba muy agradecido porque sabía que sin él mi vida habría sido mucho más dura. Todo lo que me había enseñado del mundo de los negocios era de un valor incalculable y siempre lo apreciaría, al igual que alguno de sus sabios consejos y su apoyo económico, que sin duda habían sido cruciales para que yo despegara. Pero todo ello no merecería la pena si en el

camino hacia el éxito en el que mi abuelo pretendía guiarme perdía a Helena. Mi abuelo era muy ambicioso, queriendo llegar siempre a culminar con una victoria todos los negocios que emprendía, pero yo lo era más, ya que en mi ascenso no quería dejar nada atrás. Y si anhelaba el éxito empresarial tanto como mi insaciable abuelo, aún anhelaba mucho más a Helena.

Mientras bebía una cerveza me derrumbé en el viejo sofá, sin poder evitar preocuparme por ese viejo cabezota que seguramente habría enfermado por exceso de trabajo. No me gustaba esa situación, no me gustaba esperar y menos aún cuando el tiempo se me acababa, pero como Alan Taylor me había asegurado que ésa era la única forma de que su hija me escuchara y era un método que él mismo ya había utilizado para conseguir a su mujer, decidí seguir sus consejos mientras rogaba no arrepentirme de ello.

En esta ocasión, al menos, tenía la tranquilidad de que mi amigo Nathan me había confirmado que Alan probablemente estaría en lo cierto y que ése sería, casi con toda seguridad, el lugar que Helena escogería para esconderse de todos, ya que la destartalada casa que había adquirido sería el último lugar en el que nadie la buscaría, ni siquiera yo mismo. Algo que la taimada Helena aprovecharía para esconderse mientras los demás nos desesperábamos por encontrarla. Así pues, confié en mi amigo como normalmente hacía.

Miré la hora en el elegante reloj que Victoria me había conseguido para que hiciera juego con el traje, y pensé que Alan y Nathan se habían equivocado en esa ocasión. Y tras dejar escapar un suspiro de frustración, dejé caer mi cabeza hacia atrás en el sofá, preguntándome qué podría hacer a partir de entonces. Y ése fue el preciso momento en el que oí las maleducadas exclamaciones de una dulce boquita que conocía demasiado bien, de la que salían decenas de maldiciones que sin duda llevaban mi nombre.

—Bueno... veamos si puedo hacer que me escuches ahora —declaré, luciendo una maliciosa sonrisa mientras me dirigía hacia Helena, sabiendo que en esta ocasión no tenía escapatoria.

* * *

—¡Malnacido! ¡Cabrón malicioso! ¡Tramposo de mierda! ¡Hijo de...!

—¡Esa boquita, Helena! —reprendió Roan a la salvaje Helena, que se peleaba con el marco de la ventana de la cocina en el que había quedado atrapada.

—¡Sácame de aquí de inmediato! —exigió Helena, intentando entrar o salir de la cocina, algo totalmente inútil porque su cuerpo estaba encajado en ese pequeño hueco por el que había tratado de entrar.

—Me lo estoy pensando —contestó Roan, disfrutando del excitante espectáculo que Helena le estaba ofreciendo, ya que al intentar salir de su casa por la ventana de la cocina después de quedarse atrapada en la trampa que Roan le había preparado, la camiseta de Helena se había quedado enganchada alzándose por encima de su cabeza, tapándole el rostro a la vez que dejaba expuesto el sugerente sujetador de encaje negro que cubría sus senos.

—No me estarás mirando las tetas en lugar de apresurarte a ayudarme, ¿verdad? —preguntó Helena, ofendida, mientras intentaba una vez más bajar su camiseta.

—¿Yo? —preguntó Roan, haciéndose el ofendido sin poder resistirse a acariciar levemente esos tentadores pechos con la yema de sus dedos.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió Helena, agitándose nerviosamente.

—¿El qué? —dijo Roan, repitiendo la leve caricia que era apenas un susurro en su piel.

—¡Algo me ha tocado! ¿Has sido tú?

—Yo no, seguramente será algún bicho —bromeó Roan con su cautiva.

Y cuando ésta comenzó a revolverse nerviosamente gritando: «¡Quítamelo, quítamelo!», Roan obedeció a su manera y le bajó el sujetador, exponiendo ante él sus jugosos senos.

—¡Serás cabrón! —gritó Helena mientras, con desesperación, trataba de bajar su camiseta, consiguiendo con su intento que otra cosa se alzara en esa

habitación.

—Sí, lo soy, pero pretendo no serlo contigo —repuso Roan, quien, con un suspiro de resignación, desenganchó la camiseta para que Helena pudiera tapar su desnudez, ya que era consciente de que, si las cosas seguían por ese camino, no hablarían en absoluto.

—Bien, y ahora, ¡sácame de aquí! —ordenó Helena, a la espera de que Roan le hiciera caso como siempre.

—No, Helena. No me he pasado más de una hora estropeando los cierres de todas las ventanas sólo para acabar viéndote las tetas, y aunque me has ofrecido un bonito espectáculo, lo cierto es que tenemos que hablar —manifestó Roan con seriedad mientras se cruzaba de brazos y miraba a su cautiva.

—¡Tú habla lo que quieras, que yo no pienso escuchar ninguna de tus falsas palabras! —exclamó Helena, tan combativa como siempre, mientras le dirigía una mirada desafiándolo a que la hiciera cambiar de opinión.

Y ante el comportamiento de su irracional amiga, Roan hizo lo más lógico en su situación y volvió a subir esa camiseta para engancharla en la ventana y contemplar algo más que el airado rostro que Helena le enseñaba mientras se negaba a hablar con él.

—Cuando estés dispuesta a escucharme, házmelo saber —anunció Roan, de forma tan pedante como solamente él podía expresar, sabiendo que ese tono de superioridad molestaba profundamente a Helena. A continuación, se puso a prepararse un bocadillo mientras disfrutaba del espectáculo que constituía Helena debatiéndose en esa ventana.

* * *

Casi me quedé afónica mientras gritaba decenas de maldiciones hacia el hombre que me había tendido una trampa, según él, «para que escuchara sus palabras». Aunque la verdad era que se lo estaba pasando en grande

mirándome las tetas. Sería muy fácil para mí salir de ese aprieto en el que me encontraba, tan sólo tenía que decirle a Roan que estaba dispuesta a escucharlo y cuando me liberara, ignorar cada una de sus mentiras. Pero el problema era que Roan nunca había sido fácil de ignorar, y sus palabras siempre me habían acabado convenciendo de que le diera una nueva oportunidad, aunque no se la mereciera.

—¿Estas dispuesta a escucharme o quieres pelearte un poco más con la ventana? —dijo él, bajando una vez más mi camiseta para enfrentarse a mi furioso rostro.

—Prefiero seguir peleándome con esta ventana, gracias —respondí con decisión. Aunque cambié de opinión de inmediato al ver que Roan pretendía volver a cubrir mi rostro con la camiseta.

Suspirando un tanto frustrado por mi comportamiento, Roan me dejó por imposible. Y tras mesarse sus cabellos una vez más, intentó que escuchara las decenas de excusas que yo no quería oír.

—Quiero que sepas que cuando tu padre y tus tíos vinieron a por mí, yo ya venía de camino a Whiterlande para recuperarte, y si permití que me hicieran esto para cumplir con los requisitos de esa estúpida e infantil lista tuya fue solamente para tener la oportunidad de acercarme a ti. ¿De verdad crees que alguien que no te quisiera pasaría por esto? —preguntó Roan en referencia al desaliñado aspecto que había tenido tras seguir los consejos de mis familiares, haciendo que mi corazón se acelerara ante la posibilidad de que sus palabras fueran ciertas. Pero como no quería volver a llevarme una decepción ni que me volvieran a romper el corazón, puse mis manos sobre mis oídos mientras tarareaba infantilmente una canción para intentar ignorarlo.

—¡La, la, la, la, la...!

Cansado de mi pueril comportamiento, Roan apartó mis manos de mis oídos, y mirándome con firmeza, me reveló algo que tal vez antes se hubiera sentido avergonzado de pronunciar en voz alta, pero que ahora no le importaba con tal de recuperarme.

—Cuando me dejaste, estuve muy perdido y realmente solo —dijo, convirtiéndose ante mis ojos en ese chico que siempre esperaba bajo mi ventana.

—¡No quiero escuchar tus mentiras! —le grité, intentando recordar cada una de las veces que me había hecho daño con sus promesas incumplidas.

—Bien, pues entonces escucha la verdad —anunció con decisión mientras me liberaba de la ventana, tan cansado como yo de esa ridícula situación.

Cuando me encontré frente a Roan, fui una vez más blanda de corazón, y aunque no estaba dispuesta a quedarme junto a él para escuchar sus excusas, sí pensé que le debía una explicación antes de alejarme.

—Tus palabras siempre parecen sinceras al principio, Roan, pero luego, con el paso del tiempo, se van volviendo falsas hasta que llegan a convertirse en una gran mentira que puede llegar a hacer mucho daño —dije, recordando el pasado, decidida a dejarlo hasta que sus palabras me detuvieron al revelarme la parte de esa historia que yo siempre había ignorado simplemente porque él había guardado silencio.

—Te vi cuando pintabas aquel muro con ese hombre. En decenas de fotografías que mi abuelo había obtenido de un investigador privado y que puso delante de mí en medio de sus burlas, haciéndome dudar de ti. Y luego en persona, cuando reuní el suficiente valor para seguirte.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —pregunté, comprendiendo la razón de la frialdad de Roan en el pasado, cuyas dudas lo habían alejado de mí.

—Tuve miedo de hablar de ello o de preguntarte, por si la verdad me dolía demasiado. Con él reías, jugabas y te lo pasabas bien..., conmigo sólo llorabas. No quería perderte y, al final, sin darme cuenta, fui yo mismo el que te alejó de mí.

—Yo nunca te he engañado, Roan. Daniel Baker solamente fue la persona que me prestó un lienzo en blanco para expresar todo lo que sentía. Y si reía, jugaba o lloraba mientras lo pintaba era únicamente porque ese cuadro era

para ti, para que te fijaras en lo que nunca veías y dejaras de mentirme tanto a mí como a ti con excusas que hacían mucho daño.

—Nunca pretendí mentirte, Helena, y siempre he intentado cumplir con cada una de mis promesas —dijo él, tratando de retenerme una vez más a su lado.

—¿Ah, sí? ¡Dime una sola de las promesas que me has hecho a lo largo de los años que hayas mantenido! —le reté. Y sabiendo que no había ninguna, me dispuse a alejarme de él. Pero cuando pasaba a su lado, Roan me retuvo con decisión y enlazando una de sus manos con la mía, como cuando éramos niños, me dijo:

—Siempre te querré, y aunque me dejes, yo siempre te llevare grabada en mi corazón —declaró, colocando a continuación mi mano sobre su pecho, donde su corazón siempre latiría por mí, un lugar en el que ahora podía apreciar el tatuaje de una brújula que me mostraba lo perdido que había estado en el tiempo que habíamos permanecido alejados.

—Haces trampa al recordarme las palabras que me dijiste la primera vez que nos separamos —lo reprendí con un hilo de voz mientras sentía que mis lágrimas escapaban de mis ojos, ya que sabía que ésa era una verdad que nunca podría negar y una promesa que él nunca había dejado de cumplir a pesar del paso de los años.

Roan, ante mi poco femenino llanto, solamente sonrió y besó mi mano, que en ningún momento había soltado.

—¿Me escucharás ahora? —preguntó con suavidad mientras me dirigía hacia el sofá del salón, donde nos sentamos. Y abrazados como en nuestra infancia, comenzamos a contarnos lo mal que lo habíamos pasado el uno sin el otro, mientras nuestras enlazadas manos hacían la silenciosa promesa de no separarse nunca. Una promesa que tal vez a la mañana siguiente se haría tan difícil de cumplir como a lo largo de todos los años que nos habían separado.

* * *

Cuando Roan despertó en mitad de la noche a causa del frío que entraba por una de esas viejas ventanas, se sintió complacido al notar sobre él el tibio cuerpo de Helena, que se removía algo inquieta. La cercanía de la persona que más había necesitado lo llevó a abrazarla fuertemente y a depositar un tierno beso en su cabeza, un bonito momento que se estropeó cuando Helena, algo soñolienta, abrió los ojos y lo apartó de sí espantada, gritándole junto al oído.

—¡Joder, Roan! Es que no me acostumbro a tu nueva apariencia. Éste no eres tú... —se excusó Helena antes de volver a los brazos que tanto la reconfortaban.

—Para mantenerte a mi lado estoy dispuesto a ser quien tú quieras que sea, incluso un hombre de dudosa reputación —repuso Roan, haciendo más patente que esa imagen nunca iría con él.

Helena no pudo evitar sonreír junto a su pecho al oír esas palabras, pero su sonrisa se borró de sus labios en cuanto oyó las preocupaciones de un hombre que aún dudaba sobre si podría retenerla junto a él.

—Tan sólo dime quién quieres que sea y yo lo haré realidad, soy capaz de cualquier cosa con tal de no volver a perderte.

Tal vez para muchas mujeres, como su madre, por ejemplo, esas palabras representaran todo un sueño, e incluso para aquella Helena que había dejado atrás en el pasado ya hacía mucho tiempo hubiera sido una oportunidad que no hubiera dudado en aprovechar para fastidiar a su amigo, pero a la Helena enamorada actual sólo le recordaron que el hombre al que amaba, por más disfraces que se pusiera, siempre sería aquel que se encontraba ahora frente a ella.

—Solamente sé tú mismo, Roan —respondió Helena mientras besaba por encima de su camiseta el lugar donde se hallaba la tatuada brújula que había en su pecho, que demostraba que finalmente había conseguido regresar a su hogar, un lugar que, por más que se perdiera, siempre hallaría estando a su lado.

Sorprendido por esas palabras procedentes de la primera persona que no le exigía que fuese otro más que él mismo, Roan se quedó confundido por unos instantes y sin saber qué hacer, hasta que los labios de Helena lo guiaron en un cálido beso que le recordó que su lugar siempre estaría allá donde estuviera ella y que, para contentarla, lo único que tendría que hacer era amarla.

Apretándola con fuerza junto a él, Roan exigió más de ese beso. Su lengua buscó con desesperación la de Helena para hacerla rendirse a sus deseos, y ella, como siempre, lo igualó en sus juegos. Mientras esas suaves manos acariciaban su robusto cuerpo, con dulzura cuando rozaban levemente la piel de su torso, y con algo de malicia cuando sus uñas se marcaban en él, Roan la acercó más a su cuerpo para que notara la evidencia de su deseo.

Helena, tan tentadora como siempre, se rozó contra su dura erección haciéndole perder la poca resistencia que tenía. Sus manos no tardaron en apretar con fuerza ese trasero juguetero que tanto lo tentaba.

Ante las caricias que se dedicaban mutuamente por encima de la ropa que cubría sus ardientes cuerpos, ambos gimieron, ansiosos de más, y llegaron a la conclusión de que esas molestas prendas eran una barrera de la que tenían que deshacerse.

Helena fue la primera en desprenderse de su camiseta y del fastidioso sujetador con el que tanto se había deleitado Roan mientras ella permanecía atrapada en la ventana. Sin poder resistirse a la tentación que representaban esos tentadores senos o la deliciosa piel que se exponía ante él, Roan acercó sus labios a ellos y los degustó sin clemencia mientras se deleitaba con cada uno de los gemidos que Helena dejaba salir de sus labios.

Roan besó los pechos de Helena con delicadeza, los lamió pecaminosamente, los succionó con lujuria y acabó mordisqueando jugueteramente sus turgentes cumbres con malicia hasta hacerla gritar su nombre. Helena, colocada encima de Roan, movía su exigente cuerpo reclamando más de esa pasión a la vez que sus manos impacientes no se

contentaban con clavarse en los fuertes brazos que la retenían, sino que exigieron la misma desnudez que mostraba su piel.

Roan la ayudó a desprenderlo de su camiseta, arrojándola despreocupadamente a un lado antes de proseguir con sus caricias. Los exigentes besos de Roan fueron descendiendo por el cuello de Helena y no detuvieron a las inquietas manos de ésta, que comenzaban a desabrochar sus pantalones intentando sacar su erguido miembro de su encierro. Pretendiendo calmar la impaciencia de la mujer que se movía insinuantemente sobre él, y un poco de su propia excitación, Roan sujetó con firmeza a Helena mientras cambiaba sus posiciones en ese viejo sofá.

—Si no nos calmamos un poco..., terminaremos antes de empezar —murmuró entrecortadamente Roan, cogiendo una de las atrevidas manos que pretendían continuar con sus sugerentes caricias.

—¿Y eso qué importa? Yo sólo quiero amarte, Roan —confesó Helena, haciendo volar por los aires la resistencia de Roan, que no tardó ni un segundo en deshacerse de las zapatillas y los pantalones de Helena para dedicarse a deleitarse con el dulce sabor de su piel, como tanto había deseado.

Sus labios veneraron el suave cuerpo que se ofrecía ante él. Primero besaron con cariño el hermoso rostro de Helena, haciéndola sonreír al recordar esos infantiles besos llenos de inocencia que en algún momento se habían dado, para luego bajar lentamente por su cuello y pasar a esas caricias más adultas con las que habían comenzado a madurar.

Un cálido camino de besos descendió por su cuello, acompañado de las caricias de una ardiente lengua que le hacía gemir el nombre del hombre que la torturaba. Sus inquietos dedos intentaron desnudarlo, pero fueron apresados por una de las manos de Roan, que le dedicó una maliciosa sonrisa antes de volver a hacerla gritar con sus atrevidos avances, que descendieron un poco más.

Sus labios rozaron levemente los turgentes senos, cuyos sensibles pezones se agitaron excitados buscando más de esas estimulantes caricias. Pero Roan

sólo los agasajó un poco con su lengua antes de seguir su camino.

Helena se removía inquieta, deseando más. La fuerte mano que la sostenía soltó su agarre, pero únicamente para retener su impaciente cuerpo mientras Roan se deleitaba en el placer de saborearla. Su ardiente lengua bajó despacio por el plano vientre de Helena, se entretuvo jugueteando con su ombligo y luego descendió hacia sus muslos. Roan los mordisqueó sutilmente cuando comenzaron a cerrarse con timidez, castigando a Helena y provocando que un apasionado grito que sólo podía llevar su nombre escapara de sus labios.

En cuanto Roan tuvo ante él la húmeda prueba de la excitación de Helena, no pudo resistirse a hundirse entre sus piernas y probar la dulce miel que lo esperaba. Cuando la lengua de Roan se hundió en su interior, acariciando la parte más sensible del cuerpo de Helena, ella alzó sus caderas buscando más de ese placer que Roan le regalaba. Las fuertes manos que la retenían la dejaron libre para abrirla más ante su deseo y poder indagar con sus instigadores dedos para comprobar hasta dónde podía hacerla gritar.

En el instante en el que uno de ellos se adentró lentamente en su interior, Helena no pudo resistirse más al placer que la embargaba, y agarrando los cabellos de Roan entre sus manos, le exigió que la dejara llegar a la cúspide del placer. Él no obedeció las exigencias de la mujer que se derretía bajo sus caricias y simplemente quiso deleitarse más con esos gemidos de placer que lo reclamaban.

Pasando más despacio su lengua por su clítoris, Roan hizo que Helena se alzara con impaciencia, rogando por más hasta que otro dedo se hundió en su interior con firmeza, estableciendo un ritmo que la hizo removerse inquietamente en ese estrecho sofá.

—¡Roan! —gritó Helena, reclamándolo, ante lo que él sólo tuvo que rozar su sensible piel con su lengua para que ella se derritiera entre sus brazos, llegando al éxtasis hacia el que la guiaba el impetuoso ritmo que marcaban esos dedos que se adentraban sin piedad en ella, exigiendo su rendición.

Cuando Helena gritó su nombre en medio de un arrollador orgasmo, Roan

liberó su duro miembro de su encierro y, sin resistirse a acompañarla, cesó en las expertas caricias de sus dedos para introducirse en ella de una profunda embestida que la hizo gritar de placer mientras su cuerpo seguía convulsionándose en busca de un nuevo y excitante clímax.

Roan sujetó con fuerza sus caderas mientras aumentaba la velocidad de sus acometidas, guiado por los gemidos de goce de Helena, marcando un ritmo inclemente entre sus cuerpos. Y sólo cuando ella clavó sus uñas en su espalda, él la siguió, gritando el nombre de la mujer que siempre llevaría grabado en su corazón, por más distancia que el tiempo interpusiera entre ellos.

Derrumbados y exhaustos sobre el pequeño sofá, permanecieron abrazados como amigos, como amantes, como la pareja que la distancia pocas veces les había permitido ser.

—Al fin he vuelto a casa —susurró Roan, sintiendo cómo los dulces brazos de Helena lo envolvían junto a su desnudo cuerpo. Y apreciando la calidez y la tranquilidad que nunca tenía cuando estaba lejos de ella, cedió a los plácidos sueños que solamente junto a Helena podía tener.

—Sí, pero... ¿por cuánto tiempo te quedarás? —susurró Helena, apenada, a un dormido Roan mientras una lágrima de dolor rodaba silenciosamente por su mejilla al observar la realidad que la rodeaba, ya que el rígido traje que Roan había dejado olvidado sobre una silla y el tinte para el pelo sólo podían significar que el tiempo para sus juegos había terminado y que, una vez más, Roan tenía que volver a marcharse, y ella, dejarlo marchar.

* * *

A la mañana siguiente me desperté en ese viejo sofá arropada por una manta que Roan habría colocado sobre mí antes de irse. Sin molestarme en buscar mis ropas, me puse la camiseta que él había llevado la noche anterior y fui en su busca, porque, aunque habíamos aclarado todas las dudas y malentendidos que nos rodeaban, aún quedaban muchas cosas que hablar entre

nosotros. Lo encontré en el exterior de la casa, ataviado solamente con sus pantalones, un espectáculo digno de contemplar, así que recorrí mi mirada por su firme torso y sus torneados bíceps mientras él paseaba nerviosamente de un lado al otro dando órdenes por teléfono.

Cuando me vio me dirigió una sonrisa antes de proseguir con su conversación. En ese instante, el Roan frío y severo al que había abandonado y el Roan amable y enamorado se entremezclaban en él, convirtiéndolo en alguien nuevo que sin duda tenía que conocer.

Roan y yo habíamos evolucionado mucho a lo largo de los años, pero nuestro amor era algo que prevalecía, por más que nosotros cambiáramos. Decidida a decirle ese «te quiero» que durante tanto tiempo me había guardado y que Roan siempre había deseado escuchar, me dirigí hacia su maltrecha bolsa de viaje y rebusqué entre sus pertenencias algo que el siempre preparado Roan no habría olvidado traer consigo si de verdad había venido a Whiterlande con la intención de recuperarme.

Y efectivamente, así era. No tardé nada en hallar una pequeña cajita perteneciente a una cara joyería que guardaba el anillo que durante tanto tiempo yo me había negado a llevar, tal vez por miedo, o tal vez por sentirme insegura hacia el hombre que estaba a mi lado. Pero de lo que nunca había llegado a dudar era de lo mucho que quería a Roan y de que quizá ya era hora que se lo demostrara.

Colocándome el anillo en el dedo correcto, contemplé lo bien que me quedaba. Y sin importarme demasiado el valor de esa joya, pero sí el hombre que me lo había regalado, me dirigí hacia él para decirle esas palabras que Roan siempre buscaba cuando corría a mi lado y que yo nunca había terminado de pronunciar para él, aunque estaba segura de que mis gestos habrían delatado mis sentimientos en más de una ocasión.

Mientras me dirigía hacia la entrada para salir al jardín, oí mi inoportuno teléfono móvil. Pensé en ignorarlo, hasta que recordé que mi molesta familia sin duda estaría esperando alguna noticia mía. Entonces corrí hacia él, ya que

si no contestaba seguramente se presentarían ante la puerta de Roan para ver cómo estaba y, de paso, fastidiarnos el momento.

—¿Hola? ¿Helena? ¿Estás con Roan? —preguntó con apremio mi primo Nathan sin molestarse en saludar.

—Creo que después de que tú y los demás le ayudaseis a atraparme, ésa es una obviedad con la que no deberías molestarme, primo... —repliqué, molesta por la interrupción.

—Sabíamos que Roan lograría atraparte, Helena. Lo que dudábamos era durante cuánto tiempo podría retenerte. Creo que incluso se han hecho apuestas sobre ello.

—¿Qué es lo que quieres, Nathan? —pregunté, cortando de lleno sus bromas que en ocasiones podían llegar a ser bastante irritantes.

—No sé si sabes que el abuelo de Roan está en el hospital y que él se está haciendo cargo por teléfono de los negocios de su empresa simple y llanamente porque no quiere volver a dejarte. Acabo de recibir una llamada comunicándome que el viejo ha empeorado y que Roan tiene que regresar.

—Vaya... No lo sabía, no me ha dicho nada.

—Tal vez no quiera presionarte para que lo perdones y sólo quiera recibir tu perdón cuando estés preparada para ello. Ya sabes cómo es Roan en ese aspecto: no quiere nada que no esté seguro de haberse ganado, y pienso que, desde que comenzó este viaje, él opina que tu cariño es algo que todavía no cree merecer.

—Lo sé —contesté, recordando cómo Roan no se daba cuenta de lo mucho que le importaba a mi familia o a mí misma. Posiblemente porque nunca había recibido de los suyos ese cariño que deberían haberle entregado durante su infancia y porque no comprendía por qué razón debían amarle otros cuando su propia familia no lo hacía.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó mi primo, tan protector con Roan como podía llegar a serlo conmigo.

—Mostrarle por qué lo quiero... —declaré, más segura que nunca de

decirle a Roan ese «te quiero» que tantos años había guardado en mi corazón.

—¿Y después? ¿Lo dejarás marchar?

—No lo sé —contesté apenada al saber que tendría que hacer una vez más lo que no quería y debía separarme de Roan para dejarlo regresar junto a su fría familia.

Sin terminar de contestar a las persistentes palabras de mi primo, colgué el teléfono para luego esconderlo entre los viejos cojines del sofá para que nadie más osara interrumpirnos, ya que antes de que Roan se alejara, tenía que recordarle que era mío, así como cada uno de los motivos por los que tenía que regresar a mi lado.

Sorprendiéndolo como me gustaba hacer, corrí hacia él y salté sobre su espalda para que me cogiera a caballito. El duro y frío empresario no dudó en soltar su móvil y dejarlo caer al césped para agarrarme con fuerza. Y negándose a soltarme, rio conmigo a causa de nuestras infantiles acciones mientras me llevaba a casa, dispuesto a una vez más a jugar conmigo como siempre hacía cada vez que lo tentaba.

* * *

Cuando cargué con Helena hacia el interior de esa destartada vivienda, creí que seguiríamos con nuestros juegos en la cama que aún no habíamos estrenado, aunque tal vez ese viejo mueble no aguantara demasiado. Me importó muy poco dejar a alguien esperando al teléfono, ya que mis negocios cuando llegó ella ya habían finalizado y lo más importante para mí siempre sería Helena. Por eso, y por el miedo que tenía a volver a perderla, aún no le había comunicado que debía irme por un tiempo, algo que sabía que tenía que contarle, aunque nunca viera el momento adecuado para ello.

Cuando la arrojé, jugueteón, sobre el sofá, se levantó con rapidez y antes de que me diera cuenta me dirigió hacia una vieja silla para que me sentara. Extrañado por su comportamiento, esperé a ver qué me tendría reservado.

Cuando sentí una toalla alrededor de mis hombros desnudos me preocupé, más aún cuando la vi señalar el tinte que ella había preparado para utilizarlo conmigo.

Como tenía experiencia de primera mano sobre lo desastrosa que podía llegar a ser esa situación, comencé a levantarme de mi asiento negándome a que mis cabellos volvieran a adoptar algún color extraño, pero cuando Helena me rodeo por detrás con sus brazos y me susurró al oído su confesión, no pude abandonar esa silla a la que me confinaron sus palabras.

—Por un tiempo me gustó tener a ese chico malo a mi lado, pero no sé por qué, siempre he sentido debilidad por un chico demasiado bueno para su bien.

Tras escuchar esas palabras volví mis ojos hacia Helena con la esperanza de escuchar ese «te quiero» que ella siempre se había negado a pronunciar en voz alta, aunque siempre lo manifestara con cada uno de los cariñosos gestos que tenía hacia mí.

—Tengo algo que decirte, Roan —me dijo, mostrándome el anillo que llevaba en su dedo—, pero sólo lo haré cuando vuelvas a ser tú.

—A pesar de la apariencia que tenga, yo solamente soy yo mismo cuando tú te hallas a mi lado —dije, confesándole una vez más mis sentimientos mientras besaba la mano que llevaba mi muestra de amor.

Y finalmente, como siempre, dejé que ella hiciera lo que quisiera conmigo con tal de escuchar esas palabras que tanto necesitaba oír mi corazón.

* * *

Ese día Roan dejó atrás ese disfraz con el que apenas había engañado a nadie pero con el que, por unos momentos, había conseguido ser un hombre tan alocado como aquellos que lo habían guiado en esa aventura, esos hombres a los que en su niñez pidió consejo y que, a lo largo de su vida, lo habían ayudado a su manera: en ocasiones mostrándole cuánto se había equivocado y

aleccionándolo por ello, pero siempre señalándole el camino para volver a su hogar. Un lugar que siempre encontraría allá donde estuviera Helena.

—¡Y al fin vuelvo encontrar a mi Roan! —declaró jocosamente Helena mientras ajustaba la corbata del caro traje que llevaba, para luego atraerlo hacia ella y darle un apasionado beso con el que lo reclamaba como suyo.

Cuando lo soltó, Helena contempló orgullosa a su amado, ese altivo hombre de cabellos castaños, ahora sin ningún llamativo adorno en su oreja, de porte elegante, y cuya exclusiva vestimenta ocultaba sus salvajes tatuajes. Roan exhibía un aspecto irreprochable que solamente perdía con ella, cuando le sonrió más enamorado que nunca. Y sin poder evitarlo, como siempre hacía desde que era niño, le dijo:

—Helena, te quiero.

—Y a pesar de ello tienes que irte, ¿verdad? —preguntó Helena, haciendo que Roan se removiera con inquietud y nerviosismo al no haberse atrevido a decirle que tenía que volver junto a su abuelo.

—Helena, yo... —intentó explicarse Roan, esquivando sus ojos por miedo a perderla una vez más si se alejaba de nuevo de su lado.

—Te quiero, Roan, aunque creo que eso es algo que siempre has sabido —dijo Helena finalmente, haciendo que Roan no pudiera apartar los ojos de ella después de que pronunciara esas palabras que durante tanto tiempo había querido escuchar—. Aunque tenga miedo, debes saber que esa ventana siempre estará abierta para ti —continuó Helena, e intentando esconder las lágrimas que comenzaban a asomarse a su rostro, quiso alejarse de él. Pero en esta ocasión Roan agarró su brazo y la sorprendió con sus palabras, dejándole claro que ahora era él quien no estaba dispuesto a esperar más tiempo para estar a su lado.

—Si tardo en regresar, ven a por mí, Helena. Cuando vuelva con mi familia puedo acabar tan perdido y solo como siempre, y únicamente tú sabes llevarme de vuelta a casa —le pidió Roan, estrechándola entre sus brazos.

—¿Y dónde está tu casa, Roan? —preguntó Helena, confundida ante sus

palabras, ya que Roan en todos los años que habían pasado juntos nunca había considerado ningún lugar como su verdadero hogar.

—Allí donde tú estés —contestó él antes de besar los labios de la confundida mujer que lo miraba, comprendiendo al fin que, para él, Helena no era un simple amor de la infancia que había madurado con el tiempo, sino que todo su mundo giraba en torno a lo único que su corazón deseaba: ella.

Su apasionado beso fue súbitamente interrumpido por el sonido de una vieja camioneta, algo que intentaron ignorar hasta que un insistente martilleo procedente del porche los hizo salir para ver qué estaban haciéndole a su destartalada vivienda esos molestos individuos que eran los familiares de Helena.

Cuando la pareja salió al exterior vieron cómo el padre de Helena, sin importarle nada su presencia, arreglaba las tablas del exterior a la vez que daba órdenes a sus cuñados acerca de dónde debían colocar los materiales que habían traído para realizar una completa remodelación.

Ante el asombro de Roan, Alan, antes de seguir cambiando las tablas del suelo, se limitó a comentarle con despreocupación:

—Cuando vuelvas, tal vez esté terminada tu nueva casa. —Luego alzó una de sus cejas con ironía mientras lo retaba a cumplir la promesa que Roan había hecho—. Porque volverás, ¿verdad?

—Sí, volveré a mi hogar —confirmó Roan con decisión mientras miraba a Helena y pensaba en cuánto había cambiado su vida desde que la conoció.

—Creo que ha llegado el momento de marcharte —señaló Alan cuando vio aparecer un elegante Mercedes negro por el abrupto camino, de cuyo interior salió un refinado chófer y un estirado hombre de negocios que, sin duda, reclamaba su presencia junto a los suyos.

Suspirando con resignación, Roan volvió a convertirse en el eficiente hombre de negocios que era el único capaz de sobrevivir en medio de los negocios de su familia, pero antes de marcharse recibió entre sus brazos una vez más el cálido cuerpo de Helena, que lo despidió con un beso.

—No te olvides de mí —susurró Helena antes de depositar algo en el bolsillo de su chaqueta.

—Nunca lo hago —contestó Roan mientras se alejaba de ella. Y sólo cuando estuvo a solas en el asiento del coche que lo llevaba de vuelta a su solitario destino se permitió mirar la nota que Helena había deslizado en su bolsillo.

Se trataba de la estúpida lista que había intentado cumplir de forma inútil, fallando prácticamente en todo, que parecía perseguirlo. Pero cuando la abrió y la observó con detenimiento no pudo evitar sonreír mientras murmuraba el nombre de la mujer que lo era todo para él.

—Helena... —dijo, mientras sonreía y negaba con la cabeza sin poder creerse que ella hubiera tachado todos los puntos de la lista, como si él hubiera conseguido cumplir cada uno de esos requisitos.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un violento golpe en la luneta trasera de su vehículo, causado por el impacto de un zapato, cuando comenzaba a alejarse.

—¡Y quiero una boda! —gritó una impetuosa voz que no tardo en reconocer, tomándolo por sorpresa.

Cuando Roan se asomó por la ventana vio a Helena corriendo sin aliento tras su coche por el abrupto camino, sin importarle mostrar en su rostro las lágrimas que no le había dejado ver antes y que, una vez más, él tenía que ignorar para seguir su camino.

—La tendrás... —susurró Roan mientras guardaba el viejo papel en su bolsillo, dándose cuenta de que esa exigencia era la última en haber sido añadida a esa impertinente lista con la que ella reclamaba su amor.

Capítulo 21

—¡Será hija de p...! —maldijo Helena cuando, una semana después de la marcha de Roan, la víbora de su madre le envió un anuncio de la elegante fiesta anual que los Miller celebrarían, donde se haría público el nuevo cargo de Roan y su compromiso, un compromiso que sin duda no sería con ella a pesar de que Roan le hubiera hecho una promesa y le hubiera regalado un anillo.

Helena intentó contactar con Roan para pedirle una explicación, pero por más que insistió, no logró dar con él. Furiosa ante una nueva estratagema de la bruja y de la molesta familia de Roan, Helena no dejó de maldecir entre dientes mientras se paseaba nerviosamente por la cocina sin saber qué hacer para salvar a Roan de los descabellados planes que su familia tenía para él.

—¡Bruja despiadada! Otra vez quieres tocarme las narices —exclamaba Helena, colérica, mientras caminaba de un lado a otro de la cocina donde su madre, una vez más, intentaba enseñar a cocinar a su tía Molly algún delicioso postre sin conseguirlo en absoluto—. ¡Pero ésta es la última vez que lo alejas de mí! —concluyó Helena furiosamente mientras apretaba con fuerza ese odioso anuncio entre sus manos—. Ahora lo que me falta es planear cómo secuestrar a Roan, y...

—¿Qué está maquinando ahora? —preguntó Molly a Elisabeth, sin atreverse a interrumpir las furiosas maldiciones de Helena.

—Creo que la madre de Roan ha vuelto a inmiscuirse en su relación. ¿Cuándo aprenderá que lo mejor es no meterse entre ellos dos? —contestó Elisabeth mientras negaba con la cabeza ante el necio comportamiento de esa mujer.

—¡Ah! Y eso lo dice una mujer que envió a su marido a que trajera de vuelta a ese chaval, maniatado si hacía falta —recordó Victoria con ironía mientras se obligaba a degustar una de esas galletas, algo que dejó por imposible tras el primer bocado que, sin duda, dañó su fino paladar para siempre.

—¡Eso era muy distinto!

—¿Por qué? —preguntó tímidamente Molly.

Y mientras Victoria y Molly esperaban una respuesta racional por parte de Elisabeth, ésta las sorprendió una vez más cuando dejó de lado sus perfectos modales para anunciar:

—¡Porque ese muchacho me estaba tocando las narices! Además, yo no lo maniaté: lo hizo Alan. Que tal vez yo le diera la idea, no significa nada, la verdad es que no hacía falta que se tomara mis palabras al pie de la letra...

Y a la vez que Elisabeth intentaba excusar su comportamiento, Helena mostraba que era digna hija de su madre mientras planeaba en voz alta otro más de sus descabellados planes.

—... lo ato, lo amordazo y lo meto en el carrito de la lavandería que tiene el servicio de *catering*, y luego...

—Sabéis que el secuestro es ilegal, ¿verdad? —preguntó Victoria mientras alzaba impertinentemente una de sus cejas, preguntándose si no se vería obligada finalmente a tener que defender a madre o hija ante un tribunal.

—¡Pero es que era la única opción! —protestó Elisabeth a la vez que su hija exclamaba victoriosamente para sí:

—¡Sin duda el secuestro es la mejor opción! ¿Eh? ¿Qué ocurre? —preguntó Helena con extrañeza cuando se dio cuenta de las reprobadoras miradas que estaban fijas en ella.

Y cuando Elisabeth comenzó a reprender a su hija a propósito de sus locuras, Molly y Victoria se miraron entre ellas, atónitas porque Elisabeth reprochara a su hija las mismas acciones que ella había cometido con anterioridad, intentando darle una lección.

—¡Pero mamá, es que no hay otra forma de salvar a Roan! Ahora sólo tengo que averiguar cómo adentrarme en esa fiesta y... —continuó tramando Helena mientras ignoraba las protestas de su madre ante su descabellado plan.

Y mientras madre e hija se gritaban mutuamente sin escucharse la una a la otra, Victoria recogió el anuncio a la fiesta que se le había caído a Helena, y tras ojearla con detenimiento dijo:

—Helena, ¿y por qué en lugar de planear tanto no decides entrar por la puerta principal a esa fiesta y simplemente reclamas lo que es tuyo delante de todos? ¿O es que tienes miedo de enfrentarte a la familia de Roan?

—Los Miller nunca dejarían entrar a Helena Taylor a una de sus deslumbrantes celebraciones —dijo Helena con tristeza mientras recordaba el frío ambiente que siempre rodeaba a Roan en esos eventos, un ambiente del que ella se había alejado cuando estaba junto a él en la ciudad y al que él nunca le había permitido entrar.

—No, a Helena Taylor tal vez no, pero a una representante de los Wilford nunca le cerrarían las puertas —anunció Victoria mientras sacaba una invitación al evento de su caro bolso de marca.

—¡Gracias, tía Victoria! —gritó Helena, eufórica, mientras le daba un gran abrazo.

—Y haznos un favor a todos: nada de secuestros.

—¡Vale, pero no te prometo nada más! —acordó Helena mientras subía hacia su habitación para hacer su maleta luciendo una maliciosa sonrisa que mostraba que estaba tramando alguna de las suyas. Algo que, mientras fuera por amor, en esa familia estaba permitido.

—Creo que esa fiesta va a ser algo digno de admirar este año. No me cabe la menor duda de que nadie va a aburrirse en ese evento. ¡Qué pena que yo haya perdido mi invitación! —anunció Victoria mientras veía cómo su sobrina corría al encuentro de su amor tan alocadamente como hacían todos los Lowell en alguna que otra ocasión.

* * *

—Vengo en representación de los Wilford —dije mientras entregaba con firmeza mi invitación, intentando que no se notara demasiado mi nerviosismo y esperando que, de un momento a otro, me sacaran por la puerta de esa refinada sala donde el lujo y la ostentación se exponían sin medida alguna. Pero, para mi sorpresa, eso no sucedió: al parecer, mi elegante vestido de noche negro, que era tan caro como mi coche, o mi moderno peinado, por el que mi tía Victoria pagó a un exclusivo salón de belleza un poco menos de lo que yo ganaba al mes, los engañó por completo.

Paseándome con el aire despreocupado que mi tía me había aconsejado que mostrara para no desentonar, cogí una copa de champán de la que bebí a pequeños sorbos mientras no dejaba de mirar por todas partes para localizar al hombre al que había ido a buscar para arrebatárselo a su familia delante de sus narices, dejándoles bien claro que en esta ocasión no pensaba devolvérselo.

Llevaba varios días en la ciudad preparándome para ello. Había llegado acompañada de mi tía Victoria y no dudé ni un momento en seguir todas y cada una de sus indicaciones, muy dispuesta a convertirme en la mujer adecuada para estar junto a Roan sin que nadie me cuestionara. Pero mi tía me enseñó que lo que Roan necesitaba no era que otros me aprobaran, sino que él lo hiciera, y eso era algo que sólo podía conseguir siendo yo misma.

Mi equivocado pensamiento de que yo debía cambiar para adaptarme a lo que exigía la familia de Roan tanto como Roan lo había hecho al venir a por mí se esfumó en cuanto mi tía me mostró cuánto me quería al aconsejarme que fuera yo misma y mantuviera la cabeza bien alta mientras evitaba sentirme intimidada por unas vacías miradas de reproche que no significaban nada, porque, en verdad, lo que unos desconocidos pensarán de mí nunca debería afectarme ni importarme en lo más mínimo, ya que lo único que me importaba era Roan.

Acompañada por una Wilford, las lujosas *boutiques* me abrieron sus puertas mientras los exclusivos salones de belleza me recibieron con los brazos abiertos. Cuando pasé por ese hotel cuyo restaurante me había negado la entrada en una ocasión, me sentí cohibida. Pero la firme mano de mi tía me invitó a adentrarme en ese ambiente.

Después de llevar varios días rodeada de estiradas y frías personas que apenas cruzaban sus miradas para dirigirse palabras vacías e hipócritas, creí estar acostumbrada a ello hasta que un impertinente grupo de arpías de chillonas voces se cruzó en mi camino y una rubia molesta con la que ya me había cruzado antes se fijó en mí:

—¿Quién eres y qué haces aquí? —preguntó altivamente la rubia de bonita figura, pretendiendo intimidarme mientras se dirigía hacia mí.

Resistiendo las ganas de mandarla a la mierda, contesté tan altivamente como hacía mi tía con los molestos parásitos que la incordiaban.

—No creo que deba importarte quién soy. Y sobre qué hago aquí, es evidente: he sido invitada a asistir a esta celebración.

Me pareció que me había lucido con mi respuesta hasta que esa molesta mujer volvió a abrir su boca dispuesta a molestarme.

—Te lo he preguntado para evitarte la vergüenza, ya que no encajas aquí en absoluto —dijo, señalando mi moderno peinado consistente en un elegante y complicado recogido que se veía un poco extravagante por las llamativas mechas de color morado de los dos mechones que quedaban sueltos enmarcando mi rostro.

—No te preocupes por mí, solamente he venido a por alguien.

—Espero que no sea a por Roan Miller, ya que es mi prometido y tú, definitivamente, no estás a su altura —replicó la rubia, mirándome con desprecio de arriba abajo mientras sus amiguitas acompañaban sus insultos con unas molestas risitas.

—Entonces, ¿él te ha entregado un anillo como éste? —pregunté con descaro mientras me regodeaba con su asombro y el silencio de las molestas

risitas, que se acallaron para murmurar a su espalda.

—Su familia me comprará uno el doble de caro y...

—¡Ah, vaya! Creí que querías casarte con Roan, no con su familia..., pero no te preocupes: su familia es toda tuya, yo me quedo con él —respondí con una sonrisa satisfecha, decidida a alejarme de esa arpía muy orgullosa de mí misma porque, a pesar de todo, había mantenido mi genio a raya y no había perdido la compostura. O eso creí hasta que la malnacida simuló un falso tropiezo y derramó su fría copa de champán sobre mi hermoso vestido, acabando de lleno con toda mi paciencia.

—¡Uy, lo siento! Qué torpe soy... He tropezado —dijo falsamente la víbora, viendo su acción recompensada por el coro de maliciosas risitas de las cabezas huecas que la acompañaban.

Hasta ahí llegaron mis buenos modales y las distinguidas formas que tanto me había costado mantener. En el momento en el que bajé mi cabeza, haciendo pensar a todas que estaba llorando cuando en verdad me estaba aguantando las ganas de pegarles una paliza, un camarero pasó a mi lado y no dudé en retenerlo para, a continuación, coger, no una copa, sino la botella abierta que llevaba y derramarla con la mayor parsimonia posible por encima de la cabeza de la molesta mujer que había osado arruinar mi caro vestido mientras le decía delante de los atónitos invitados:

—¡Uy, querida, perdona! Es que yo también soy muy torpe...

Luego le di un golpecito al culo de la botella para asegurarme de que estaba bien vacía y, sin más, la dejé en las manos de esa boquiabierta arpía mientras me alejaba en busca de lo que había ido a buscar antes de que me echaran.

* * *

Mientras mi abuelo me conducía hacia un nuevo evento al que había insistido en ir a pesar de no estar del todo recuperado, no podía dejar de

alabar una nueva empresa que había surgido y con la que deseaba hacer tratos. Que ésta fuera mía me llenaba de orgullo y me llevaba a mostrar una satisfecha sonrisa por lo que había logrado sin que mi abuelo lo supiera.

—Esa nueva empresa de seguridad, The Trojan Eliminator, es asombrosa... Si tan sólo dejaran de resistirse a nuestras propuestas y firmaran con nosotros, yo la convertiría en sublime. Pero los dueños se niegan a reunirse conmigo, no sé por qué. Se resisten a trabajar con nosotros. No lo entiendo, ¿si con un pequeño empujón de nuestra compañía podríamos llevarlos hacia la cima! —declaró algo molesto, sin saber que tenía a uno de ellos delante de él.

—¿Estás seguro de que quieres reunirte con los propietarios de una empresa tan pequeña, abuelo? —pregunté, esperando conocer la opinión sincera de mi abuelo acerca de lo que yo había creado con mi propio esfuerzo, hallando mi propio lugar sin que otros me lo señalaran.

—¿Bromeas, muchacho? ¡Claro que quiero hacerme con un trozo de esa empresa! Mientras correteabas por ahí detrás de aquella chica como un adolescente sin control de sus hormonas, salieron al mercado. Y después de unos pocos días de actividad ya han conseguido cuantiosos contratos y resultados asombrosos. Son unos visionarios, y su programa de encriptación de datos es excepcional, según me comentan mis asesores más expertos... Si consiguiera que se asociaran con nosotros podríamos lograr cosas fantásticas.

Por una vez noté que mi abuelo se sentía orgulloso de mí, aunque no fuera realmente consciente de que sus halagadoras palabras iban dirigidas hacia mi negocio.

Sonreí complacido, perdonando un poco las exageraciones sobre su enfermedad hasta que llegamos a una de esas sobrecargadas fiestas, una de la que no tuve dudas de que el invitado de honor era yo tras recibir alguna que otra felicitación. Sin duda, mi abuelo había decidido que era el momento de que me convirtiera en su sucesor. Entonces pensé que al fin había llegado el momento de aclarar delante de todos quién era yo.

—¿Qué es esto, abuelo? —pregunté bastante molesto al hombre que durante más de una semana había estado ingresado en el hospital haciendo que me preocupara por su salud y que, milagrosamente, se había recuperado ese día para asistir a una fiesta.

—Es un elegante evento que los Miller celebramos todos los años, Roan, donde ofreceré a los asistentes dos buenas noticias: en primer lugar, hoy anunciaremos que tú ocuparás mi cargo. Quería esperar un poco más, pero creo que es el momento más adecuado para ello, aunque supongo que tendré que dirigir todavía algunos de tus pasos antes de dejarte solo; y por supuesto, en segundo lugar, también daremos a conocer tu compromiso con Lilian Allister, que será una maravillosa esposa para ti y un buen empujón para nuestra compañía al aliarnos con su grupo empresarial familiar...

—No —me negué, provocando el asombro de mi abuelo con mi rotunda y firme negativa, y cuando nuestros ojos se encontraron, supe que había comprendido que en esta ocasión nada ni nadie podría hacerme cambiar de opinión o manipularme. A pesar de ello, lo intentó.

Ignorando mis palabras, se dirigió al atril que estaba preparado para su anuncio. En un principio pensé dejarle decir lo que quisiera para luego desmentir ante todos cada una de sus palabras y tal vez dejarlo en el ridículo que se merecía por intentar manejarme a su antojo.

Pero luego recordé todas las veces que me había ayudado calmando el genio de mis padres, aunque sólo fuera con su dinero; los regalos que me había enviado en ciertas ocasiones, sacando de mi rostro una sonrisa aunque nunca los recibiera personalmente de él; así como los conocimientos y experiencias que me había transmitido desde que comencé a acompañarlo en esa empresa, guiándome con paciencia, queriendo mostrarme todos los aspectos de ese frío mundo de los negocios y cómo podía desempeñarme en él.

—No mereces quedar en vergüenza, viejo... —susurré mientras observaba el avaro rostro de mi madre, que me miraba seguramente pensando en lo que

valdría cuando ocupara ese puesto, y la despreocupada persona de mi padre, que nunca estaría allí para mí, aunque sí detrás de alguna que otra joven falda.

Decidido a hacerme oír, me coloqué junto a mi abuelo. Y tapando el micro con mi mano, acabé con toda posibilidad de que pudiera anunciar lo que quería, apagándolo y dejándole muy clara mi postura.

—No, abuelo, no voy a ser tu sucesor y, definitivamente, no me voy a casar con esa mujer.

—Pero ¿qué dices, chico? ¿Es que de verdad estás renunciando a mi puesto? ¿Sabes lo que vas a perder si sigues adelante con esa locura de decisión? —me recriminó en voz baja, tan decidido como yo a salirse con la suya.

Los susurros comenzaron a rodearnos, pero se terminaron cuando un escándalo aún mayor atravesó la multitud congregada en la fiesta para dirigirse hacia mí.

—No, abuelo, sé lo que estoy ganando —declaré, sonriendo a la decidida mujer que venía a mi encuentro.

—Creía que eras tan ambicioso como yo, pero ya veo que, como tu padre, te conformas con poco... —dijo mi abuelo con maldad, intentando encasillarme en un lugar en el que nunca encajaría porque yo no era como mi abuelo ni como mi padre: simplemente era yo mismo.

—Al contrario, abuelo: soy aún más ambicioso que tú. Por eso no sólo quiero triunfar en los negocios, sino también en el amor. No pienso renunciar a nada. Toma, quizá algún día pueda incluso llegar a ser una dura competencia para ti —le dije mientras le tendía a mi asombrado abuelo la tarjeta de mi empresa, mostrándole todo lo que había conseguido por mí mismo.

El atónito rostro de mi abuelo terminó mostrando una expresión de absoluta incompreensión cuando Helena llegó hasta mí y, sin molestarse en presentarse, me agarró de mi rígida corbata para tirar de ella reclamando un beso que dejara bien claro ante todos quién era ella en mi vida.

Cuando terminó de besarme dejando en mi rostro una sonrisa un poco

idiota, Helena dirigió su firme mirada hacia mi abuelo y, sin soltar mi corbata, declaró:

—Lo siento, señor Miller, pero Roan no puede ser su sucesor porque, definitivamente, es un chico muy malo. Y es sólo mío...

A continuación, cogió mi mano con seguridad, y como siempre había hecho, me rescató de ese frío lugar donde mi familia me encerraba. Y esta vez, sin mirar atrás, salí de esa jaula de oro que llevaba grabado mi nombre para no volver nunca más.

Mientras me alejaba, escuché las carcajadas de mi abuelo que me demostraban que no estaba tan enfadado como yo pensaba, concediéndome esperanzas para volver a tratar con él algún día. Aunque en esa ocasión sería bajo mis propios términos.

De fondo, la chillona voz de mi madre exigía una explicación. Y cuando mi abuelo contestó a sus exaltadas palabras me enseñó que me comprendía mejor de lo que yo había imaginado.

—¡Herman, haz algo! —reclamaba mi madre mientras señalaba nuestra marcha.

—No puedo hacer nada, Susan, ya que Roan ha decidido volver a su hogar.

—¿Y se puede saber dónde está ese maldito lugar?! ¿En la mansión, en su apartamento, en las oficinas...?! —preguntó mi madre, histérica.

—Allá donde esté ella... —respondió mi abuelo, con un tono algo nostálgico en su voz.

Y fue entonces cuando comprendí que finalmente, tal y como siempre había deseado, había logrado superar a mi abuelo, ya que yo había conseguido en mi vida todo lo que en un momento él ambicionó en su pasado. Pero al contrario que él, yo me negué a dejar algo importante en mi camino y había vuelto una y otra vez a por ello, aunque en ocasiones pudiera llegar a perderme.

—Te amo —dije a Helena en cuanto salimos de ese lugar, recordando lo que sería siempre lo más importante en mi vida.

—Te quiero, Roan —contestó Helena. Y una vez más, tirando de mi rígida

corbata para acercarme hacia ella, me mostró el camino hacia sus labios y me besó con todo su amor, guiándome hacia un corazón que siempre me había esperado tan sólo para confesarme su amor.

Epílogo

—¿Quién apuesta porque Helena la ha liado en esa fiesta? —preguntó Raymond junto a esa vieja pizarra en el bar de Zoe, animando a los parroquianos a alzar sus manos mientras mostraba el anuncio de la lujosa fiesta en la que Helena, sin ninguna duda, habría terminado colándose para recuperar a Roan—. ¿Y quién cree que traerá de vuelta a Roan? —concluyó, haciendo que cada uno de los asiduos al bar bromeara sobre la forma en la que Helena traería a ese muchacho de vuelta a casa.

Desde detrás de la barra, Zoe miraba con añoranza la vieja pizarra que guardaba tantas historias y que ese día se había decidido a tirar hasta que el imprudente Raymond se la había arrebatado salvándola de la basura para llevarla de nuevo a su bar, decidido a seguir con esas apuestas clandestinas. Unas apuestas que, aunque Raymond solamente viera como una forma más de ganar dinero, eran toda una tradición en ese pueblo desde que Zoe se hiciera cargo del negocio, unas cuantas décadas atrás.

Como los viejos dedos de Zoe ya no podían seguir con esos locos juegos y su anciano cuerpo necesitaba un descanso del ajetreo del bar, ésa sería la última reunión que llevaría a cabo en su local, que después de tantos años cerraría sus puertas dejando atrás la pizarra, las historias de los habitantes de Whiterlande y mil recuerdos más. O eso era lo que Zoe pensaba hasta que Raymond Taylor, ese joven revoltoso de diecisiete años, negros cabellos y ojos azules se fijó en ella y en el bar, prestándole atención, tal vez demasiada para su bien.

—¡Vale! ¡Tres a cinco a que Roan vuelve en el maletero de mi despiadada hermana adornado con un lacito!

—¡Raymond, que es tu hermana! —gritó uno de los clientes entre risas.

—Por eso lo pongo en la pizarra, porque sé cómo es mi hermana —replicó Raymond, arrancando más de una carcajada de su alrededor.

—Ten cuidado con lo que haces, chaval, o un día podrías acabar tú mismo en esa pizarra.

—¡Vade retro, Satanás! —se burló Raymond mientras hacía el símbolo de la cruz con los dedos, dirigiéndolos hacia todos ellos.

—¿Pero es que no sabes que todos los Lowell acaban en esa pizarra? —se alzó la voz de una mujer que recordaba todas las locas acciones de esos hombres en el pueblo.

—Bah, yo soy un Taylor... —dijo Raymond orgullosamente, creyéndose libre de esa condena.

—¡Entonces tienes aún más probabilidades de acabar en ella! —repuso otro cliente, recordando las innumerables apuestas que habían surgido a propósito de Alan Taylor y Elisabeth Lowell desde su niñez.

—Lo siento por vosotros, queridos clientes, pero aún soy demasiado joven para enamorarme. Aunque... —se detuvo Raymond pensativamente. Y tras una pausa, retó a la multitud—: ¿Qué os apostáis a que el próximo en esta pizarra será mi primo Nathan?

—¡Se aceptan apuestas! —gritó Zoe una última vez, sonriendo esperanzada al intuir quién podría ser la persona más adecuada para reemplazarla detrás de la barra de su querido bar y, por supuesto, junto a su entrañable pizarra.

* * *

—¡No, no y no! —gritó Nathan, irritado, mirando a esa pareja que, una vez más, lo metía en medio de uno de sus líos y en esta ocasión, en el más irritante de todos: su boda—. ¿Es que no podíais esperar a llegar a casa para casaros como Dios manda? ¿Sabéis la que me va a caer encima cuando anuncie a las mujeres de la familia que os habéis casado por un impulso en Las Vegas en vez

de en una aburrida y larga ceremonia preparada por ellas? ¡Piensa en tu madre, Helena! ¡En tu abuela, en tus tías...! Y si no es suficiente, ¡joder!, piensa por una vez en mí y no me llames para esto. O mejor aún: ¿por qué no perdéis ambos mi número de teléfono para lo que os queda de vida?

—Por favooooor... —pidió el miembro más delicado y dulce de la pareja, poniéndole ojitos a Nathan. Y finalmente, con tal de no ver ese estúpido comportamiento en su amigo, Nathan cedió ante las demandas de Roan, como siempre hacía.

—¡Venga ya, Nathan! No te quejes tanto. ¡Si hasta has traído a una bonita chica contigo para que te haga de acompañante! —dijo Helena, quitándole importancia a cada una de sus quejas, aunque sabía que tenía razón.

—Helena, ella solamente es una de mis alumnas a la que estaba dando clases suplementarias en la universidad y a la que me he visto obligado a llevar conmigo cuando un par de majaras me han gritado por el móvil que se trataba de una emergencia.

—¡Hala, pues ya tienes un motivo para ser mi testigo de boda! —dijo Helena mientras les hacía una fotografía con su teléfono móvil—. Yo que tú me acompañaría hasta ese altar si no quieres que esta foto acabe publicada en los foros de estudiantes de la página web de la universidad...

—¡Helena! ¡Eres, eres...!

—Una preciosa novia —interrumpió Roan antes de que su amigo soltara alguna que otra maldición que irritara a Helena y los condujera a una discusión sin fin.

—¿De verdad lo crees? —preguntó tímidamente la novia, que lucía un espléndido vestido blanco que a los ojos de Roan la hacía parecer una princesa.

—Tan hermosa como el primer día que te conocí, cariño. Ése fue el momento en el que decidí que tenías que casarte conmigo.

—Roan, que sólo tenía cinco años... —se quejó Helena ante su confesión.

—Eso sólo demuestra cuánto tiempo he tenido que esperar para este

momento, princesita mía.

—¡No me llames así! Ya sabes lo mucho que odio esos motes, niño bueno... —añadió maliciosamente Helena mientras ponía las manos en jarra, declarándole la guerra al novio como en su niñez.

—Tan sólo dime cómo de malo quieres que sea... —repuso Roan mientras deshacía la molesta pajarita negra de su traje. Y atrapándola antes de que comenzara a correr por la hermosa alfombra que les mostraba el camino hacia el hombre disfrazado de Elvis Presley que los esperaba, la alzó sobre sus hombros y la cargó hasta el altar.

—¿Para qué narices me habéis llamado entonces?! —preguntó Nathan, exasperado al comprobar que su ayuda carecía de importancia para acompañar a la novia o para intervenir en esa rápida ceremonia.

Duda que fue contestada cuando Helena, tan maliciosa como siempre, arrojó el ramo de novia hacia su primo, haciendo que cayera en sus sorprendidas manos.

—¡No, no! ¡Ni de coña! —dijo Nathan, aterrado, soltando el ramo con espanto al ver que la molesta alumna que siempre lo perseguía comenzaba a hacerle ojitos.

Y mientras Nathan le dejaba claro a la mujer que lo acompañaba por qué motivo no pensaba enamorarse nunca, poniendo como ejemplo algunas de las locuras que Helena y Roan habían llegado a hacer por amor, éstos entrelazaron sus manos frente al altar mientras renovaban una promesa que nunca habían podido dejar de cumplir.

—¿Dejarás tu ventana abierta esta noche? —preguntó Roan, recordando la pregunta que le había hecho cuando niño la primera vez que se coló en su habitación, buscando algo a lo que nunca supo darle nombre hasta que la conoció.

—Siempre que la necesites, estará abierta para ti —contestó Helena, esta vez sin burlarse del niño que había robado su corazón.

Y añadiendo un «te quiero» a su confesión, le entregó a Roan el amor que

otros no le habían dado y que ella, a pesar del tiempo y de las dificultades, jamás había podido negarle, porque siempre amaría a ese hombre que nunca dejaría de intentar ser su chico malo.

Biografía



Silvia García siempre ha creído en el amor, por eso es una ávida lectora de novelas románticas a la que le gusta escribir sus propias historias llenas de humor y pasión.

En la actualidad vive con su amor de la adolescencia, quien la anima a seguir escribiendo, y compagina el trabajo con su afición por la escritura. Reside en Málaga, cerca de la costa. Le encanta pasear por la orilla del mar, idear nuevos personajes y fabular tramas para cada uno de ellos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100004625625675&fref=ts>

Déjame ser tu chico malo
Silvia García Ruiz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Silvia García Ruiz, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019

ISBN: 978-84-08-20952-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!





*Déjame
ser tu
chico malo*

SILVIA GARCÍA RUIZ

zafiro[♥]